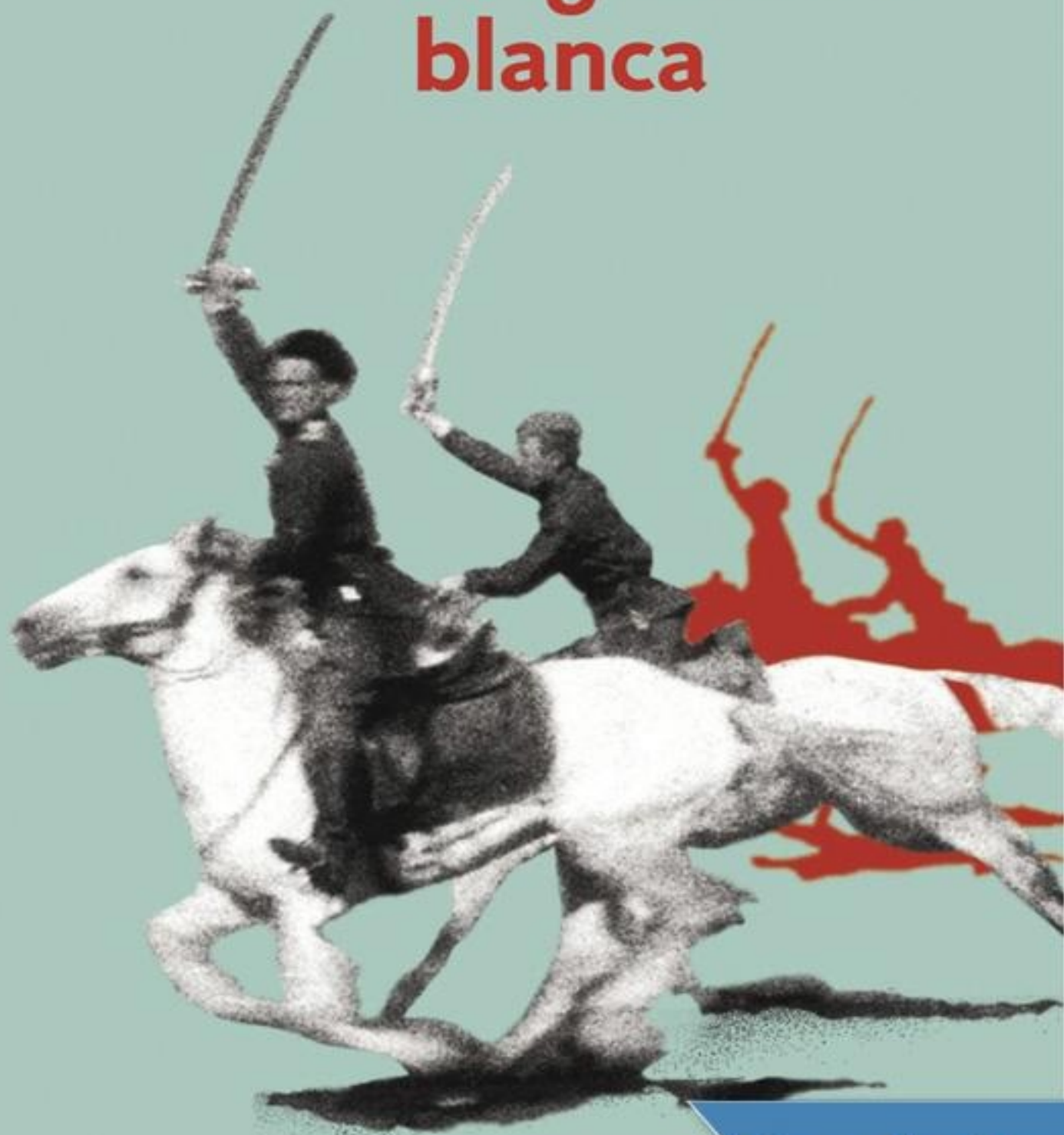


**MIJAÍL  
BULGÁKOV**

**La guardia  
blanca**



**Lectulandia**

*La guardia blanca*, está ambientada en la época de la guerra civil rusa bajo el punto de vista de los blancos, el bando zarista. Son días en que el antiguo imperio de los zares parece desmigajarse y el afán de emanciparse del dominio ruso cunde en buena parte de la población nativa.

Los hermanos Turbín, Alexei, Elena y Nikolka, soportan en Kiev el crudo invierno de 1918-1919, en plena guerra civil rusa y bajo una zozobranante ocupación alemana. Fervientes monárquicos, aborrecen por igual a bolcheviques y separatistas ucranianos. Alexei tiene 28 años, es médico y como tal fue movilizado durante la Gran Guerra; ahora se enlista en el ejército contrarrevolucionario para ejercer igualmente como médico en campaña. Elena, joven hermosa y altiva, debe sufrir la frustración de verse abandonada por su marido, un oportunista oficial de origen báltico que, a escasa andadura de la narración, huye del país en dirección a Occidente. Nikolka, por último, es un escolar que a sus 17 años ansía participar en la lucha. Ellos, los Turbín, son sólo los más destacados del variopinto elenco de *La guardia blanca*, novela del escritor ruso Mijaíl Bulgákov.

**Lectulandia**

Mijaíl Bulgákov

# **La guardia blanca**

**ePub r1.0**

**Lipa 17.07.15**

Título original: *Белая гвардия*  
Mijaíl Bulgákov, 1924  
Traducción: José Laín Entralgo

Editor digital: Lipa  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

Cuando Mijaíl Afanásievich Bulgákov publicó sus primeros cuentos se acercaba a los treinta años. Cuando murió había cumplido los cuarenta y ocho. Nació en Kiev, en 1891, y murió en Moscú, en 1940.

En Kiev, su ciudad natal —la Ciudad, con mayúsculas, que con tanto amor describe y en la que sitúa la acción de *La guardia blanca*—, hizo sus estudios de Medicina. Ejerció la carrera algún tiempo, hasta 1919, de lo que queda constancia en sus *Apuntes de un joven médico*, y después de una breve estancia en Vladikavkaz, ciudad del Cáucaso, se trasladó definitivamente a Moscú, donde sus aficiones literarias podían encontrar amplio campo.

Sentía verdadera pasión por el teatro. De esta pasión, además de *Novela teatral*, son muestra las diez piezas que dejó escritas, tres de ellas —*Los días de los Turbín*, *Los últimos días (Pushkin)* y *Moliere*— estrenadas en el Teatro de Arte de Moscú, auténtica catedral del arte escénico en la capital soviética. La primera, versión teatral de *La guardia blanca*, tuvo excelente acogida. Pero no agradó a Stalin, quien en una carta al escritor Bill-Belotserkovski dijo de ella: «No debe olvidar que la impresión fundamental que el espectador saca de esta pieza es favorable para los bolcheviques: Si incluso gentes como los Turbín se ven forzadas a deponer las armas y someterse a la voluntad del pueblo, a reconocer que su causa está definitivamente perdida, eso quiere decir que los bolcheviques son invencibles, que nada se puede hacer contra ellos. *Los días de los Turbín* son una prueba de que el bolchevismo significa una fuerza contra la que nada puede prevalecer. Claro que el autor "no tiene la culpa" de que así sea». Al hablar de otra pieza de Bulgákov, *La evasión*, en la que se describe la vida de los guardias blancos con recursos satíricos y trágicamente grotescos, Stalin fue más lejos: para él era «un fenómeno antisoviético».

Después de esto su suerte estaba decidida. Críticos de mira estrecha y dóciles a la voz de mando —rebasando el marco de la polémica literaria— se volcaron contra él, acusándolo de toda suerte de delitos políticos. En él veían a un «emigrado blanco dentro del país», a un quintacolumnista. Se le cerraron las puertas de los teatros y editoriales. Y eso a pesar del excelente criterio que algunos escritores influyentes —Gorki entre ellos— tenían de Bulgákov.

Bulgákov fue, pues, un autor «repudiado». Su nombre desapareció de las carteleras y de las páginas de las revistas. Sólo más tarde, en la época del «deshielo», lo «rehabilitaron» —qué horrible verbo, rehabilitar—, y en agosto de 1965 pudo ver la luz su *Novela teatral*, mordaz crítica del anquilosamiento en que por la época a que esta obra se refiere —entre 1920 y 1925— se hallaba sumido el Teatro de Arte, máxima expresión de la escena soviética, aferrado como estaba al repertorio de los «clásicos».

Entre sus producciones hay relatos como *Maleficios* y *Los huevos podridos*, ambos de 1925, que también resultan fatales para él como satírico, pues los críticos

disparan contra él sus más sañudas andanadas, acusándole de ser un elemento hostil a la sociedad soviética. Tenemos, posteriormente, *La vida del señor Molière*, también escenificada, y *El maestro y Margarita*.

*La guardia blanca* nos ofrece, ante todo, un vigoroso cuadro de acontecimientos de que el autor fue testigo. En Kiev conoció la ocupación alemana, el encumbramiento y caída del *hetman* Skoropadski, el pasajero triunfo de Petliura, la definitiva llegada del Ejército Rojo. La ciudad, que pasó en repetidas ocasiones de unas manos a otras, fue teatro de sangrientos combates. Más tarde había de escribir el propio Bulgákov: «Según las cuentas de los habitantes de Kiev, se produjeron dieciocho golpes. Algunos autores de Memorias los fijan en doce. Puedo decir que fueron exactamente catorce y que diez de ellos los presencié con mis propios ojos». Los blancos, los rojos, los azules, los verdes... Todo un arco iris de colores que se sucedían con rapidez vertiginosa. Y no sólo en Kiev, sino en Ucrania entera. La aldea que por la noche se acostaba en poder de Petliura, a la mañana siguiente estaba en manos de los blancos, y al atardecer eran ya los rojos los que dictaban su ley. En ese torbellino nos encontramos de todo: personajillos muertos de miedo, como el ingeniero Lisóvich; tipos que se arrimaban al sol que más calienta, como el capitán Talberg; otros que buscan la tranquilidad y la paz pura y simplemente, como Lariósik; hombres fieles hasta el fin a su causa, aunque sea una causa perdida, como el coronel Nai-Turs, el antípoda de Talberg. Y ante todo y sobre todo, los Turbín, aferrados al recuerdo feliz de su infancia y mocedad en el número 13 de la bajada Alexéievski. Aquella casa es descrita con cálido amor: el propio autor vivió en ella la vida que atribuye a sus personajes. Allí, en el número 13 de la bajada Alexéievski, nació Bulgákov —primogénito de un profesor de la Academia Eclesiástica de Kiev—; allí murió la madre, la «reina de felices recuerdos» de *La guardia blanca*...

Pero el pasado no puede volver. Los oficiales, la guardia blanca, no son más que un puñado de hombres a quienes sus jefes abandonan en el momento culminante. Se van los alemanes y con ellos huyen el *hetman*, los generales, los Estados Mayores. Un auténtico sálvese el que pueda. ¿Qué hay que defender ahora? —se pregunta Alexei Turbín—. ¿El vado? ¿El raído de los pasos?

Más tarde, el sol que sale por entre las nubes, sobre la catedral de Santa Sofía, es rojo, como lo es Marte, la estrella de cinco puntas. Los vencidos no son los alemanes, «los vencidos hemos sido nosotros», comprenden las personas inteligentes del campo de los guardias blancos.

Era el fin de una vida y el comienzo de otra.

JOSÉ LAÍN ENTRALGO

*A Liubov Euguénievra Bélozérskaiia*

## Primera Parte

Empezó a caer una nieve menuda y de pronto los copos se hicieron de gran tamaño. Aulló el viento: era la ventisca. En un abrir y cerrar de ojos el oscuro cielo se perdió en un mar de nieve. Todo desapareció.

—Mal se presentan las cosas, señor —gritó el cochero—. La tempestad se nos echa encima.

*La hija del capitán.*

Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, y según sus obras...



## Uno

El año 1918 del nacimiento de Cristo y segundo del comienzo de la revolución fue grande y terrible. El verano fue abundante en sol y el invierno en nieve. Muy alto, en el cielo, brillaban dos estrellas: la Venus vespertina de los pastores y Marte, rojo y tembloroso.

Pero los días pasan volando como flechas, lo mismo los días de paz que los manchados de sangre, y los jóvenes Turbín no se dieron cuenta de cómo, entre las fuertes heladas, llegaba diciembre revestido de blanco. ¡Nuestro abuelo del abeto resplandeciente de nieve y dichas! ¿Dónde estás, mamá, reina de felices recuerdos?

Al año de casarse la hija, Elena, con el capitán Serguei Ivánovich Talberg y la misma semana que el primogénito, Alexei Vasílievich Turbín, después de penosas campañas y de todo género de calamidades, había vuelto a Ucrania, a la Ciudad, al nido paterno, llevaron por la empinada bajada de Alexéievski el blanco féretro con el cuerpo de la madre a Podol, a la pequeña iglesia de San Nicolás el Bueno, de la calle de Vzvoz.

Cuando la enterraron —era el mes de mayo— los cerezos y las acacias cubrían por completo de verde las ojivales ventanas del templo. El padre Alexandr, que a consecuencia de la turbación y el dolor no cesaba de tropezar, resplandecía con sus vestiduras de oro. El diácono, también revestido de oro hasta las mismas punteras de las botas, que rechinaban al andar, bramaba las palabras del adiós eclesiástico a mamá, que había abandonado a sus hijos.

Alexei, Elena, Talberg, Aniuta —que había crecido en casa de los Turbín— y Nikolka —abrumado por la muerte, con el flequillo caído sobre la ceja derecha— se agrupaban al pie de la vieja y oscurecida imagen de san Nicolás. Los azules ojos de Nikolka, a ambos lados de una larga nariz de pico de pájaro, miraban perplejos, sin vida. En ocasiones los levantaba hasta el iconostasio, a la cúpula del altar sumido en la penumbra, en el que se elevaba un viejo Dios, triste y enigmático, y quedaba parpadeando. ¿Por qué había sido abrumado con tamaña injusticia? ¿Por qué les habían arrebatado a la madre cuando todos acababan de reunirse, cuando las cosas parecían haber mejorado?

Dios, que ascendía a un cielo negro y resquebrajado, no daba respuesta a sus preguntas y Nikolka no sabía que todo cuanto pudiera ocurrir sería lo que debiera ser, y sólo para bien.

Terminó el oficio de difuntos, salieron a las losas del atrio, que resonaban al pasar, y acompañaron a la madre, a través de toda la enorme ciudad, hasta el cementerio en que bajo una negra cruz de mármol ha mucho yacía el padre. Y dieron tierra a la madre.

Muchos años antes de producirse la muerte, en la casa número 13 de la bajada de

Alexéievski la estufa de azulejos del comedor había dado calor y visto crecer a la pequeña Elena, a Alexei, el primogénito, y al diminuto Nikolka. Muy a menudo leían ante aquellos azulejos que parecían despedir fuego *El carpintero de Saardam*<sup>[1]</sup>, el reloj dejaba oír su gavota y siempre, a fines de diciembre, olía a abeto y la parafina de múltiples colores ardía entre las verdes ramas. En respuesta a la gavota del reloj de bronce, que se encontraba en el dormitorio de la madre, ahora ocupado por Elena, resonaban las campanadas del negro reloj de pared del comedor. Lo había comprado el padre hacía mucho, cuando las mujeres llevaban unas ridículas mangas abombadas en los hombros. Desaparecieron estas mangas, pasó el tiempo, murió el padre —el profesor—, crecieron todos y el reloj siguió como antes, dejando oír sus campanadas. Tan acostumbrados estaban a él que si por un milagro hubiese desaparecido de la pared lo habrían sentido como si se hubiese extinguido una voz familiar y nada pudiera cubrir él vacío. Pero felizmente, el reloj era inmortal, lo mismo que *El carpintero de Saardam* o los azulejos de la estufa, que como una sabia roca daba calor y vida en los tiempos más ásperos.

Y estos azulejos, las butacas tapizadas con viejo terciopelo rojo, los descoloridos tapices del zar Alexei Mijáilovich con un halcón en la mano y de Luis XIV descansando en un paradisíaco jardín a orillas de un lago de seda, los tapices turcos con portentosos dibujos sobre un campo oriental que no cesaban de aparecérselo a Nikolka en sus delirios cuando enfermó de escarlatina, la lámpara de bronce con su pantalla, los mejores armarios del mundo con libros que olían a misterio y a viejo chocolate, con Natasha Rostova y *La hija del capitán*<sup>[2]</sup>, las tazas de borde dorado, la plata, retratos, más retratos: todo esto era lo que en el tiempo más difícil la madre había dejado a los hijos. Ya jadeante y débil, cogida a la mano de Elena, bañada en lágrimas, había dicho en un susurro:

—Vivid... unidos.

Pero ¿cómo vivir? ¿Cómo vivir?

Alexei Vasílievich Turbín, el mayor, era un joven médico de veintiocho años. Elena había cumplido veinticuatro. Su marido, el capitán Talberg, treinta y uno, y Nikolka no pasaba de los diecisiete y medio. La vida de todos ellos se había cortado precisamente al amanecer. Ya hacía mucho que en el norte todo andaba revuelto y la confusión no cesaba de aumentar. El Turbín primogénito regresó a la ciudad natal después de la primera sacudida, que estremeció las colinas que se levantaban a orillas del Dniéper. Pensaba que todo cambiaría, volvería la vida de que hablaban los libros con olor a chocolate; pero esa vida no acababa de volver: al contrario, todo alrededor era cada vez más horrible. En el norte aullaba y aullaba la ventisca y en la Ciudad las entrañas de la tierra resonaban sordamente y gruñían inquietas bajo sus pies, El año dieciocho avanzaba rápido hacia su fin y de día en día miraba más amenazador y erizado.

Se vendrán abajo los muros, remontará inquieto su vuelo el halcón que reposa en el blanco guante, se apagará la luz de la lámpara de bronce, quemarán en la estufa a *La hija del capitán*. La madre había dicho a sus hijos:

—Vivid.

Y ellos tendrían que sufrir y morir.

Al anochecer, pocos días después del entierro de la madre, Alexei Turbín acudió a casa del padre Alexandr y dijo:

—Sí, la tristeza nos abruma, padre Alexandr. Nos es difícil olvidar a nuestra madre y por añadidura atravesamos unos tiempos tan duros... Pensaba que al volver se normalizaría nuestra vida, y ya ve...

Guardó silencio y sentado junto a la mesa, entre las sombras del anochecer, quedó pensativo, mirando al vacío. Las ramas del patio de la iglesia cubrían la casita del sacerdote. Parecía que tras la pared del despacho, repleto de libros, empezaba un bosque primaveral, misterioso y espeso. La Ciudad, como todas las tardes, bullía sordamente y olía a lilas.

—No podemos hacer nada, no podemos hacer nada —balbució turbado el sacerdote. (Siempre se turbaba cuando tenía que hablar con alguien.)—. Es la voluntad de Dios.

—¿Terminará esto alguna vez? ¿Será mejor lo que ocurra? —preguntó Turbín, sin saber a quién se dirigía.

El sacerdote se removió en su sillón.

—Es un tiempo difícil, muy difícil, ni que decir tiene —balbució—, pero no debemos abatirnos...

Luego, de pronto, puso la blanca mano, que sacó de la negra manga de la sotana, sobre una pila de libros y abrió el primero de ellos por el lugar que tenía marcado con una cinta bordada de brillantes colores.

—No debemos dejarnos ganar por el abatimiento —añadió turbado, pero con gran vigor de persuasión—. El abatimiento es un gran pecado... Aunque creamos que nos esperan nuevas pruebas —prosiguió en tono más seguro—. Verá, últimamente me he pasado casi todo el tiempo entre libros, de lo mío, claro. Más que nada de teología...

Levantó el libro de modo que la última luz de la ventana cayera en la página y leyó:

—«El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre».

## Dos

Así pues, era un diciembre blanco, cubierto de nieve. Vertiginosamente avanzaba hacia su mitad. Los destellos de la Navidad se sentían ya en las nevadas calles. Pronto iba a terminar el año dieciocho.

Sobre la casa de dos plantas que llevaba el número 13, un peregrino edificio (por la parte de la calle, las habitaciones de los Turbín ocupaban el segundo piso, mientras que por el patinillo, en cuesta y acogedor, eran primero), en el jardín que se extendía al pie de la empinada cuesta, todas las ramas de los árboles parecían inclinadas garras. La montaña estaba cubierta de nieve, lo mismo que los pequeños cobertizos del patio, y se había convertido en un gigantesco pan de azúcar. La casa se adornaba con un blanco gorro de general y en el piso bajo (la segunda planta por la calle y sótano en el patio, bajo la terraza de los Turbín) lucían las débiles y amarillentas lámparas de Vasili Ivánovich Lisóvich, ingeniero y cobarde, burgués y antipático, mientras que en el de arriba las ventanas de los Turbín dejaban salir una luz viva y alegre.

Al anoecer, Alexei y Nikolka fueron a buscar leña al cobertizo.

—Hay poquísima. Mira, otra vez han venido a robar.

De la linterna eléctrica de Nikolka salió un cono azul y pudo verse que las tablas habían sido arrancadas por fuera. Luego las habían vuelto a clavar de cualquier manera.

—¡Teníamos que pegarles un tiro a esos diablos! Como te lo digo. ¿Quieres que nos quedemos vigilando esta noche? Sé quiénes son: los zapateros del once. ¡Son unos miserables! Tienen más leña que nosotros.

—Déjalo... Vamos, toma.

Rechinó el oxidado cerrojo, una plasta de nieve cayó sobre los hermanos. Sacaron unos cuantos leños. A las nueve no se podía poner la mano en los azulejos de Saardam.

La famosa estufa lucía en su brillante superficie varios dibujos e inscripciones del más profundo sentido, trazados con tinta china por la mano de Nikolka a lo largo del año dieciocho:

Si te dicen que los aliados vienen en socorro nuestro, no lo creas. Los aliados son unos canallas.

Simpatiza con los bolcheviques.

Un dibujo: la cara de Momo.

Al pie:

«El ulano Leonid Yúrievich».

Rumores terribles, espantosos,  
¡atacan las bandas de los rojos!

Un dibujo a todo color: una cabeza con los bigotes caídos, alto gorro de piel y coleta azul.

A renglón seguido:

«¡Duro contra Petliura!».

Las manos de Elena y de los cariñosos y viejos amigos de la infancia de los Turbín —Mishlaievski, Karás, Shervinski— habían escrito con pinturas, tinta china y ordinaria y jugo de cereza:

Elena Vasílievna nos quiere a todos mucho.  
A unos dice sí, a otros dice no.

Lénochka, he sacado billetes para Aida.  
Palco número ocho, a la derecha.

Me enamoré el 12 de mayo de 1918.  
Es usted gordo y feo.

Después de estas palabras me voy a pegar un tiro.

(Una pistola muy bien dibujada).

¡Viva Rusia! ¡Viva la autocracia!

Junio. Barcarola.

No en vano recuerda Rusia entera  
el día de Borodinó<sup>[3]</sup>.

Con caracteres de imprenta, escrito por Nikolka:

Bajo la amenaza de ser pasado por las armas y quedar desposeído de derechos, se prohíbe a cualquier camarada escribir en esta estufa cosas inconvenientes. El comisario del distrito de Podolsk, sastre de señoras, caballeros y mujeres, Abraham Prushiner.

30 de enero de 1918

Los pintados azulejos despiden calor, el negro reloj marcha lo mismo que hace treinta años: tic-tac. El mayor de los Turbín, de pelo rubio, envejecido y sombrío desde el 25 de octubre de 1917, con una guerrera de enormes bolsillos, pantalones de montar y pantuflas nuevas, permanece en su sillón en la posición favorita, con las piernas recogidas. Nikolka se encuentra a sus pies sentado en un banquillo, con el flequillo revuelto y los pies estirados hasta casi tocar el aparador; porque el comedor es más bien reducido. Calza botas altas adornadas con chapas de plata. La amiga de Nikolka, la guitarra, suena con voz tierna y sorda: trin... Algo indefinido, porque hasta ahora no se sabe nada concreto. En la Ciudad reina un ambiente de inquietud y confusión...

Nikolka luce hombreras de suboficial con insignias blancas y en la manga izquierda, formando ángulo agudo, un galón tricolor. (Primer grupo de voluntarios de infantería, tercera sección. Se empezó a formar tres días antes, visto el cariz que tomaban los acontecimientos).

Mas, a pesar de todo, la realidad es que en el comedor se está muy bien. El ambiente es confortable, las cortinas color crema están echadas. El fuego de la estufa calienta a los hermanos, produce languidez.

El mayor deja el libro y se estira.

—A ver, toca *Los alquileres*.

Trin-tan... Trin-tan...

Botas altas a la moda,  
gorros aplastados,  
¡pasan los cadetes de ingenieros!

El mayor empieza a cantar al son de la música. Sus ojos siguen sombríos, aunque en ellos se ha encendido una chispa y por sus venas circula fuego. Pero más bajo, señores, bajito, muy bajito, muy bajito.

Buenos días, señores veraneantes.  
Buenos días, señoras veraneantes...

La guitarra sigue al compás de la marcha, de sus cuerdas salen formadas las compañías, desfilan los ingenieros: ¡un-dos, un-dos! Los ojos de Nikolka recuerdan:

La escuela militar. Las desconchadas columnas de los tiempos de Alejandro I, los cañones de la entrada, los cadetes se arrastran de una ventana a otra, se defienden a tiros. Ametralladoras emplazadas en las ventanas.

Una nube de soldados rodeaba la escuela, un auténtico nubarrón. Nada se podía hacer contra ellos. El general Bogoroditski, asustado, acabó por rendirse; se rindió con todos los cadetes. Una vergüenza...

Buenos días, señores veraneantes.  
Buenos días, señoras veraneantes.  
Vengan a alquilar una casa cuando quieran.

Los ojos de Nikolka se velan.

Un calor sofocante en los dorados campos de Ucrania. Las compañías de cadetes avanzan entre nubes de polvo. Todo esto sucedió, sucedió, pero ha dejado de existir. Una vergüenza. Estupideces.

Elena descorrió la cortina y en el negro hueco apareció su pelirroja cabeza. Dirigió a los hermanos una mirada tierna y otra muy, muy inquieta al reloj. Era comprensible. ¿Donde podía haberse metido Talberg? La hermana estaba preocupada.

Quiso unirse, para disimular, al canto de los hermanos, pero se detuvo de pronto y levantó un dedo.

—Esperad. ¿No oís nada?

Las siete cuerdas de la guitarra interrumpieron la marcha de la compañía: ¡alto! Prestaron atención y se convencieron de que eran los cañones. Era algo pesado, lejano, sordo. Otra vez: bum... Nikolka dejó la guitarra y se puso en pie con rapidez.

Tras él, carraspeando, se levantó Alexei.

La oscuridad en la sala era completa. Nikolka tropezó con una silla. En la ventana había una auténtica representación de la ópera *La Nochebuena*: nieve y lucecitas que temblaban y refulgían. Se acercó a un ventanillo. En sus ojos se esfumaron los sofocantes calores y la escuela militar, aquellos ojos se hicieron todo oídos. ¿Dónde era? Encogió los hombros de suboficial.

—El diablo lo sabe. Parece como si disparasen en Sviatóshino. Resulta extraño cómo pueden haberse acercado tanto.

Alexei se encontraba perdido en la oscuridad, Elena, en cambio, estaba cerca del ventanillo y podía ver sus ojos asustadísimos. Talberg seguía sin aparecer. ¿Qué significaba eso? El hermano mayor se daba cuenta de la inquietud de ella y por eso permanecía en silencio, aunque eran muchos sus deseos de decirle algo. Era en Sviatóshino. La duda era imposible. Disparaban a doce verstas de la ciudad. ¿Qué podía ocurrir?

Nikolka agarró la falleba, con la otra mano apretó el cristal como si quisiera romperlo y salir al exterior. Las aletas de su nariz se dilataron.

—Me entran ganas de ir a ver qué pasa...

—Sí, claro, no sé qué se te habrá perdido allí...

La voz de Elena denunciaba su inquietud. Una desgracia tenía que haber ocurrido. Su marido debía haber vuelto como muy tarde, ¿lo oís?, como muy tarde a las tres, y ahora eran ya las diez.

Volvieron en silencio al comedor. La guitarra callaba sombría. El samovar que Nikolka trajo de la cocina cantaba algo siniestro y no cesaba de escupir. En la mesa aparecieron las tazas de delicadas florecillas por fuera y doradas por dentro, en forma

de columnas salomónicas. En vida de la madre era en la familia el servicio de días de fiesta, pero ahora los hijos lo utilizaban a diario. El mantel, a pesar de los cañones, las angustias, inquietudes y estupideces, estaba limpiísimo y almidonado. Esto se debía a Elena, que no podía vivir de otro modo; se debía a los cuidados de Aniuta, que había crecido en casa de los Turbín. Los suelos relucían y ahora, en diciembre, en el jarrón mate de la mesa había unas azules hortensias y dos sombrías y ardientes rosas, que afirmaban la belleza y solidez de la vida, a pesar de que en las cercanías se encontraba el traidor enemigo, capaz de hacer añicos la hermosa y nevada Ciudad, y pisotear los restos de la tranquilidad que aún disfrutaban. Flores. Las flores eran un presente del fiel admirador de Elena, el teniente de la guardia Leonid Yúrievich Shervinski, amigo de la vendedora de la famosa confitería «La Marquesa» y amigo también de la dependienta de la acogedora florería «La flora de Niza». A la sombra de las hortensias, un platillo de dibujos azules con varias rodajas de embutido, mantequilla en la transparente mantequera, una barra de pan blanco. Todo lo necesario para tomar un bocado y una taza de té de no ser por aquellas sombrías circunstancias...

En la tapa de la tetera se yergue un arrogante gallo de vivos colores. En la reluciente panza del samovar se reflejan, deformadas, las caras de los Turbín, las mejillas de Nikolka parecen las de Momo.

En los ojos de Elena hay angustia, los rizos de su cabello, más rojizo a la luz de la lámpara, caen abatidos.

Talberg estaba Dios sabe dónde, con el tren del *hetman*, y había estropeado la velada. El diablo lo sabía, ¿no le habría sucedido algo?... Los hermanos mastican sin ganas los emparedados. Elena tiene ante ella su taza de té, ya frío, y *Un señor de San Francisco*. Sus ojos nublados, que no ven nada, miran las palabras:

... tinieblas, océano, ventisca.

Elena no lee.

Llega un momento en que Nikolka no puede aguantarse:

—Me gustaría saber por qué disparan tan cerca. Porque no puede ser...

Se interrumpe a media frase; al moverse, su cara, reflejada en el samovar, se deforma. Una pausa. La manecilla se arrastra hasta el minuto diez y —tic-tac— avanza hacia las diez y cuarto.

—Disparan porque los alemanes son unos miserables —gruñe inesperadamente el mayor.

Elena levanta la cabeza hacía el reloj y pregunta:

—¿Es posible? ¿Pero es posible que nos abandonen a nuestra suerte?

Su voz es angustiosa.

Los hermanos, como a voz de mando, vuelven la cabeza y tratan de disimular.

—No se sabe nada —dice Nikolka, y da un mordisco a su pedazo de pan.



—Lo he dicho por decir... una suposición. Son rumores que corren.

—No. No son rumores —replica con voz firme Elena—. No es un rumor, es cierto. Hoy he visto a la Scheglova y me ha dicho que los alemanes habían retirado dos regimientos de Borodianka.

—Estupideces.

—Recapacita un poco —empieza el mayor—, ¿se puede concebir que los alemanes dejen acercarse a la ciudad a ese bellaco? ¿Te das cuenta? Yo, personalmente, no me imagino cómo podrían vivir juntos un minuto siquiera. No puede haber nada más absurdo. Los alemanes y Petliura. El único adjetivo que tienen para él es el de bandido. Le entran a uno ganas de reír.

—Puedes decir lo que quieras. Ahora conozco a los alemanes. He visto a algunos con brazalete rojo. Vi a un suboficial borracho que iba con una mujerzuela. También ella estaba borracha.

—¿Qué importa? Los casos de descomposición pueden darse hasta en el ejército alemán.

—¿Creéis, pues, que Petliura no entrará?

—Ejem... A mi modo de ver eso es imposible.

—En absoluto. Haz el favor, sírveme otra taza de té. No te preocupes. Mantente tranquila.

—Pero, Dios mío, ¿dónde estará Serguei? Estoy segura de que han asaltado su tren y...

—¿Y qué? ¿Qué más? Esa línea está completamente libre.

—¿Por qué entonces tarda tanto?

—¡Qué cosas tienes! Tú misma sabes cómo marchan los trenes. Seguramente se habrán parado en cada estación cuatro horas.

—Es la manera revolucionaria. El tren se mueve una hora y dos está parado.

Elena suspira profundamente y mira el reloj. Después de una pausa vuelve a la carga:

—¡Dios mío, Dios mío! Si los alemanes no hicieran esa canallada, todo sería perfecto. Con dos regimientos les basta y les sobra para aplastar como una mosca a ese Petliura. Pero no, veo que se han entregado a un infame doble juego. ¿Y por qué no aparecen los aliados, tanto como los alaban? Son unos miserables. Prometían mucho, prometían...

El samovar, silencioso hasta entonces, empieza a cantar inesperadamente y unas brasas recubiertas de gris ceniza caen en la bandeja. Los hermanos, sin darse cuenta, vuelven la vista hacia la estufa. Ahí está la respuesta:

Los aliados son unos canallas.

La manecilla se detiene en el cuarto, el reloj gruñe gravemente y deja oír una campanada. Acto seguido le contesta un agudo y cantarino timbrazo bajo el suelo, en

la entrada.

—Gracias a Dios, ahí está Serguei —dice alegre el mayor.

—Es Talberg —confirma Nikolka, que corre a abrir.

Elena, con las mejillas coloreadas, se pone en pie.

Pero no era Talberg. Se oyeron tres portazos y en la escalera resonó la voz sorda y extrañada de Nikolka. Otra voz le contestó. A continuación retumbaron en la escalera los pasos de unas botas herradas y el golpear de una culata. La puerta del recibimiento dejó pasar una oleada de frío y ante Alexei y Elena apareció una figura alta y de anchos hombros, con un capote que le llegaba hasta los pies y hombreras de campaña, con las tres estrellas de teniente dibujadas con lápiz tinta. El capuchón estaba cubierto de escarcha. El pesado fusil con la oscura bayoneta ocupó todo el recibimiento.

—Buenas noches —cantó la figura con ronca voz de tenor, y los dedos entumecidos se agarraron al capuchón.

—¡Vitia!

Nikolka ayudó a la figura a desatar los cordones, el capuchón cayó sobre la espalda dejando ver una aplastada gorra de oficial y, sobre unos hombros enormes, la cabeza del teniente Víktor Víktorovich Mishlaievski. Era una cabeza muy hermosa, con la belleza extraña, triste y atractiva de una raza vieja, auténtica y con signos de degeneración. Advertíase la belleza en los atrevidos ojos, de distinto color, en las largas pestañas. La nariz era aguileña, los labios orgullosos, la frente blanca y limpia, sin signos particulares. Pero las comisuras de la boca estaban tristemente caídas y la barbilla quedaba torcida. Era como si el escultor que modeló aquella cara de un noble hubiese sentido la absurda fantasía de dar un mordisco a la arcilla, dejando al valeroso rostro un mentón pequeño e irregular, femenino.

—¿De dónde sales?

—¿De dónde?

—Ten cuidado —contestó con voz débil Mishlaievski—, no lo rompas. Ahí hay una botella de vodka.

Nikolka colgó con precaución el pesado capote, de cuyo bolsillo asomaba el gollete de la botella envuelta en una hoja de periódico. Luego colgó la pesada pistola Mauser con su funda de madera, que se quedó balanceando en la cornamenta de ciervo de la percha. Sólo entonces se volvió Mishlaievski hacia Elena, le besó la mano y dijo:

—De Krasni Traktir. Permíteme, Lena, que me quede aquí a pasar la noche. Me sería imposible llegar a casa.

—Claro que sí, no faltaba más.

De pronto, Mishlaievski dejó escapar un gemido, trató de echar aliento a sus dedos, pero los labios no le obedecieron. Las blancas cejas y el grisáceo terciopelo

del recortado bigote empezaban a derretirse, su cara estaba mojada. El mayor de los Turbín le desabrochó la guerrera y pasó las manos por las costuras, estirando la sucia camisa.

—Naturalmente... Está plagado de piojos.

—Vaya... —Elena asustada se puso en movimiento, olvidando por un minuto a Talberg—. Nikolka, en la cocina hay leña. Ve y enciende el calentador de agua. Es una pena que dejase salir a Aniuta. Quítale la guerrera, Alexei, de prisa.

En el comedor, ante los azulejos de la estufa, Mishlaievski se dejó caer en una silla, dando rienda suelta a los gemidos. Elena iba y venía con gran estrépito de llaves. Alexei y Nikolka, de rodillas, sacaron a Mishlaievski las estrechas y elegantes botas altas, con placas de plata en las cañas.

—Cuidado... Ay, cuidado...

Debajo de los helados peales había unos calcetines de seda color lila. Nikolka sacó inmediatamente la guerrera a la fría terraza: que reventasen los piojos. Con la sucia camisa de batista cruzada por los tirantes negros y los azules pantalones de montar con trabilla, Mishlaievski era fino y negro, un ser enfermo y digno de conmiseración. Pasó las manos amoratadas por los azulejos.

Rumo... terri...

atacan... bandas...

Me enamoré... mayo...

—¡Qué miserables! —gritó Turbín—. ¿Es que no pudieron daros botas de fieltro y pellizas?

—Bo... tas de fieltro —le remedó Mishlaievski, gimiendo.

Al entrar en calor sentía en las manos y los pies un dolor insufrible. Cuando los pasos de Elena se perdieron en la cocina, gritó furioso, con lágrimas en los ojos:

—¡Eso es un burdel!

Retorciéndose, se dejó caer y señalando los calcetines con el dedo, gimió:

—Quitádmelos, quitádmelos, quitádmelos...

Se extendió un desagradable olor a alcohol desnaturalizado, en la palangana se derretía una montaña de nieve. El vasito de vodka produjo un efecto instantáneo, el teniente Mishlaievski sintió que se le nublaba la vista.

—¿Tendrán que cortarme? Santo Dios... —se balanceó amargamente en el sillón.

—No digas esas cosas, espera. No será nada... Se te ha helado un poco el pulgar. Pero no es nada... se pasará. También esto se pasará.

Nikolka, en cuclillas, le puso los limpios calcetines negros. Las manos entumecidas y rígidas de Mishlaievski se perdieron en la felpa de las mangas del albornoz. En sus mejillas aparecieron unas manchas, rojas y el teniente Mishlaievski, acurrucado, con ropa limpia y envuelto en el albornoz, se reanimó. Las imprecaciones repiquetearon en la habitación como el granizo en el antepecho de la ventana. Con los

ojos torcidos, cubría de injurias a los del Estado Mayor que iban en vagones de primera, a un coronel Schotkin, al frío, a Petliura, a los alemanes, a la ventisca, y acabó denostando con los más atroces improperios al mismo *hetman* de toda Ucrania.

Alexei y Nikolka miraban al teniente, que había entrado en calor y cuyos dientes no cesaban de rechinar. De tarde en tarde exclamaban:

—¡Bueno, bueno!

—¿El *hetman*? ¡Me c... en su madre! —bramaba Mishlaievski—. ¿Qué fue de caballería de la Guardia? ¿Que prestó servicio en palacio? A nosotros nos mandaron con lo puesto. Veinticuatro horas nos hemos pasado en la nieve, en plena helada... ¡Santo Dios! Creí que no íbamos a quedar nadie con vida... ¡La zorra de su madre! Entre un oficial y otro había cien brazas. ¿A eso se llama cubrir la línea? ¡Han estado a punto de matarnos como si fuéramos gallinas!

—Espera —le interrumpió Turbín abrumado por el chaparrón de denuestos—. Dime, ¿quién estaba en Traktir?

—¡Bah! —Mishlaievski hizo un gesto de abandono—. ¡No comprenderías nada! Llegó ese canalla, el coronel Schotkin, y dijo —torció la cara tratando de imitar al odioso coronel y siguió con voz fina, ceceando y alargando las palabras—: «Señores oficiales, toda la esperanza de la Ciudad está en ustedes. Hagan honor a la confianza de la madre de todas las ciudades rusas, que está al borde de la muerte. Si el enemigo ataca, pasen a la ofensiva. ¡Dios está con nosotros! Dentro de seis horas les mandaré el relevo. Pero no malgasten la munición...». —Mishlaievski pasó al tono ordinario de voz—, y desapareció en el coche con su ayudante. Aquello estaba oscuro como boca de lobo. El frío se nos metía en el cuerpo.

—¿Pero acabarás de decir quién estaba allí? No puede ser que Petliura se encuentre en Traktir.

—¡El diablo lo sabe! Créeme, al hacerse de día estuvimos a punto de volvernos locos. Entramos en servicio a medianoche, esperábamos el relevo... No sentíamos ni las manos ni los pies, y el relevo sin venir. No podíamos encender fuego, se comprende, la aldea estaba a dos verstas y Traktir a una. Por la noche todos los gatos son pardos, se me figuraba que algo se movía por el campo... «¿Qué vamos a hacer?», pensaba. Porque cuando uno se echa el fusil a la cara siente la tentación: ¿disparo o no disparo? Aullábamos como lobos. Lejos de uno, alguien contestaba. Por fin, me metí entre la nieve. Hice con la culata una zanja y me tendí en ella, tratando de no dormirme. Si me dormía era hombre perdido. Al amanecer no podía más, los ojos se me cerraban. ¿Sabes lo que me salvó? Las ametralladoras. Oí que empezaban a disparar a cosa de tres verstas. Puedes creerme, no sentía deseos de levantarme. Luego vino el cañoneo. Me puse en pie, los pies me parecían de plomo y pensé. «Estás de enhorabuena, ha venido Petliura». Ordenamos mal que bien la línea de tiradores y cambiamos impresiones a gritos. Decidimos que si sucedía algo nos reuniríamos y nos batiríamos en retirada hacia la ciudad. Si nos mataban, que nos matasen. Al menos estaríamos juntos. Pues bien, imagínate, todo quedó en calma. Por

la mañana, en grupos de a tres, empezamos a acudir a Traktir para entrar en calor. ¿Sabes cuándo llegó el relevo? A las dos de la tarde. Doscientos cadetes del primer grupo. Perfectamente equipados, con gorros de piel, botas de fieltro y una sección de ametralladoras. Los trajo el coronel Nai-Turs.

—¡Ah! ¡El nuestro, el nuestro! —exclamó Nikolka.

—Espera, ¿un húsar del regimiento de Belgrado? —preguntó Alexei.

—Sí, sí, es húsar... ¿Comprendes? Se nos quedaron mirando asustados: «Pensábamos que aquí había dos compañías con ametralladoras. ¿Cómo habéis podido resistir?».

—Resultó que al amanecer una banda de unos mil hombres se había lanzado al ataque contra estas ametralladoras en Serebrianka. Afortunadamente no sabían que allí la línea de tiradores era algo así como la nuestra, de lo contrario hubieran podido hacer una visita a la Ciudad. Gracias a que tenían línea telefónica con Post-Volinski. Lo comunicaron y desde allí una batería abrió fuego de metralla. Se les enfriaron los ánimos, ya comprendes, no llevaron el ataque hasta el fin y se dispersaron.

—Pero ¿quiénes eran? ¿Gente de Petliura? No es posible.

—El diablo lo sabe. Creo que eran campesinos de los contornos, portadores de Dios al estilo de Dostoievski... puaf... ¡Hijos de mala madre!

—¡Dios mío!

—Sí —prosiguió Mishlaievski mientras encendía un cigarrillo—. Por fin nos relevaron, a Dios gracias. Pasamos revista y éramos treinta y ocho. Puedes felicitarme: dos se habían quedado helados. A los cerdos. Recogimos a otros dos, les tendrán que amputar los pies...

—¡Cómo! ¿Los encontrasteis muertos?

—¿Pues qué te creías? Un cadete y un oficial. Y en Popeliuja, cerca de Traktir, aún resultaron mejor las cosas. Nos acercamos, el subteniente Krasin y yo, a buscar un trineo para llevar a los congelados. El poblacho parecía muerto, no había ni un alma. Por fin vimos venir a uno envuelto en un capotón y con un palo. Nos miró con grandes muestras de alegría. Al instante presentí algo malo. El tipo no cesaba de repetir entusiasmado: «Mozos... mozos...». Yo traté de ponerme a su tono: «Hola, abuelo. Danos tu trineo, tenemos mucha prisa». Él me contestó: «No lo tengo. Los oficiales se lo llevaron a Post». Hice un guiño a Krasin y seguí preguntando: «¿Los oficiales? ¿Y dónde están los mozos del pueblo?». El abuelo me soltó: «Se han ido con Petliura». ¿Qué te parece? Era cegato y no se dio cuenta de que los capuchones nos tapaban las hombreras con las insignias, nos tomó por gente de Petliura. No me pude contener... Estaba helado... furioso... Agarré al abuelo del cuello, casi le saqué el alma del cuerpo, y le grité: «¿Conque se han ido con Petliura? ¡Pues yo te voy a mandar al reino celestial, canalla!». Se comprende, el santo labrador y sembrador — Mishlaievski soltó una horribles blasfemia, fue como si lanzase una piedra— se dio cuenta de la situación al instante. Se tiró a mis pies gritando: «Perdóneme, señoría, soy viejo y veo mal. Ahora mismo les daré un caballo. ¡Pero no me mate!».

Aparecieron caballos y trineos.

»Pues bien, al anochecer llegamos a Post. Imposible comprender lo que allí ocurre. Por el camino conté cuatro baterías sin desplegar, en orden de combate. Resulta que carecen de munición. Los puestos de mando son innumerables. Nadie tenía la menor idea de nada. ¡Y lo peor de todo era que no sabíamos dónde dejar los muertos! Encontramos por fin un puesto de cura de urgencia y los dejamos allí a la fuerza. No querían hacerse cargo de ellos: "Llévalos a la Ciudad." Nos pusimos furiosos. Krasin quiso pegarle un tiro a un tipo del Estado Mayor. Este dijo que parecíamos gente de Petliura y se esfumó. Era ya de noche cuando encontramos el vagón de Schotkin. De primera, con luz eléctrica... ¿Podrás creerlo? Un sujeto, debía de ser un asistente, se empeñaba en no dejarnos pasar. "Está durmiendo. Tengo orden de no permitir la entrada a nadie." Di un culatazo en la portezuela del vagón y todos los nuestros levantaron un tremendo griterío. Dentro se alarmaron. Salió Schotkin y empezó a hacer aspavientos: "Dios mío. Claro, claro. Ahora mismo. ¡Eh, ordenanzas! Preparad sopa de col y coñac. Al instante les encontraremos acomodo. Descanso completo. Las pérdidas son muy sensibles, pero debemos resignarnos. He sufrido tanto..." Y disponía de todo el coñac que se quisiera. ¡A-a-ah! —Mishlaievski bostezó repentinamente y dio una cabezada. Balbució como dormido—: Nos dieron un vagón de mercancías con su estufa... ¡A-a-ah! Yo tuve suerte. Se conoce que después del alboroto quería librarse de mí. "Usted, teniente, va a ir a la Ciudad. Al estado mayor del general Kartúzov. Informará de la situación". ¡A-a-ah! Vine en una locomotora... me quedé tieso... el castillo de Tamara... vodka...

Mishlaievski dejó caer el cigarrillo de los labios, se echó hacia atrás y empezó a roncar acto seguido.

—Estupendo —dijo Nikolka, desconcertado.

—¿Dónde está Elena? —preguntó preocupado el hermano mayor—. Hay que preparar sábanas para él. Tú llévalo al baño.

A todo esto, Elena estaba llorando en el cuarto del otro lado de la cocina, donde tras la cortina de percal, en el calentador, junto a la bañera de cinc, ardían los bien cortados leños de madera de abedul. El ronco relojito de la cocina había dado las once. Talberg había muerto. Era evidente, habían asaltado el tren con el dinero, habían acabado con toda la escolta y en la nieve no quedó más rastro que el de las manchas de sangre confundida con sesos, Elena permanecía sentada en la penumbra, la revuelta corona de su cabellera era atravesada por la llama, las lágrimas corrían por sus mejillas. Ha muerto...

Y he aquí que de pronto el fino timbrazo inundó toda la casa. Desalada, Elena cruzó la cocina, el oscuro cuarto de los libros e irrumpió como un vendaval en el comedor. Las luces eran más brillantes. El negro reloj dio la hora y continuó su animoso tic-tac.

Pero después de la primera explosión de alegría, el júbilo de Nikolka y el hermano mayor no tardó en extinguirse. Más que nada se habían alegrado por Elena.

En ambos producían una pésima impresión las hombreras en forma de cuña, del Ministerio de la Guerra del *hetman*, que Talberg lucía. Por lo demás, con anterioridad a lo de las hombreras, casi desde el mismo día de la boda de Elena, una grieta se había abierto en el jarrón de la vida de los Turbín, y el agua buena se había salido sin que nadie lo advirtiera. El jarrón estaba seco. Acaso la causa principal de que así hubiese sucedido estuviera en las dos capas de los ojos del capitán de Estado Mayor Serguei Ivánovich Talberg...

Como quiera que fuese, la primera capa se podía leer ahora muy bien. En la capa exterior había la simple alegría humana que producía el calor, la luz y la sensación de hallarse a seguro. Pero más adentro había una clara inquietud, y Talberg acababa de traerla consigo. Lo más profundo, se entiende, permanecía oculto, como siempre. En todo caso, la figura de Serguei Ivánovich no reflejaba nada. El cinturón era anchó y lo traía bien ceñido. Ambas insignias —de la Academia y de la Universidad— resplandecían tranquilas con su blanco esmalte. La magra silueta se movía bajo el negro reloj como un autómata. Talberg venía helado, pero sonreía a todos con benevolencia. Y en esta benevolencia también se dejaba sentir su inquietud. Nikolka, dando un resoplido con su larga nariz, fue el primero en advertirlo. Talberg, alargando las palabras, con frases lentas y alegres, explicó que el tren con dinero y provisiones, al frente de cuya escolta iba él, había sido asaltado en Borodianka, a cuarenta verstas de la ciudad. Elena, horrorizada, se apretó contra las insignias. Los hermanos dieron nuevas muestras de asombro y Mishlaievski, que dormía como un tronco, lanzó un ronquido, mostrando tres dientes de oro.

—¿Quiénes eran? ¿Los de Petliura?

—Si hubiesen sido de Petliura —dijo Talberg con una sonrisa a la vez indulgente e inquieta— no estaría ahora conversando... con vosotros. No sé quienes eran. Posiblemente, cosacos de infantería incontrolados. Entraron en el vagón agitando los fusiles, preguntando de quién era el tren. Yo les dije que éramos cosacos. Se quedaron parados y confusos, luego oí una voz de mando que les ordenaba apearse. Y desaparecieron. Me figuro que iban a la busca de oficiales, probablemente pensaron que el tren era de los oficiales, y no ucraniano —Talberg volvió expresivamente los ojos hacia los galones de Nikolka, miró el reloj y añadió inesperadamente—: Ven, Elena, tengo que decirte unas palabras...

Ella le siguió presurosa al dormitorio del matrimonio, donde en la pared, sobre la cama, estaba el halcón en el guante blanco, donde en el escritorio de Elena lucía la suave luz de la lámpara verde y en la mesilla de caoba los pastores de bronce del reloj tocaban cada tres horas la gavota.

Nikolka tuvo que hacer tremendos esfuerzos para despertar a Mishlaievski. Este se tambaleaba, tropezó dormido. Permaneció a su lado para evitar que se ahogara. Alexei, sin darse cuenta de lo que hacía, pasó a la oscura sala, se acercó a la ventana y quedó escuchando: otra vez, lejanos y espaciados, retumbaban los cañonazos, cuyo sordo estruendo parecía venir envuelto en algodones.

La pelirroja Elena se hizo más vieja y fea desde las primeras palabras. Con los brazos caídos y triste, escuchaba a Talberg. Y él hablaba implacable, tieso como un palo:

—No puedo proceder de otro modo, Elena.

Ella, aceptando lo inevitable, habló así:

—Sí, lo comprendo. Tienes razón, claro. ¿Dentro de cinco o seis días? ¿Puede mejorar la situación?

Talberg pasó por un momento difícil. Hasta la eterna sonrisa patentada desapareció de su cara. Todo él reflejaba una decisión incommovible, Elena... Elena. Engañosa e incierta esperanza... Cinco diez... seis...

Y dijo:

—Debo partir ahora mismo. El tren sale a la una de la noche...

... Media hora después en la habitación del halcón todo estaba revuelto. La maleta en el suelo y con la tapa levantada. Elena, más flaca y muy seria, con arrugas en las comisuras de los labios, iba colocando en la maleta camisas, calzoncillos y toallas. Talberg, de rodillas ante el cajón inferior del armario, trataba de meter la llave por el ojo de la cerradura. Y luego... luego la habitación resultaba desagradable, lo mismo que todas las habitaciones en las que reina el caos de semejantes preparativos y, para colmo, la pantalla ha sido quitada de la lámpara. No lo hagáis nunca. ¡No quitéis nunca la pantalla de la lámpara! No corráis nunca con un trotecillo de rata en presencia de un peligro inevitable. Entornad los ojos ante la pantalla, leed aunque se oigan los aullidos de la ventisca, esperad a que vengan en busca vuestra.

Talberg huía. Se mantenía erguido, pisando los papeles rotos, ante la pesada maleta ya cerrada, con su largo capote, el gorro de negras orejeras, la escarapela gris-azul del *hetman* y el sable pendiente del cinturón.

En una apartada vía de la estación del ferrocarril esperaba un tren, aunque todavía sin locomotora, como una oruga sin cabeza. Lo componían nueve vagones de los que salía la cegadora luz blanca de las lámparas eléctricas. A la una de la noche se marchaba a Alemania el Estado Mayor del general Von Bussow. Se llevaba a Talberg, que había encontrado recomendaciones... El ministerio del *hetman* era una estúpida y vulgar opereta (a Talberg le agradaban las expresiones triviales, pero fuertes), como el mismo *hetman*. Tanto más que...

—Compréndelo —en un susurro—, los alemanes abandonan a su suerte al *hetman* y es muy posible que Petliura entre... Y eso, ya lo sabes...

¡Claro que lo sabía! Elena lo sabía perfectamente. En marzo de 1917, Talberg fue el primero —recordadlo, el primero— en llegar a la escuela militar luciendo un ancho brazalete rojo. Esto ocurrió en los primeros días del mes, cuando los oficiales de la Ciudad se hacían impenetrables ante las noticias llegadas de Petersburgo y se retiraban a los oscuros pasillos para que nadie pudiese oírles. Talberg y no otro, como miembro del comité militar revolucionario, detuvo al famoso general Petrov. Y cuando a fines del famoso año en la Ciudad se habían producido ya muchos



portentosos y extraños acontecimientos, y en ella aparecieron unas gentes que carecían de botas, pero que vestían unos anchos calzones que asomaban por debajo de los grises capotes de soldado, cuando esas gentes manifestaron que de ningún modo saldrían de la Ciudad para ir al frente, porque en el frente no se les había perdido nada, Talberg se hizo muy irascible y declaró en tono seco que aquello no era lo que se necesitaba, era una vulgar opereta. Y en cierto sentido tenía razón: resultó, en efecto, una opereta, pero no una de tantas, sino con gran derramamiento de sangre. Las gentes de los anchos calzones expulsaron de la Ciudad en un dos por tres a los desorganizados y grises regimientos que habían llegado del otro lado de los bosques, de las llanuras que conducían a Moscú. Talberg dijo que los de los calzones eran unos aventureros, las raíces estaban en Moscú y eran bolcheviques.

Pero un día de marzo llegaron a la Ciudad las grises columnas de los alemanes, en la cabeza traían unos cascos metálicos que les protegían de la metralla y los húsares lucían unos gorros de piel y montaban unos caballos que Talberg, al contemplarlos, al instante comprendió dónde estaban las raíces. Después de varias descargas de la artillería pesada alemana, los de Moscú se esfumaron tras los azulencos bosques, se fueron a comer carroña, mientras que los de los calzones volvían a la Ciudad. Talberg sonrió perplejo, pero no temía nada, porque los de los anchos calzones en presencia de los alemanes se mostraban muy pacíficos, no se atrevían a matar a nadie y ellos mismos caminaban por las calles con cierto recelo, como huéspedes que no se sintiesen seguros. Talberg dijo que carecían de raíces y durante un par de meses se mantuvo al margen. En una ocasión, Nikolka Turbín sonrió al entrar en el cuarto de Talberg, a quien sorprendió escribiendo en un pliego de papel ciertos ejercicios gramaticales. Ante él tenía un librito de un papel gris de baja calidad:

«Ignati Perpillo. *Gramática ucraniana*».

En abril del dieciocho, durante la Pascua, el circo se vio muy iluminado, con todos los globos mate encendidos y abarrotado de gente. Talberg, alegre y belicoso, contaba desde la pista las manos levantadas: se acabaron los anchos calzones, sería Ucrania, pero la Ucrania «del *hetman*»: había sido elegido el «*hetman* de toda Ucrania».

—Estamos protegidos contra la sangrienta opereta de Moscú —decía Talberg resplandeciente con su extraño uniforme del *hetman* en casa, sobre el fondo del querido y viejo empapelado de la sala. El reloj dejaba oír su despectivo tic-tac y el agua del jarrón seguía fluyendo. Nikolka y Alexei no sabían de qué hablar con Talberg. Resultaba además muy difícil porque éste se enfadaba mucho cada vez que salía a relucir la política, y en particular cuando Nikolka, sin tacto alguno, empezaba: «Y ¿cómo es, Serguei, que en marzo decías...?». Talberg enseñaba inmediatamente los dientes superiores, con anchos huecos entre unos y otros, pero grandes y blancos. En sus ojos aparecían unas chispas amarillentas y se ponía nervioso. Así por sí mismas, las conversaciones se pasaron de moda.

Sí, una opereta... Elena sabía lo que esta palabra significaba en aquellos labios

gruesos del Báltico. Pero ahora la opereta era una amenaza no para los malos, para los de los calzones o los moscovitas, para un Iván Ivánovich cualquiera, sino para Serguei Ivánovich Talberg. Cada uno tiene su estrella, y no en vano los astrólogos palatinos de la Edad Media hacían horóscopos, predecían el futuro. ¡Oh, eran muy sabios! Pues bien, Talberg, Serguei Ivánovich, tenía una estrella poco afortunada. Le habría ido bien si todo hubiese marchado en línea recta y definida, pero los acontecimientos no se desarrollaban entonces en la Ciudad siguiendo una línea recta, sino que hacían caprichosos zigzags, y en vano Serguei Ivánovich se esforzaba en adivinar lo que iba a ocurrir. No acertaba. Lejos aún, a ciento cincuenta o doscientas verstas de la Ciudad, en una vía muerta muy iluminada, había un coche salón y en el coche un hombre de mejillas afeitadas que dictaba a sus escribientes y ayudantes. ¡Ay de Talberg si ese hombre llegaba a la Ciudad! Y podía ocurrir que así fuese. ¡Ay de Talberg! Todos conocían aquel número del periódico *Vestí*, también era conocido el nombre del capitán Talberg, que había contribuido a la elección del *hetman*. El periódico publicaba un artículo salido de la pluma de Serguei Ivánovich, y en ese artículo figuraban estas palabras:

Petliura es un aventurero que con su opereta amenaza de muerte a nuestro país...

—Lo comprenderás, Elena, no te puedo llevar conmigo cuando no sé lo que me espera. ¿No es verdad?

Pero Elena era orgullosa y no hizo el menor comentario.

—Creo que a través de Rumanía conseguiré pasar felizmente a Crimea y el Don Von Bussow ha prometido ayudarme. Me estiman. La ocupación alemana se ha convertido en una opereta —en un susurro—, Petliura, según mis cálculos, no tardará tampoco en venirse abajo. La fuerza auténtica viene del Don. Y tú sabes que yo no puedo faltar allí cuando se está organizando el ejército del derecho y el orden. No acudir significaría hundir mi carrera, porque ya sabes que Denikin fue jefe de mi división: Estoy convencido de que antes de tres meses, en mayo todo lo más, entraremos en la Ciudad. Tú no temas nada. En ningún caso te harán nada, en último término tienes tu documentación de soltera. Pediré a Alexei que salga en tu defensa.

Elena volvió a la realidad de las cosas.

—Espera —dijo—. Habrá que advertir ahora mismo a mis hermanos que los alemanes nos traicionan.

Talberg se puso muy rojo.

—Claro, claro, se lo diré sin falta... Por lo demás, adviérteles tú misma. Aunque ahora eso cambia poco las cosas.

Un extraño sentimiento se apoderó por un instante de Elena, pero ya no había lugar para entregarse a la meditación: Talberg la besaba y hubo un segundo en que sus ojos de doble piso sólo dejaban pasar una cosa, ternura. Ella no pudo contenerse y

rompió a llorar, pero bajo, muy bajo: era una mujer fuerte, no en vano era hija de Anna Vladímirovna. Luego, en el comedor, se produjo la despedida con los hermanos. En la lámpara de bronce se encendió la luz rosa y el rincón quedó iluminado. El piano mostraba sus acogedores dientes blancos y la partitura de Fausto por el lugar en que los negros dibujos de las notas avanzan en cerrada formación de tinta y Valentín, el de la barba rojiza y traje de vivos colores, canta:

Por mi hermana te suplico.  
¡Compadécete, compadécete de ella!  
Guárdala.

Incluso a Talberg, nada inclinado al sentimentalismo, se le quedaron grabados los negros acordes y las viejas páginas del eterno Fausto. ¡No volvería a oír la cavatina del Dios omnipotente, no oiría cómo Elena acompañaba a Shervinski! Pero cuando ni los Turbín ni Talberg estuvieran en el mundo de los vivos, la cavatina seguiría resonando, saldría a las candilejas Valentín con su traje de vivos colores, en los palcos olería a perfume y en las casas, mujeres bañadas de luz tocarían el acompañamiento, porque Fausto, lo mismo que el Carpintero de Saardam, es de veras inmortal.

Allí mismo, junto al piano, Talberg lo explicó todo. Los hermanos guardaban un cortés silencio, tratando de no arquear las cejas. El menor, por orgullo, y el mayor porque era un hombre sin voluntad. La voz de Talberg tembló:

—Cuidad de Elena —dijo, y la primera capa de sus ojos miró suplicante e inquieta. Se quedó parado, miró confuso el reloj de bolsillo y añadió nervioso—: Ya es hora de irme.

Elena atrajo hacia sí a su marido, le hizo la señal de la cruz y le dio un beso presuroso y torcido. Talberg pinchó a ambos hermanos con el cepillo de su recortado bigote negro. Miró el billetero, comprobó inquieto la pila de documentos, contó los billetes de banco ucranianos y los marcos alemanes, que abultaban mucho menos, y sonriendo, haciendo un esfuerzo por sonreír, volviéndose a cada paso, se fue. Tin... tin... la luz del techo del recibimiento, luego el estruendo de la maleta en la escalera. Elena, asomada a la barandilla, vio por última vez el puntiagudo remate del capuchón.

A la una de la noche, entre la oscuridad llena de cementerios de vacíos vagones de carga, arrancó de la quinta vía a gran velocidad, con gran estrépito y lanzando por la chimenea un humo rojo, un tren blindado, gris y semejante a un sapo, que dejó oír un estridente pitido. Recorrió ocho verstas en siete minutos, entró, en Post-Volinski entre una confusión de ruidos y linternas, y sin detenerse, saltando sobre las agujas, se desvió de la línea principal. Haciendo despertar en las almas de los ateridos oficiales y cadetes que se acurrucaban en los vagones de mercancías y en las líneas de tiradores junto al mismo Post un confuso sentimiento de esperanza y orgullo, sin

temer a nadie ni a nada, se dirigió hacia la frontera alemana. Tras él, diez minutos más tarde, cruzó por Post un tren de pasajeros con las innumerables ventanillas iluminadas. Tiraba de él una enorme locomotora. Los centinelas alemanes, envueltos hasta los ojos en sus grandes capotones, cruzaron en las plataformas; brillaron por un instante sus anchas y negras bayonetas. Los guardagujas, ateridos, vieron cómo saltaban los largos *pullman*, mientras que las ventanillas les arrojaban haces de luz. Luego todo desapareció y el alma de los cadetes quedó llena de envidia, rencor e inquietud.

—Canallas... gimió alguien junto a las agujas, y los vagones de carga se vieron envueltos por una terrible ventisca. Aquella noche, Post quedó completamente cubierto de nieve.

Mientras tanto, en el tercer vagón a contar desde la locomotora, en un departamento con sus fundas a rayas, sonriendo cortés y adulador, Talberg hablaba en alemán con el teniente sentado frente a él.

—*O, ja* —decía de tarde en tarde el grueso teniente, sin apartar el cigarro de la boca.

Cuando el teniente se hubo dormido, se cerraron las puertas de todos los departamentos y en el cegador vagón se hizo el monótono rumoreo del camino, Talberg salió al pasillo, descorrió la pálida cortinilla con las transparentes letras «F.C.S.O.» y durante largo rato estuvo mirando las tinieblas. Allí saltaban sin Orden ni concierto las chispas, saltaban los copos de nieve y, por delante, la locomotora aullaba en un tono tan amenazador y desagradable, que hasta Talberg sintió que los nervios se le alteraban.

## Tres

A aquella hora de la noche en el piso bajo, que ocupaba el dueño de la casa, el ingeniero Vasili Ivánovich Lisóvich, reinaba un silencio absoluto que sólo un ratón turbaba de vez en cuando en el pequeño comedor de la vivienda. El ratón no cesaba de roer en el aparador, tenaz en su empeño, una vieja corteza de queso, maldiciendo la tacañería de la esposa del ingeniero, Vanda Mijáilovna. La maldecida Vanda, huesuda y celosa, dormía con profundo sueño en el reducido dormitorio del helado y húmedo piso. Por lo que hace al ingeniero, permanecía despierto en su despacho, provisto de gran cantidad de muebles, con sus cortinas y abundantes libros, por lo que resultaba extraordinariamente confortable. La lámpara de mesa, que figuraba una reina egipcia, cubierta con una floreada pantalla verde, proporcionaba a la pieza luz suave y misteriosa. El propio ingeniero se mostraba misterioso en el hondo sillón de cuero. El secreto y la ambigüedad del frágil tiempo que se atravesaba expresábase, ante todo, en la circunstancia de que la persona del sillón no era Vasili Ivánovich Lisóvich, sino que llevaba el nombre femenino de Vasilisa... Es decir, él decía llamarse Lisóvich, las muchas personas con que se encontraba le llamaban Vasili Ivánovich, pero sólo delante de él. Cuando no estaba presente y se referían a él en tercera persona, todos llamaban al ingeniero Vasilisa. Ocurrió así porque el dueño de la casa, cuando en enero de 1918 empezaron a sucederse ya muy claramente los portentos, cambió su clara firma y en vez del definido «V. Lisóvich», temeroso de ciertas responsabilidades en el futuro, empezó a firmar los cuestionarios, certificados, bonos y cartillas de racionamiento como «Vas. Lis.».

Nikolka, que había recibido de manos de Vasili Ivánovich la cartilla de racionamiento de azúcar correspondiente al mes de enero del dieciocho, en vez de azúcar recibió una tremenda pedrada en la espalda y durante dos días estuvo escupiendo sangre. (Era un proyectil que había hecho explosión sobre la cola de quienes, sin temor a nada, aguardaban su vez en la calle Kreschátik). Al llegar a casa, apoyándose en las paredes y lívido, Nikolka, sonriente para no asustar a Elena, llenó una palangana de esputos de sangre, a la pregunta de la hermana:

—¿Pero qué es eso, santo Dios?

Contestó:

—¡El azúcar de Vasilisa, así se lo lleven los demonios! —y después de esto se quedó blanco como el papel y cayó de costado.

Dos días después, cuando Nikolka dejó la cama, Vasili Ivánovich Lisóvich no existía. Primero, la gente del trece y luego la Ciudad entera empezó a llamar al ingeniero Vasilisa, y sólo el propietario de este nombre de mujer insistía al presentarse: Lisóvich, presidente del comité de vecinos.

Convencido de que la calle estaba definitivamente tranquila, de que ni siquiera se oía ya el chirriar de los patines de los contados trineos que antes pasaban, después de prestar oído al silbido que salía del dormitorio de su mujer, Vasilisa se dirigió al

recibimiento, pasó atenta revista al cerrojo, la llave, el pestillo y la cadena y volvió a su despacho. De un cajón de su pesado escritorio sacó cuatro brillantes imperdibles. Luego, de puntillas, se perdió en la oscuridad para reaparecer con una sábana y una manta de viaje. Prestó nuevamente oído y hasta se llevó un dedo a los labios. Se quitó la chaqueta, se remangó los brazos y tomó de la estantería un bote de cola, un trozo de papel de empapelar cuidadosamente arrollado y unas tijeras. A continuación se aproximó a la ventana y protegiéndose con las manos miró a la calle. Cubrió la ventana de la izquierda hasta la mitad con la sábana y la de la derecha con la manta, que sujetó con los imperdibles. Procuró que no quedase la menor abertura. Se subió a una silla, pasó las manos por algo sobre la fila alta de libros, hizo con una navajita un corte vertical en el empapelado, luego otro a un lado, en ángulo recto, y dejó al descubierto un pequeño escondrijo que ocupaba el espacio de dos ladrillos: la noche anterior lo había preparado él mismo. Retiró la cubierta, una fina chapa de cinc, bajó de la silla, miró asustado hacia las ventanas y pasó la mano por la sábana. Del fondo del cajón de abajo, que abrió con dos aparatosas vueltas de llave, sacó a la luz de Dios un paquete hecho con papel de periódico, atado en cruz con bramante y sellado. Vasilisa lo sepultó en el escondrijo y volvió a colocar la tapa que lo cubría. Durante largo rato, sobre el rojo paño de la mesa, estuvo cortando y recortando hasta conseguir lo que deseaba. Previamente encolados, los trozos de papel se ajustaron al corte tan bien que daba gusto verlo: medio ramillete a otro medio, un cuadradito a otro. Cuando el ingeniero bajó de la silla se convenció de que en la pared no quedaba rastro alguno del escondrijo. Vasilisa se frotó animoso las manos. Inmediatamente hizo una pelota con los restos del papel, que quemó en la estufita, dispersó las cenizas y guardó la cola.

En la calle negra y desierta, una silueta gris y desharrapada, de lobo, se bajó sin ruido de la rama de la acacia en que había permanecido media hora, aguantando el frío y observando ávidamente a través de la traidora abertura que había quedado en la parte superior de la sábana el trabajo del ingeniero, quien para su desgracia la había colocado justamente en la ventana cuyos cristales estaban cubiertos por el ramaje. La silueta saltó ágilmente sobre un montón de nieve, se alejó calle arriba y con paso de lobo torció por los callejones. La ventisca, la oscuridad y la nieve se tragaron y borraron todas sus huellas.

Era de noche. Vasilisa permanecía sentado en su sillón. En la verde penumbra era un auténtico Tarás Bulba. Bigotes caídos y abundantes. ¡De Vasilisa no tenía nada! Era un hombre. Hubo un suave crujido en los cajones y ante Vasilisa, sobre el paño rojo, aparecieron unos paquetes de alargados billetes de complicado dibujo verde.

Billete del Banco Nacional  
50 karbovantsev  
Curso obligatorio.

El dibujo representa a un campesino de caídos bigotes armado con una pala y una campesina con la hoz. En el reverso, en marco ovalado, las caras ampliadas y rojizas del campesino y la campesina. También con los bigotes caídos, a la manera ucraniana. Y sobre todo ello, la advertencia:

La falsificación es castigada con pena de prisión,  
con la firma que la refrendaba;

El director del Banco Nacional, Lébid-Yúrchik.

Alejandro II, montado en su caballo de bronce y con el revuelto jabón de las patillas, miraba irritado la artística producción de Lébid-Yúrchik y con ternura la figura de reina de la lámpara. Desde la pared contemplaba horrorizado los billetes un dignatario con la banda de San Stanislav —antepasado de Vasilisa—, pintado al óleo. A la luz verde brillaban suavemente los lomos de Goncharov y Dostoisvski, se mantenían en cerrada formación negra y dorada los oficiales de la Guardia de la enciclopedia de Brockhaus-Efrón. El ambiente era confortable.

Las obligaciones del cinco por ciento estaban bien guardadas en el escondrijo, bajo el empapelado. Allí había también quince «catalinas», nueve «pedros», diez «nicolás negros», tres anillos de brillantes, un broche, una orden de Santa Anna y dos de San Stanislav.

En el escondrijo número dos habían veinte «catalinas», diez «pedros», veinticinco cucharillas de plata, un reloj de oro con su cadena, tres pitilleras («A nuestro querido compañero», aunque Vasilisa no fumaba), cincuenta monedas de oro, saleros, un estuche con cubiertos de plata para seis personas y un colador de plata para el té (el escondrijo grande se encontraba en la leñera, dos pasos al frente a contar desde la puerta, una a la izquierda, otro a contar desde la señal de tiza hecho en el tronco de la pared. Todo estaba en cajas de galletas envueltas en hule y con las juntas bien tapadas con brea, a dos varas de profundidad).

El tercer escondrijo se encontraba en el desván: a dos palmos de la chimenea hacia el noreste, bajo una viga y dentro de un montón de arcilla: tenacillas de azucarero, ciento ochenta y tres monedas de oro y obligaciones por valor de veinticinco mil rublos.

Lébid-Yúrchik quedaba para los gastos ordinarios.

Vasilisa miró con recelo alrededor, como hacía siempre que contaba el dinero, se mojó la yema del pulgar con la lengua y empezó a pasar los billetes uno a uno. Su cara se animó. Luego, inesperadamente, se puso pálida.

—Falsificación, falsificación —gruñó rabioso, meneando la cabeza—. Esa es la desgracia.

Los azules ojos de Vasilisa se entristecieron como si los hubiese velado la muerte. En el tercer paquete, uno; en el cuarto, dos; en el sexto, otros dos, y en el noveno, tres

seguidos; eran, indudablemente, de los que Lébid-Yúrchik amenazaba con pena de prisión. De un total de ciento treinta, ocho billetes presentaban evidentes signos de falsificación. El campesino mostraba un rostro sombrío, cuando debía ser alegre; junto al haz no se veían dos señales misteriosas, pero, seguras: la coma vuelta del revés y los dos puntos. Además, el papel era mejor que el de Lébid, Vasilisa los miró al trasluz: los Lébid falsos se transparentaban mucho más.

—Mañana le pasaré uno al cochero —se dijo Vasilisa—. De todas las maneras tendré que tomar un trineo. Se entiende, los otros en el mercado.

Apartó celosamente los falsos, destinados al cochero y al mercado, y guardó los otros en el cajón, que cerró con llave. Se estremeció. Sobre su cabeza, en el piso de arriba, resonaron pasos y el silencio de tumba se vio alterado por risas y confusas voces. Vasilisa dijo a Alejandro:

—Ya ves, nunca le dejan a uno tranquilo...

Arriba volvió la calma. Vasilisa bostezó, se atusó los bigotes de estropajo, retiró la manta y la sábana de las ventanas y encendió la lámpara pequeña de la sala, en la que el altavoz del gramófono desprendió un pálido reflejo. A los diez minutos la oscuridad más completa reinaba en el aposento. Vasilisa dormía junto a su mujer en la húmeda y fría alcoba. Olía a ratón, a moho, a tedio somnoliento y gruñón. Soñó que Lébid-Yúrchik venía a caballo y ciertos Ladrones de Túshino<sup>[4]</sup> abrían con llaves falsas el escondrijo. La sota de oros se subía a una silla, escupía en los bigotes de Vasilisa y le disparaba a quemarropa. Con el cuerpo empapado en un sudor frío, lanzando un alarido, Vasilisa dio un salto. Lo primero que oyó fue a la familia de los ratones, que en el comedor trabajaban con un paquete de galletas. Luego, a través del techo y las alfombras, el rasguear, inusualmente suave, de la guitarra, risas...

Empezó a cantar una voz fortísima y apasionada. La guitarra inició una marcha.

—No tendré más remedio que echarlos de la casa —dijo Vasilisa, dando vueltas entre las sábanas—. Es inconcebible. Ni de día ni de noche le dejan descansar a uno.

Pasan y cantan los cadetes  
de la Escuela de la Guardia.

—Aunque, por lo demás, llegado el caso... La verdad es que vivimos unos tiempos horribles. Uno no sabe a quién deja entrar en la casa. Y éstos son oficiales, quieras que no, significan una defensa... ¡Largo! —gritó a los enfurecidos ratones.

La guitarra... la guitarra... la guitarra.

Las cuatro ventanas del comedor. Banderas de azulenco humo. Las cortinas color crema tapaban por completo la encristalada terraza. El reloj no se oía. Sobre el blanco mantel, rosas de invernadero recién cortadas, tres botellas de vodka y alargadas botellas alemanas de vino blanco. Vasitos, manzanas en los tallados fruteros de



cristal, rajitas de limón, migas, migas, té...

En un sillón, la hoja arrugada del periódico humorístico *La muñeca del Diablo*. La niebla se revuelve en las cabezas, ya lleva a la isla de oro de alegrías infundadas, ya arroja a la turbia ola de la inquietud. Alborotan en la niebla voces desenfadadas:

¡No es posible sentarse desnudo sobre un erizo!

—Son alegres los canallas... Y los cañones han enmudecido. ¡Es divertido, que el diablo me lleve! ¡Vodka, vodka y niebla! ¡Es divertido! La guitarra.

La sandía no puede asarse con jabón,  
han vencido los americanos.

Mishlaievski, perdido entre la cortina de humo, rompió a reír. Estaba borracho.

Son ingeniosas las bromas de Breitman,  
¿dónde están las compañías de senegaleses?

—Sí, ¿dónde? En serio, ¿dónde están? —añadió con voz pastosa Mishlaievski.

Las ovejas paren bajo la lona,  
Rodzianko será presidente.

—¡La verdad es que tienen ingenio los canallas!

Elena, a quien no habían dejado pensar en sus cosas después de la marcha de Talberg —el vino blanco no hace desaparecer del todo el dolor, se limita a embotarlo—. Elena ocupa la presidencia, sentada en una butaca. Al extremo opuesto está Mishlaievski, envuelto en el blanco albornoz y la cara con manchas que le han dejado el vodka y el tremendo cansancio. Alrededor de sus ojos hay unos círculos colorados, restos del frío del miedo sufrido, del vodka y la rabia. Ocupando la parte larga de la mesa, a un lado están Alexei y Nikolka, y al otro Leonid Yúrievich Shervinski, antiguo teniente del regimiento de ulanos de la Guardia, y el teniente de artillería, Fiódor Nikoláievich Stepánov, a quien desde los tiempos del gimnasio de Alejandro se le conocía con el remoquete de Karás.

Pequeño, bien formado y, en efecto, muy parecido a un carasio<sup>[5]</sup>, Karás había coincidido con Shervinski en el portal de los Turbín veinte minutos después de la marcha de Talberg. Shervinski traía un paquete con cuatro botellas de vino blanco y Karás otras dos de vodka. Además, Shervinski iba cargado con un enorme ramo protegido herméticamente por tres capas de papel. Las rosas, no hacía falta decirlo, eran para Elena Vasílievna. Sin pasar de la puerta, Karás dio cuenta de la novedad: en las hombreras lucía unos pequeños cañones de oro. Había perdido la paciencia, todos debían incorporarse a la lucha, tanto más que en la Universidad las clases se habían suspendido, y si Petliura entraba en la ciudad no había esperanzas de que se

reanudasen. Debían acudir todos, y los oficiales de artillería al grupo de morteros. Lo mandaba el coronel Málishev, era una unidad magnífica, integrada en su inmensa mayoría por estudiantes. Karás estaba desesperado de que Mishlaievski hubiese ido a aquel estúpido grupo de voluntarios. Era una insensatez. En sus deseos de parecer un héroe, se había apresurado. ¿Dónde estaba ahora? El diablo lo sabía. Acaso hubiera muerto en los accesos de la ciudad...

¡Pero Mishlaievski había acudido también, se encontraba arriba! La hermosa Elena, en la penumbra del dormitorio, se empolvó de prisa y corriendo ante el ovalado marco de hojas de plata y salió a recibir las rosas. ¡Hurra! Todos se hallaban presentes. Los cañones de oro de Karás en las arrugadas hombreras no significaban absolutamente nada junto a las pálidas hombreras de caballería y los planchados pantalones azules de montar de Shervinski. Los atrevidos ojos de este último brillaron de alegría ante la noticia de la desaparición de Talberg. El pequeño ulano se sintió al momento en vena de cantar y la sala, con su fragancia de rosas, se inundó realmente con un monstruoso huracán de sonidos. Shervinski cantó un epitalamio al dios Himeneo. ¡Y cómo lo hizo! Sí, acaso todo en el mundo fuese un absurdo a excepción de una voz como la de Shervinski. Ciertamente entonces estaban los Estados Mayores, aquella estúpida guerra, los bolcheviques, Petliura, el deber. Pero luego, cuando todo volviese a la normalidad, abandonaría el servicio de las armas a pesar de sus relaciones petersburguesas —y todos sabían qué amigos tenía en las grandes alturas—, y se dedicaría a la escena. Cantaría en La Scala, en el Bolshoi de Moscú, cuando colgasen a los bolcheviques en las farolas de la Plaza del Teatro. En Zhmerinka, la condesa Lendrikova se había enamorado de él porque al cantar el epitalamio, en vez del *fa* atacó el *la* y lo mantuvo cinco compases. Y al decir «cinco», Shervinski bajó algo la cabeza y miró alrededor confuso, como si fuese otro el que acabara de decirlo, y no él.

—Pues sí, cinco. En fin, vamos a cenar.

Y así estaban, envueltos en banderas de humo...

—¿Dónde están las compañías de senegaleses? Contesta tú, que sirves en los Estados Mayores, Lénochka, toma vino, querida, bebe. Es preferible incluso que se haya ido. Se abrirá paso hasta el Don y volverá con el ejército de Denikin.

—¡Sí que vendrán! —atronó Shervinski—. Vendrán. Os comunicaré una noticia importante: hoy he visto yo mismo en la Kreschátik a unos aposentadores servios. Pasado mañana, dentro de dos días lo más tarde, llegarán a la ciudad dos regimientos servios.

—Di, ¿eso es cierto?

Shervinski se encapotó.

—Resulta, extraño. Cuando digo que yo mismo lo he visto, la pregunta me parece inconveniente.

—Dos regimientos... dos regimientos...

—Está bien, entonces escuchad. El propio príncipe me ha dicho hoy que en el

puerto de Odesa están desembarcando ya las tropas: han llegado los griegos y dos divisiones de senegaleses. Si conseguimos mantenernos una semana, podemos mandar a hacer p... a los alemanes.

—¡Son unos traidores!

—Si es así, entonces agarraremos a Petliura y lo ahorcaremos. ¡Hay que ahorcarlo!

—Yo mismo le pegaré un tiro.

—Otro trago. ¡A su salud, señores oficiales!

Otro trago y ¡la niebla definitiva! La niebla, señores. Nikolka, que había bebido tres copas grandes, se dirigió a su cuarto en busca del pañuelo y en el recibidor (cuando nadie le veía podía comportarse sin fingimiento alguno) dio un tropezón y cayó sobre el perchero. El corvo sable de Shervinski con su brillante empuñadura de oro. Regalo de un príncipe persa. Acero de Damasco. No era regalo de un príncipe ni la hoja era de Damasco, pero, eso sí, el arma era hermosa y de gran precio. La siniestra pistola Mauser de Karás con su funda, pendiente de las correas. Nikolka acercó la cara a la fría madera de la funda, pasó los dedos por el pavonado pico de ave rapaz de la Mauser. Sintió deseos de combatir en aquel mismo instante, en aquel segundo, junto a Post, en los campos cubiertos de nieve. ¡Porque daba vergüenza! Resultaba violento. Aquí tenía vodka y calor, mientras que allí estaba la oscuridad, estaban los hierbajos, la nevasca, se helaban los cadetes. ¿Qué pensaban en los Estados Mayores? Lástima que el grupo no estuviese presto, que los estudiantes apenas si acababan de aprender la instrucción, que los senegaleses seguían sin llegar. Seguramente eran negros como el betún... Pero se helarían con estos fríos. Porque estaban acostumbrados a un clima cálido.

—¡Pues yo al primero que ahorcaría —gritaba el mayor de los Turbín— sería a vuestro *hetman*! Durante seis meses nos ha tomado el pelo a todos. ¿Quién prohibió la formación de un ejército ruso? El *hetman*. Y ahora, cuando el gato se revuelve, ¿cómo lo organizan? A dos pasos del enemigo, y ¡piensan en grupos de voluntarios y en Estados Mayores! ¡Daos cuenta, daos cuenta!

—No te dejes ganar por el pánico —dijo Karás con calma.

Turbín se revolvió indignado.

—¿Qué me dejo ganar por el pánico? Lo que pasa es que no queréis comprenderme. No es pánico, ni mucho menos, lo que quiero es soltar todo lo que se me ha amontonado en el alma. ¿Pánico? No te preocupes. Mañana, ya lo tengo decidido, iré a incorporarme a ese grupo artillero. Y si vuestro coronel Málishhev no me admite como médico, pediré que me acepten como soldado raso. ¡Estoy de todo esto hasta la coronilla! No es pánico.

Se le atragantó un trozo de pepinillo y le dio un fuerte golpe de tos. Nikolka le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Bien dicho! —asintió Karás, sacudiendo un puñetazo sobre la mesa—. Nada de soldado raso, arreglaremos las cosas para que vayas como médico.

—Mañana iremos todos juntos —balbució, ebrio, Mishlaievski—. Todos juntos. Todo el gimnasio del emperador Alejandro. ¡Hurra!

—Es un miserable —prosiguió con odio Turbín—. Ni siquiera habla el ucraniano. Anteayer le pregunté a ese canalla, al doctor Kuritski, y resulta que después de noviembre del pasado año ha olvidado el ruso... Le pregunté cómo se dice en ucraniano «gato». Resulta que es lo mismo que en ruso ballena. Quise saber cómo es ballena en ucraniano y no supo decírmelo. Y ahora me ha retirado el saludo.

Nikolka soltó una sonora risotada y dijo:

—Ellos no pueden tener la palabra «ballena» porque en Ucrania no se crían las ballenas, mientras que en Rusia abundan mucho. Las hay en el Mar Blanco...

—La movilización —insistió Turbín mordazmente—. Lástima que no vieseis lo que ocurrió ayer en los centros de reclutamiento. Todos los especuladores estaban al tanto de que iba a decretarse tres días antes de firmarse la orden: ¿Qué os parece? Cada uno alegaba tener hernia, todos presentaban un foco en el vértice superior del pulmón derecho. Y el que no tenía nada que alegar, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra, Y esto, amigos, es muy mal síntoma. Si en los cafés se murmura en vísperas de la movilización y ni uno solo acude a presentarse, todo está perdido. ¡Canalla, es un canalla! Porque si en abril hubiese empezado a formar cuerpos de oficiales, ahora podríamos tomar Moscú. Daos cuenta, aquí, en la Ciudad, habría reunido un ejército de cincuenta mil hombres. ¡Y qué ejército! De lo mejor, porque todos los cadetes, los estudiantes, los oficiales, y aquí los hay a miles, todos habrían acudido con entusiasmo. Petliura no estaría en Ucrania y lo que es más, aplastaríamos a Trotski en Moscú como a una mosca. Es el momento preciso: porque allí, según dicen, se comen hasta a los gatos. El hijo de mala madre habría salvado a Rusia.

Turbín estaba con la cara inyectada de sangre, las palabras brotaban de él junto con finas salpicaciones de saliva. Sus ojos ardían.

—Tú... tú..., ¿sabes?, deberías ser no médico, sino ministro de Defensa —dijo Karás. Sonrió irónico, pero el discurso de Turbín le agradaba y había encendido su entusiasmo bélico.

—Alexei es un buen orador, en un mitin no hay otro como él —dijo Nikolka.

—Te tengo advertido, Nikolka, que no gastes esa clase de bromas —replicó el hermano—. Bebe y calla.

—Comprende —terció Karás— que los alemanes no habrían permitido la formación de ese ejército. Le tenían miedo.

—¡No es cierto! —gritó con fina voz Turbín—. Lo único que hacía falta era conservar la cabeza sobre los hombros, siempre habría sido posible entenderse con el *hetman*. Se debió explicar a los alemanes que para ellos no representábamos un peligro. Naturalmente. ¡Habíamos perdido la guerra! Ahora tenemos algo más terrible que la guerra, que los alemanes, que todo en el mundo. Tenemos a Trotski. Eso es lo que se debió decir a los alemanes: ¿necesitáis azúcar y trigo? Tomadlo, cuanto queráis, alimentad a vuestros soldados. Hartaos, pero ayudadnos. Permitid que nos

organicemos, para vosotros mismos es mejor, os ayudaremos a mantener el orden en Ucrania para que nuestros portadores de Dios no se contagien de la enfermedad moscovita. Y si en la ciudad hubiese ahora un ejército ruso, estaríamos aislados de Moscú por una muralla de hierro. Mientras que Petliura... —Turbín rompió a toser furiosamente.

—¡Espera! —Shervinski se puso en pie—. Debo hablar en defensa del *hetman*. Ha habido errores, es cierto, pero el plan del *hetman* era bueno. Es un diplomático. El país ucraniano... Más tarde habría procedido tal y como tú dices: ejército ruso y se acabó. ¿Queréis verlo? —Shervinski señaló solemnemente hacia afuera—. En la calle Vladímirskaia ondean ya las banderas tricolores.

—¡Ya es tarde!

—Hum... sí. Eso es cierto. Es algo tarde, pero el príncipe está convencido de que el error tiene remedio.

—Dios lo quiera, lo deseo de todo corazón —y Turbia se persignó, vuelto hacia la imagen de la virgen del rincón.

—El plan —articuló Shervinski con voz sonora y solemne— era el siguiente: cuando terminase la guerra los alemanes se repondrían y nos prestarían ayuda en la lucha contra los bolcheviques. Y cuando Moscú fuese ocupada, el *hetman* pondría Ucrania a los pies de su majestad el emperador Nicolás Alexándrovich.

Después de esta explicación, en el comedor se hizo un silencio sepulcral. Nikolka palideció amargamente.

—El emperador ha sido asesinado —murmuró.

—¿Que Nicolás Alexándrovich? —preguntó estupefacto Turbín, mientras que Mishlaievski, balanceándose, miraba de reojo al vaso y al vecino. Estaba claro: trataba de disimularlo, pero se le veía borracho perdido.

Elena, con la cabeza apoyada en las manos, contempló horrorizada al ulano.

Shervinski, sin embargo, no estaba tan borracho como parecía. Levantó la mano y dijo imperioso:

—No tengáis tanta prisa, escuchad. Ea, ruego a los señores oficiales —Nikolka se puso rojo y pálido—, que guarden silencio y escuchen lo que voy a decir. ¿Sabéis lo que ocurrió en el palacio del emperador Guillermo cuando le fue presentado el séquito del *hetman*?

—No tenemos la menor noticia.

—¡Hola! Lo sabe todo —comentó asombrado Mishlaievski—. Porque tú no fuiste...

—¡Señores! Dejadle hablar.

—Después de que el emperador Guillermo hubo hablado cariñosamente con el séquito, dijo: «Ahora me despido, señores. Sobre el futuro hablará con ustedes...». Se abrió la cortina y entró en el salón nuestro soberano. Dijo así: «Vayan a Ucrania, señores oficiales, y organicen allí sus unidades. Cuando, el momento llegue, me pondré en persona a la cabeza del ejército y les conduciré al corazón de Rusia, a

Moscú», y derramó unas lágrimas.

Shervinski contempló triunfalmente a todos los reunidos, se bebió de un trago un vaso de vino y entornó los párpados. Diez ojos se le quedaron clavados. El silencio no se interrumpió hasta que se hubo sentado y tomó un trozo de jamón.

—Escucha... se trata de una leyenda —dijo Turbín, arrugando el ceño con una dolorosa mueca.

—Mataron a todos —dijo Mishlaievski—. Al emperador, a la emperatriz y al heredero.

Shervinski miró de reojo hacia la estufa, aspiró una profunda bocanada de aire y articuló:

—Hacéis mal en no creerlo. Lo de la muerte de su majestad el emperador...

—Resulta algo exagerado —intercaló Mishlaievski emergiendo de la borrachera.

Elena se estremeció indignada y se mostró de entre la niebla.

—Debería darte vergüenza, Vitia. Eres oficial.

De nuevo Mishlaievski se hundió en la niebla.

—... es una invención de los bolcheviques. Nuestro soberano consiguió escapar con ayuda de su fiel preceptor... perdón, del preceptor del heredero, *monsieur* Gillard, y de varios oficiales que lo condujeron... a Asia. Desde allí se dirigió a Singapur y luego, por mar, a Europa. Y ahora nuestro soberano se encuentra de visita en la corte del emperador Guillermo.

—Pero si también han destronado a Guillermo... —empezó Karás.

—Los dos están de visita en Dinamarca, y con ellos se encuentra la muy augusta madre del soberano, María Fiódorovna. Podéis dar crédito a la noticia; me lo comunicó el propio príncipe.

El alma de Nikolka gimió en un mar de confusiones. Tal era su deseo de creer.

—En tal caso —dijo de pronto arrastrado por el entusiasmo, y se puso en pie, limpiándose el sudor de la frente—, propongo un brindis; ¡a la salud de su majestad el emperador!

En su mano brilló el vaso y las doradas flechas del cristal tallado se clavaron en el blanco vino alemán. Las espuelas resonaron contra las sillas. Mishlaievski se incorporó, agarrándose al borde de la mesa. También Elena se puso en pie. La hoz de oro de sus cabellos se había deshecho y las crenchas le caían en las sienes.

—¡Sea! ¡Sea! ¡Aunque esté muerto! —gritó con voz ronca y quebrada—. Es lo mismo. Bebo, bebo.

—Jamás, jamás se le perdonará el haber abdicado en la estación de Don. Jamás. Pero es lo mismo, la amarga experiencia nos ha instruido y ahora sabemos que sólo la monarquía puede salvar a Rusia. Por eso, si el emperador ha muerto, ¡viva el emperador! —gritó Turbín, y levantó el vaso.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —retumbó en el comedor tres veces.

En el piso de abajo Vasilisa abrió los ojos sobresaltado, bañado en un sudor frío. Medio dormido aún, se puso a gritar como un desesperado y despertó a Vanda

Mijáilovna.

—Santo Dios... san... san... —balbució ésta, agarrándose a la camisa del marido.

—¿Qué significa eso? ¡Son las tres de la madrugada! —vociferó Vasilisa llorando, con los ojos puestos en el negro techo—. ¡Acabará por presentar una denuncia!

Vanda empezó a gemir. Y de pronto ambos quedaron petrificados. De arriba, filtrándose claramente a través del techo, llegaba una densa y pegajosa ola, sobre la que campeaba una poderosa voz de barítono, que resonaba como una campana:

... fuerte, potente,  
reina con gloria...

A Vasilisa se le paró el corazón, hasta las piernas se le cubrieron de gruesas gotas de sudor. Moviendo la lengua como si fuera un trapo, balbució:

—No... Hah perdido el juicio... Nos pueden meter en un lío del que no habrá forma de salir bien librados. ¡El himno está prohibido! ¿Qué hacen, Dios mío? ¡Se oye en la calle, se oye en la calle!

Pero Vanda se había dejado caer ya como una piedra y estaba dormida. Vasilisa sólo encendió la lámpara cuando el último acorde se hubo extinguido en el piso de arriba en un confuso barullo de ruidos y exclamaciones.

—En Rusia sólo es posible una cosa: ¡la fe ortodoxa y la autocracia! —gritó, tambaleándose, Mishlaievski.

—¡Bien dicho!

—La semana pasada estuve a ver *Pablo Primero*... —balbució Mishlaievski con la lengua trabada—. Y cuando el actor pronunció esas palabras no pude contenerme y grité: «¡Bien dicho!». Podéis creerme, todos aplaudieron. Y sólo un canalla replicó desde el segundo anfiteatro: «¡Idiota!».

Niebla. Niebla, Niebla. Tic-tac... tic-tac... Ya no tiene sentido tomar vodka, ya no tiene sentido tomar vino: llega al alma y vuelve por donde había entrado. A través de la estrecha abertura de la puerta del pequeño lavabo, en cuyo techo la lámpara saltaba y bailaba como si estuviese hechizada, todo daba vueltas y se bamboleaba. Mishlaievski, pálido y afligido, vomitaba pesadamente. Lo sostenía Turbín, ebrio también, horroroso, con las mejillas contraídas y el pelo sobre la frente.

—A-ah...

Por fin, Mishlaievski se apartó con un gemido de la pila del lavabo, miró trabajosamente alrededor con unos ojos que se apagaban y quedó colgado de los brazos de Turbín como un saco al que hubiesen acabado de sacudir.

—Nikolka... —resonó entre el humo y los negros cabellos una voz, y sólo al cabo de varios segundos comprendió Turbín que aquella voz era la suya—. ¡Nikolka! —repitió. La blanca pared del lavabo se tambaleó y se hizo verde. «Dios mío, Dios mío, que ganas de vomitar, qué desagradable resulta. Jamás volveré a mezclar vodka

y vino, lo juro». Nikol...

—A-ah... —gimió con voz ronca Mishlaievski al deslizarse hasta el suelo.

La negra abertura se ensanchó y en ella aparecieron la cabeza y el galón de Nikolka.

—Ayúdame... Cógelo así, por debajo del brazo.

—Ay, ay... —balbució Nikolka, meneando compasivo la cabeza, y puso todas sus fuerzas en tensión.

El cuerpo pendía como muerto; las piernas, al andar, se iban cada una por su lado como si colgasen de un hilo; la cabeza oscilaba sin vida. Tic-tac. El reloj se separó de la pared y de nuevo volvió a ella. Danzaban las florecitas de las tazas. Las mejillas de Elena despedían fuego y un mechón de pelo le bailaba sobre la ceja derecha.

—Así. Déjalo.

—Podíais cubrirle al menos con el albornoz. Resulta violento estando yo aquí. Malditos diablos. No sabéis beber. ¡Vitka! ¡Vitka! ¿Qué te pasa? Vit...

—Déjalo en paz. No servirá de nada. Escucha, Nikólushka. En la estantería de mi despacho hay un frasco... En el rótulo dice *Liquor ammonii*, el papel está algo roto... Es amoníaco.

—Ahora... ahora mismo... Ay...

—Y tú, doctor, también...

—Bueno, bueno.

—¿Es que no le encuentras el pulso?

—Nada de eso, es una estupidez. Se le pasará.

—¡Una palangana! ¡Una palangana!

—A-ah...

—¡Estáis buenos!

Se extendió un intenso olor a amoníaco. Karás y Elena abrieron la boca a Mishlaievski. Nikolka lo sujetó y Turbín le hizo beber dos tragos de aquel líquido blanco y turbio.

—A-ah... u-uh... Puaf...

—Nieve, nieve.

—Dios mío. Pero qué necesidad había...

Del trapo empapado que le pusieron en la frente caían gotas de agua en la sábana, bajo el trapo se veían los párpados muy abiertos y los ojos extraviados. Unas sombras azulencas cubrían la aguzada nariz. Durante un cuarto de hora, dándose codazos en la confusión, estuvieron ocupados con el vencido oficial hasta que éste abrió los ojos y dijo con voz ronca:

—Ay... dejadme...

—Perfectamente, que duerma aquí.

—En todas las habitaciones se encendieron las luces. Se dedicaron a preparar las camas.

—Usted, Leonid Yúrievich, dormirá aquí.



—Haré lo que disponga.

Shervinski, con las mejillas de un rojo cobrizo, pero animoso, dio un taconazo, haciendo sonar las espuelas. Al inclinarse mostró la raya de su peinado. Las blancas manos de Elena ordenaron los cojines del diván.

—No se moleste... yo mismo lo haré.

—Apártese. ¿Para qué tira de la oreja del cojín? No necesito su ayuda.

—Permítame que le bese la mano...

—¿A santo de qué?

—En señal de agradecimiento por las molestias que se toma.

—De momento lo dejaremos... Tú, Nikolka, dormirás en tu cama. ¿Cómo se encuentra?

—No es nada, se le pasa. Ahora dormirá un buen sueño.

A los oficiales les prepararon dos lechos en el cuarto anterior al de Nikolka. Para eso tuvieron que correr dos armarios repletos de libros. Así se llamaba en la familia del profesor: el cuarto de los libros.

Y se apagaron las luces, se apagaron en el cuarto de los libros, en el de Nikolka, en el comedor. Por la estrecha abertura que dejaban los cortinones salía al comedor una franja rojo oscura del dormitorio de Elena. La luz le molestaba y por eso sobre la lamparita de la mesilla había colocado una capota de un rojo oscuro. Con ella iba al teatro por las tardes, cuando sus brazos, las pieles y los labios olían a perfume, sus mejillas estaban suavemente empolvadas y dentro del marco de la capota se asomaba lo mismo que la Lisa de *La Dama de Pique*. Pero la capota se había quedado vieja, con extraña rapidez, en el último año. Los frunces estaban aplastados y descoloridos, las cintas habían perdido su brillo. Lo mismo que la Lisa de *La Dama de Pique*, la pelirroja, Elena, con las manos sobre las rodillas, estaba sentada al borde de la cama, descalza y con los pies hundidos en una vieja piel de oso. La breve sensación de embriaguez había desaparecido por completo y una tristeza negra y enorme le enmarcaba la cabeza, lo mismo que la capota. De la habitación vecina, a través de la puerta que el armario corrido no permitía cerrar, llegaba el fino silbido de Nikolka y el animoso ronquido de Shervinski. En el cuarto de los libros, ocupado por Mishlaievski, de una palidez cadavérica, y Karás, reinaba el silencio. Elena se encontraba sola y por eso, sin contenerse, conversaba consigo misma, ya a media voz, ya sin emitir sonido alguno, moviendo apenas los labios, con la capota inundada de luz y con las dos manchas negras de las ventanas. Balbució:

—Se ha ido...

Entornó los secos ojos y quedó pensativa. Ni ella misma podía comprender sus pensamientos. Se había ido en un minuto como aquél. Pero era una persona muy sensata y había hecho muy bien en irse... Es lo mejor que podía hacer...

—Pero en un momento como éste... —dijo Elena, y dejó escapar un hondo

suspiro.

—¿Qué clase de persona es? —Parecía haber estado enamorada de él y hasta le había cobrado cariño. Y ahora esa atroz angustia en la soledad de la habitación, y esas ventanas que hoy semejaban tapas de un ataúd. Pero ni ahora ni durante todo el tiempo —un año y medio— que haba vivido con él había sentido en el alma lo principal, sin lo que la existencia es imposible incluso en un matrimonio tan brillante como el de la hermosa Elena, de rojizos cabellos, y un arribista del Estado Mayor General, un matrimonio con capota, con perfumes, con espuelas y, para evitar toda carga, sin hijos. El matrimonio con un hombre tan cauto nacido en el Báltico, oficial del Estado Mayor. ¿Qué clase de persona era? ¿Qué era eso tan principal sin lo que el alma de ella se sentía vacía?

—Lo sé, lo sé —se dijo Elena—. No hay estimación. ¿Sabes, Serguei? No siento estimación por ti —dijo, dando importancia a sus palabras, a la roja capota, y levantó un dedo.

Se horrorizó de este pensamiento, se horrorizó de su soledad y sintió deseos de tenerlo junto a ella en aquel mismo minuto. Sin estimación, sin lo principal, pero que en aquel instante estuviera con ella.

—Se ha ido. Y mis hermanos se besaron con él. ¿Acaso era esto necesario? Aunque espera, ¿qué es lo que digo? ¿Qué podían hacer? ¿Retenerlo? Por nada del mundo. Es preferible que no se encuentre aquí, en unos momentos tan difíciles, a que ellos lo hubiesen retenido. Que se vaya. Se besaron con él, pero en el fondo del alma lo aborrecen. Así como suena. Siempre trato de engañarme, pero cuando lo pienso lo veo claro: lo aborrecen. Nikolka es más bueno, pero el mayor... Aunque no, también Alexei es bueno, lo que ocurre es que lo aborrece más, Santo Dios, ¿qué estoy pensando? ¿Qué pienso de ti, Serguei? Si nos quedamos cortados... Él quedará allí y yo aquí...

—Mi marido —dijo, respirando de nuevo. Y empezó a desatar las cintas de la capota—. Mi marido...

La capota escuchaba atenta y sus mejillas se iluminaron con una densa luz rojiza. Preguntaba:

—¿Qué clase de persona es tu marido?

—¡No es más que un miserable! —se dijo Turbín en la soledad de su dormitorio, separado por dos habitaciones del de Elena. Los pensamientos de ésta había llegado hasta él y le abrasaban desde hacía un buen rato—. Es un miserable y yo, la verdad, soy un guiñapo. Porque si no lo eché de casa, al menos debí alejarme en silencio. Vete con todos los demonios. Y ni siquiera es miserable porque ha abandonado a Elena en estos momentos; eso, después de todo, es una minucia, una estupidez, sino por algo muy distinto. ¿Pero por qué? Es un diablo, pero lo conozco muy bien. ¡Es un muñeco desprovisto de la menor noción del honor! Cuando habla, sea lo que sea,

parece una *balalaika* sin cuerdas. Y es un oficial salido de una academia militar rusa. Lo mejor que debía existir en Rusia...

El piso callaba. Se apagó la franja de luz que salía del dormitorio, de Elena. Esta se había dormido, sus pensamientos se había apagado, pero Turbín siguió largo rato atormentándose en su pequeño cuarto, ante el pequeño escritorio. La mezcla de vodka y vino alemán le habían hecho un flaco servicio. Con los ojos inflamados, miraba una página del primer libro que le había venido a la mano. Leía, volviendo sin sentido alguno a un mismo párrafo.

Para el ruso, el honor no es más que una carga superflua...

Sólo casi al amanecer se desnudó y se quedó dormido. En sueños se le apareció un minúsculo mosquito en pantalones, metido en una gran jaula, que se mofaba de él.

—No es posible sentarse desnudo sobre un erizo... La Santa Rusia es un país de madera, mísero y... peligroso. Y para el ruso el honor no es más que una carga superflua.

—¡Ahora verás! —gritaba Turbín en sueños—. Espera.

Buscaba a tientas en el cajón de la mesa, sacaba la pistola, quería disparar sobre el mosquito, lo perseguía y el mosquito desaparecía.

Durante dos horas siguió un sueño negro y confuso, sin pesadillas, y cuando tras las ventanas de la habitación empezaba un amanecer pálido y suave, Turbín soñó con la Ciudad.

## Cuatro

La Ciudad desprendía humo, zumbaba y vivía como una colmena de varios pisos. Estaba hermosa entre el frío y la niebla de las montañas sobre el Dniéper. El humo de un infinito número de chimeneas subía días enteros hacia el cielo en constantes espirales. Las calles desprendían una ligera neblina y crujía la gigantesca capa de nieve aplastada. Las casas eran de cinco, de seis, de siete pisos. De día sus ventanas eran negras y al llegar la noche sus hileras se encendían en la altura de un azul oscuro. Formando cadenas, tanto como alcanzaba la vista, como piedras preciosas, resplandecían las farolas eléctricas, que pendían, muy altas, de los curvos brazos de los largos y grises postes.

Durante el día circulaban con agradable y monótono zumbido los tranvías de blandos asientos de paja, según el modelo extranjero. Entre una cuesta y otra cruzaban alborotadores los cocheros, y los cuellos oscuros —pieles plateadas y negras— hacían enigmáticos y hermosos los rostros de las mujeres.

Los jardines permanecían silenciosos y tranquilos, abrumados por la blanca nieve que nadie había pisado. Abundaban más que en ninguna otra ciudad del mundo. Se extendían por doquier formando manchas enormes con sus avenidas, castaños, barrancos, arces y alerces.

Los jardines adornaban las hermosas montañas que se levantaban, a pico sobre el Dniéper y, subiendo en terrazas, se extendían, formando en ocasiones un multicolor conjunto de millones de manchas bañadas por el sol y, en otras, a la suave penumbra del amanecer, se convertían en el eterno Jardín del Rey.

Los viejos y negros troncos podridos del parapeto no cerraban el paso al borde de los profundos barrancos. Las paredes, castigadas por la ventisca, iban a parar a las lejanas terrazas inferiores, y éstas se extendían más y más hasta confundirse con las arboledas de la orilla, sobre la carretera que corría a lo largo del gran río, cuya cinta encadenada por los hielos y entre la neblina se perdía más allá de cuanto alcanzaba la vista, hacia donde se encontraban los grises rápidos, la Siech de los Zaporongos<sup>[6]</sup>, el Quersoneso y el remoto mar. En invierno, como en ninguna otra ciudad del mundo, la tranquilidad se adueñaba de la parte alta, en las montañas, y de la parte baja, que se extiende en un recodo del helado Dniéper, y todo el ruido de las máquinas se refugiaba en el interior de los edificios de piedra, se suavizaba y su gruñido se hacía bastante sordo. Toda la energía acumulada en la Ciudad durante el soleado verano, con sus abundantes tormentas, se transformaba en luz. Desde las cuatro de la tarde la luz se encendía en las ventanas de las casas, en los globos de las lámparas eléctricas, en las farolas de gas, en los faroles de las casas con sus números de fuego, en los grandes ventanales de las centrales eléctricas, que movían a la idea de un terrible y agitado futuro eléctrico de la humanidad, en aquellos ventanales en los que se veían las máquinas, cuyas ruedas devanaban desesperada e incansablemente hasta las más

profundas raíces de la tierra. Bañada en la luz, la Ciudad brillaba, danzaba y resplandecía por las noches hasta hacerse de día, y entonces se apagaba y se vestía de humo y niebla.

Pero lo mejor de todo era la blanca cruz, con iluminación eléctrica, en manos del enorme san Vladímir, en la montaña de su nombre. Se veía desde muy lejos y durante el verano, a menudo, entre las negras tinieblas, las confusas vueltas y los recodos del viejo río, tras las mimbreras, la divisaban las lanchas y su luz les señalaba el camino de la ciudad, de sus embarcaderos. Llegado el invierno la cruz resplandecía en el negro espesor de los cielos y, fría y tranquila, imperaba sobre las oscuras y suaves lejanías de la orilla opuesta, hasta la que había tendidos dos enormes puentes. Uno colgante y pesado, el de Nicolás, que conducía a los arrabales, y el otro alto, en forma de flecha, por el que acudían los trenes de muy lejos, lejísimos, de donde con el abigarrado gorro echado hacia atrás se encontraba la misteriosa Moscú.

Así pues, el invierno de 1918 la Ciudad vivió una vida peregrina y artificiosa, que muy posiblemente no vuelva ya a repetirse en todo el siglo xx. Tras los muros de piedra todas las viviendas estaban abarrotadas. Los habitantes de siempre se comprimían y seguían comprimiéndose, dejando de buen grado o a la fuerza sitio a quienes no cesaban de afluir a la Ciudad y que llegaban precisamente por el puente en forma de flecha, de entre aquellas neblinas enigmáticas y azulencas.

Llegaban en la huida banqueros con sus esposas; llegaban avispados hombres de negocios que habían dejado en Moscú agentes con la orden de no romper los lazos con el nuevo mundo que nacía en el viejo reino; propietarios de casas confiadas a administradores secretos de su plena confianza, industriales, mercaderes, abogados y políticos. Llegaban periodistas de Moscú y Petersburgo, gente venal, ávida y cobarde. Cocotas. Honorables damas de aristocrático apellido. Sus tiernas y pálidas hijas, corrompidas por el ambiente petersburgués, con los labios pintados. Llegaban los secretarios de directores de departamento y jóvenes pederastas pasivos. Llegaban príncipes y gentes del tres al cuarto, poetas y prestamistas, gendarmes y actrices de los teatros imperiales. Todos ellos, deslizándose por el menor resquicio, tomaban rumbo a la Ciudad.

Durante toda la primavera, a partir de la elección del *hetman*, ésta se fue llenando y llenando de forasteros. Dormían en divanes y sobre sillas. Comían en grandes grupos acudiendo a las mesas de las casas ricas. Se abrieron una infinidad de tiendas comestibles que despachaban hasta altas horas de la noche, de cafés en los que además de tomar café se podía comprar una mujer, teatros miniatura en cuyas tablas se retorcían y hacían reír a la gente los más famosos actores de ambas capitales. Se inauguró el nuevo teatro «El negro lila» y el majestuoso club «Cenizas» (poetas, directores artísticos, artistas, pintores) de la calle Nikoláievskaja, en el que atronaban los platillos hasta bien entrado el día. Al instante aparecieron nuevos periódicos en

los que las mejores plumas de Rusia insertaban artículos poniendo de vuelta y media a los bolcheviques. Los cocheros se pasaban el día entero llevando gente de un restaurante a otro. Por la noche en los *cabarets* tocaban orquestas, de instrumentos de cuerda y, entre el humo del tabaco, prostitutas aficionadas a la cocaína lucían sus rostros blancos y agotados, de una belleza que no parecía de este mundo.

La Ciudad se hinchaba, se extendía, se salía de sí misma como la levadura del tiesto. Hasta el amanecer permanecían abiertas las casas de juego y a ellas concurrían personalidades petersburguesas y personalidades de la Ciudad, concurrían afectados y orgullosos tenientes y mayores alemanes, a quienes los rusos estimaban y temían. Concurrían truhanes de los clubs de Moscú y terratenientes rusos y ucranianos, cuya suerte pendía ya de un hilo. En el café «Maxim» gorjeaba como un ruiseñor el violín de un fascinador rumano; sus ojos eran maravillosos, tristes y lánguidos, y sus cabellos de terciopelo. Las lámparas, recubiertas con chales gitanos, daban dos clases de luz: por abajo blanca y por los lados y arriba anaranjada. El techo se extendía como un cielo azul cuajado de estrellas; en los azules palcos refulgían gruesos brillantes y abundaban las rojizas pieles siberianas. Olía a café tostado, a sudor, a alcohol y a perfume francés. Durante todo el verano del año dieciocho no cesaron de pasar por la calle Nikoláievskaia los orgullosos cocheros utilizados por la gente de dinero, con sus caftanes guateados, y los conos de los faros, formando una línea ininterrumpida, lucían hasta el amanecer. En los escaparates se amontonaban bosques de flores, colgaban los lomos de salmón ahumado con su dorada grasa y las botellas del excelente champaña «Abrau» languidecían con sus águilas y sus sellos.

Y durante el verano, durante todo el verano siguió llegando gente nueva. Aparecían tenores solistas paliduchos y con una grisácea barba de varios días, de lustradas polainas y ojos insolentes; miembros de la Duma del Estado con sus lentes; hijos pródigos de sonoro apellido; jugadores de billar... Llevaban a las mujerzuelas a las tiendas y les compraban barras de carmín y pantalones de batista con monstruosas aberturas. Les compraban barniz para las uñas.

Mandaban cartas, aprovechando el único conducto, a través de la revuelta Polonia (a propósito, nadie tenía la menor idea de lo que en ella ocurría ni de lo que significaba aquel nuevo país, Polonia), a Alemania, la gran nación de los honrados teutones, en solicitud de visados y envíos de dinero, intuyendo que acaso tuvieran que seguir más allá, hasta un sitio donde en ningún caso llegasen los terribles combates y el estruendo de los belicosos regimientos bolcheviques. Soñaban con Francia, con París, y se acongojaban al pensar que alcanzarlo era algo muy difícil, casi imposible. Más congoja aún les causaban los espantosos pensamientos, no muy claros, que les asaltaban en las noches sin sueño pasadas en extraños divanes.

—¿Y si de pronto...? ¿Y si de pronto se rompe este cordón de hierro y los grises lo invaden todo? Sería horrible...

Tales pensamientos les asaltaban cuando a lo lejos se oían los suaves estampidos de los cañonazos: durante todo aquel verano, resplandeciente y caluroso, sin que se

supiera la causa, no se dejó de disparar en los alrededores de la ciudad, y eso que los alemanes revestidos de hierro eran en todos los sitios los guardianes de la tranquilidad. En los mismos arrabales no cesaban de oírse los sordos disparos de fusil: pa-pa-pa.

Nadie sabía quién disparaba contra quién. Esto era por las noches. De día se tranquilizaban, veían cómo en ocasiones por la Kreschátik, la calle principal, o por la Vladímirskaia, desfilaba un regimiento de húsares alemanes. ¡Eso sí que era regimiento! Los gorros de piel se levantaban sobre las orgullosas caras, los escamados barboquejos ceñían los mentones de piedra, las gulas de los rojizos bigotes apuntaban hacia arriba como flechas. Los caballos de cada escuadrón eran todos iguales, de gran alzada, y las guerreras gris azuladas se ajustaban al cuerpo de los tiosos jinetes como los uniformes de bronce de sus pesados jefes alemanes en los monumentos de Berlín.

Al verlos se sentían jubilosos, se apaciguaban y hablaban de los remotos bolcheviques, enseñando rabiosos los dientes tras el alambre espinoso de la línea fronteriza.

—¡A ver, asomad la nariz!

A los bolcheviques los odiaban. Pero su odio no era un odio franco, que mueve a la lucha e infunde el deseo de matar, sino un odio cobarde que silba tras la esquina, en la oscuridad. Odiaban de noche, al quedarse dormidos presa de confusa alarma, y de día en los restaurantes, al leer los periódicos en los que se describía cómo los bolcheviques descargaban sus pistolas en la nuca de oficiales y banqueros, y cómo en Moscú vendían en las tiendas carne de caballo con muermo. Los odiaban todos: comerciantes, banqueros, industriales, abogados, actores, propietarios de casas, cocotas, miembros de la Duma del Estado, ingenieros, médicos, escritores...

Estaban los oficiales. Llegaban huidos del norte y del oeste —del antiguo frente—, todos recalaban en la ciudad, eran muchísimos y sin cesar aumentaba su número. Arriesgaban la vida, porque a ellos, la mayor parte sin *recursos* y que presentaban el sello imborrable de la profesión, les resultaba particularmente difícil hacerse con documentación falsa y cruzar la frontera. No obstante, lo conseguían y aparecían en la ciudad como lobos perseguidos, plagados de piojos y sin afeitarse, sin insignias, y trataban de acomodarse en ella para encontrar comida y vivir. Había quienes siempre habían residido en la Ciudad misma y que volvían de la guerra a su nido con la idea —como Alexei Turbín— de descansar y organizar de nuevo su vida, pero no la militar, sino, una corriente y moliente vida humana. Había centenares de forasteros que no podían ya permanecer más tiempo en Petersburgo ni en Moscú. Algunos de entre ellos —coraceros, húsares, oficiales de caballería de la Guardia— conseguían sin esfuerzo salir a la superficie en la turbia espuma de la inquieta Ciudad. La escolta del *hetman* lucía fantásticas hombreras y en las mesas del *hetman* se sentaban hasta

doscientos hombres con el pelo brillante de pomada, dientes amarillos y podridos y coronas de oro. A quienes la escolta no daba cabida se la daban los abrigos de piel de gran precio, de cuello de castor, y las viviendas con muebles de roble tallado, sumidas en la penumbra, de la mejor parte de la Ciudad, de Lipkí, se la daban los restaurantes y las habitaciones de los hoteles...

Otros, los subcapitanes de regimientos que se habían desmoronado, los húsares de unidades de línea, como el coronel Nai-Turs, cientos de alféreces y subtenientes, antes estudiantes como Stepánov —Karás—, sacados del quicio de la vida por la guerra y la revolución, tenientes que también interrumpieron sus estudios en la Universidad, a la que jamás volverían, como Víktor Víktorovich Mishlaievski. Con sus raídos capotes grises, con sus heridas sin cicatrizar y sin insignias, llegaban a la Ciudad y dormían sobre sillas en sus propias casas o en las ajenas, cubriéndose con el capote, bebían vodka, iban y venían ocupados en sus gestiones y su rencor estaba siempre en ebullición. Estos últimos eran los que odiaban a los bolcheviques con el odio ardiente y directo que puede conducir a la lucha.

Estaban los cadetes. En la Ciudad, al comienzo de la revolución había cuatro escuelas militares: una de ingenieros, otra de artillería y dos de infantería. Entre el fragor del tiroteo de los soldados, cerraron sus puertas y se desorganizaron, echando a la calle a los alumnos, muchachos que acababan de terminar los estudios en el gimnasio o recién ingresados en la Universidad, ni niños ni adultos, ni militares ni paisanos, sino chicos de diecisiete años, como Nikolka Turbín...

—Todo eso, naturalmente, está muy bien, y el *hetman* ejerce su autoridad sobre todos. Pero, la verdad, hasta ahora no sé y probablemente hasta el fin de mi vida no llegaré a enterarme de qué significa este nunca visto soberano con su título más propio del siglo diecisiete, que del veinte.

—Sí, ¿de quién se trata, Alexei Vasílievich?

—Es general, perteneció a la caballería de la Guardia, un propietario muy acaudalado, se llama Pável Petróvich...

Como una extraña burla del destino y de la historia su elección, celebrada en abril del año famoso, tuvo lugar en un circo. Esta circunstancia proporcionará probablemente a los futuros historiadores material abundante para la ironía. Pero a los habitantes de la Ciudad, en particular a los vecinos viejos, que ya habían sufrido las consecuencias de las primeras explosiones de las luchas intestinas, les importaba muy poco la ironía y no estaban para reflexiones de cualquier género que fueran. La elección se celebró con una rapidez desconcertante: bueno. El *hetman* tomó posesión de su cargo: magnífico. Lo único que hacía falta era que en los mercados hubiese carne y pan, que en las calles cesasen los tiroteos, que —por todos los santos— no hubiese bolcheviques y que la gente del pueblo no se entregase al robo. Pues bien, quieras que no, todo esto se tenía con el *hetman*, y acaso hasta en gran medida. Por lo



menos los moscovitas y petersburgueses refugiados y la mayoría de los vecinos, aunque se reían del peregrino país del *hetman*, al que, como el capitán Talberg, calificaban de reino de opereta, sin existencia real, eran sinceros en sus alabanzas... y... «Quiera Dios que esto siga eternamente».

Pero nadie, ni siquiera el propio *hetman*, podía decir que eso iba a durar eternamente.

Porque la Ciudad era la Ciudad con su policía —la *varta*—, su Ministerio y hasta sus tropas, con periódicos de muy diversos títulos. Y nadie sabía lo que ocurría alrededor en aquella auténtica Ucrania con una superficie mayor que la de Francia y con sus decenas de millones de habitantes. No se sabía nada no ya de las regiones alejadas, sino ni siquiera —da risa decirlo— de las aldeas situadas a cincuenta verstas de la propia Ciudad. No lo sabían, pero lo odiaban con toda el alma. Y cuando llegaban confusas noticias de que en misteriosas regiones que llevaban el nombre de aldea los alemanes saqueaban a los campesinos, los castigaban con mano dura y abrían contra ellos fuego de ametralladora, no sólo no hubo una voz indignada que se levantase en defensa de esos campesinos ucranianos, sino que a menudo, junto a las pantallas de seda de los salones, mostraban los dientes como lobos y se oía decir:

—¡Es lo que se merecen! Así hace falta. ¡Aún es poco! Yo, en su lugar... Guardarán recuerdo de la revolución. Los alemanes les enseñarán. No querían a los suyos, pues que prueben los ajenos.

—Lo que dice es insensato, verdaderamente insensato.

—Qué cosas tiene, Alexei Vasílievich... Son unos canallas, Auténticas fieras. Conforme. Los alemanes les harán ver las cosas.

¡¡Los alemanes!!

¡¡Los alemanes!!

Y por todos los sitios:

¡¡Los alemanes!!

¡¡Los alemanes!!

Conforme: aquí los alemanes, y allí, tras la lejana línea con sus bosques azulencos, los bolcheviques. Sólo dos fuerzas.

## Cinco

Pues bien, una tercera fuerza apareció cuando menos lo esperaban en el enorme tablero de ajedrez. Es lo que le ocurre al jugador malo e inexperto que trata de protegerse con una buena formación de peones del temible adversario (a propósito, los peones se parecían mucho a los alemanes con sus cascos) y agrupa sus alfiles junto al rey. Inesperadamente, la páfida dama del contrario se abre camino por un flanco, pasa a la retaguardia y empieza a batir por detrás a peones y caballos, dando terribles jaques. Tras la dama va el ligero y rápido alfil, acude el caballo con sus engañosos saltos de costado y el mal jugador debe rendirse: llega el mate de su rey de madera.

Todo esto se produjo con rapidez, pero no inesperadamente. Hubo ciertos signos que lo anunciaban.

Cierto día de mayo, cuando la Ciudad se despertaba resplandeciente como una perla y el sol empezaba a iluminar el reino del *hetman*, cuando la gente había salido ya a la calle y se movían como hormigas entregadas a sus pequeños asuntos y los medio dormidos dependientes levantaban con estrépito los cierres de las tiendas, por la Ciudad, se extendió un terrible y siniestro estampido. Era de un carácter insólito — ni cañón ni trueno—, pero tan fuerte que muchas ventanas se abrieron por sí mismas y temblaron todos los cristales. El estampido se repitió, recorrió toda la Ciudad alta, descendió en oleadas a la Ciudad baja, a Podol, y atravesando el hermoso y azul Dniéper se perdió en las lejanías que conducían a Moscú. La gente, alarmada, se echó a la calle. La confusión se hizo general al instante, pues de la Ciudad alta, de Pechersk, bajaban corriendo, entre gritos y chillidos, hombres y mujeres cubiertos de sangre. El estampido se repitió por tercera vez, y fue tan intenso que los cristales de las casas de Pechersk cayeron rotos con estrépito y el suelo tembló bajo los pies.

Muchos vieron cómo las mujeres, en camisa, corrían desaladas sin cesar en sus horribles chillidos. No tardó en saberse de dónde procedían los estampidos. Llegaban de Lísaia Gorá, en las afueras de la ciudad, sobre el mismo Dniéper, donde había unos gigantescos depósitos de municiones y pólvora. En Lísaia Gorá se había producido una explosión.

Durante cinco días la Ciudad entera esperó espantada que de Lísaia Gorá empezasen a llegar los gases asfixiantes. Pero las explosiones cesaron, los gases no aparecieron, la gente ensangrentada desapareció y la Ciudad recobró el aspecto pacífico en todos sus barrios a excepción de un pequeño sector de Pechersk, donde se habían hundido varias casas. Ni que decir tiene que el mando alemán realizó una severa investigación y ni que decir tiene que la Ciudad no supo nada en cuanto a las causas de la explosión. Corrían toda clase de rumores.

—La explosión ha sido obra de espías franceses.

—No, la provocaron espías bolcheviques.

La cosa terminó en que todos lo olvidaron simplemente.

El segundo signo llegó en verano, cuando la Ciudad estaba cubierta por una exuberante y polvorienta vegetación, cuando los ruidos no cesaban en ella y los tenientes alemanes bebían mares de agua de Seltz. ¡Este segundo signo fue verdaderamente monstruoso!

En pleno día, en el lugar de la calle Nikoláievskaia donde estaba la parada de coches de punto, dieron muerte nada menos que al comandante en jefe del ejército alemán en Ucrania, al mariscal de campo Eichhom, terrible por su poderío, lugarteniente del emperador Guillermo. Le dio muerte, se entiende, un obrero, que también se entiende, era socialista. A las veinticuatro horas del atentado los alemanes ahorcaron no sólo al autor, sino también al cochero que le había llevado al lugar del suceso. Cierto que esto no contribuyó lo más mínimo a devolver la vida al famoso general, mas, por el contrario, movió a las personas inteligentes a pensar muchas cosas acerca de lo ocurrido.

Así, una tarde, cuando Vasilisa se desabrochaba los botones de la camisa de seda cruda ante la ventana abierta de par en par, sofocado por el calor, mientras tomaba un vaso de té con limón, decía a Alexei Vasílievich en un misterioso susurro:

—Considerando todos estos acontecimientos, no puedo por menos de llegar a la conclusión de que atravesamos una situación muy poco estable. Me parece que algo se tambalea bajo los alemanes —Vasilisa movió sus cortos dedos en el aire—. Considere... Eichhom... ¿dónde está ahora? —Vasilisa miró con ojos de susto.

Turbín escuchó sombrío, tuvo un sombrío *tic* nervioso en la mejilla y se retiró.

Otro signo se produjo a la mañana siguiente y vino a caer directamente sobre el mismo Vasilisa. Muy temprano, cuando el sol enviaba un alegre rayo al oscuro paso que llevaba del patinillo a las habitaciones de Vasilisa, éste, que se había asomado, vio el signo en cuestión. Era portentoso con el fulgor de sus treinta años, con el brillo de los collares en un cuello digno de la emperatriz Catalina, con sus pequeños pies descalzos y su turgente seno. Los dientes de la visión resplandecían y sus pestañas dejaban en las mejillas una sombra violácea.

—Hoy es a cincuenta —dijo la visión con voz de sirena, señalando el bidón de la leche.

—¿Cómo es eso, Yavdoja? —exclamó con voz lastimera Vasilisa—. Te vas a condenar. Anteayer fue a cuarenta, ayer a cuarenta y cinco y hoy a cincuenta. Eso no es posible.

—¿Acaso soy yo sola? Todo sube de precio —contestó la sirena—. Dicen que en el mercado va a ir a cien.

Sus dientes resplandecieron de nuevo. Por un instante Vasilisa olvidó los cincuenta y los cien, lo olvidó todo y un frío dulce y atrevido le recorrió el vientre. Era el dulce frío que le invadía el vientre en cuanto la hermosa visión se le aparecía envuelta en el rayo de sol. (Vasilisa se levantaba antes que su cara mitad). Todo lo olvidó, se imaginó en un claro del bosque, entre el olor a pino. Oh, oh...

—Escucha, Yavdoja —dijo Vasilisa, pasándose la lengua por los labios y mirando

de reojo, por si su mujer salía—. Con esta revolución habéis perdido el respeto. Ten cuidado, os van a enseñar los alemanes. «¿Le doy o no le doy una palmada en el hombro?», pensó Vasilisa atormentado, y no se decidió a hacerlo.

La ancha cinta color alabastro de la leche empezó a caer en el jarro, convirtiéndose en espuma.

—Lo que nos pueden enseñar ya lo hemos aprendido —replicó de pronto la visión, que dio la vuelta y entre el brillo y el ruido del bidón, que oscilaba como un balancín, lo mismo que si un rayo se fundiese en otro, empezó a subir por el oscuro paso hacia el soleado patinillo.

«¡Qué piernas!», pasó como un gemido por la cabeza de Vasilisa.

En aquel instante oyó la voz de su esposa y al volverse se tropezó con ella.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó la mujer, lanzando una rápida mirada hacia arriba.

—Con Yavdoja —contestó indiferente Vasilisa—. Hazte cargo, hoy la leche es a cincuenta.

—¿Cómo? —exclamó Vanda Mijáilovna—. ¡Es un escándalo! ¡Qué insolencia! Los campesinos se han vuelto locos... ¡Yavdoja! ¡Yavdoja! —gritó, asomándose al ventanillo—. ¡Yavdoja!

Pero la visión había desaparecido y ya no volvió.

Vasilisa se quedó mirando el torcido cuerpo de su mujer, los pelos amarillos, los codos huesudos y las secas piernas, y al considerar su vida sintió náuseas. Estuvo a punto de escupir a Vanda en la falda. Pudo contenerse, lanzó un suspiro y se retiró a la fresca penumbra de las habitaciones sin comprender qué era lo que le oprimía. No sabía decir si era Vanda —de pronto apareció ésta ante él con sus salientes y amarillas clavículas, como dos lanzas de carro unidas— o si era una inconveniencia advertida en las palabras de la dulce visión.

«¿Ya lo hemos aprendido? ¿Qué le parece? —gruñó Vasilisa para sus adentros—. ¡Qué poco me gustan esos mercados! ¿Pero qué me dice? Porque si pierden el miedo a los alemanes... eso sería lo último. Ya lo han aprendido. Aunque sus dientes son espléndidos...».

De pronto se imaginó a Yavdoja desnuda, como una bruja en lo alto de una montaña.

«¡Qué insolencia...! ¿Ya han aprendido? Y el pecho...».

Era esto tan prodigioso que Vasilisa se sintió mal y se fue a lavarse con agua fría.

Así, insensiblemente, como siempre ocurre, llegó el otoño. Tras el sazonado y dorado agosto vino un setiembre claro y polvoriento, y en setiembre se produjo no ya un signo, sino un acontecimiento, si bien a primera vista no tenía la menor importancia.

La cosa es que una clara tarde de setiembre llegó a la cárcel de la Ciudad un oficio provisto de las correspondientes firmas de las autoridades del *hetman* por el que se ordenaba poner en libertad al recluso que ocupaba la celda número 666. Eso

era todo.

¡Eso era todo! Y ese oficio fue la causa —¡indudablemente lo fue!— de que se produjeran tantas calamidades y desgracias, de que hubiera tales derramamientos de sangre, incendios y *progromos*, desesperación y horror... ¡Ay, ay, ay!

El nombre del preso puesto en libertad no podía ser más vulgar y corriente: se llamaba Semión Vasílievich Petliura. En el período de diciembre de 1918 a febrero de 1919 decía llamarse, un poco a la manera francesa, Simón, y así le llamaban también los periódicos. El pasado de Simón se perdía en las más profundas tinieblas. Se decía que era tenedor de libros.

—No, es oficinista.

—No, es estudiante.

En el cruce de las calles Kreschátik y Nikoláievskaia había una tienda grande y elegante de artículos de fumador. En el alargado rótulo había, muy bien pintado por cierto, un turco color café con su fez y que chupaba una larga pipa. El turco calzaba unas babuchas de blanda piel amarilla y las punteras vueltas hacia arriba.

Pues bien, hubo quienes afirmaban bajo juramento haber visto hacía muy poco a Simón vender en esa misma tienda, muy compuesto tras el mostrador, cigarrillos de la fábrica de Salomón Cohen. Pero había quienes replicaban:

—No es cierto. Fue representante de la Unión de Ciudades.

—No de la Unión de Ciudades, sino de la Unión de *Zemstvos*<sup>[7]</sup> —contestaban los terceros—, es un típico húsar de los *zemstvos*.

Los cuartos (forasteros), entornando los ojos para recordar mejor, balbuceaban:

—Permítanme... permítanme...

Y contaban que diez años antes... perdón... once lo habían visto por la calle Málaia Brónnaia de Moscú una tarde con una guitarra envuelta en una funda negra bajó el brazo. Agregaban incluso que iba a pasar un rato de juerga con unos paisanos, y por eso iba con la guitarra. Se dirigía a una agradable fiesta en la que habría alegres y rubicundas paisanas que cursaban sus estudios en la Ciudad, licor de ciruela traído directamente de la paradisíaca Ucrania, canciones, el portentoso Grits...

... Ay, no vayas...

Luego empezaban a confundirse al describir su aspecto, a confundir fechas y lugares...

—¿Dice usted que iba afeitado?

—No, espere; creo que usaba barbita.

—Permítame... ¿acaso es de Moscú?

—De ningún modo, era estudiante... fue...

—Nada de eso. Iván Ivánovich lo conoce. Fue maestro nacional en Tarascha...

Puaf, diablo... Acaso no pasara por la Brónnaia. Moscú es una ciudad grande, en la Brónnaia abundan las nieblas, las escarchas, las sombras... Nada de guitarras... el

turco al sol... la pipa larga... el rasgueo de la guitarra es algo confuso... ay, qué confuso y terrible es todo alrededor.

... Pasan y cantan...

Pasan, pasan de largo las ensangrentadas sombras, corren las visiones, las despeinadas trenzas de las doncellas, las cárceles, el tiroteo, el frío, la cruz de san Vladímir a medianoche.

Pasan y cantan  
los cadetes de la Escuela de la Guardia...  
Trompetas, timbales,  
suenan los platillos.

Resuenan las bandurrias, silba el ruiseñor su canto de acero, azotan a la gente hasta dejarla muerta, pasan y pasan los jinetes de negros penachos montados en fogosos caballos.

El profético sueño retumba, rueda hasta la cama de Alexei Turbín. Turbín, pálido, y con el pelo mojado por el sudor, duerme, mientras que la lámpara color de rosa arde. Duerme toda la casa. En el cuarto de los libros suena el ronquido de Karás; en el de Nikolka, el silbido de Shervinski... Todo se ve turbio en la noche... Junto a la cama de Alexei, tirado en el suelo, hay un tomo a medio leer de Dostoievski y *Los demonios* se ríen de él a sus anchas... Elena duerme tranquila.

—Pues escuchen lo que les digo: no existió. ¡No existió! No existió en absoluto. Ni el turco, ni la guitarra bajo la farola de hierro forjado de la Brónnaia, ni la Unión de *Zemstvos*... ni el diablo. Es un simple mito nacido en Ucrania, entre las brumas del terrible año dieciocho.

... Lo que había era otra cosa: el odio feroz. Había cuatrocientos mil alemanes y alrededor de ellos cuatro veces cuarenta cuatrocientos mil campesinos cuyos corazones ardían con un rencor que nada podía apagar. ¡Cuánto, cuánto rencor se había acumulado en esos corazones! Los fustazos de los tenientes en la cara, el fuego de metralla contra las aldeas insumisas, las espaldas cruzadas por los vergajazos de las gentes del *hetman*, los pagarés en un trozo de papel librados por mayores y tenientes del ejército alemán:

El cerdo ruso portador de la presente recibirá veinticuatro marcos en concepto de pago del cerdo que nos ha vendido.

La risita bonachona y despectiva con que eran recibidos quienes acudían con esos pagarés al cuartel general de los alemanes en la Ciudad.

Y los caballos y el trigo requisados, y los mofletudos propietarios que con el *hetman* habían vuelto a sus haciendas, el temblor de odio al escuchar la palabra

«oficiales».

Eso es lo que había.

Estaban también los rumores de la reforma agraria que el *hetman* tenía el propósito de realizar.

—¡Oh, oh! Sólo en noviembre del dieciocho cuando en las cercanías de la Ciudad empezaron a retumbar los cañones intuyeron las personas inteligentes, entre ellas Vasilisa, que los *mujiks* odiaban al *hetman* como a un perro rabioso, que los *mujiks* no querían para nada la asquerosa reforma implantada por los señores, sino que deseaban la suya, la que de siempre habían anhelado:

—Toda la tierra para los campesinos.

—Cien *desiatinas* a cada uno.

—Que no haya ni la sombra de propietarios.

—Y que se les entregase el título oficial de propiedad de esas cien *desiatinas*. Propiedad para siempre, hereditaria, que se pudiese transmitir del abuelo al padre, del padre al hijo, y al nieto, y así sucesivamente.

—Que ningún golfo de la ciudad acuda a exigir trigo. El trigo es de los *mujiks*, no lo entregaremos a nadie. Lo que nosotros mismos no consumamos, lo guardaremos bajo tierra.

—Que de la ciudad traigan petróleo.

—Pero el adorado *hetman* no podía decretar esa reforma. Ningún diablo la implantaría.

Corrían angustiosos rumores de que sólo los bolcheviques eran capaces de acabar con la peste del *hetman* y de los alemanes, pero los bolcheviques traían otra peste:

—Los judíos y los comisarios.

—¡Triste suerte la de los *mujiks* ucranianos! ¡De ningún lado les llegaba la salvación!

Eran decenas de miles los hombres que habían vuelto de la guerra y sabían manejar el fusil...

—¡Y les habían instruido los propios oficiales siguiendo órdenes del mando!

Cientos de miles de fusiles guardados bajo tierra, escondidos en sótanos y desvanes y no entregados a pesar de la mano dura de los consejos de guerra alemanes, de las palizas y la metralla; millones de cartuchos, enterrados también, y un cañón de tres pulgadas en una aldea de cada cinco, ametralladoras en la mitad, depósitos de munición de artillería y almacenes de intendencia con capotes y gorros en cada ciudad por pequeña que fuese.

Y en esos lugares había maestros y practicantes que convivían con la gente, seminaristas ucranianos que por la voluntad del destino se habían convertido en tenientes, robustos hijos de colmeneros, subcapitanes de apellido ucraniano... Todos hablaban en ucraniano, todos amaban la Ucrania maravillosa tal como se la

imaginaban, sin señores ni oficiales rusos. Estaban también los antiguos prisioneros ucranianos que habían vuelto de Galitzia.

¿Además de las decenas de miles de campesinos?... ¡O-o-oh!

Eso era lo que había. El preso... la guitarra...

Rumores terribles, espantosos...

Nos atacan...

Trin... tren... Ay, ay, Nikolka.

El turco, el húsar del *zemstvo*, una leyenda, un espejismo.

Y en vano, en vano el sabio Vasilisa exclamaba agarrándose la cabeza en el famoso noviembre: *Quos vult perdere, dementad!* En vano maldecía al *hetman* por haber soltado a Petliura de la sucia cárcel de la ciudad.

—Es un absurdo. Si no es él, será otro. Y si no es otro, será un tercero.

Así, pues, terminaron los signos de todo género y llegaron los acontecimientos... El segundo no fue algo de tan poca importancia como lo de poner en libertad a un mítico individuo, ¡oh, no!, fue tan grandioso que la humanidad seguirá seguramente hablando de ello dentro de cien años... Los gallos galos, de pantalones encarnados, en el remoto occidente europeo, empezaron a picar a los gruesos alemanes, enfundados en hierro, y los dejaron medio muertos. Era un espectáculo espantoso: los gallos de gorro frigio se lanzaban cacareando sobre los acorazados teutones y les arrancaban pedazos de carne junto con la coraza. Los alemanes combatían desesperadamente, hundían las anchas bayonetas en los emplumados pechos, mordían, pero no lo resistieron y —¡los alemanes!, ¡los alemanes!— tuvieron que pedir gracia.

El acontecimiento siguiente guardaba estrecha relación con esto y se desprendía de ello como el efecto de la causa. El mundo entero, conmovido y estupefacto, supo que el hombre cuyo nombre y cuyos bigotes enhiestos como clavos de seis pulgadas eran conocidos por todos y que seguramente estaba hecho todo él de metal, sin el menor indicio de madera, había dejado de ser emperador. Luego, un horror oscuro pasó como una ráfaga de viento por todas las cabezas de la Ciudad: veían, ellos mismos lo veían, como los tenientes alemanes se desteñían y el buen paño de sus uniformes gris celeste se convertía en una sospechosa y raída arpillera. Y eso ocurrió allí mismo, a la vista de todos, en unas horas. En unas pocas horas perdieron el color los ojos y en las ventanas de los tenientes, con sus monóculos, se extinguió la luz de la vida: a través de los anchos discos de vidrio empezó a mirar una haraposa miseria.

Fue entonces cuando una corriente penetró en el cerebro de los más inteligentes, de cuantos con sus grandes maletas amarillas y sus rollizas mujeres habían conseguido llegar a la ciudad saltando las alambradas bolcheviques. Comprendieron que el destino habla ligado su suerte a la de los vencidos y su corazón se llenó de espanto.



—Los alemanes han sido vencidos —decían los canallas.

—Hemos sido vencidos —decían los canallas inteligentes.

Así lo comprendió en la Ciudad la generalidad de la gente.

¡Oh, sólo el que ha sido vencido sabe lo que esta palabra significa! Se parece a una fiesta en una casa en la que se ha estropeado la luz eléctrica. Se parece a una habitación por cuyo empapelado se arrastra un moho verde rebosante de enfermiza vida. Se parece a los niños raquíuticos, al aceite rancio, a soeces insultos pronunciados por voces de mujer en la oscuridad. En una palabra, se parece a la muerte.

Naturalmente. Los alemanes abandonaban Ucrania. Quiere decirse que unos tendrían que huir y otros se verían obligados a acoger en la ciudad a nuevos huéspedes, asombrosos y molestos. Alguien, por tanto, iba a morir. Los que escapasen no morirían. ¿A quién, pues, le tocaría?

—El morir no es un juego —dijo de pronto con voz gangosa el coronel Nai-Turs, apareciendo Dios sabe de dónde ante el dormido Alexei Turbín.

Vestía un peregrino uniforme: sobre la cabeza un radiante casco, cota de malla que le cubría el cuerpo, y se apoyaba en una espada larga como en ningún ejército se ha conocido desde los tiempos de las Cruzadas. Un resplandor paradisíaco le seguía como una nube.

—¿Está en el paraíso, coronel? —preguntó Turbín, sintiendo un dulce estremecimiento como nunca había conocido al estar despierto.

—En el paraíso, sí —contestó Nai-Turs con una voz pura y transparente, como la de un arroyado.

—Es extraño, muy extraño —siguió Turbín—. Yo creía que el paraíso era... un sueño de la humanidad, Y qué raro es su uniforme. Dígame, coronel, ¿sigue siendo oficial allí en el paraíso?

—Ahora forma parte de la brigada de los cruzados, señor doctor —contestó el suboficial Zhilin, de quien se sabía con certeza que había sido barrido por una ráfaga de fuego, con su escuadrón de húsares de Belgrado, en 1916, en el sector de Vilno.

El suboficial se elevaba como un enorme paladín y su cota de malla despedía un vivo resplandor. Los toscos rasgos de su cara, que tan bien recordaba el doctor Turbín —había hecho la primera cura a Zhilin, herido de muerte—, estaban ahora completamente desconocidos y los ojos del suboficial guardaban un extraordinario parecido con los de Nai-Turs: eran puros, sin fondo, iluminados por dentro.

Lo que más amaba la huraña alma de Alexei Turbín eran los ojos de mujer. ¡Qué juguete había moldeado Dios al crear los ojos de mujer!... ¡Pero no podían compararse con los del suboficial!

—¿Cómo es eso? —preguntó curioso y con inexplicable alegría el doctor Turbín—. ¿Fuisteis a dar en el paraíso con botas de montar y espuelas? Porque, después de todo, ¿teníais vuestros caballos, el equipo, las picas?

—Puede creerme, señor doctor —atronó el suboficial Zhilin con su voz de violoncelo, fijando en él una mirada azul que reconfortaba el corazón—, el escuadrón entero, en orden de combate, entró en el paraíso. Hasta con el acordeón. Claro que a uno le resultaba violento... Ha de saber que aquello está muy limpio, el suelo es como el de una iglesia.

—¿De veras? —se asombró Turbín.

—Como es de rigor, salió a recibirnos el apóstol Pedro. Un viejo con ropa de paisano, grave y afectuoso. Yo le di el parte, se entiende: «El segundo escuadrón de húsares de Belgrado ha llegado sin novedad al paraíso, ¿dónde ordena que se acomode?». Mientras le daba el parte —el suboficial carraspeó disimuladamente— pensaba que el apóstol Pedro nos iba a despedir de malos modos... Porque, compréndalo usted, lo de los caballos aún podía pasar, pero —el suboficial se rascó confuso el cogote—, en secreto se lo diré, también íbamos con... mujeres que se nos habían unido por el camino. Mientras informaba al apóstol hice una señal a los míos, indicándoles que las echasen de momento, más adelante se vería. Que se quedasen tras las nubes hasta que se aclarasen las cosas. El apóstol Pedro, aunque no pertenece al ejército, es buena persona. Me di cuenta de que había visto a las mujeres en los carros. Ya se sabe, con sus pañuelos blancos se las distingue a una versta. Se acabó me dije. Todo el escuadrón lo va a pagar caro...

«¡Hola! —dijo—. ¿Venís con mujeres?» —y meneó la cabeza.

—Así es —contesté—, pero no se preocupe. Ahora mismo las echaremos a patadas, señor apóstol.

«De ningún modo —dijo él—. ¡Aquí debéis olvidar esos modales!».

¿Qué podía hacer yo? El viejo era un hombre bondadoso. Y usted mismo comprende, señor doctor, que el escuadrón no puede vivir sin mujeres cuando está en campaña.

El suboficial hizo un guiño malicioso.

—Eso es cierto —se vio obligado a aceptar Alexei Vasílievich, bajando la vista. Unos ojos negros, muy negros, y unos pequeños lunares en una mejilla derecha, de un tono mate, aparecieron por un instante en las tinieblas del sueño. Carraspeó confuso. El suboficial prosiguió:

—Pues bien, me explicó que debía dar cuenta de lo sucedido. Se fue a informar, volvió y dijo: está bien, lo arreglaremos. Es imposible describir nuestra alegría. Pero surgió un pequeño inconveniente. El apóstol Pedro dijo que deberíamos esperar. No esperamos, sin embargo, más de un minuto. Vi que el señor comandante del escuadrón —y el suboficial señaló al callado y orgulloso Nai-Turs, que abandonaba sin dejar rastro el sueño y se perdía en las sombras de lo desconocido— se acercaba al trote a Tushinski Vor. Tras él, poco después, apareció un desconocido cadete de infantería —el suboficial miró de reojo a Turbín y se quedó parado un instante. Fue como si quisiera ocultar al doctor un secreto, pero no triste, sino al contrario, jubiloso. Se rehízo y siguió adelante—. Miró Pedro haciendo visera con la mano y

dijo: «Ahora, ¡todos adentro!». Abrió las puertas de par en par y nos mandó pasar en columna de a tres por la derecha.

... Dunka, Dunka, soy yo,  
soy yo, Dunka, amor mío.

Retumbó de pronto, como en sueños, un coro de voces de hierro y el acompañamiento de un acordeón italiano.

—¡Ese paso! —gritaron con variada voz los jefes de sección.

¡Ay, Dunia, Dunia, Dunia, Dunia!  
Quiéreme, Dunia, a mí,

y el coro se perdió en la lejanía.

—¿Con las mujeres? ¿Las dejaron pasar? —se asombró Turbín.

—Dios mío, señor doctor. Allí hay todo el espacio que se quiera. Una limpieza... Calculando a primera, vista, cabrían otros cinco cuerpos con los escuadrones de reserva. ¿Qué digo cinco? ¡Diez! Junto a nosotros había unos aposentos tan altos que no se veía el techo. Yo dije: «¿Le podría preguntar para quién es todo esto?». Porque resultaba original: las estrellas eran rojas, las nubes eran rojas, del color de las franjas de nuestros pantalones... «Es —me dijo el apóstol Pedro— para los bolcheviques de Perekop».

—¿De qué Perekop? —preguntó Turbín, poniendo en vano en tensión su pobre mente terrenal.

—Ellos saben todo lo que va a pasar, señoría. El año veinte, cuando los bolcheviques tomaron Perekop tuvieron una cantidad enorme de muertos. Como si tuvieran el local preparado para ellos.

—¿Para los bolcheviques? —se turbó el alma de Turbín—. Usted se confunde, Zhilin, eso no puede ser. No los dejarán pasar.

—Lo mismo pensaba yo, señor doctor. Me turbé y pregunté a Dios Nuestro Señor...

—¿A Dios? ¡Pero Zhilin!

—No lo dude, señor doctor, le digo la verdad, no tengo por qué mentir. He hablado con él en numerosas ocasiones.

—¿Cómo es, dime?

Los ojos de Zhilin emanaron rayos de luz y se precisaron orgullosos los rasgos de su cara.

—Aunque me matasen, no sabría explicarlo. Es un rostro resplandeciente, pero uno no acaba de comprender... A veces, al mirarle uno siente frío. Se imagina que se parece a uno mismo. ¿Qué es esto?, piensa uno asustado. Pero luego nada, se pasa. Es una cara que cambia mucho. De pronto uno siente gran alegría, qué alegría... Piensa

que va a pasar la luz azul... Hum... no, no es azul —el suboficial se quedó pensando —, no lo sé. Viene de mil verstas y te atraviesa. Pues bien, le pregunté, ¿cómo es eso, Señor, que tus popes dicen que los bolcheviques irán al infierno? ¿De qué se trata? Ellos no creen en ti y les preparas semejantes aposentos. «¿Que no creen?», preguntó.

—¡Se lo juro por Dios! —contesté, aunque la verdad es que temía el efecto que mis palabras pudieran producirle.

Pero él se limitó a sonreír. Soy un imbécil, pensé, él lo sabe mejor que yo. Sin embargo, sentía curiosidad por lo que pudiera decirme. Y él dijo:

«Qué le vamos a hacer si no creen. Que no crean. Eso a mí no me produce ni frío ni calor. Y a ti tampoco. Lo mismo les ocurre a ellos. Porque vuestra fe no me rinde ni ganancias ni pérdidas. Unos creen y otros no creen, pero todos hacéis lo mismo: al instante os agarráis uno a otro del cuello. Y por lo que se refiere a los cuarteles, has de saber, Zhilin, que todos los caídos en el campo de batalla son iguales para mí. Hay que comprenderlo, Zhilin, y no todos lo pueden entender. Tú no te preocupes de estas cosas. Vive tu vida, distráete».

¿Lo explicó bien, señor doctor? «Pero los popes», empecé... Él me interrumpió: «Será mejor que no me recuerdes a los popes, Zhilin. No se me ocurre qué puedo hacer con ellos. Imbéciles como vuestros popes no los hay en todo el mundo. En secreto, Zhilin, son una vergüenza, y no popes».

—¡Licéncialos a todos, Señor! —le dije—. ¿Para qué alimentas a esos parásitos?

«Me de lástima de ellos, Zhilin, de eso se trata».

El halo que envolvía a Zhilin se hizo azul y un júbilo inefable inundó el corazón del durmiente. Alargando las manos hacia el resplandeciente suboficial, gimió en sueños:

—Zhilin, Zhilin, ¿no podría encontrar en vuestra brigada una plaza de médico?

Zhilin agitó la mano saludando y asintió con un cariñoso gesto. Luego empezó a hacerse atrás y abandonó a Alexei Vasílievich. Este se despertó, ante él en vez de Zhilin tenía el pálido cuadrado de la ventana, que empezaba a aclararse con las primeras luces del amanecer. El doctor se pasó la mano por la cara y la encontró mojada por las lágrimas. Estuvo largo rato suspirando en la penumbra, pero a continuación volvió a dormirse y su sueño transcurrió ya tranquilo, sin pesadillas...

Sí, la muerte no se hizo esperar. Llegó por los caminos ucranianos del otoño, y luego del invierno, a la vez que la seca nieve arrastrada por el viento. Empezó a hacer tabletear las ametralladoras en el bosque. No se dejaba ver, pero sí era claramente visible el áspero odio de los campesinos, que la precedía. El odio corría por la nevasca y el frío calzado con miserables abarcas de corteza de tilo, con briznas de heno en la descubierta cabeza, y aullaba. Blandía un enorme garrote, sin el que no se concibe ninguna empresa en Rusia. Chisporroteó el fuego de los incendios. Luego a la rojiza luz del sol saliente, apareció un tabernero judío colgado de sus partes. Y en

Varsovia, la hermosa capital de Polonia, surgió una visión: Enrique Sienkiewicz apareció en una nube, sonriendo mordazmente. Más tarde empezó una confusión en la que no había forma humana de entenderse. Los popes hacían sonar las campanas bajo las verdes cúpulas de las pequeñas iglesias y a dos pasos, en las escuelas, que tenían los cristales rotos por las balas de fusil, se cantaban canciones revolucionarias.

No, era para ahogarse en aquel país y en aquel tiempo. ¡Que se fuera al diablo! Un mito. El mito de Petliura, un hombre que no existía en absoluto. Era un mito tan notable como Napoleón, que jamás existió, pero mucho menos hermoso. Ocurrió algo distinto. Había que encauzar esa cólera de los *mujiks* por un camino cualquiera, pues en el mundo están tan endiabladamente organizadas las cosas que por mucho que corra siempre se va a parar, fatalmente, a la misma encrucijada.

Es muy sencillo. Lo principal es que se produzca el tumulto, no faltarán los hombres.

Y apareció, no se sabía de dónde, el coronel Toropets. Resultó que procedía, ni más ni menos, del ejército austríaco...

—¿Qué me dice?

—Como lo oye.

Luego apareció el escritor Vinnichenko, que se había hecho famoso por dos cosas: por sus novelas y por la circunstancia de cuando la ola de las brujas, ya a comienzos del año dieciocho, le sacó a la superficie del desesperado mar ucraniano, las revistas satíricas de San Petersburgo le tacharon, sin dudar un instante, de traidor.

—Bien merecido lo tiene...

—Bueno, no lo sé. Luego está ese misterioso preso al que se dejó salir de la cárcel.

En setiembre no había en la Ciudad nadie capaz de concebir lo que son capaces de organizar tres hombres con el talento de aparecer a tiempo incluso en un lugar de mala muerte como Bélaia Tsérkov. En octubre ya se lo imaginaban, y de las estaciones de la ciudad empezaron a partir los trenes, iluminados con cientos de luces, aprovechando el amplio paso que se había abierto en la recién creada Polonia, rumbo a Alemania. Volaron los telegramas. Se iban los brillantes, los ojos huidizos, las cabelleras peinadas a raya y el dinero. Ansiaban verse en el sur, en el sur, en la ciudad marítima de Odesa. En noviembre —¡ay!— todos tenían ya una noción bastante clara. La palabra

¡Petliura!

¡Petliura!

¡Petliura!

saltaba ya de las paredes, de los grises partes telegráficos. Por la mañana, de las hojas de los periódicos goteaba en el café, y la divina bebida tropical se convertía en la boca en un desagradable brebaje. Estaba en todas las lenguas y repiqueteaba en los aparatos Morse bajo los dedos de los telegrafistas. Empezaron en la Ciudad los portentos con relación a esta enigmática palabra, que los alemanes pronunciaban a su

manera:

—Peturra.

Algunos soldados alemanes que habían adquirido la mala costumbre de pasear por los alrededores, empezaron a desaparecer por la noche. De noche desaparecían y de día, al aclararse las cosas, resultaba que los habían matado. Por eso se hicieron más frecuentes las patrullas alemanas con sus bacías de barbero. Hacían la ronda con linternas: ¡nada de escándalos! Pero no había linterna capaz de dispersar el confuso galimatías que hervía en las cabezas.

Guillermo, Guillermo. Ayer mataron a tres alemanes. Santo Dios, los alemanes se van, ¿se ha enterado? ¡¡Los obreros de Moscú han detenido a Trotski!! Unos hijos de perra han hecho parar un tren cerca de Borodianka y se han llevado cuanto había. Petliura ha enviado una embajada a París. De nuevo Guillermo. Los negros senegaleses están en Odesa. Un nombre misterioso y desconocido: el del cónsul Áinnot. Odesa. Odesa. El general Benikin. Otra vez Guillermo. Los alemanes se van, los franceses vienen.

—¡Vienen los bolcheviques, amigo!

—¡Ojalá se le pudra la lengua!

Los alemanes disponen de un aparato provisto de una aguja: lo colocan en el suelo y la aguja señala el lugar donde hay armas enterradas. Es una broma, Petliura ha enviado una embajada a los bolcheviques. Se trata de una broma todavía mejor. Petliura. Petliura. Petliura. Petliura. Peturra.

Nadie, ni una sola persona sabía lo que en realidad quería hacer este Peturra en Ucrania, pero todos en absoluto estaban ya al tanto de que este hombre, misterioso e impersonal

(aunque, por lo demás, los periódicos insertaban de tiempo en tiempo en sus páginas la primera fotografía llegada a la redacción, de un prelado católico, cada vez distinto, al que presentaban como Simón Petliura).

deseaba conquistarla, y para ello se disponía a tomar la Ciudad.

## Seis

La tienda «El Chic de París», de *madame* Ánjou, se encontraba en la planta baja de un enorme edificio situado en el centro de la Ciudad, en la calle del Teatro, junto a la parte trasera de la Opera. Tres escalones conducían de la calle a la tienda, a través de una puerta de cristales, y a ambos lados de ésta había unos ventanales cubiertos con empolvadas cortinillas de tul. Nadie sabía dónde se había metido *madame* Anjou y por qué su establecimiento era utilizado con unos fines que nada tenían que ver con el comercio. En el ventanal de la izquierda había dibujado un sombrero de señoras, con grandes adornos de flores y las palabras «Chic parisién». En el de la derecha había un gran cartel de cartón amarillo con dos cañones en aspa de los tiempos de Sebastopol, como los del emblema de artilleros, y una inscripción en la parte superior:

Puedes no ser héroe, pero estás obligado a ser voluntario.

Al pie de los cañones, estas palabras:

Centro de reclutamiento de voluntarios para el Grupo de Morteros.  
Autorizado por el Comandante en Jefe.

Ante la entrada de la tienda había una ennegrecida y oxidada motocicleta con *sidecar*. La puerta, de resorte, no cesaba de dar golpazos y cada vez que se abría sonaba sobre ella un espléndido campanilleo —trin-trin— que recordaba los felices y recientes tiempos de *madame* Anjou.

Turbín, Mishlaievski y Karás se levantaron casi a la vez después de la borrachera, de la víspera, completamente despejados, con gran asombro suyo, aunque bastante tarde, cerca de las doce. Nikolka y Shervinski habían salido. El primero de ellos, muy temprano, había hecho un hatillo con un trapo rojo y después de carraspear —ejé-ejé—... se había dirigido al cuartel de su grupo de voluntarios. Shervinski acababa de marchar al Estado Mayor de comandante en jefe, donde prestaba servicio.

Mishlaievski pasó a la habitación de Aniuta, al otro lado de la cocina, donde tras una cortina estaban el calentador y la bañera, y con el torso desnudo puso el cuello, la espalda y la cabeza bajo el chorro de agua helada, gritando con un alarido de horror y entusiasmo:

—¡Así! ¡Duro con él! ¡Estupendo!

Dejó el piso lleno de charcos. Luego se friccionó con la toalla de baño, se vistió, se embadurnó el pelo con brillantina, se peinó y dijo a Turbín:

—Escucha, Aliosha... hazme un favor. Préstame tus espuelas. Me será imposible pasar por casa y no querría presentarme sin espuelas.

—Las tienes en la mesa del despacho, en el cajón de la derecha.

Mishlaievski se dirigió al despacho, anduvo en él un rato, dio un taconazo y

volvió a la sala. Aniuta, la muchacha de ojos negros, que por la mañana había vuelto de la casa de su tía, estaba pasando el plumero por las butacas. Mishlaievski tosió disimuladamente, miró de reojo a la puerta, cambió su camino recto por otro más complicado, dio un rodeo y dijo a media voz:

—Buenos días, Aniútochka...

—Se lo diré a Elena Vasílievna —murmuró Aniuta al momento, mecánicamente, sin pararse a pensarlo, y cerró los ojos como el condenado a muerte sobre el que el verdugo ha levantado ya el cuchillo.

—Estúpida...

Turbín se asomó inesperadamente a la puerta. Su cara se hizo mordaz.

—¿Estás mirando el plumero, Vitia? Es muy bonito. Pero será mejor que sigas tu camino, ¿no te parece? Y tú, Aniuta, tenlo presente, aunque te diga que se va a casar contigo, no le creas, no se casará.

—No le dejan a uno ni darle los buenos días.

Mishlaievski refunfuñó, considerándose injustamente ofendido. Abombó el pecho y con ruido de espuelas salió al comedor. Cuando se acercó a la grave y pelirroja Elena sus ojos miraban inquietos a los lados.

—Buenos días, hermosa Lena. Ejem... —De la garganta de Mishlaievski salía una ronca voz de barítono en vez del tenor metálico de costumbre—. Hermosa Elena —exclamó en un tono muy sentido—, no te enfades. Quiéreme como yo te quiero a ti. Olvida mis groserías de ayer. ¿Acaso piensas que soy un miserable?

Abrazó a Elena y la besó en ambas mejillas. En la sala cayó al suelo el plumero con un suave ruido. A Aniuta siempre le ocurrían las cosas más raras en cuanto al teniente Mishlaievski aparecía en casa de los Turbín. Todo se le caía de las manos: si estaba en la cocina, aquello era una cascada de cucharas; en el comedor no quedaba un platillo sano. Aniuta parecía distraída, iba sin necesidad alguna al recibimiento y se ponía a limpiar el polvo de los chanclos hasta que resonaban las cortas espuelas, bajadas hasta los tacones, y aparecían el torcido mentón, los cuadrados hombros y los azules pantalones de montar. Entonces cerraba los ojos y se escapaba de costado del estrecho y traidor desfiladero. Ahora, en el comedor, después de dejar caer el plumero se quedó pensativa con la vista puesta en el vacío a través de los calados de la cortinilla, vuelta hacia el gris cielo cubierto de nubes.

—Vitka, Vitka —decía Elena meneando la cabeza, que parecía una reluciente corona de las que se sacan en el teatro—, pareces un mozo fuerte. ¿Por qué te mostraste tan débil ayer? Siéntate, toma un poco de té. Acaso te reconforte.

—En cambio tú, Lénochka, tienes un aspecto admirable. Y la bata te sienta muy bien, te lo juro —dijo adulator Mishlaievski, lanzando rápidas miradas a las entrañas de cristal del aparador—. Mira, Karás, qué bata. Completamente verde. ¡Qué guapa está!

—Elena Vasílievna es muy hermosa —replicó muy serio Karás, con sincero acento.



—Es color eléctrico —explicó Elena—. Pero di de una vez qué es lo que quieres.

—Verás, hermosa Elena, después de lo de ayer se me puede producir jaqueca, y con ella es imposible ir al combate...

—Está bien, busca en el aparador.

—Eso, eso... Una copita... Es mejor que cualquier piramidón.

Arrugando la cara en un gesto de dolor, Mishlaievski se echó al cuerpo dos vasitos de vodka y dio un mordisco a un arrugado pepinillo que había quedado de la víspera. Después de esto anunció que se sentía como nuevo y manifestó el deseo de tomar té con limón.

—Tú, Lénochka —dijo Turbín con la voz algo ronca—, no te inquietes, espérame. Iré a inscribirme y volveré a casa. En cuanto a las operaciones militares, no te preocupes. No nos moveremos de la ciudad y rechazaremos a ese simpático presidente, el muy canalla.

—¿No os mandarán a algún sitio?

Karás hizo un gesto tranquilizador.

—No se preocupe, Elena Vasílievna. En primer lugar, debo decirle que el grupo no estará preparado de ningún modo antes de dos semanas: no hay ni caballos ni proyectiles. Y cuando esté dispuesto, sin duda alguna, nos quedaremos en la Ciudad. Todo el ejército que ahora se organiza, indudablemente, constituirá su guarnición. Sólo más adelante, en el caso de que se vaya sobre Moscú...

—Por ahora eso... Ejem...

—Antes deberemos unirnos a Denikin...

—No os esforcéis en calmarme, no temo nada en absoluto; al contrario lo apruebo.

El tono de Elena era, efectivamente, animoso. En sus ojos brillaba ya la preocupación por los quehaceres de cada día. «Los trabajos diarios le ayudarán a superar la impresión de su huida».

—Aniuta —gritó—. En la terraza está la ropa de Víktor Víktorovich. Cógela, cepíllala bien y la lavas ahora mismo.

Lo que más contribuía a calmar a Elena era la actitud del pequeño y bien formado Karás, con sus ojos azules. Muy seguro con su descolorida guerrera, no perdía la sangre fría, fumaba y entornaba los párpados.

Se despidieron en el recibimiento.

—Bueno, que el Señor os guarde —dijo Elena con voz severa, e hizo la señal de la cruz sobre Turbín. También la hizo sobre Karás y Mishlaievski. Este la abrazó, mientras que Karás, ceñido el ancho talle del capote, ruborizándose, le besó cariñosamente ambas manos.

—¿Me permite, señor coronel? —dijo Karás, haciendo sonar las espuelas en un taconazo y llevándose la mano a la visera.

El señor coronel permanecía sentado en un verdoso silloncito de tocador sobre un estrado, en la parte de la derecha de la tienda, tras un pequeño escritorio. Montones de cajas de cartón en los que se leía: «*Madame Anjou*. Sombreros de señora» se levantaban a su espalda, velando algo la luz que se filtraba por la empolvada ventana, con sus complicados visillos de tul. El señor coronel tenía una pluma en la mano y en realidad no era coronel, sino teniente coronel, con anchas hombreras doradas cruzadas por dos estrechas franjas y en las que se veían las tres estrellas y el aspa de los cañones. El señor coronel no era mucho más viejo que Turbín: habría cumplido treinta años, treinta y dos todo lo más. Su cara, mofletuda y recién afeitada, se adornaba con un negro bigotillo recortado a la americana. Los ojos, muy vivos e inteligentes, miraban con claras muestras de cansancio, pero atentos.

Alrededor del coronel reinaba el caos de la creación del mundo. A dos pasos de él chisporroteaba el fuego de una pequeña estufa negra cuyos tubos acodados, también negros, se alargaban hasta el tabique y se perdían en las profundidades de la tienda, dejando caer de vez en cuando gotas de un líquido no menos oscuro. El suelo, lo mismo en el estrado que en el resto de la tienda, estaba sembrado de papeles rotos y de recortes de tela roja y verde. En lo alto, sobre la misma cabeza del coronel, tamborileaba, como un inquieto pajarillo, una máquina de escribir, y cuando Turbín levantó la cabeza vio que la máquina en cuestión cantaba tras una barandilla que pendía del techo de la tienda. Al otro lado de la barandilla se veían unas piernas y un trasero enfundados en azules pantalones de montar; la cabeza no se veía porque la había cortado el techo. Una segunda máquina repiqueteaba en la parte izquierda de la tienda, en una desconocida zanja de la que asomaba las claras hombreras de un voluntario y una cabeza blanca, aunque los brazos y las piernas permanecían ocultos.

Un gran número de caras iban y venían alrededor del coronel. Pasaban las hombreras con sus cañones de oro. Había también un cajón amarillo con auriculares y cable telefónico. Junto a las cajas de cartón se amontonaban las granadas de mano, parecidas a latas de conserva, con sus mangos de madera, y varias cintas de ametralladora. Una máquina de coser de pedal rozaba el codo izquierdo del señor coronel, y junto a su pierna izquierda una ametralladora asomaba el morro. En la penumbra del fondo, tras la cortina que pendía de una brillante varilla, una voz se esforzaba en hacerse oír. Evidentemente, conversaban por teléfono: «Sí... sí... hablo. Digo que sí, que sí. Sí, hablo». Rin... resonaba el timbre... Pío, cantaba la suave voz del pájaro de la zanja, de donde una voz ronca y joven balbuceaba:

—El grupo... al habla... sí... sí.

—Le escucho —dijo el coronel a Karás.

—Permítame presentarle, señor coronel, al teniente Víktor Mishlaievski y al doctor Turbín. El teniente Mishlaievski se encuentra ahora en el segundo grupo de voluntarios de infantería como simple soldado y desearía trasladarse a nuestra unidad. Es especialista en esta arma. El doctor Turbín pide que se le admita en calidad de médico.

Después de decir todo esto, Karás bajó la mano y Mishlaievski llevó la suya a la visera. «Diablos... tendré que vestirme de uniforme cuanto antes», pensó irritado Turbín, experimentando una sensación de desagrado al verse sin gorro, como un idiota cualquiera, con el abrigo negro y el cuello de piel de cordero. Los ojos del coronel se deslizaron rápidos por el doctor y pasaron al capote y a la cara de Mishlaievski.

—Ya —dijo—. Me parece bien. ¿Dónde ha servido usted, teniente?

—En el grupo N de morteros pesados, señor coronel —contestó Mishlaievski, precisando así su situación durante la guerra contra los alemanes.

—¿De morteros pesados? Excelente. No hay quien lo comprenda: mandan a infantería a los oficiales artilleros. Esto es una confusión completa.

—Perdóneme, señor coronel —replicó Mishlaievski, tratando de aclarar la insumisa voz con una tosecilla—. Fui yo el que se presentó voluntariamente considerando la urgente necesidad que había de acudir a Post-Volinski. Pero ahora, cuando esa unidad cuenta ya con el personal suficiente...

—Lo apruebo por completo... está bien —dijo el coronel y, en efecto, miró con muestras de gran aprobación a los ojos de Mishlaievski—. Mucho gusto en conocerle... Así... ¡Ah, sí, el doctor! ¿También usted desea venir con nosotros? Hum... Turbín asintió en silencio para no contestar a la manera militar, pensando en su cuello de piel de cordero.

—Hum... —el coronel miró hacia la ventana—. La idea, claro, es buena. Tanto más que dentro de unos días es posible... —se detuvo de pronto, arrugando un tanto los párpados, y prosiguió, bajando la voz—. Lo único... no sé cómo decirlo... Verá, doctor, hay una cuestión... Las teorías sociales y... hum... ¿Usted es socialista, verdad? Como todos los intelectuales, ¿no es cierto? —Los ojillos del coronel se deslizaron hacia un lado y su figura entera, sus labios y su meliflua voz expresaron el más vivo deseo de que el doctor Turbín fuese socialista, y no otra cosa—. En nuestro grupo casi todos son estudiantes —añadió sonriendo cordialmente, sin mostrar los ojos—. Claro, resulta algo sentimental, pero usted lo comprende, ofrece un matiz universitario.

Turbín quedó desconcertado. Aquellas palabras le extrañaban. «Diablos... ¿Cómo es que Karás decía?...». En aquel momento advirtió a su izquierda la presencia de Karás y, sin mirarle, comprendió que éste trataba de hacerle comprender algo, aunque no caía en lo que pudiera ser.

—Yo —dijo Turbín de sopetón, torciendo el gesto—, sintiéndolo mucho, no soy socialista, sino... monárquico. Incluso debo decirle que ni siquiera puedo, soportar la palabra «socialista», Y de todos los socialistas a quien más aborrezco es a Alexandr Fiodórovich Kerenski.

Detrás de Turbín, hacia su hombro derecho, la boca de Karás dejó escapar un sonido. «Es una pena separarse de Karás y de Vitia —pensó él—, pero que se vaya al cuerno este grupo socialista de morteros».

Los ojillos del coronel emergieron por un instante en su cara y en ellos apareció un cierto resplandor. Movi6 la mano como si deseara tapar cort6smente la boca a Turb6n y dijo:

—Es una l6stima. Hum... lo siento mucho... Las conquistas de la revoluci6n y todo eso... Tengo orden de mis superiores de no admitir elementos mon6rquicos considerando que la poblaci6n... necesita una cierta moderaci6n. Adem6s, el *hetman*, con el que mantenemos las relaciones m6s estrechas, como ustedes saben... lo siento... lo siento...

La voz del coronel no expresaba, el menor sentimiento. Todo lo contrario, parec6a muy alegre, y los ojillos se encontraban en la m6s completa contradicci6n con lo que 6l dec6a.

«¡Hola! —pens6 Turb6n, cayendo en la cuenta—. Soy imb6cil..., este coronel no tiene un pelo de tonto. Probablemente, a juzgar por su fisonom6a, es un arribista, pero eso no importa».

—No s6 qu6 hacer... porque en el momento presente —el coronel subray6 mucho la palabra «presente»—, porque en el momento presente nuestra tarea inmediata es defender la Ciudad y al *hetman* de las bandas de Petliura, y acaso contra los bolcheviques. M6s adelante ya se ver6... ¿Me podr6a decir, doctor, d6nde ha servido hasta ahora?

—El a6o mil novecientos quince, al graduarme en la Universidad como alumno libre, ingres6 en una cl6nica de enfermedades ven6reas. Luego pas6 al regimiento de h6sares de Belgrado, y m6s tarde a un hospital de campa6a para heridos graves, como m6dico de sala. Fui licenciado y en la actualidad me dedico al ejercicio privado de la profesi6n.

—¡Cadete! —exclam6 el coronel—. D6gale al capit6n que venga.

Cierta cabeza se hundi6 en la zanja y acto seguido ante el coronel apareci6 un joven oficial muy moreno y de vivos movimientos. Tra6a puesto un gorro redondo de piel de cordero con la tapa color frambuesa cruzada por un gal6n y un gris capote largo como el de Mishlaievski, muy ce6ido por el cintur6n, del que colgaba el rev6lver. Sus doradas y aplastadas hombreras indicaban que era subcapit6n.

—Capit6n Stadzinski —le dijo el coronel—, tenga la bondad de mandar al Estado Mayor del comandante en jefe un oficio pidiendo el urgente traslado a nuestra unidad del teniente...

—Mishlaievski —dijo el interesado, llev6ndose la mano a la visera.

—... del teniente Mishlaievski, incorporado al segundo grupo de voluntarios de infanter6a y que pertenece al arma de artiller6a. Y otro oficio en el sentido de que los servicios del m6dico...

—Turb6n...

—Turb6n son muy necesarios en nuestro grupo. Solicitamos su urgente nombramiento.

—A sus 6rdenes, se6or coronel —contest6 el oficial, acentuando indebidamente

las palabras y haciendo el saludo. «Es polaco», pensó Turbín.

—Usted, teniente, no tiene por qué volver a su unidad (esto iba dirigido a Mishlaievski). El teniente tomará el mando de la cuarta sección (al oficial).

—A sus órdenes, señor coronel.

—A sus órdenes, señor coronel.

—En cuanto a usted, doctor, desde este momento puede considerarse incorporado al servicio. Preséntese hoy, dentro de una hora, en la explanada del gimnasio Alexándrovski.

—A sus órdenes, señor coronel.

—Preocúpese de que el doctor sea equipado inmediatamente.

—A sus órdenes.

—¡Al habla, al habla! —gritaba la voz de bajo en la zanja.

—¿Me oye? No. Digo que no... Digo que no —gritaba otra voz al otro lado del tabique.

Rin... Pío... cantaba el pájaro de la zanja.

—¿Me oye?...

—¡Noticias libres! ¡Noticias libres! ¡Ha salido el nuevo diario *Noticias libres!* —gritaba un chiquillo con un pañuelo de mujer atado por encima del gorro—. Descomposición de Petliura. Llegada de tropas negras a Odesa. ¡Ha salido *Noticias libres!*

Turbín tuvo tiempo de pasar por casa. Las plateadas hombreras salieron de la oscuridad del cajón del escritorio de su pequeño despacho, que lindaba tabique por medio con la sala. Visillos blancos en los cristales de la puerta que daba al balcón, el escritorio con libros y la escribanía, la estantería con frascos de medicina y aparatos, la camilla cubierta con una limpia sábana. Modesto y algo estrecho, pero confortable.

—Lénochka, si por casualidad viene alguien y yo me retraso, di que no hay consulta. No tengo enfermos en tratamiento... Date prisa, muchacha.

Elena cosió las insignias de la guerrera... El segundo par de hombreras, color caqui y con una franja negra, fue para el capote.

Unos minutos más tarde Turbín cruzaba el portal. Miró la blanca placa de la puerta:

Doctor A. V. Turbín

Enfermedades venéreas y sífilis

606-914

Consulta de 4 a 6.

Pegó sobre ella una pequeña tira de papel: «Consulta de 5 a 7» y siguió a buen paso por el Alexéievski.

—¡Noticias libres!

Se detuvo un instante, compró el periódico y lo desplegó sobre la marcha:

Diario democrático independiente.

13 de diciembre de 1918.

Los problemas del comercio exterior, y en particular del comercio con Alemania, nos obligan...

—¿Pero dónde está? Se me quedan las manos heladas.

Según comunica nuestro corresponsal, en Odesa se mantienen conversaciones con vistas al desembarco de dos divisiones de tropas coloniales negras. El cónsul Ainot no admite la idea de que Petliura...

—¡El hijo de perra del chico ese!

Los fugitivos que acudieron ayer al Estado Mayor de nuestras tropas en Post-Volinki hablan de la creciente desintegración que se observa entre las bandas de Petliura. Hace tres días, un regimiento de caballería abrió en la zona de Kórosten fuego contra un regimiento de tiradores. En las bandas de Petliura se observa un gran deseo de paz. A juzgar por todos los indicios, la aventura está al borde del fracaso. Según noticias, el coronel Bolbotún, que se sublevó contra Petliura, se ha separado de él con su regimiento y con cuatro cañones. Bolbotún se inclina por la política del *hetman*.

Los campesinos odian a Petliura a consecuencia de las requisas. La movilización que éste decretó en las aldeas no tiene el menor éxito. Los campesinos la evitan en masa, escondiéndose en los bosques.

—Admitámoslo... el maldito frío... Perdóneme.

—¿Qué manera es ésa de empujar? El periódico se lee en casa...

—Perdóneme...

Siempre hemos afirmado que la aventura de Petliura...

—¡Miserable! Pero qué miserable...

Quien es honrado y no es un lobo  
acude al regimiento de voluntarios...

—¿Qué le pasa, Iván Ivánovich? Parece que hoy está de mal humor.

—Mi mujer me ha mareado. No cesa de hablar de Petliura y de Bolbotún...

Turbín torció el gesto, hizo con rabia una pelota del periódico y lo tiró a la acera. Se quedó escuchando.

Los cañones atronaban cerca, en las afueras de la ciudad.

—¿Qué diablos será eso?

Turbín dio la vuelta, recogió el periódico que había tirado, lo alisó y volvió a leer, esta vez atentamente, en la primera página:

En la zona de Irpen, escaramuzas de nuestros exploradores con algunos grupos de bandidos de Petliura.

En el sector de Srébríanskoe, tranquilidad.

En Krasni Traktir, sin novedad.

En el sector de Boiarki, un regimiento de tropas del *hetman* dispersó con un vigoroso ataque una banda de mil quinientos hombres. Se han hecho dos prisioneros.

—Gu... gu... gu... Bu... bu... bu... —gruñía la gris lejanía invernal hacia el sudoeste. Turbín abrió de pronto la boca y palideció. Maquinalmente, se guardó el periódico en el bolsillo. Viniendo del bulevar, por la calle Vladímirskaia se arrastraba una oscura masa. Por la calzada avanzaban muchas personas con abrigos negros... En las aceras se veían algunas mujeres. Un policía montado abría marcha, como dirigiendo el cortejo.

Su caballo, de gran alzada, con las orejas recogidas, miraba a los lados inquieto. La cara del jinete denotaba su desconcierto. De cuando en cuando lanzaba un grito y agitaba la fusta para guardar las apariencias, pero nadie le hacía caso. En las primeras filas de la multitud se veían las doradas casullas y las barbas de los sacerdotes, ondeaban los estandartes. Los chiquillos acudían de todas partes.

—¡Noticias! —gritó el vendedor de periódicos, que también corrió hacia el cortejé.

Del restaurante «Meiropol», que estaba de bote en bote, salieron unos pinches de cocina con sus blancos gorros. La masa se extendía por la nieve como la tinta sobre el papel.

Unas alargadas cajas amarillas se balanceaban sobre la multitud. Cuando la primera de ellas llegó a la altura de Turbín éste leyó lo que con enrevesados caracteres había escrito en un costado:

Teniente Yustsévich.

En la siguiente:

Teniente Ivanov.

En la tercera:

Teniente Orlov.

De pronto, entre la multitud resonó un chillido. Una mujer de pelo blanco, con el

sombrero caído hacia atrás, tropezando y perdiendo unos paquetes, dejó la acera y se metió entre el gentío.

—¿Qué es eso? ¡Vania! —siguió gritando. Alguien pálido corrió hacia un lado. Chilló una mujer, seguida de otra.

—¡Señor mío Jesucristo! —balbucieron detrás de Turbín. Alguien le apretaba por la espalda y le echaba el aliento al cuello.

—Dios mío..., últimamente... ¿Por qué matan así a la gente?... ¿Qué es esto?

—Cualquier cosa es preferible a un espectáculo como éste.

—¿Quién es? ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué ha sucedido? ¿A quién llevan a enterrar?

—¡Vania! —se levantó el aullido sobre la multitud.

—Son los oficiales que mataron en Popeliuja —explicó alguien con voz apresurada, con el deseo de ser el primero de anunciar lo sucedido—. Llegó un destacamento para pasar la noche, los cercaron los campesinos y la gente de Petliura y los mataron a todos. No quedó uno vivo... Les sacaron los ojos y les dibujaron con cuchillos las insignias en los hombros. Una verdadera carnicería.

—¿Qué dice usted? Ay, ay, ay...

Teniente Korovin.

Teniente Gerdt.

seguían pasando los amarillos ataúdes.

—Hasta qué extremo hemos llegado...

—¡Querellas fraticidas!

—¿Pero cómo pudo ocurrir?

—Según dicen, se quedaron dormidos...

—Bien merecido lo tienen... —silbó de pronto entre la multitud, una vocecilla negra a espaldas de Turbín. Su rostro palideció. Giró la cabeza, ante él desfilaban caras y gorros. Metió la mano entre dos cuellos y atenazó la voz por la manga del oscuro abrigo. El individuo se volvió y quedó aterrorizado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Turbín con voz silbante. Al instante se esfumó su cólera.

—Por favor, señor oficial —contestó la voz, estremecida por el espanto—. No he dicho nada. Estoy callado. ¿Por qué se pone así? —subió de tono la voz.

La nariz de pato palideció y Turbín se dio cuenta de que se había equivocado, no era el autor del comentario a quien había cogido. La nariz de pato pertenecía a una fisonomía cuyos buenos propósitos nadie podría poner en duda. No había podido decir nada y sus redondos ojos miraban asustados.

Turbín soltó la manga y con una cólera fría empezó a buscar entre los gorros, las nuca y los cuellos que bullían a su alrededor. Su mano izquierda se preparaba a agarrar algo, mientras que la derecha se apretaba en el bolsillo, en la empuñadura de la pistola. Pasó frente a él el triste canto de los sacerdotes, a su lado seguía el



desconsolado llanto de la mujer del pañuelo. Era imposible coger a nadie, la voz parecía haberse hundido en el suelo. Pasó el último ataúd,

Teniente Morskoi,

cruzó rápido un trineo.

—¡Noticias! —hirió de pronto el oído de Turbín el grito del vendedor.

Sacó del bolsillo el arrugado periódico y, fuera de sí, se lo metió al chico dos veces en la cara, diciendo con un rechinar de dientes:

—Toma noticias. Toma. Toma noticias. ¡Canalla!

Aquí terminó su explosión de cólera. El chico dejó caer los periódicos, se resbaló y quedó sentado en un montón de nieve. Su cara se arrugó al momento con un falso llanto y sus ojos se llenaron de un odio atroz, que no tenía nada de falso.

—¿Por qué... me hace... eso? —dijo con voz gangosa, esforzándose por romper a llorar y pasando las manos por la nieve. Una cara se volvió con asombro hacia Turbín, pero no se atrevió a decir nada. Avergonzado de su estúpida acción, Turbín metió la cabeza entre los hombros, dio la vuelta y pasando junto a un farol de gas, junto a la blanca pared del gigantesco edificio circular del museo, junto a unas zanjas con ladrillos cubiertos por una película de nieve, se dirigió a la conocida y enorme explanada del gimnasio Alexándrovski.

—¡Noticias! ¡Diario democrático! —llegaba desde la calle.

El amplio edificio de cuatro pisos y ciento ochenta ventanas, que tan familiar le era, rodeaba la explanada. Turbín había pasado en él ocho años, y durante esos ocho años, al llegar la primavera, pasaban los recreos corriendo por la explanada. En invierno, cuando las clases estaban llenas de un asfixiante polvo y la explanada se hallaba cubierta por una húmeda y fría nieve, la veía desde las ventanas. Aquel edificio de ladrillo había sido testigo, durante ocho años, de cómo crecían y estudiaban Turbín y, a continuación de él, Karás y Mishlaievski.

Ocho años justos habían pasado desde que Turbín vio por última vez el gimnasio. Su corazón se oprimió de miedo. Le pareció de pronto que un negro nubarrón cubría el cielo, que llevaba un remolino y barría su vida entera, lo mismo que una espantosa ola barre el embarcadero. ¡Oh, ocho años de estudio! Cuántos momentos absurdos y tristes para un alma de muchacho, pero cuántas alegrías. Un día gris, otro, otro, *ut consecutivum*, Cayo Julio César, el cero de cosmografía y el odio eterno a la astronomía desde aquel cero. Mas, por el contrario, estaba la primavera, la primavera y el estrépito en las salas, las muchachas con delantales verdes en el bulevar, los castaños y mayo, y, ante todo, un eterno faro ante él: la universidad, es decir, una vida libre. ¿Comprendéis lo que la universidad significa? Las puestas del sol en el Dniéper, la libertad, dinero, fuerza, la fama.

Todo esto había quedado atrás. Los ojos siempre enigmáticos de los profesores, los espantosos estanques, con los que todavía soñaba, de los que no cesaba de sacar agua sin agotarlos, los complicados razonamientos acerca de las diferencias entre Lenski y Oneguín<sup>[8]</sup>, lo feo que era Sócrates, cuándo fue fundada la orden de los jesuitas, el desembarco de Pompeyo, otro desembarco y otros muchos más a lo largo de dos mil años...

Más aún. Tras los ocho años del gimnasio, ya fuera de todo género de estanques, los cadáveres de la sala de disección, las blancas salas, el silencio encristalado de los quirófanos, y luego tres años de cabalgar, heridas ajenas, humillaciones y sufrimientos. El maldito estanque de la guerra... Pues bien, había acabado por desembarcar en aquella explanada, en el jardín de otros tiempos. Y corría por la explanada aunque se sentía enfermo y fatigado, apretando la pistola en el bolsillo: corría sin saber a dónde ni para qué. Probablemente para defender aquella misma vida, el futuro por el cual se había atormentado con los estanques y con aquellos malditos peatones, uno de los cuales salía de la estación A y el otro iba a su encuentro desde la estación B.

Las negras ventanas ofrecían el más completo y siniestro de los silencios. Una mirada era bastante para comprender que se trataba de un silencio muerto. Resultaba extraño que en el centro de la Ciudad, en aquel agitado bullicio, hubiese quedado muerto aquel navío de cuatro puentes que tantas decenas de miles de vidas había sacado a mar abierto. Parecía que nadie lo custodiase, no se advertía ni un sonido, ni un movimiento en las ventanas y bajo los muros cubiertos de vieja pintura amarilla. Una capa de nieve impoluta yacía sobre las techumbres, tapaba con un gorro las copas de los castaños y se extendía por igual por toda la explanada. Sólo algunos senderos mostraban que alguien acababa de pisarla.

Y lo más importante de toda: no sólo no había nadie que supiera qué había sido de todo esto, sino que nadie se interesaba por ello. ¿Quién estudiaba ahora en este navío? Y si alguien lo hacía, ¿por qué? ¿Dónde estaban los bedeles? ¿Por qué levantaban sus terribles y chatas fauces los morteros bajo las filas de los castaños, junto a la reja que separaba el jardinillo interior y la entrada de la fachada principal? ¿Por qué en el gimnasio había un cuerpo de guardia? ¿De quién era? ¿Qué gentes eran aquéllas? ¿Para qué estaban allí?

Nadie lo sabía, como tampoco sabía nadie qué había sido de *madame Anjou* y por qué en su tienda había granadas de mano junto a las vacías sombrereras...

—¡Adelante! —gritó una voz.

Los morteros oscilaron y empezaron a arrastrarse. Doscientos hombres se movían, avanzaban a saltos, se inclinaban y volvían a ponerse en pie junto a las enormes ruedas de hierro. Aquello era una abigarrada confusión de pellizas amarillas, de grises capotes y de gorros y gorras de militar, caquis, y azules, de estudiante.

Cuando Turbín cruzó la enorme explanada, cuatro morteros se habían colocado en fila y le miraban con sus fauces. Los precipitados ejercicios de instrucción habían terminado y los reclutas permanecían alineados en dos filas.

—Señor ca-pi-tán —cantó la voz de Mishlaievski—, la sección está dispuesta.

Studzinski, apareció ante las filas, se hizo hacia atrás y gritó:

—De frente, cabeza variación izquierda, ¡*march!*

La formación se balanceó y emprendió una desordenada marcha, haciendo crujir la nieve.

Junto a Turbín pasaron muchas caras conocidas y típicas de estudiantes. A la cabeza de la tercera sección marchaba Karás. Sin saber adonde iba y para qué, Turbín se incorporó a la sección...

Karás, que marchaba de espaldas, fuera de la formación, con aspecto de muy preocupado, empezó a cantar:

—Izquierda. Izquierda. Uno. Uno.

La columna se alargó como una serpiente ante las negras fauces de la entrada a los sótanos del gimnasio, que empezó a tragarse una fila tras otra.

Dentro del gimnasio la sombría sensación de muerte era aún más intensa que fuera. El eco de los pasos despertó rápidamente el silencio de piedra y la movediza oscuridad del abandonado edificio. Empezaron a volar bajo las bóvedas unos sonidos que daban la sensación de ser demonios despertados. Entre los pesados pasos se oían los rumores y chillidos de las ratas inquietas que se perdían por los oscuros rincones. La columna siguió por los interminables y negros pasillos del sótano, con suelo de ladrillo, y llegó a una sala enorme, en la que una escasa luz se filtraba a través de las estrechas ventanas protegidas por rejillas, a través de las muertas telarañas.

Un infernal estruendo de martillos rompió el silencio. Estaban abriendo cajas de munición, forradas con chapa, sacaban un sinfín de cintas y discos, parecidos a tartas, para las ametralladoras Lewis. Estas iban saliendo negras y grises, parecidas a malvados mosquitos. Resonaban las tuercas, las tenazas arrancaban y una sierra cortaba algo en un rincón con un constante silbido. Los cadetes sacaban fardos de fríos gorros y capotes con sus pliegues que parecían de hierro, cinturones que no llegaban a doblarse, cartucheras y cantimploras con su funda de fieltro.

—Rápido —se oyó la voz de Studzinski.

Media docena de oficiales, con sus oscurecidas hombreras doradas, se movían como tejedores por el agua. Mishlaievski cantaba algo con su recuperada voz de tenor.

—¡Señor doctor! —gritó Studzinski desde la oscuridad—. Tenga la bondad de hacerse cargo del equipo de practicantes y de darles instrucciones.

Ante Turbín aparecieron dos estudiantes. Uno de ellos, de baja estatura y nervioso, lucía un brazalete con la cruz roja en su capote azul. El otro vestía capote gris; el gorro de piel le caía sobre los ojos y no cesaba de echárselo hacia arriba.

—Ahí están las cajas con los medicamentos —dijo Turbín—. Saquen las bolsas

de costado y el instrumental. Entreguen a cada artillero dos paquetes de cura individual y explíquenles rápidamente cómo han de abrirlos en caso de necesidad.

La cabeza de Mishlaievski se destacó sobre el gris hormiguero. Buscó en una caja, tomó un fusil, hizo rechinar el cerrojo al abrirlo, metió con estrépito un cargador y luego, apuntando a una ventana y tirando del cerrojo, tirando del cerrojo y apuntando, lanzó sobre los cadetes los cartuchos que iban saltando de la recámara. Después de esto pareció que en el sótano entraba una fábrica en movimiento. Entre los ruidos y chillidos, los cadetes cargaban los fusiles.

—Los que no sepan, que vayan con cuidado —cantó Mishlaievski—. Que los cadetes expliquen a los estudiantes lo que hay que hacer.

Por encima de las cabezas volaban correajes, cartucheras y cantimploras.

Se produjo un milagro. Aquellos hombres de tan diversa vestimenta se iban convirtiendo en una capa homogénea y compacta sobre la que como un cepillo de agudas cerdas, moviéndose en desorden, se levantaban las puntas de las bayonetas.

—Señores oficiales, tengan la bondad de reunirse conmigo —resonó en algún lugar la voz de Studzinski.

Este, en la oscuridad del pasillo, entre el suave tintineo de las espuelas, preguntó a media voz:

—¿Cuáles son sus impresiones?

Las espuelas se removieron. Mishlaievski, con habilidad y descuido, se llevó las puntas de los dedos a la visera, acercóse al subcapitán y dijo:

—En mi sección hay quince hombres que no tienen la menor idea de cómo se maneja el fusil. Resultará algo difícil.

Studzinski miró hacia arriba, de donde a través del cristal fluía, modesto y gris, el último rayo de escasa luz, y articuló:

—¿Y la moral?

De nuevo habló Mishlaievski:

—Ejem... ejem... Los ataúdes la han estropeado. Los estudiantes se han impresionado. Les ha producido muy mal efecto. Lo vieron a través de la verja.

Studzinski clavó en él sus negros ojos.

—Procuren levantar su ánimo.

Y las espuelas resonaron al marcharse cada uno por su lado.

—¡Cadete Pavlovski! —retumbó en el cuerpo de guardia la voz de Mishlaievski, como la de Radamés en *Aida*.

—¡Pavlovski... i!... i!... i!... —contestó el eco de piedra del cuerpo de guardia y el refugio de las voces de los cadetes.

—¡Presente!

—¿Pertenece a la escuela militar Alexéievski?

—En efecto, señor teniente.

—A ver, empiece una canción, pero con energía. Para que revienten Petliura y la madre que lo parió...

Una voz, alta y pura, empezó bajo las bóvedas de piedra:

Nací artillero...

Al tenor le contestaron entre la masa de bayonetas:

En los estudios mi familia fue la brigada.

Todo el conjunto de estudiantes parecía estremecerse, captó rápidamente el estribillo y de pronto, como una improvisada masa coral, disparando ecos de cañón, el vocerío llenó el cuerpo de guardia:

Me bautizó el fuego de la metralla.  
El fuego me cubrió  
como un turbulento terciopelo...

Zumbaron los oídos, las cajas de munición, los sombríos cristales, las cabezas. Se estremecieron y tintinearón unos polvorientos vasos olvidados en los inclinados antepechos...

Y los servidores de la pieza  
aclamaron mi valor.

Studzinski, sacando de entre la masa de capotes, bayonetas y ametralladoras a dos sonrosados tenientes, les ordenó en un apresurado murmullo:

—El vestíbulo... quiten el lienzo del cuadro..., de prisa...

Los tenientes se alejaron con paso rápido.

Pasan y cantan  
los cadetes de la Escuela de la Guardia.  
Trompetas, timbales,  
suenan los platillos.

La vacía caja de piedra del gimnasio atronaba y aullaba ahora con la terrible marcha. Las ratas, aturdidas, se habían metido en sus profundas madrigueras.

—Uno... uno... —cantaba el penetrante rugido de Karás.

—¡Más alegres...! —gritó con voz ya limpia Mishlaievski—. ¿A quién llevan a enterrar esos cadetes?

No era una oruga gris y desordenada, sino

Modistas, cocineras, doncellas, lavanderas.  
Todas salen a mirar a los cadetes que pasan

una columna revestida de punzantes bayonetas lo que avanzó por el pasillo. El suelo se hundía bajo el firme paso de la formación. La oruga siguió por el interminable pasillo hasta llegar al segundo piso, desembocando en el gigantesco vestíbulo inundado de luz que le llegaba a través de la encristalada cúpula. Al entrar, las primeras filas quedaron aturcidas.

Sobre un encabritado potro de pura sangre cubierto con gualdrapa real de bordado monograma, sonriente, con su tricornio de recogidas alas y blanco penacho, con su incipiente calvicie y esplendoroso, Alejandro salió al encuentro de los artilleros. Les enviaba una tras otra sonrisas rebosantes de un traidor encantó, blandía el sable y con la punta señalaba a los cadetes los regimientos de Borodinó. El campo de batalla se revestía con las nubecillas de las bombas y el negro nubarrón de las bayonetas cubría la lejanía en las dos brazas de lienzo.

... hubo...  
reñidos combates.

—Y qué combates... —resonó la voz de Pavlovski.

Y qué combates, según dicen,

atronaron los bajos.

No en vano recuerda Rusia entera  
el día de Borodinó.

El deslumbrador Alejandro cabalga por el cielo y el lienzo que durante todo un año lo había cubierto estaba ahora caído bajo los cascos de su montura.

—¿No habéis visto al emperador Alejandro el Bienaventurado? ¡Ese paso, ese paso! Uno. Uno. Izquierda. Izquierda —vociferó Mishlaievski, y la oruga siguió adelante, invadiendo la escalera con el pesado paso de la infantería de Alejandro. Por delante del vencedor de Napoleón, haciendo cabeza variación izquierda, el grupo de morteros pasó a la inmensa sala de actos y, cortando la canción, se detuvo entre el oscilar de las bayonetas. Una luz lechosa y sombría reinaba en la sala y en los entrepaños, como pálidas y muertas manchas, miraban los retratos de los últimos zares, totalmente cubiertos con lienzos.

Studzinski se hizo hacia atrás y miró el reloj de pulsera. En aquel instante se le acercó corriendo un cadete y le dijo algo al oído.

—El jefe del grupo —oyeron los más próximos.

Studzinski hizo una señal a los oficiales. Estos acudieron a las filas para ordenarlas. El capitán salió al pasillo al encuentro del jefe.

Con gran estrépito de espuelas, el coronel Málishev subió las escaleras hacia la entrada de la sala, volviéndose y mirando de reojo a Alejandro. El curvo sable del

Cáucaso con sus cordones color cereza le bailaba en el costado izquierdo. Su gorra era de negro terciopelo y vestía un largo capote con una enorme abertura por detrás. Su cara denotaba preocupación. Studzinski se acercó a él con paso rápido, se detuvo y se llevó la mano a la visera.

Málishhev le preguntó:

—¿Han sido equipados?

—Sí, señor coronel. Todas las órdenes han sido cumplidas.

—¿Y qué tal?

—Pelearán. Pero la inexperiencia es absoluta. Junto a los ciento veinte cadetes hay ochenta estudiantes que no saben tener el fusil en las manos.

Una sombra cubrió el rostro de Málishhev. Guardó silencio.

—Hemos tenido la gran suerte de que los oficiales son buenos —prosiguió Studzinski—. En particular ese nuevo, Mishlaievski. Mal o bien, nos arreglaremos.

—Ya. Verá: disponga las cosas para que después de que pase revista al grupo, todos, a excepción de los oficiales y una guardia de sesenta hombres escogidos entre los mejores cadetes, que se quedarán junto a las piezas y para la protección del edificio, se vayan a sus casas. El grupo entero deberá estar aquí mañana a las siete de la mañana.

El estupor deformó la cara de Studzinski, cuyos ojos se desorbitaron con la más inconveniente mirada clavada en el señor coronel. Su boca se abrió.

—Señor coronel... —la agitación hacía que Studzinski acentuase las palabras en la penúltima sílaba—, permítame. Eso es imposible. La única manera de conservar un cierto espíritu de combate en el grupo es hacer que pasen aquí la noche.

El señor coronel reveló acto seguido y con gran rapidez una nueva cualidad: la de enfadarse con la más extraordinaria perfección. Su cuello y sus mejillas se congestionaron y sus ojos echaron chispas.

—Capitán —replicó con voz desagradable—, ordenaré que en el estadillo figure usted a los efectos del sueldo no como primer oficial, sino como conferenciante, y esto será desagradable, porque suponía que siempre podía contar con usted como oficial experto, y no como profesor civil. Verá, no necesito conferencias. ¡Le ruego que prescinda de los consejos! Escuche y recuerde. ¡Y cumpla lo que recuerde!

Ambos se quedaron mirando uno a otro fijamente.

El cuello y las mejillas de Studzinski se tiñeron de rojo, sus labios temblaron. Como si emitiese un silbido, articuló:

—A sus órdenes, señor coronel.

—De eso se trata, de cumplir las órdenes. Mándelos a casa. Que duerman bien, que vayan sin armas y que mañana a las siete se presenten. Todavía más: que salgan en grupos pequeños, y no por secciones. Y sin emblemas, para no atraer la atención de la gente.

Un rayo brilló en los ojos de Studzinski. Había comprendido. La ofensa se apagó en sus pupilas.

—A sus órdenes, señor coronel.

El tono del señor coronel cambió bruscamente.

—Alexandr Bronislávovich, hace tiempo que lo conozco como oficial experto y combativo. También usted me conoce. Dejemos, pues, a un lado las ofensas. En una hora como ésta son extemporáneas. Si he dicho algo desagradable, olvídelo, También usted...

Studzinski enrojeció todavía más.

—Así es, señor coronel, reconozco mi culpa.

—Perfectamente, no perdamos tiempo para evitar que se enfríen. En una palabra, todo queda para mañana. Mañana veremos las cosas más claras. En todo caso, le prevengo: no hay que preocuparse para nada de las piezas. Tenga presente que no dispondremos ni de caballos ni de proyectiles. Quiere decirse mañana desde la primera hora se dedicarán a hacer ejercicios de tiro de fusil, sólo eso. Hay que conseguir que mañana al mediodía el grupo sepa disparar como un regimiento distinguido. Y a todos los cadetes con experiencia se les entregarán granadas. ¿Comprenden?

Sombras tenebrosas iban cubriendo a Studzinski, que escuchaba con gran atención.

—¿Me permite una pregunta, señor coronel?

—Sé lo que quiere preguntarme. Puede ahorrárselo. Le contestaré: pésimamente. Hay ocasiones en que uno se ve peor, pero en muy contadas veces. ¿Lo comprende ahora?

—Efectivamente.

—Verá —Málishév bajó mucho la voz—. No quiero quedarme en este saco de piedra en una noche tan sospechosa. Podría poner en un mal trance a doscientos muchachos de los que ciento veinte no saben manejar el fusil.

Studzinski guardó silencio.

—En eso quedamos. De lo demás hablaremos por la noche. Hay tiempo para todo. Vamos allá.

Y entraron en la sala.

—¡Firmes! ¡Señores oficiales! —gritó Studzinski.

—¡Salud, artilleros!

Studzinski, como un inquieto director de orquesta, agitó la mano tras las espaldas de Málishév y la gris y erizada pared estalló en tal grito de respuesta que temblaron hasta los vidrios.

Málishév miró alegremente las filas, apartó la mano de la visera y empezó a hablar:

—¡Magnífico...! ¡Artilleros! No emplearé muchas palabras. No sé hablar. No acostumbro a intervenir en mítines. Por eso seré breve. Golpearemos al hijo de perra de Petliura y, estad seguros, lo remataremos. Entre vosotros hay muchos que proceden de las escuelas de Vladímir, Konstantín y Alexéiev, cuyas águilas no



conocieron ni una sola vez la vergüenza. Otros muchos habéis sido educados en este famoso gimnasio. Sus viejas paredes os contemplan. Espero que no les haréis enrojecer de bochorno. Artilleros del grupo de morteros: defendamos la gran Ciudad en las horas en que el bandido la asedia. Cuando disparemos con nuestras piezas de seis pulgadas contra ese simpático presidente, verá el cielo más cerca que sus propios calzoncillos, maldito sea.

—A-a-a... A-... —contestó la erizada masa, dominada por la facilidad de expresión del señor coronel.

—¡Poned todo vuestro empeño, artilleros!

Studzinski, como un director de escena desde bastidores, agitó asustado la mano y de nuevo la explosión de todas las gargantas, repetida por el trueno del eco, hizo caer del techo capas de polvo.

—¡Hurra-a-a!

Diez minutos después en la sala de actos, como en el campo de Borodinó, había cientos de fusiles en pabellón. Las negras siluetas de dos centinelas se perfilaban en los extremos de la polvorienta llanura del *parquet*, cubierta de ametralladoras. A lo lejos, abajo, resonaban y se alejaban los pasos presurosos de los bisoños artilleros, que abandonaban el edificio de conformidad con la orden recibida. En los pasillos se oían ruidos de hierro y gritos de los oficiales: el propio Studzinski colocaba los puestos. Luego, inesperadamente, se dejó oír el cornetín. En sus desgarradas notas, que volaban por todo el gimnasio, no había amenaza, sino que se percibía una clara sensación de inquietud. Todo sonaba a falso. En el pasillo, entre dos tramos de la escalera que conducía al vestíbulo, estaba un cadete con los carrillos hinchados. Las ajadas cintas de San Jorge colgaban del deslucido cobre del cornetín. Mishlaievski, con las piernas abiertas como los brazos de un compás, se esforzaba en instruir al corneta.

—No tanto... Así, así. Sople, sople. Lleva mucho tiempo sin que nadie pusiera las manos en él. A ver, toque alarma.

«Ta-ta-tam-ta-tam», cantó el cornetín, sembrando el espanto y la inquietud entre las ratas.

Las sombras del crepúsculo se habían adueñado de la sala.

Ante el campo con los fusiles en pabellón quedaron Málishev y Turbín. El coronel se quedó mirando con ojos sombríos al médico, pero inmediatamente dio a su cara una expresión cariñosa.

—¿Cómo van sus cosas, doctor? ¿Está la sección de sanidad en orden?

—Sí, señor coronel.

—Usted, doctor, puede irse a casa. Que se vayan también los practicantes. Deberán presentarse mañana a las siete de la mañana, con los demás... En cuanto a usted... —Málishev se quedó pensando, con los párpados arrugados—. Venga

mañana a las dos de la tarde. Hasta entonces queda libre. —De nuevo se quedó pensando—. Otra cosa querría decirle: de momento quítese las hombreras. —Málishév se detuvo indeciso—. No deseamos llamar particularmente la atención. En una palabra, mañana preséntese a las dos.

—A sus órdenes, señor coronel.

Turbín se quedó sin saber qué hacer. Málishév sacó la pitillera y le ofreció un cigarrillo. En correspondencia, Turbín encendió la cerilla. Lucieron dos estrellitas rojas y al instante se vio que casi se había hecho de noche. Málishév miró inquieto hacia arriba, donde ardían confusas dos lámparas de arco voltaico. Luego salió al pasillo.

—Acérquese, teniente Mishlaievski. Verá: dejo a su cargo el alumbrado eléctrico de todo el edificio. Trate de hacerlo funcionar lo antes posible. Debe estar en condiciones no sólo de encenderlo en cualquier momento, sino también de apagarlo. Es usted responsable por completo de lo referente al alumbrado.

Mishlaievski saludó y dio la media vuelta. El del trompetín dejó escapar un pitido y cesó sus ejercicios. Mishlaievski, haciendo sonar las espuelas —topi-topi-topi—, se deslizó por la escalinata con la misma rapidez que si fuera sobre patines. Un minuto después llegó desde abajo el ruido de unos potentes puñetazos y de los gritos de mando. Como respuesta surgió la luz en la entrada principal, adonde conducía el ancho vestíbulo de dos pisos, haciendo llegar un débil reflejo hasta el retrato de Alejandro. Málishév llegó a entreabrir la boca de satisfacción y se volvió hacia Turbín:

—Diablos... Es un auténtico oficial. ¿Ha visto?

En la parte inferior de la escalera apareció una figurilla que empezó a subir lentamente los peldaños. Cuando dio la vuelta en el primer rellano, Málishév y Turbín, inclinados sobre la balaustrada, pudieron distinguirla. La figurilla caminaba abriendo mucho las piernas de enfermo y meneando la blanca cabeza. Llevaba una amplia chaqueta cruzada con botones plateados y galones verdes. De su temblorosa mano colgaba una llave enorme. Mishlaievski subía detrás de la figurilla y de vez en cuando gritaba:

—¡De prisa, de prisa, vejete! Te mueves como un piojo por una cuerda de guitarra.

—Seño... seño... —mascullaba el viejo. De entre la oscuridad del rellano se destacó Karás, seguido de otro oficial, de elevada estatura, y de dos cadetes, que arrastraban una ametralladora de aguzado morro. La figurilla se removió espantada, inclinándose cada vez más hacia la ametralladora.

—Señoría —balbució.

Al llegar a la parte alta la figurilla buscó a tientas en la pared hasta encontrar una caja alargada. La abrió, dejando al descubierto una mancha blanca. El viejo metió la mano, hizo girar un conmutador y al instante se iluminó el rellano superior del vestíbulo, la entrada de la sala de actos y el pasillo.

La oscuridad se escapó hacia las profundidades del edificio. Mishlaievski se apoderó al momento de la llave que traía el viejo, metió la mano en la caja y empezó a accionar en los negros conmutadores. La luz se encendía y apagaba, era tan cegadora que hasta ofrecía unas irisaciones rosáceas. Inesperadamente, se encendieron dos globos en los extremos del pasillo y la oscuridad, dando volteretas, desapareció definitivamente.

—¿Qué tal? —gritó Mishlaievski.

—Se ha apagado —contestaron varias voces abajo, desde el foso del vestíbulo.

—¡Arde! ¡Hay luz! —gritaron otras voces.

Después de repetidos ensayos, Mishlaievski encendió definitivamente la luz de la sala, del pasillo y del reflector instalado sobre Alejandro. Cerró el cajón y se guardó la llave en el bolsillo.

—Vete a dormir, carcamal —dijo, tratando de tranquilizarlo—. Todo está perfectamente.

Los cegatos ojos del viejo parpadearon indecisos:

—¿Y la llave? La llave... señorita... ¿Se la va a quedar usted?

—Sí. La llave la guardaré yo.

El viejo se estremeció una vez más levemente y se retiró con paso lento.

—¡Cadete!

El interpelado, un mozo grueso y rubicundo, dejó descansar con estrépito la culata del fusil contra el cajón y quedó inmóvil en posición de firmes.

—Únicamente podremos acercarnos aquí el comandante del grupo, el primer oficial, y yo. Nadie más. En caso necesario, si se lo ordenamos uno de nosotros tres, romperá la tapa, pero con cuidado para que de ningún modo se estropeen los aparatos.

—A sus órdenes, señor teniente.

Mishlaievski se acercó a Turbín y le dijo a media voz:

—¿Has visto? Es Maxim...

—Sí... —contestó Turbín.

El coronel se detuvo en la entrada de la sala de actos y mil reflejos brillaron en los dibujos de plata de su sable. Hizo una señal a Mishlaievski para que se le acercara y le dijo:

—Estoy muy contento, teniente, de tenerlo en nuestro grupo. Magnífico.

—Trataré de merecer siempre este concepto, señor coronel.

—Encárguese de que enciendan la calefacción aquí en la sala para que los cadetes que se queden puedan entrar en calor. De lo demás me ocuparé yo. Haré que les traigan comida y algo de vodka, no mucho, pero lo suficiente para que se reanimen.

Mishlaievski miró al señor coronel con la más agradable de sus sonrisas y carraspeó muy significativamente:

—Ejem...

Turbín no escuchaba. Inclinado sobre la balaustrada, no apartaba los ojos de la

figurilla de cabeza blanca y se quedó mirando hasta que la vio desaparecer en el piso bajo. Una vacía angustia se había apoderado de él. Allí, en la fría balaustrada, rememoró con todo lujo de pormenores algo muy lejano.

... Una turba de muchachos de todas las edades avanzaba por este pasillo con las mayores muestras de entusiasmo. El robusto Maxim, el conserje, arrastraba a viva fuerza a dos negras figurillas, abriendo el portentoso cortejo.

—Que lo vea, que lo vea, que lo vea —gruñía—. Que el señor inspector, con ocasión de la jubilosa visita del señor curador de centros de enseñanza, admite al señor Turbín y al señor Mishlaievski. Será para él una satisfacción. Una satisfacción extraordinaria.

Hay que pensar que las últimas palabras de Maxim encerraban una mordaz ironía. Sólo a una persona con el gusto corrompido podía proporcionar satisfacción el mirar a los señores Turbín y Mishlaievski, tanto más en la jubilosa hora de la llegada del curador de centros de enseñanza.

El señor Mishlaievski, sujeto por la mano izquierda de Maxim, tenía el labio superior partido y la manga izquierda le colgaba de un hilo. El señor Turbín, sujeto por la derecha, iba sin cinturón y había perdido todos los botones, no sólo de la blusa, sino también de la bragueta, de modo que el cuerpo y la ropa interior del señor Turbín quedaban al descubierto de la manera más escandalosa.

—Suéltenos, querido Maxim —imploraban Turbín y Mishlaievski, volviendo por tumo hacia el conserje las aterradas miradas de sus ensangrentados rostros.

—¡Hurra! ¡Llévalos, Incomparable Max! —gritaban detrás los exaltados muchachos—. ¡En ninguna ley está escrito que se pueda zurrar impunemente a los de segundo!

¡Dios mío, Dios mío! Entonces había sol, había ruido y estrépito. Tampoco Maxim era como ahora, un viejo de pelo blanco, encogido y hambriento. Su cabeza era un espeso cepillo negro en el que apenas si empezaban a apuntar las canas, sus manos eran tenazas y del cuello le colgaba una medalla como una rueda de carro... La rueda, la rueda. Había salido de la aldea B y después de dar N vueltas acababa por llegar a aquel vacío edificio de piedra. Qué frío. Dios santo. Ahora había que defenderlo... ¿Pero qué defender? ¿El vacío? ¿El eco de los pasos?... ¿Es que tú, Alejandro, ibas a salvar desde los campos de Borodinó la arruinada casa? Da nueva vida a tus tropas, condúcelas desde el lienzo. Ellas serían capaces de vencer a Petliura.

Los pies de Turbín le llevaron hacia abajo. «¡Maxim!», sentía deseos de gritar. Sus pasos se hicieron más lentos y acabó por detenerse. Se imaginó a Maxim en la reducida vivienda de los bedeles. De seguro temblaba arrimado a la estufa, lo había olvidado todo y, para colmo, se echaría a llorar. Ya le abrumaba a él mismo la angustia. Debía olvidar todo esto. Basta de sentimentalismos. La vida entera había sido un sentimental. Basta.

No obstante, cuando los practicantes se hubieron ido, Turbín acudió a la vacía aula, envuelta en la penumbra. Los encerados miraban desde las paredes como manchas de carbón. Los pupitres seguían alineados. Sin poderse contener, levantó la tapa de uno de ellos y se sentó. Resultaba difícil acomodarse en tan pequeño espacio. La misma impresión de pequenez le producía el encerado. Pero podría jurarlo, era aquella aula o la vecina, porque por la ventana se divisaba la misma vista de la Ciudad. Allí estaba la negra y muerta mole de la Universidad. Las agujas del bulevar con sus blancas luces, las cajas de las casas, los espacios vacíos de las tinieblas, las paredes, la altitud de los cielos...

En las ventanas se representaba una auténtica ópera. Era «La Nochebuena» con su nieve y sus luces titilantes... «Me gustaría saber por qué disparan en Sviatóshino». Inofensivos y lejanos, los cañonazos retumbaron como envueltos en algodones. Bu-u, bu-u...

Basta.

Turbín bajó la tapa del pupitre, salió al pasillo y cruzando por delante de los centinelas, llegó a la calle. En el portal había apostada una ametralladora. Los transeúntes eran muy escasos y caían grandes copos de nieve.

El señor coronel pasó una noche muy intranquila. Realizó muchas idas y venidas entre el gimnasio y la tienda de *madame* Anjou, que se encontraba a dos pasos. Hacia la medianoche la máquina funcionaba bien, a toda marcha. En el gimnasio, con suave chirrido, las lámparas de arco vertían una luz rosada. La sala se había templado, durante toda la tarde y toda la noche no cesó de crepitar el fuego en las viejas estufas.

Los cadetes, al mando del Mishlaievski, utilizaron viejas revistas para encender la lumbre y luego, durante toda la noche, mantuvieron el fuego con la madera de los viejos pupitres, que rompían a hachazos, Studzinski y Mishlaievski, que se habían reconfortado cada uno con dos vasos de alcohol (el señor coronel había cumplido su promesa y lo había proporcionado en cantidad suficiente para entrar en calor, medio cubo), turnándose, durmieron dos horas en el suelo junto a los cadetes, cerca de las estufas, mientras el rojizo resplandor del fuego y las sombras caían sobre sus caras. Luego se levantaron y se dedicaron a comprobar los puestos, yendo sin cesar de un centinela a otro. Karás estaba de guardia en las entradas del jardín con los servidores de ametralladoras. Envueltos en grandes capotones de piel de cordero y relevándose cada hora, había cuatro cadetes ante los morteros de anchas bocazas.

En la tienda de *madame* Anjou la estufa estaba al rojo blanco. Un cadete montaba la guardia en la puerta, sin apartar la vista de la motocicleta, y otros cuatro dormían como troncos en el interior, sobre sus capotes. A la una, el señor coronel se instaló definitivamente en la tienda de *madame* Anjou. Empezó a bostezar, pero no se acostó todavía, sin cesar de hablar con alguien por teléfono. A las dos llegó con gran

estruendo una motocicleta y de ella se bajó un hombre vestido de militar, con capote gris.

—Dejadle pasar. Es para mí.

Aquel hombre entregó al coronel un voluminoso hato envuelto en una sábana y atado en cruz con una cuerda. El señor coronel lo guardó personalmente en un reducido cuarto oscuro, en la trastienda, y cerró la puerta con candado. El hombre de gris se fue en su motocicleta y el señor coronel pasó a la galería. Extendió el capote en el suelo, reunió un montón de trapos que pudieran servirle de almohada y después de ordenar al cadete de guardia que le despertase a las seis en punto, se acostó y se quedó dormido.

## Siete

La oscuridad, negra como el carbón, se había adueñado a aquellas altas horas de la noche de las terrazas del mejor lugar del mundo, de la montaña de San Vladímir. Los senderos de ladrillo y las avenidas se hallaban cubiertos por una interminable y esponjosa capa de nieve que nadie había pisado.

En toda la Ciudad, ni un alma, ni un pie habían inquietado a lo largo del invierno los numerosos pisos de la mole. ¿Quién iba a pasar el invierno por la montaña, y tanto más con semejante tiempo? ¡No era broma! ¡Ni el más valiente se atrevería! Además que no tenía nada que hacer allí. No había más que un lugar iluminado: la negra estatua de hierro fundido de San Vladímir con la cruz de tres brazos en la mano, sobre un pedestal terriblemente pesado. Todas las tardes, cuando las sombras envolvían la nieve desprendida de lo alto, las pendientes y las terrazas, la cruz se encendía y ardía la noche entera. Se veía desde muy lejos, desde más de cuarenta verstas, en las negras lontananzas que llevaban a Moscú. Pero en la montaña era muy poco lo que iluminaba. La pálida luz eléctrica, al caer, rozaba un costado negro verdoso del pedestal y sacaba de las tinieblas la balaustrada y un trozo de la verja que rodeaba la terraza de en medio. Nada más. ¡Y no era nada lo que seguía!... La oscuridad más completa. Entre las sombras, los árboles con sus copas cubiertas de blanco como arañas envueltas en fundas de gasa y unos montones de nieve en los que cualquiera se hundiría hasta el cuello. Un espanto.

Se comprende que nadie se aventura por aquellos andurriales. Ni el más atrevido. Además que allí a nadie se le había perdido nada. Otra cosa era la Ciudad. Era una noche preñada de alarmas, grave, de un ambiente de guerra. En el callejón más oscuro, de pronto, brotaba un cono azul.

—¡Halt!

Un crujido de nieve... Otro... Por el centro de la calzada se arrastran unos peones con sus cascos de acero. Negras orejeras... Un crujido... No llevan los fusiles colgados del hombro, sino prestos a disparar. Con los alemanes, de momento, no se podían gastar bromas... Ocurriera lo que ocurriese, los alemanes eran algo serio. Se parecían a escarabajos peloteros.

—¡La documentación!

—¡Halt!

El cono de luz de la linterna... ¡Hola!...

Se acerca un pesado automóvil barnizado en negro, con cuatro faros. No se trata de un cualquiera, porque tras el resplandeciente coche sigue una escolta de ocho jinetes al trote largo. Pero a los alemanes les es lo mismo. Gritan al automóvil:

—¡Halt!

—¿Quién es? ¿Adonde va? ¿Para qué?

—El comandante en jefe, general de caballería Belorúkov.

Eso es otra cosa, claro. A éste se le puede dejar pasar. En el fondo del coche, tras

los cristales, se ve una cara pálida de poblados bigotes. En los hombros del capote se distingue el confuso brillo de las charreteras. Los alemanes se llevan la mano al casco. Ciertamente que en el fondo les importa un bledo del comandante en jefe Belorúkov, de Petliura y del jefe de los zulús de aquel miserable país. Sin embargo... Cuando se vive entre zulús hay que aullar como ellos, se llevan la mano al casco. Lo que se dice cortesía internacional.

Es una noche grave, sumida en un ambiente de guerra. Desde las ventanas de *madame Anjou* caen rayos de luz. Se ven sombreros de señora, corsés, pantalones y los cañones de Sebastopol. El cadete de guardia va y viene como un péndulo, transido de frío. Con la punta de la bayoneta dibuja el monograma del emperador. Mientras tanto allí, en el gimnasio de Alejandro, los globos de luz permanecen encendidos como si se diera un baile. Mishlaievski, reconfortado con una cantidad suficiente de vodka, no cesa de ir y venir y mira a Alejandro el Bienaventurado y el cajón de los conmutadores. Allí uno se siente seguro. Después de todo hay ocho ametralladoras montadas y los cadetes no son estudiantes. Estos pelearán. Los ojos de Mishlaievski están encarnados como los de un conejo. Ha perdido la cuenta de las noches de poco dormir, mucho beber y plenas de sobresaltos. En la Ciudad, por ahora la alarma es fácil de sobrellevar. Si vas bien vestido puedes ir donde quieras. Ciertamente que te darán el alto cinco veces. Pero si muestras la documentación en regla, te dejarán pasar. Resulta extraño que andes por la calle de noche, pero sigue adelante...

Mas a la montaña, ¿quién va a subir? Sería una estupidez completa. Y con el viento que sopla a aquella altura... Cruza por las avenidas cubiertas de nieve y se te figurará oír la voz del diablo. Si alguien se ha atrevido a trepar a la montaña, de seguro que es el último de los miserables, un hombre de esos que con cualquier gobierno se siente entre la gente como el lobo entre una jauría. Un auténtico miserable, como los de Víctor Hugo. Uno a quien no conviene asomarse a la Ciudad, y si lo hace será por su cuenta y riesgo. Si tiene la suerte de salvar las patrullas, eso sale ganando; de lo contrario, que no le eche la culpa a nadie. Si alguien había ido a parar a la montaña, se debía sentir por él sincera compasión.

Porque es algo que no se desearía ni a un perro. El viento es helado. Antes de cinco minutos uno empezaría a pensar en volver a casa. Pero...

—Ya serán las cinco. ¡Oh, oh!... Nos vamos a helar...

Lo principal es que desde allí no se puede pasar a la Ciudad alta, junto al panorama y la torre del agua, porque en el callejón Mijáilovski, en un convento, se encuentra el Estado Mayor del príncipe Belorúkov. Y no cesan de pasar coches con su escolta, camiones con ametralladoras...

—¡Ojalá revienten esos oficiales!

Patrullas, patrullas, patrullas.

Y descendiendo por las terrazas es imposible llegar a Podol —le parte baja de la



Ciudad—, porque en la calle Alexándrovskaja, que serpentea al pie de la montaña, las luces de las linternas se suceden unas a otras, y allí están los alemanes, maldita sea su estampa. ¡Una patrulla tras otra! ¿De madrugada acaso? Porque antes del amanecer nos quedaremos helados. El frío viento —u-u-u...— barrerá las avenidas y se nos figurará oír voces humanas junto a los montones de nieve de la verja.

—Nos vamos a helar, Kirpati.

—Aguanta, Nemoliaka, aguanta. Antes del amanecer, la gente de las patrullas se quedará dormida. Podremos pasar a Vvoz, entraremos en calor en Sichija.

Algo se remueve a lo largo de la verja y parece que tres sombras muy negras se aprietan contra el parapeto, se alargan y miran abajo, donde la calle Alexándrovskaja se ve como si uno la tuviera en la palma de la mano. Está silenciosa, está vacía, pero de pronto corren dos conos azulados: pasan los coches de los alemanes o aparecen los aplastados cascos de las patrullas, de las que se desprenden unas cortas y aguzadas sombras... Y todo se ve como si lo tuvieran en la palma de la mano...

En la montaña se destaca una sombra y susurra con una ronca voz de lobo:

—Oh... ¡Arriesguémonos, Nemoliaka! Vamos. Acaso podamos pasar...

Nadie puede sentirse bien en la montaña.

Y en el palacio, lo que son las cosas, tampoco se sentían bien. En él reinaba una extraña e inconveniente agitación, impropia de aquellas horas de la noche. Un viejo criado de patillas cruzaba con paso de ratón el reluciente *parquet* del salón con sus recargadas sillas pintadas de purpurina. A lo lejos resonaba el repiqueteo de un timbre eléctrico y de espuelas. En el dormitorio los espejos, de marcos descoloridos con un remate de coronas, reflejaban un cuadro extraño y muy poco natural. Un hombre flaco, de pelo gris, bigotillo recortado y afeitadas mejillas de pergamino, con un lujoso capote caucasio adornado con cordones de plata, no cesaba de ir y venir nerviosamente. Junto a él se removían tres oficiales alemanes y dos rasos. Uno de capote caucasio, como persona neutral, y el otro de guerrera y pantalones de montar que denotaban su procedencia, de la caballería de la Guardia, aunque con las hombreras en forma de cuña del *hetman*. Entre los cinco ayudaron al primero a cambiar de ropa. Le despojaron del capote caucasio, de los anchos calzones y de las botas de charol, Le hicieron ponerse un uniforme de mayor alemán y quedó convertido en uno de tantos, como otros cientos de mayores alemanes. Luego se abrió la puerta, se descorrieron los polvorientos cortinones palatinos e hicieron pasar a otro hombre, que lucía el uniforme de médico militar del ejército alemán. Este traje consigo un montón de paquetes, los abrió y con mano hábil vendó la cabeza del recién nacido mayor alemán de tal modo que sólo quedó visible el ojo derecho de zorro y los finos labios, que dejaban al descubierto varios dientes de oro y de platino.

La inconveniente agitación se prolongó aún cierto tiempo. A los oficiales reunidos en el salón de las recargadas sillas y en la sala vecina les explicó un teutón,

en alemán, que el mayor Von Schratt, al descargar el revólver, se había herido involuntariamente en el cuello y tenía que ser llevado con toda urgencia a un hospital alemán. Por allí cerca sonó un teléfono. En otro lado cantó un pájaro. Luego, a la entrada lateral del palacio, a través del portón de complicada talla, se acercó una silenciosa ambulancia con su cruz roja pintada. Sacaron en camilla al misterioso mayor Von Schratt, con la cara envuelta en gasas y el capote abrochado hasta el último botón; abrieron la parte trasera del coche y colocaron en él la camilla. Se alejó la ambulancia, dejando escapar ruidosamente los gases al dar la vuelta y salir a la calle.

En el palacio siguieron, hasta hacerse de día, el nerviosismo y los sobresaltos. Siguieron encendidas las luces de las salas de retratos y los salones de molduras sobredoradas, el teléfono resonó con frecuencia y las caras de los criados parecieron hacerse más descaradas, en sus ojos apuntaban unas chispas de alegría...

Un hombre con uniforme de coronel de artillería se acercó al teléfono instalado en una pequeña pieza de la planta baja. Cerró cuidadosamente la habitación de descoloridas paredes, que nadie diría que perteneciera a un palacio, y sólo entonces descolgó el aparato. Pidió a la señorita de guardia de la central el número 212. Cuando lo hubo conseguido dijo «*merci*», enarcó los cejas en un gesto severo e inquieto y preguntó en tono íntimo, con voz un tanto sorda:

—¿Es el mando del grupo de morteros?

El coronel Málishév no pudo dormir hasta las seis y media, tal y como pensaba. A las cuatro de la madrugada el pájaro de la tienda de *madame* Anjou empezó a cantar con particular insistencia y el cadete de guardia se vio obligado a llamar al señor coronel. Este se despertó con sorprendente rapidez y al instante se dio cuenta de las cosas como si no hubiese llegado a cerrar los ojos. No riñó al cadete que había interrumpido su sueño. La motocicleta le llevó a algún sitio a las cuatro y media. Y a las cinco, cuando el coronel volvió a la tienda de *madame* Anjou, su cara estaba tan grave y ceñuda como la del coronel que desde el teléfono del palacio había llamado al grupo de morteros.

A las siete de la mañana, en el campo de Borodinó, iluminado por los rosáceos focos, se alineaba aterida por el frío del amanecer, entre murmullos y gruñidos, la alargada oruga que la víspera había subido por la escalinata hasta el retrato de Alejandro. El subcapitán Studzinski se mantenía aparte y silencioso en un grupo de oficiales. Cosa peregrina, en sus ojos apuntaba el mismo brillo de inquietud que en los del coronel Málishév había aparecido a las cuatro de la mañana. Pero cualquiera que hubiese visto al coronel y al subcapitán en aquella noche memorable habría podido determinar al instante cuál era la diferencia entre uno y otro: los ojos de

Studzinski denotaban la inquietud del presentimiento, mientras que los de Málishev dejaban ver la inquietud de lo definido, cuando todo es ya completamente claro, comprensible y pésimo. Studzinski llevaba en la mano la larga relación de los componentes del grupo. Acababa de pasar lista y había podido comprobar que faltaban veinte hombres. Por ello las hojas de papel guardaban las huellas de los bruscos movimientos de los dedos del subcapitán: estaban todas arrugadas.

En la sala, ahora fría, se veía el humo de los cigarrillos de los oficiales reunidos en grupo.

A las siete en punto apareció ante la formación el coronel Málishev y, como el día anterior, fue acogido con un estruendoso saludo. El señor coronel ceñía el mismo sable que la víspera, pero, en virtud de ciertas causas, la plata de la empuñadura no desprendía ya mil reflejos. En el costado derecho del coronel descansaban el revólver enfundado, aunque la funda, sin duda por una distracción muy poco común en el coronel Málishev, estaba desabrochada.

El coronel dio un paso adelante, con la mano izquierda, enguantada, apoyada en la empuñadura del sable y la derecha, sin calzar el guante, pegada suavemente a la funda del revólver, y pronunció las siguientes palabras:

—¡Ordeno a los señores oficiales y a todo el personal del grupo de morteros que escuchen con la mayor atención lo que voy a decirles! Esta noche se han producido grandes cambios en nuestra situación, en la situación del ejército y, yo diría, en la situación de Ucrania como Estado. ¡Por eso les anuncio que el grupo ha sido disuelto! Cada uno de ustedes deberá quitarse todo género de insignias. Pueden llevarse del almacén de intendencia cuanto deseen y se irán a sus casas. Permanecerán ocultos, procurando pasar inadvertidos, y esperarán a que yo les llame de nuevo.

Hizo una pausa, con lo que pareció acentuarse el absoluto silencio que reinaba en la sala. Hasta los faroles dejaron de crepitar. Todas las miradas de los artilleros y del grupo de oficiales estaban concentradas en un punto, en el recortado bigotillo del señor coronel.

Este reanudó su arenga:

—Les llamaré en cuanto se produzca el menor cambio en la situación. Debo decirles que hay pocas esperanzas... Yo mismo no sé ahora cómo se desenvolverán los acontecimientos, pero pienso que lo mejor que puede hacer cada uno de ustedes...

—el coronel gritó las palabras que siguieron—, ¡sí, lo mejor!, es tratar de llegar al Don. Así, pues, ordeno que todo el grupo, a excepción de los señores oficiales y de los cadetes que esta noche han estado de guardia, se vuelvan inmediatamente a casa.

—¿Eh? ¿Eh? ¡Ah, ah, ah! —recorrió un rumor por toda la formación, y las bayonetas quedaron inmóviles. Las caras denotaban perplejidad y pareció que en las filas algunos ojos brillaban contentos...

El subcapitán Studzinski se separó del grupo, palidísimo y mirando de reojo. Dio unos pasos hacia el coronel Málishev y se volvió hacia los oficiales, Mishlaievski no le miraba a él, seguía con los ojos clavados en el mismo punto de antes, en el

bigotillo del coronel Málishév, y su aspecto era como si quisiera, fiel a su costumbre, lanzar una blasfemia. Karás se puso en jarras con un gesto absurdo, sin cesar de parpadear. Y en el grupito de los jóvenes alféreces se susurró una palabra destructora y que no venía a cuento: «¡detenerlo!»...

—¿Qué es eso? ¿Por qué? —se oyó una voz de bajo entre las filas de los cadetes.

—¡Hay que detenerlo!...

—¡Traición!

Studzinski, en un arranque de inspiración, miró el globo que lucía sobre su cabeza, sus ojos resbalaron por la mano que no se separaba de la funda del revólver y gritó:

—¡Eh, la primera sección!

La primera fila de uno de los flancos se rompió, varias figuras grises se separaron de la formación y se produjo un tremendo revuelo.

—Señor coronel —dijo Studzinski con voz completamente ronca—, queda detenido.

—¡Hay que detenerlo! —gritó con voz sonora e histérica un alférez, que se acercó al coronel.

—¡Esperen, señores! —dijo Karás que, aunque despacio, había acabado por darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Mishlaievski se separó ágilmente del grupo, agarró de la manga del capote al expansivo alférez y le hizo volver atrás.

—¡Suélteme, señor teniente! —gritó colérico y desencajado el alférez.

—¡Silencio! —gritó con voz muy segura el señor coronel. Cierto que estaba tan desencajado como el alférez, cierto que su cara se había cubierto de manchas rojas, pero en sus ojos había más seguridad que en el grupo entero de los oficiales. Y todos se detuvieron.

—¡Silencio! —repitió el coronel—. ¡Les ordeno que vuelvan a sus puestos y escuchen!

Todos quedaron callados, la mirada de Mishlaievski se hizo particularmente atenta. Parecía que una idea había cruzado por su mente y esperaba del señor coronel novedades mucho más interesantes que las que hasta ahora había comunicado.

—Sí, sí —empezó el coronel, sin poder dominar un *tic* nervioso—, sí, sí... Bien me habría ido si hubiese ido al combate con la gente que Dios nuestro Señor me mandó. ¡Pero que muy bien! Pero lo que se puede perdonar a un estudiante voluntario, a un joven cadete y, en caso extremo, a un alférez, es totalmente imperdonable en usted, señor subcapitán.

El coronel clavó en Studzinski una mirada durísima. En los ojos del señor coronel brillaron unas chispas de auténtica irritación. De nuevo se hizo el silencio.

—Verán —prosiguió—. En toda mi vida tomé parte en mítines, pero por lo visto ahora no hay otro remedio. ¡Qué le vamos a hacer, empezaremos el mitin! Pues bien, el intento de detener a su jefe les acredita como buenos patriotas, pero también indica

que ustedes, los oficiales son... ¿cómo lo diría?, inexpertos. En pocas palabras: no tengo tiempo ni ustedes tampoco —subrayó en tono siniestro y significativo el coronel—. La cuestión es: ¿a quién quieren defender?

Silencio.

—¿A quién quieren defender, pregunto? —insistió amenazador el coronel.

Mishlaievski, con muestras del más vivo interés, dio un paso al frente, se llevó la mano a la visera y dijo:

—Estamos obligados a defender al *hetman*, señor coronel.

—¿Al *hetman*? —repitió Málishev—. Perfectamente.

Atención, ¡firmes! —gritó de pronto con un vozarrón que hizo estremecer a todos—. ¡¡Oídmeme!! ¡Hoy, a las cuatro de la mañana, el *hetman* ha huido, abandonándonos vergonzosamente a nuestra suerte! ¡Ha huido como el último canalla y cobarde! Una hora después ha huido también lo mismo que el *hetman*, es decir, en un tren de los alemanes, el comandante en jefe de nuestro ejército, general de caballería Belorúkov. Dentro de unas horas seremos testigos de la catástrofe. Los que, como vosotros, fueron engañados y arrastrados a la aventura, serán muertos como perros. Oídmeme: Petliura tiene en los accesos de la ciudad un ejército de más de cien mil hombres, y mañana... pero qué digo mañana, hoy mismo —y el coronel señaló con la mano las ventanas, en las que ya empezaba a verse un cielo azulenco— las unidades dispersas y desorganizadas de los desgraciados oficiales y cadetes abandonados por esos dos bellacos a quienes habría que ahorcar, se encontrarán frente a las tropas de Petliura, veinte veces superiores en número y muy bien armadas... ¡Escuchadme, hijos míos! —gritó de pronto con voz desgarrada el coronel Málishev, que por su edad de ninguna manera podía ser padre de quienes tenía ante él: en todo caso podía hablarles como hermano mayor—. ¡Escuchadme! Yo, un oficial de carrera que hizo la guerra contra Alemania, de lo que el subcapitán Studzinski es testigo, tomo sobre mi conciencia toda la responsabilidad... ¡Toda! ¡Os lo advierto! ¡¡Os mando a casa!!! ¿Me habéis entendido? —gritó.

—Sí... —respondió la masa, y las bayonetas se estremecieron.

En la segunda fila un cadete rompió en un fuerte y convulsivo llanto.

El subcapitán Studzinski, con gran sorpresa de todo el grupo de morteros y probablemente de él mismo, se llevó las enguantadas manos a los ojos, dejando caer las listas del personal, y rompió a llorar.

Entonces, contagiados por el ejemplo, empezaron a llorar muchos cadetes. Las filas se descompusieron. La voz de Radamés-Mishlaievski, levantándose sobre la general algarabía, gritó al cornetín de órdenes:

—¡Cadete Pávlovski! ¡Toque silencio!

—Señor coronel, ¿me da su permiso para incendiar el gimnasio? —preguntó Mishlaievski, mirando con ojos claros a Málishev.

—No, no se lo doy —contestó cortés y tranquilo el coronel.

—Señor coronel —insistió Mishlaievski con una voz en la que se le iba el alma —, Petliura se va a encontrar con el almacén de intendencia, los cañones y lo principal... —e indicó con la mano hacia la puerta, al vestíbulo donde, sobre el rellano, se veía la cabeza del emperador Alejandro.

—Sí que se encontrará con todo —confirmó amablemente el coronel.

—¿Qué hacer entonces, señor coronel?...

Málishhev se volvió hacia Mishlaievski, lo miró atento y dijo lo siguiente:

—Señor teniente, dentro de tres horas Petliura tendrá en sus manos cientos de vidas. Lo único que siento es que ni al precio de la mía y ni siquiera de la suya, que para mí es más preciada, se entiende, pueda evitar esas muertes. Se lo ruego, no me hable más de retratos, cañones y fusiles.

—Señor coronel —dijo Studzinski, cuadrándose ante Málishhev—. En nombre de los oficiales a quienes he empujado a una acción tan vergonzosa y en el mío propio, le suplico que acepte nuestras excusas.

—Las acepto —contestó cortésmente el coronel.

Cuando sobre la Ciudad empezaba a dispersarse la niebla de la mañana, los morteros de anchas fauces de la explanada habían perdido sus cierres. Las ametralladoras, previamente desmontadas, y los fusiles habían sido ocultados en el desván. Entre la nieve, en zanjas y en los sótanos quedaban escondidos montones de cartuchos. Los globos no desparramaban ya su luz en la sala y los pasillos. Las bayonetas de los cadetes, al mando de Mishlaievski, habían destrozado el blanco panel de los conmutadores.

Por las ventanas entraba una luz azul. En el azul del rellano quedaban dos — Mishlaievski y Karás—, los últimos en abandonar el edificio.

—¿Habrás advertido el coronel a Alexei? —preguntó preocupado Mishlaievski a Karás.

—Claro que sí, ya ves que no se ha presentado.

—¿Podremos ir esta tarde a casa de los Turbín?

—De ningún modo, tendremos que escondernos... se empezará a hablar... Vamos a la mía.

La luz que las ventanas dejaban pasar era azulenca, pero en la calle era ya blanquecina y empezaba a levantarse la niebla.

## Segunda Parte

# Uno

Sí, se veía la niebla. El frío que se metía en las carnes, las peludas patas, la nieve de la noche sin luna y luego con los primeros resplandores del amanecer. Fuera de la Ciudad, en la lejanía, las cúpulas de las azules iglesias con sus doradas estrellas. Y sobre la Ciudad, levantándose hasta el mismo cielo, la cruz de San Vladímir que no se apagaba hasta el amanecer, un amanecer que venía de la orilla izquierda del Dniéper, del lado de Moscú.

Por la mañana se apagó. Se apagaron también todas las luces sobre la tierra. Pero el día no se daba grandes prisas en llegar. Prometía ser gris, con un impenetrable y bajo velo sobre Ucrania.

El coronel Kozir-Leshko se despertó a quince verstas de la Ciudad. Era justamente al amanecer, cuando un débil resplandor se abría paso por la cegata ventana de la *jata*<sup>[9]</sup> de la aldea de Popeliuja en que se encontraba. El despertar de Kozir coincidió con las palabras:

—Orden de operaciones.

En un principio se le figuró oírlos en sueños, sumido en un sueño, muy agradable, y hasta quiso espantar las molestas palabras. Pero éstas se hincharon y penetraron en la *jata* a la vez que los rojos granos de la cara de un ordenanza y un arrugado sobre. Kozir, junto a la ventana, sacó de la cartera el plano, encontró en él la aldea de Borjuni, tras Borjuni encontró Beli Gai, clavó la uña en la bifurcación de caminos sembrada a los lados de puntos indicadores de arbustos —unos puntos que parecían moscas—, y luego en la enorme y negra mancha de la Ciudad. El propietario de los granos rojos apestaba a tabaco de baja calidad; suponía que podía seguir fumando delante de Kozir: la marcha de la guerra no sufriría por ello lo más mínimo, tanto más que el propio Kozir era aficionado a este tabaco.

Kozir debía entrar en combate inmediatamente. Acogió la noticia con buen ánimo y dejó escapar un amplio bostezo mientras que se pasaba por los hombros el complicado correa. Aquella noche había dormido con el capote puesto, ni siquiera se había quitado las espuelas. Una mujer le trajo un jarro de leche. Kozir no la tomaba nunca y tampoco ahora lo hizo. Se acercaron varios chiquillos. Uno de ellos, el menor, se arrastró por el banco con el trasero al aire, tratando de alcanzar la pistola Mauser de Kozir. Pero no logró sus propósitos, porque Kozir la ajustó antes al cinto.

Durante toda su vida, hasta 1914, Kozir había sido maestro rural. El año catorce, al empezar la guerra, fue a parar a un regimiento de dragones, y en 1917 había sido ascendido a oficial. El amanecer del catorce de diciembre del dieciocho sorprendió a Kozir, al pie de la ventana, como coronel del ejército de Petliura sin que nadie —y menos que nadie el propio interesado— pudiera decir cómo habían rodado así las cosas. Y esto ocurrió porque la guerra era para él una verdadera vocación, mientras que la profesión de maestro no había sido más que un largo y tremendo error. Es algo,



por lo demás, muy frecuente en nuestra vida. Durante veinte años uno se dedica a cualquier cosa, por ejemplo, a enseñar Derecho romano, y al veintiuno descubre de pronto que el derecho romano no le importa lo más mínimo, no le gusta y ni siquiera lo comprende; en realidad es un excelente floricultor y siente un amor apasionado por las flores. Hay que suponer que esto obedece a la imperfección de nuestro régimen social, en el que muy a menudo la gente sólo logra ocupar el lugar que le corresponde al fin de su vida. Kozir pasó a ocuparlo a los cuarenta y cinco años. Hasta entonces había sido un mal maestro, cruel y aburrido.

—Decid a la gente que salgan de las casas y monten a caballo —dijo mientras se apretaba el cinturón.

Las blancas *jatas* de Popeliuja despedían columnas de humo cuando el coronel Kozir salió a ponerse al frente de sus hombres, un regimiento de cuatrocientos sables. Sobre las filas había una nube de humo de tabaco. Kozir recorrió nervioso la formación sobre su montura, un potro bayo de elevada alzada. Rechinaron los patines de los trineos del tren regimental, que se extendía a lo largo de media versta detrás de los jinetes. El regimiento se balanceó sobre las sillas y nada más salir de Popeliuja se desplegó a la cabeza de la columna la bandera bicolor —una franja azul claro y otra amarilla— en lo alto del asta.

A Kozir no le gustaba el té; lo que más de todo le agradaba, por la mañana, era un trago de vodka. El auténtico vodka le gustaba. Durante cuatro años no lo había habido, pero con el gobierno del *hetman* había aparecido en toda Ucrania. El vodka pasó al jarro de hojalata a las venas de Kozir como una alegre llamarada. Circuló también por las filas en las cantimploras que habían encontrado en los almacenes de intendencia de Bélaia Tsérkov, y apenas circuló, en la cabeza de la columna empezó a sonar el acordeón y una voz atacó en falsete:

Un campo, tras el campo otro,  
un campo verde...

En la quinta fila siguieron los bajos:

Allí lloraba una moza,  
una moza de ojos negros...  
Lloraba... lloraba,  
lloraba sin su amor.  
Allí encontró a un cosaco,  
entre los surcos.

El jinete que iba junto a la bandera se puso a silbar como un alegre rui señor. Se balanceaban las picas y se agitaban los negros capuchones con adornos y cordones también negros. La nieve crujía bajo tantos herrados cascos. Se oyeron las alegres notas del torbán.

—¡Así, así! No os desaniméis, muchachos —dijo satisfecho Kozir. Y los gorjeos del ruiseñor se extendieron por los nevados campos ucranianos.

Atravesaron Beli Gai, se desgarró el velo de la niebla. Todos los caminos estaban negros, invadidos por las unidades que avanzaban. En el cruce de Gai dejaron pasar a mil quinientos hombres de a pie. Las primeras filas iban vestidas con capotones azules de buen paño alemán; eran gente de Galitzia, hombres de cara menuda y ágiles, que sabían llevar el fusil. Los de las filas traseras iban equipados con largas batas de hospital, que les llegaban hasta los talones, ceñidas con cinturones de piel sin curtir. Todos llevaban en la cabeza, sobre el gorro de piel, aplastados cascos alemanes. Las herradas botazas removían la nieve.

Los blancos caminos que conducían a la ciudad empezaban a quedarse negros.

—¡Gloria! —gritaba la infantería al cruzar por delante de la bandera amarilla y azul.

—¡Gloria! —retumbaban las arboledas de Gai.

A los vivas contestaron los cañones emplazados más atrás y en el flanco izquierdo. El coronel Toropets, jefe del cuerpo de reserva, había mandado aquella noche dos baterías al bosque de la ciudad. Emplazados en semicírculos en el mar de nieve, los cañones habían empezado a disparar al amanecer. Las piezas de seis pulgadas habían despertado con su estruendo los altos mástiles de los pinos cubiertos de nieve. Dos descargas seguidas hicieron saltar los cristales de numerosas casas de la gran aldea de Puscha-Vóditsa. Los proyectiles convirtieron en astillas unos cuantos árboles y levantaron grandes surtidores de nieve. Pero luego todo quedó en silencio. El bosque quedó como calvo, y sólo las ardillas, turbada la paz de aquellos lugares, arañaban los centenarios troncos. Inmediatamente después las dos baterías fueron retiradas de Puscha y enviadas al flanco derecho. Atravesaron interminables campos de labor, seguidos de una zona boscosa, torcieron a un estrecho camino y al llegar al sitio en que éste se bifurcaba, ya a la vista de la Ciudad, se desplegaron. Desde las primeras horas de la mañana los proyectiles de metralla empezaron a explotar sobre Podgorodnia, sobre Sávskaia y sobre el arrabal de Kurénevka.

Parecía como si alguien se divirtiera con unos sonajeros. La gente se había refugiado ya por la mañana en los sótanos y con las primeras luces se pudo ver cómo las ateridas líneas de los cadetes cambiaban de posición, acercándose al centro de la Ciudad. Por lo demás los cañones no tardaron en enmudecer, siendo reemplazados por el alegre repiqueteo de la fusilería en los arrabales, hacia el norte. Luego también cesó el fuego de fusil.

El tren del jefe del cuerpo de reserva, Toropets, se encontraba en un apeadero a cinco verstas del muerto poblado de Sviatóshino, casi cubierto por la nieve y aturdido por el estruendo de los cañonazos, en el corazón de un enorme bosque. Durante toda la noche en los seis vagones no se había apagado la luz eléctrica, en el apeadero no

había cesado de sonar el teléfono. Tampoco los aparatos de campaña instalados en el mugriento coche salón del coronel Toropets habían conocido el reposo. Cuando el nevado día acabó de iluminar los contornos, los cañones dejaron oír de nuevo su voz, disparando contra la línea del ferrocarril de Sviatóshino a Post-Volinski; los pajarillos piaron en las amarillas cajas y Toropets, flaco y nervioso, dijo a su ayudante Judiakovski:

—Han tomado Sviatóshino. Tenga la bondad, señor ayudante, de decir que lleven hasta allí las comunicaciones.

El tren de Toropets avanzó lentamente entre los muros de altos árboles hasta detenerse cerca del cruce de la vía con una ancha carretera que, como una flecha, se hundía en la Ciudad. Y allí, en el coche salón, el coronel Toropets pasó a cumplir el plan que se había trazado en dos noches sin sueño en aquel mismo vagón, plagado de chinches, que llevaba el número 4173.

La Ciudad se levantaba entre la niebla, asediada por todos los lados. Al norte, por la parte del bosque y las tierras de labor; al oeste desde Sviatóshino, que los de Petliura acababan de tomar, y al sur desde las arboledas, cementerios y prados envueltos por el cinturón de la vía férrea, por todos los senderos y caminos, o simplemente por las nevadas llanuras, sin que nada la pudiera contener, avanzaba la negra masa de la caballería, rechinaban los pesados cañones y la infantería del ejército de Petliura, extenuada tras un mes de marchas, se hundía en la nieve.

En el coche salón, con su aplastado piso de moqueta, a cada momento resonaba el suave piar de los aparatos y los telefonistas Frankó y Garás, que se habían pasado la noche en vela, empezaban a quedarse dormidos.

—Pío... pío... ¡Al habla! Pío... pío...

El plan de Toropets era astuto como lo era el propio coronel, un hombre de negras cejas, mejillas afeitadas y nervioso. Por algo había mandado las dos baterías al bosque de la ciudad, por algo habían estado disparando en la helada madrugada y habían destruido la línea del tranvía de Puscha-Vóditsa. Por algo había sacado después las ametralladoras emplazadas en las tierras de labor y las había acercado al flanco izquierdo. Toropets quería engañar a los defensores de la Ciudad, hacerles creer que tenía el propósito de asaltarla por su flanco izquierdo, por el norte, partiendo del arrabal de Kurénevka, a fin de atraer a aquella parte a los defensores, mientras él emprendía un ataque frontal desde Sviatóshino, a lo largo de la carretera de Brest-Litovsk, y por el extremo de su flanco izquierdo, por el sur, partiendo de la aldea de Demíevki.

Y en cumplimiento del plan de Toropets se desplazaban las unidades del ejército de Petliura, pasando del flanco izquierdo al derecho, y con el acompañamiento de silbidos y de la música del acordeón, con los mandos a la cabeza, se había puesto en marcha el regimiento de negros capuchones de Kozir-Leshko.

—¡Gloria! —retumbaban los bosquecillos de Gal—. ¡Gloria!

Dejaron a un lado Gai y después de atravesar la vía férrea por un puente de

troncos divisaron la Ciudad. Conservaba aún el calor del sueño y sobre ella se cernía como una nube: lo mismo podía ser la niebla que el humo. Kozir, poniéndose de pie sobre los estribos, asestó los prismáticos hacia el lugar en que se amontonaban las techumbres de las altas casas y las cúpulas de la vieja catedral de Santa Sofía.

En el flanco derecho de Kozir se había entablado ya el combate. A dos verstas de su puesto de mando los cañones alzaban su vozarrón de bronce y se oía el tableteo de las ametralladoras. La infantería de Petliura se acercaba a saltos a Post-Volinski mientras que las débiles líneas de la infantería blanca, cada uno vestido a su manera, desconcertadas por el intenso fuego, abandonaban Post.

La Ciudad. Un cielo bajo y denso. Las casitas de los alrededores. Un capote de vez en cuando.

—Acaban de decir que se ha llegado a un acuerdo con Petliura: dejarán pasar a todas las unidades rusas, con sus armas, para que puedan ir al Don, con Denikin...

—¿De veras?

Cañones... Cañones... bum... buu-um...

Empieza a cantar una ametralladora.

Desesperación y perplejidad en la voz del cadete:

—Pero espera, entonces tendremos que poner fin a la resistencia...

Angustia en la voz del otro cadete:

—¡El diablo sabe lo que pasa!

Desde las primeras horas de la mañana el coronel Schotkin no estaba en su puesto de mando, y no estaba por la sencilla razón de que ese puesto de mando ya no existía. La noche del catorce el puesto de mando de Schotkin había sido trasladado a la estación ferroviaria Ciudad I, y la noche la pasó en el hotel Rosa de Estambul, junto a Telégrafos. El teléfono de Schotkin cantó durante aquella noche de tarde en tarde, pero al hacerse de día enmudeció. Y por la mañana dos ayudantes del coronel desaparecieron sin dejar rastro. Una hora más tarde Schotkin, después de buscar en los cajones de su mesa y de romper unos papeles, salió del Rosa de Estambul, con los suelos cubiertos de escupitajos, pero ya no vestía el capote gris con insignias, sino un peludo abrigo de civil y sombrero flexible. Nadie sabría decir de dónde habían salido estas prendas.

El paisano Schotkin tomó un coche de punto a cierta distancia del hotel y se hizo llevar a Lipkí. Llamó a la puerta de un cuartito bien amueblado, se besó con una regordeta rubia de cabellos de oro y pasó al interior. Después de balbucear mirando a los ojos de la rubia, que se quedaron desorbitados por el espanto:

—¡Se acabó todo! No puedo más... —el coronel Schotkin se retiró a la alcoba, tomó una taza de café preparado por la rubia de cabellos de oro y se quedó dormido.

Los cadetes del primer grupo de voluntarios no sabían nada de esto. ¡Lástima! Si lo hubiesen sabido, acaso, en un momento de inspiración, en vez de aguantar la metralla en Post-Volinski se habrían dirigido al cómodo cuartito de Lipkí, habrían sacado de él al dormido coronel Schorkin y, después de llevarlo a la calle, lo habrían colgado de la farola que había justamente frente al pisito de la personilla de cabellos de oro.

Habrían procedido bien, pero no lo hicieron porque no sabían ni comprendían nada.

No sólo ellos, en la Ciudad nadie comprendía nada, y tardarían en comprender. En efecto: en la Ciudad estaban los alemanes hombres de hierro, aunque, cierto, ya un poco minados; en la ciudad estaba el *hetman* con su recortado bigotillo (de la herida en el cuello del misterioso mayor Von Schratt eran muy pocos los que se hallaban al corriente aquella mañana); en la Ciudad estaba su excelencia el príncipe Belorúkov; estaba el general Kartúzov, que formaba milicias de voluntarios para defender la madre de las ciudades rusas; después de todo, sonaban y cantaban los teléfonos de los Estados Mayores (nadie sabía aún que desde las primeras horas de la mañana había empezado en ellos la desbandada). En la Ciudad la palabra «Petliura» provocaba aún estallidos de cólera y en *Noticias* de aquel día todavía se burlaban de él los rijosos periodistas petersburgueses. Por la Ciudad desfilaban los cadetes, en los arrabales de Karváievski, ya silbaba como un rruiseñor la abigarrada caballería y al trote largo se desplazaba del flanco izquierdo al derecho. Si ya lanzaban sus silbidos a cinco verstas, ¿en qué confiaba el *hetman*? ¡Porque silbaban por su alma! Cómo silbaban... ¿Saldrían los alemanes en su defensa? Pero entonces, ¿por qué estos alemanes de recortado bigote sonreían en la estación de Fástov cuando veían pasar un tren tras otro con dirección a la Ciudad con las tropas de Petliura? ¿Se había llegado a un acuerdo con éste para dejarle pasar tranquilamente? Pero entonces, ¿por qué diablos los cañones de los oficiales blancos hacían fuego contra Petliura?

No, nadie comprenderá lo que ocurría en la ciudad aquel 14 de diciembre.

Sonaban los teléfonos de los Estados Mayores, aunque cada vez menos, menos y menos...

¡Menos!

¡Menos!

¡Rrrrr!...

—Pío...

—¿Qué hay por ahí?

—Pío...

—Manden munición al coronel...

—Stepánov...

—Ivanov.

—¡Antónov!

—¡Stratónov!...

—Al Don... Debemos irnos al Don, hermanos... aquí no puede salir nada.

—Pío...

—¡Ojalá reviente la canalla de los Estados Mayores!

—¡Al Don!...

Cada vez menos, y al mediodía los teléfonos casi han dejado de sonar.

En torno a la Ciudad, aquí y allá, revientan los proyectiles con estruendo... Pero en la Ciudad, a pesar de los estampidos, al mediodía la vida seguía su curso de siempre. Las tiendas permanecían abiertas. Las aceras estaban llenas de transeúntes, se abrían y cerraban las puertas con fuerza y el tranvía pasaba con su traqueteo de costumbre.

Pero al mediodía la alegre música de las ametralladoras empezó a sonar en las colinas de Pechersk. El tableteo voló hasta el centro de la Ciudad. ¡Eso es ya a dos pasos!... ¿Qué ocurre? Los transeúntes se detenían y empezaban a oler el aire. Las aceras se fueron quedando vacías.

¿Qué es eso? ¿Quién es?

—Rrrrrrrrr-pa-pa-pa-pa-pa. ¡Pa! ¡Pa! ¡Pa! ¡Rrrrrrr!

—¿Quién es?

—¿Que quién es? ¿No lo sabe? Es el coronel Bolbotún.

¡Pues sí, se había sublevado contra Petliura!

El coronel Bolbotún, aburrido de su difícil misión de consejero en el Estado Mayor del coronel Toropets, había decidido acelerar un tanto los acontecimientos. Sus jinetes se habían helado al otro lado del cementerio, en el extremo sur, donde casi tenían al alcance el nevado Dniéper. Se había helado el propio coronel. Puso en pie a su regimiento de caballería y, de tres en fondo, estirándose a lo largo del camino, se acercó a la vía que pasaba por los arrabales de la Ciudad. Allí no encontró a nadie. Las seis ametralladoras de Bolbotún empezaron a disparar y los ecos de los disparos se extendieron por toda la arboleda de Nízhniaia Telichka. En un abrir y cerrar de ojos cortó la línea férrea y detuvo un tren de viajeros que acababa de cruzar el puente del ferrocarril y conducía a la Ciudad a un buen número de moscovitas y petersburgueses con sus mantecosas mujeres y sus peludos gozquecillos. La gente del tren empezó a chillar, pero Bolbotún no tenía tiempo para entretenerse en aquellos momentos con los perros. Cundió la alarma y los trenes con vagones vacíos que había en la estación de Ciudad II de mercancías, se fueron a la Ciudad I, de viajeros. Las locomotoras de maniobra dejaron oír sus silbidos y las balas de la gente de Bolbotún cayeron como una inesperada granizada sobre los techos de las casas de la calle Sviatotroítskaia. Bolbotún entró en la ciudad y siguió adelante sin tropiezo hasta la misma escuela militar, dejando patrullas montadas en todas las esquinas. Sólo allí,

ante el descascarillado edificio de la escuela de Nicolás, con su fachada de columnas, encontró resistencia. Contra su gente abrió fuego una ametralladora, a la que se unieron algunos disparos de fusilería. En la sección de cabeza de Bolbotún cayó muerto el cosaco Butsenko; otros cinco hombres resultaron heridos y dos caballos salieron con las patas rotas. Bolbotún se detuvo cierto tiempo. Se le figuró que frente a él tenía una gran fuerza. Y en realidad contra el coronel disparaban treinta cadetes y cuatro oficiales con una ametralladora.

Los hombres de Bolbotún echaron pie a tierra obedeciendo a la voz de mando y empezaron a contestar a los cadetes. Pechersk se vio invadido por aquel estruendo; el eco repiqueteaba en las paredes y por la parte de la calle Milliõnnaia todo hervía como el agua de una tetera.

Y al instante, la acción de la gente de Bolbotún tuvo su reflejo en la Ciudad: los cierres de las tiendas de las calles Elisavétinskaia, Vinogrãdnaia y Levashõvskaia empezaron a caer con estrépito. Los alegres establecimientos quedaron ciegos. Las aceras se vieron desiertas al instante, con una desagradable sonoridad. Los porteros se dieron prisa en cerrar las casas.

También en el centro de la Ciudad tuvo aquello reflejo: empezaron a enmudecer los gallos en los teléfonos de los Estados Mayores.

Desde la batería llaman al puesto de mando del grupo. ¡Demonios, no contestan! Lllaman desde el puesto de mando de los voluntarios al Estado Mayor del comandante en jefe, piden algo. Y la voz que responde balbucea una estupidez.

—¿Llevan hombreras sus oficiales?

—¿Por qué lo pregunta?

—Pío...

—Pío...

—¡Manden ahora mismo una sección a Pechersk!

—¿Qué ocurre?

—Pío...

Por las calles se va extendiendo: Bolbotún, Bolbotún, Bolbotún, Bolbotún...

¿Cómo se habían enterado de que era Bolbotún, y no otro? No se sabe, pero así era. Acaso fuese porque a partir de las doce entre los transeúntes y papanatas que de ordinario llenaban las calles habían aparecido ciertos tipos con abrigo de cuello de piel. Iban y venían y metían las narices en todo. Se quedaban contemplando con miradas largas y pegajosas a los cadetes y oficiales y murmuraban:

—Va a venir Bolbotún.

Lo decían sin la menor muestra de dolor. Todo lo contrario, en sus ojos se leía un claro «¡Gloria!».

—Gloria-a-a-a-a-a-a-a-a... —clamaban las colinas Pechersk.

Empezaron a circular toda clase de disparates:

—Bolbotún es el gran duque Mijaíl Alexándrovich.

—Nada de eso: Bolbotún es el gran duque Nikolái Nikoláievich.

- Bolbotún no es más que Bolbotún.
- Va a haber una matanza de judíos.
- No lo crea, todos van con brazaletes rojos.
- Será mejor irse a casa.
- Bolbotún está contra Petliura.
- Nada de eso, está a favor de los bolcheviques.
- Todo lo contrario: está a favor del zar, pero sin oficiales.
- ¿Se ha escapado el *hetman*?
- ¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es posible?
- Pío. Pío. Pío.

Las patrullas de Bolbotún, al mando del capitán Galanba, entraron en la calle Milliõnnaia, pero allí no había ni un alma. Y lo que son las cosas, en aquel momento se abrió una puerta y se dio de bruces con cinco jinetes nada menos que el famoso contratista Yákov Grigóievich Feldman. ¿Habría perdido el juicio, Yákov Grigóievich? ¿Qué necesidad tenía de haber salido a la calle cuando ocurrían tales cosas? Sí, el aspecto de Yákov Grigóievich era como el de una persona que ha perdido el juicio. El gorro de piel de nutria le bailaba en el cogote y ni siquiera se había abrochado el abrigo. Sus ojos no veían nada.

Yákov Grigóievich Feldman tenía sus motivos para perder el juicio. En cuanto empezó el tiroteo frente a la escuela militar, en el claro dormitorio de su esposa resonó un gemido. Se repitió y todo quedó en silencio.

—¡Ay! —contestó al gemido Yákov Grigóievich. Se asomó a la ventana y se convenció de que permanecer allí resultaba peligroso. El estrépito y el vacío lo llenaban todo.

El gemido creció de nuevo y se clavó como un cuchillo en el corazón de Yákov Grigóievich. Su madre, una vieja cargada de espaldas, salió del dormitorio y gritó:

—¡Yákov! ¿Sabes? ¡Ya!

Las ideas de Yákov Grigóievich se centraron en un punto: en la esquina de la calle Milliõnnaia, junto al solar donde en una casita de agradable aspecto había una placa de hierro oxidado con letras doradas:

E. T. Shadúrsgaia  
Comadróna

Salir a la calle Milliõnnaia resultaba bastante peligroso, aunque era transversal y disparaban a lo largo, desde la plaza Pechérskaia hacia la bajada de Kiev.

Se trataba de cruzar la calle de una carrera. Nada más... Con el gorro en el cogote y el espanto en los ojos, Yákov Grigóievich Feldman se pegó a la pared.

—¡Alto! ¿Adonde vas?



Galanba se inclinó sobre la silla. La cara de Feldman se oscureció y sus ojos parecieron dar saltos. En ellos brincaban los verdes galones de los jinetes.

—Soy un pacífico vecino, señor. Mi mujer está de parto. Voy a llamar a la comadrona.

—¿A la comadrona? ¿Por qué tratabas de esconderte? Eres judío, ¿verdad?

—Yo, señor...

La fusta cayó como una serpiente sobre el cuello de piel de nutria. Un dolor espantoso. Feldman lanzó un alarido. Su cara, de oscura que era, se volvió blanca. Entre las colas de los caballos creyó ver el rostro de su mujer.

—¡La documentación!

Feldman sacó el billetero, tomó la primera hoja de papel que le vino a mano y de pronto se estremeció. Sólo entonces había recordado... ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Qué había hecho? ¿Qué había sacado usted, Yákov Grigórievich? ¿Pero cómo iba a tener presente esa minucia al salir de casa, cuando en el dormitorio de su mujer no cesaban los nerviosos gemidos? ¡Ay de Feldman! Galanba se apoderó al instante del papel. Una hoja fina con un sello, nada más, pero en esa hoja se encontraba la muerte de Feldman.

Se autoriza al portador, Yákov Grigórievich Feldman, la libre entrada y salida de la ciudad por asuntos relacionados con el abastecimiento de las unidades blindadas de la guarnición. También podrá circular después de las doce de la noche.

El jefe de abastecimiento, mayor general

*Illariónov.*

El ayudante, teniente

*Leschinski.*

Feldman tenía con el general Kartúzov la contrata de tocino y sebo para las piezas de artillería.

¡Haz un milagro, Dios mío!

—He confundido el documento, señor capitán... Permítame...

—Te has confundido —dijo Galanba con una diabólica sonrisa—. No te preocupes, no soy analfabeto, lo podré leer.

¡Dios mío, haz un milagro! Once mil rublos... Tomadlo todo. Pero dejarme la vida. ¡Dejádmela!

No se la dejaron.

Menos mal que Feldman tuvo una muerte fácil. El capitán de cosacos Galanba no podía entretenerse. Por eso se limitó a descargar un sablazo sobre la cabeza de Feldman.

## Dos

A costa de siete hombres muertos, nueve heridos y siete caballos fuera de combate, el coronel Bolbotún avanzó media versta, desde la plaza de Pechersk hasta la calle Rezínovskaia, y allí volvió a detenerse. Los cadetes en retirada habían recibido refuerzos. Contaban con un coche blindado. La torpe y gris tortuga con sus torretas se arrastró a lo largo de la calle Moskóvskaia e hizo tres disparos sobre Pechersk, sin cesar de arrastrar su cola de cometa con un ruido que recordaba el de las hojas secas. Bolbotún mandó al instante echar pie a tierra, los caballos fueron retirados a un lugar protegido, los hombres se tumbaron en línea de tiradores sobre la nieve, previo un ligero repliegue hacia la plaza de Pechersk, y se entabló un desgano tiroteo. La tortuga cerraba la calle Moskóvskaia y disparaba de vez en cuando. Le secundaban un débil fuego por descargas de la fusilería de los hombres desplegados a la entrada de la calle Suvórovskaja. Allí, entre la nieve, se encontraba la línea de tiradores a quienes el fuego de Bolbotún había hecho retroceder a Pechersk, con los refuerzos que habían recibido de la siguiente manera:

—R-r-r-r-r...

—¿El primer grupo de voluntarios?

—Sí, al habla.

—Mandad inmediatamente dos compañías de oficiales a Pechersk.

—Enterado. Rrrrr... Ti... ti... ti... ti...

Y a Pechersk llegaron catorce oficiales, cuatro cadetes, un estudiante y un actor del teatro de miniatura.

Pero se entiende, una débil línea de tiradores no era suficiente. Ni siquiera con el refuerzo de una tortuga. Las tortugas que debieron llegar eran cuatro. Y de haberlo hecho puede decirse con seguridad que el coronel Bolbotún habría tenido que retirarse de Pechersk. Pero no llegaron.

Esto ocurrió porque el jefe del segundo coche del grupo de blindados del *hetman* —integrado por cuatro excelentes máquinas— era nada menos que el famoso alférez Mijaíl Semiónovich Shpolianski, que en mayo de 1917 había recibido la cruz de San Jorge de manos de Alexandr Fiódorovich Kerenski.

Mijaíl Semiónovich era un hombre muy moreno y de mejillas afeitadas, que tenía un extraordinario parecido con Evgueni Oneguín. Apenas había llegado de San Petersburgo cuando ya se dio a conocer en toda la ciudad. Se hizo famoso como excelente recitador en el Club Cenizas de sus propios versos *Las gotas de Saturno* y como magnífico organizador de los poetas y presidente de la orden poética *Magnitni Triolet*. Además, Mijaíl Semiónovich no tenía rival como orador; además sabía conducir coches tanto militares como de tipo civil; además tenía amores con una bailarina del teatro de la Opera, Musía Ford, y con cierta dama cuyo nombre, como

caballero que era, no revelaba a nadie. Manejaba el dinero en abundancia y lo prestaba generosamente a los miembros de *Magnitni Triolet*;

bebía vino blanco,  
jugaba a los dados,  
compró el cuadro «Veneciana en el baño»,  
las noches las pasaba en la calle Kreschátik,  
las mañanas en el café «Bilboke»,  
las primeras horas de la tarde, en su confortable habitación del hotel Continental, el mejor de la Ciudad, las últimas horas de la tarde, en el Club Cenizas,  
al amanecer escribía un trabajo científico que pensaba titular *Lo intuitivo en Gógol*.

La Ciudad del *hetman* cayó tres horas antes de lo debido a causa de que Mijaíl Semiónovich, el dos de diciembre de 1918 por la tarde había manifestado en Cenizas a Stepánov, Sheier, Slonij y Cheremshin (cabezas visibles de *Magnitni Triolet*) lo siguiente:

—Todos son unos miserables. Lo mismo el *hetman* que Petliura. Pero Petliura, para colmo, es un bandolero. Aunque lo principal no es eso. Me siento aburrido porque hace mucho que no he tirado una bomba.

Terminada la cena en Cenizas, que pagó Mijaíl Semiónovich, éste, con su excelente abrigo de cuello de castor y sombrero de copa, salió a la calle en compañía de todo el *Magnitni Triolet* y de un quinto, un personajillo algo bebido con un abrigo de piel de cabra. No era mucho lo que Shpolianski sabía de él: primero, que estaba enfermo de sífilis; segundo, que había escrito unos versos contra Dios que él, Mijaíl Semiónovich, muy relacionado en los medios literarios, había conseguido hacer publicar en una colección de poesías que se editó en Moscú, y tercero, que se llamaba Rusakov y su padre era bibliotecario.

El sifilítico lloraba embutido en su piel de cabra al pie de una farola eléctrica de la Kreschátik y agarrado a las mangas del abrigo de Shpolianski, decía:

—Shpolianski, tú eres el más fuerte de esta ciudad, que se está pudriendo lo mismo que yo. Eres tan bueno que se te puede perdonar hasta tu espantoso parecido con Oneguin. Oye, Shpolianski, el parecerse a Oneguin resulta una inconveniencia. Parece que tienes demasiada salud... No luces una noble barriguita que pudiera convertirte realmente en un gran hombre de nuestros días... Aquí me tienes a mí, me pudro y estoy orgulloso que así sea... Tienes demasiada salud, pero eres fuerte como un tornillo; enróscate, pues, como es debido... ¡Hacia arriba!... Así...

Y el sifilítico mostró cómo debía hacerlo. Se agarró a la farola y empezó a enroscarse en ella, alargándose y haciéndose más delgado, como una culebra. Pasaron unas prostitutas con sus sombreritos verdes, rojos y negros, hermosas como muñecas, y dijeron alegremente al tornillo:

—¿Qué olfateas, hijo de mala madre?

Muy lejos disparaban los cañones y Mijaíl Semiónoyich se parecía, en efecto, a Oneguin bajo los copos que volaban a la luz de la farola.

—Vete a dormir —dijo al tomillo sifilítico, apartando algo la cara para que éste no le tosiera en la boca—. Vete.

Empujó con las puntas de los dedos en el pecho del abrigo de piel de cabra. Los negros guantes de gamuza rozaron el raído paño, los ojos del sifilítico parecían de cristal. Se separaron. Mijaíl Semiónovich tomó un coche de punto, dio la dirección —«a la Málaia Proválnaia»— y se alejó. El de la piel de cabra, tambaleándose, se dirigió a pie a su casa, en el barrio de Podol.

El propietario de la piel de cabra estaba de noche, en el piso del bibliotecario, con el torso desnudo y una vela en la mano ante el espejo. El miedo galopaba como un diablo en sus ojos, el sifilítico, con las manos temblorosas, hablaba y sus labios saltaban como los de un niño.

«Dios mío, Dios mío, Dios mío... Qué espanto, qué espanto, qué espanto... ¡Ay, esa tarde! Soy un desgraciado. Porque Sheier estuvo conmigo y no le pasó nada, no se contagió porque es un hombre de suerte. ¿Y si matase a esa Liolka? ¿Pero qué sentido tendría? A ver, ¿quién me lo explica? Oh, Señor, Señor... Tengo veinticuatro años y hubiera podido, hubiera podido... Pasarán otros quince, acaso menos, y los ojos cambiarán por completo, se me torcerán las piernas, luego empezaré a decir frases estúpidas y sin sentido y acabaré en un cadáver putrefacto».

El cuerpo, desnudo hasta la cintura, se reflejaba en la polvorienta luna del armario, la vela se consumía en la mano levantada y en el pecho se veía una fina erupción en forma de estrellitas. Las lágrimas corrían incontenibles por las mejillas de enfermo y su cuerpo se estremecía con los sollozos.

«Debía pegarme un tiro. Pero no tengo valor para hacerlo. ¿Por qué te voy a mentir a ti, Dios mío? ¿Por qué te voy a mentir a ti, que eres mi reflejo?».

Del pequeño cajón de un escritorio de señora sacó un fino librito impreso en un pésimo papel grisáceo. Las rojas letras de la cubierta decían

FANTASMISTAS-FUTURISTAS

*versos de*

M. Shpolianski

B. Fridman

V. Sharkévich

I. Rusakov

Moscú, 1918

El pobre enfermo abrió el libro por la página trece y vio los conocidos versos

blasfematorios de *La rambla de Dios* de I. Rusakov.

—Ay-y-y —gimió el enfermo, apretando los dientes—. Ay —repitió presa de un tormento insufrible.

Desencajado, escupió sobre la página de los versos y tiró el libro al suelo. Luego se puso de rodillas y santiguándose con cruces pequeñas y temblorosas, inclinándose hasta tocar con la fría frente el *parquet* lleno de polvo, empezó a orar, con los ojos puestos en la negra y desolada ventana:

—Señor, ten piedad de mí y perdóname estas infames palabras. Mas ¿por qué eres tan cruel? ¿Por qué? Sé que me has castigado. Me has impuesto un castigo terrible. Mira mi piel, por favor. Te juro por todos los santos, por todo cuanto yo quiero en el mundo, por la memoria de mi difunta madre, que estoy bastante castigado. ¡Creo en Ti! Creo con el alma, con el cuerpo, con la última fibra de mi cerebro. Creo y sólo recurro a Ti porque en el mundo entero no hay nadie que pueda ayudarme. Todas mis esperanzas están puestas en Ti. ¡Perdóneme y haz que las medicinas surtan efecto! Perdóname si dije que no existes: si no existieras, ahora yo sería un miserable perro sarnoso sin esperanza. Pero soy persona y soy fuerte sólo porque Tú existes y en cualquier momento puedo recurrir a ti suplicando tu ayuda. Creo que oirás mi ruego, me perdonarás y me curarás. Sáname, Señor, olvida la infamia que escribí en un acceso de locura, cuando estaba borracho, bajo los efectos de la cocaína. No permitas que me pudra y te juro que volveré a ser persona. Dame fuerzas, líbrame de la cocaína, líbrame de la debilidad de espíritu y líbrame de Mijaíl Semiónovich Shpolianski...

La vela se consumía, la habitación se enfriaba; ya de madrugada la piel del enfermo se cubrió de menudas ampollitas y su espíritu se sintió muy aliviado.

Mijaíl Semiónovich Shpolianski pasó el resto de la noche en la calle Málaia Proválnaia, en una espaciosa pieza de techo bajo y un viejo retrato en el que veía unas charreteras, descoloridas por el tiempo, de los años cuarenta. Sin chaqueta, en mangas de camisa —una fina camisa blanca—, sobre la que lucía un negro chaleco muy abierto, permanecía sentado en un pequeño sillón y decía a una mujer de cutis pálido y mate:

—Verás, Julia, lo tengo decidido. Me voy a ir con esos canallas. Voy a ingresar en el grupo blindado del *hetman*.

La mujer, que se envolvía en una toquilla, martirizada media hora antes y apabullada por los besos del apasionado Onegin, contestó:

—Lo siento mucho, pero nunca he podido comprender tus planes.

Mijaíl Semiónovich tomó de la mesita que había junto al silloncito una alta copa de oloroso coñac y replicó:

—Ni falta que hace.

Dos días después de esta conversación el aspecto de Mijaíl Semiiónovich había cambiado por completo. En vez del sombrero de copa usaba aplastada gorra de visera con escarapela de oficial; en vez del traje de paisano, un chaquetón que le llegaba a la rodilla, con arrugadas hombreras de campaña. Se había agenciado unos guantes de manopla como los de Marcel en *Los hugonotes*. Todo él, de pies a cabeza, estaba manchado de aceite de engrasar y tizado, incluso la cara. En cierta ocasión, el nueve de diciembre, dos coches entraron en combate en las proximidades de la ciudad y su éxito fue extraordinario. Se arrastraron una veintena de verstas por la carretera y bastaron unos disparos de las piezas de tres pulgadas y unas ráfagas de ametralladora para que la gente de Petliura levantase el campo. El alférez Strashkévich, un mozo de coloradas mejillas y muy entusiasta, jefe del cuarto coche, juró a Mijaíl Semiiónovich que si las cuatro unidades intervenían juntas, eran capaces de salvar la Ciudad. Esto fue el nueve por la tarde, y el once, en un grupo en el que se encontraban Schur, Kopílov, los apuntadores, dos chóferes y el mecánico, Shpolianki —que estaba de guardia— habló así:

—Veréis, amigos, hay algo muy importante que debemos preguntarnos: si hacemos bien en defender al *hetman*. En sus manos no somos más que un peligroso juguete con cuya ayuda impone la más negra reacción. ¿Quién sabe? Acaso el choque de Petliura con el *hetman* sea algo históricamente necesario y de ese choque deba nacer una tercera fuerza, la única acertada.

Los oyentes adoraban a Mijaíl Semiiónovich por la misma razón que le adoraban los del Club Cenizas: por su excepcional elocuencia.

—¿De qué fuerza se trata? —preguntó Kopílov, dando una chupada al cigarrillo.

Schur, un rubio inteligente y ancho de hombros, hizo un guiño, señalando hacia el nordeste. Charlaron un rato todavía y cada uno se fue por su lado. Este mismo grupo se volvió a reunir con Mijaíl Semiiónovich el doce de diciembre, detrás de los garajes. No se sabe de qué hablaron, pero lo cierto es que la víspera del catorce, cuando en los garajes del grupo estaban de guardia Schur, Kopílov y el chato Petrujin, Mijaíl Semiiónovich se presentó con un voluminoso paquete de papel de estraza. Schur le dejó pasar al garaje, apenas iluminado por la roja llama de una improvisada lamparilla. Kopílov, con un gesto bastante familiar, señaló el paquete y preguntó:

—¿Azúcar?

—Ajá —contestó Mijaíl Semiiónovich.

Encendieron una linterna, cuya luz empezó a ir y venir entre los coches, como un ojo. Mijaíl Semiiónovich y el mecánico querían dejarlos a punto para la acción que al día siguiente les esperaba.

La causa de todo aquello residía en la orden por escrito del jefe del grupo, capitán Pleshko: «El día catorce, a las ocho de las mañana, los cuatro coches deberán salir con dirección a Pechersk».

Los esfuerzos conjuntos de Mijaíl Semiiónovich y el mecánico para preparar los coches con vistas al combate dieron un extraño resultado. Los tres blindados (el

cuarto estaba en la línea de fuego, al mando de Strashkévich), en perfectas condiciones la víspera, no pudieron moverse, como si les hubiera atacado una parálisis, Nadie podía entender lo que les había sucedido. Se había atascado algo en la bomba y por mucho que soplasen no conseguían hacer arrancar los motores. Por la mañana, en el confuso amanecer, a la luz de las linternas, reinaba una amarga confusión. El capitán Pleshko, pálido, miraba a los lados como un lobo y reclamaba la presencia del mecánico. Empezaron las catástrofes. El mecánico había desaparecido. Resultó que, contrariamente a lo dispuesto, en el grupo de blindados no se tenían sus señas. Corrió el rumor de que había caído repentinamente con tifus. Esto era a las ocho y a las ocho y treinta una nueva calamidad vino a abrumar al capitán Pleshko. El alférez Shpolianski, que a las cuatro de la mañana, después de andar con los coches, había salido hacia Pechersk en una motocicleta conducida por Schur, no volvió a su puesto. La motocicleta había llegado hasta Vérjnaia Telichka, y aunque Schur trató de contener a Shpolianski, insistiendo en que no hiciera una locura, el alférez —cuya intrepidez era conocida por todo el personal del grupo— dejó a Schur y con una carabina y una granada de mano se había ido él solo, en plena noche, a hacer un reconocimiento por la vía férrea. Schur había oído disparos. Estaba completamente seguro de que una patrulla enemiga había llegado hasta Telichka y al tropezar con Shpolianski le había dado muerte en desigual combate. Schur esperó al alférez dos horas, aunque éste le había ordenado que no esperase más que una. Luego debía volver al grupo, tratando de no poner en peligro su persona ni la motocicleta matrícula 8175.

Después de lo que Schur contó, aumentó la palidez del capitán Pleshko. Los pájaros del teléfono cantaban sin cesar desde los Estados Mayores del *hetman* y del general Kartúzov, exigiendo la salida de los blindados. A las nueve regresó de la línea de fuego el rubicundo y entusiasta Strashkévich, y parte de sus colores se trasladaron a las mejillas del jefe del grupo. El entusiasta había llevado su coche a Pechersk, donde, según queda dicho, había cerrado el paso de la calle Sovórovskaja.

A las diez de la mañana la palidez ya no abandonaba la cara de Pleshko. Habían desaparecido dos apuntadores, dos chóferes y un ametrallador. Todos los intentos de poner en marcha los coches habían sido vanos. Schur, a quien el capitán Pleshko había mandado en la motocicleta a la línea de fuego, tampoco regresó. Tampoco regresó, se comprende, la motocicleta, pues no podía volver por sí sola. Los pájaros de los teléfonos empezaban a amenazar. Conforme el día clareaba, más milagros se producían en el grupo. Desaparecieron los artilleros Duván y Máltsev y otro par de ametralladores. Los blindados habían adquirido un aspecto enigmático, permanecían abandonados entre un mar de tuercas, llaves inglesas y cubos.

Y al mediodía, al mediodía desapareció el propio jefe del grupo, capitán Pleshko.

## Tres

Los extraños traslados y reajustes, ya debidos a la marcha espontánea de los combates, ya relacionados con la llegada de ordenanzas y con el piar de las cajas de los Estados Mayores, llevaron durante tres días a la unidad del coronel Nai-Turs por los nevados campos de los alrededores de la ciudad, desde Krasni Traktir hasta Serebrianka, en el sur, y hasta Post-Volinsld, en el sudoeste. La tarde del catorce de diciembre la llevó de vuelta a la ciudad, a un cuartel abandonado y con la mitad de los cristales rotos.

La unidad del coronel Nai-Turs no se parecía a ninguna otra. A todos cuantos la veían les llamaba la atención sus botas de fieltro. Al comienzo de los tres últimos días contaba con unos ciento cincuenta cadetes y tres alféreces.

En las primeras fechas de diciembre compareció ante el jefe del primer grupo de voluntarios, mayor general Blojin, un oficial de estatura mediana, moreno, recién afeitado y con ojos de luto. Llevaba insignias de coronel de húsares y se presentó como coronel Nai-Turs, había mandado el segundo escuadrón del antiguo regimiento de húsares de Belgrado. Los ojos de luto de Nai-Turs miraban de tal modo que cualquiera que se encontrase con aquel coronel, ligeramente cojo y con la descolorida cinta de la cruz de San Jorge en su simple capote de soldado, se veía obligado a prestarle la mayor atención. Después de una breve conversación con él, el mayor general Blojin le encomendó la formación del segundo grupo de voluntarios. Todo debía quedar acabado para el trece de diciembre. Los trabajos de organización, pasmosamente, terminaron el diez, y ese mismo día el coronel Nai-Turs, siempre muy parco en palabras, manifestó brevemente al mayor general Blojin, agobiado por las llamadas telefónicas de los Estados Mayores, que podía entrar en combate con sus cadetes inmediatamente, pero a condición de que todo su destacamento de ciento cincuenta hombres recibiese gorros de piel y botas de fieltro, sin lo que él, Nai-Turs, consideraba completamente imposible hacer la guerra. El general Blojin, después de escuchar al gangoso y lacónico coronel, le entregó de buen grado una orden para la sección de intendencia, aunque advirtiéndole que probablemente no podría recibir nada antes de una semana, porque en las secciones de intendencia y en los Estados Mayores la desorganización y el desorden eran increíbles. El gangoso Nai-Turs se hizo cargo del papel, se dio un tirón de la guía izquierda de su bigotillo, como tenía por costumbre, y sin volver la cabeza ni a la derecha ni a la izquierda (cosa que no podía hacer, porque después de una herida en el cuello éste se le había quedado parálítico y para mirar a los lados tenía que volver todo el cuerpo) se retiró del despacho del mayor general Blojin. En el cuartel de sus voluntarios, situado en la calle de Lvov, Nai-Turs tomó consigo a diez cadetes (no podríamos decir por qué les hizo llevar sus fusiles) y dos carros, y se dirigió con ellos a la sección de intendencia.

En esta sección que ocupaba un espléndido palacete de la calle Bulvarno-Kudriávkaia, el coronel Nai-Turs fue recibido en un confortable despacho, en el que



había un mapa de Rusia y un retrato de la zarina Alejandra Fiódorovna con su uniforme de la Cruz Roja, por el teniente general Makushkin un hombre pequeño, con extrañas manchas rojas en las mejillas, vestido con una chaquetilla gris por la que asomaba una camisa muy limpia, cosa que le daba un gran parecido con Miliutin, el ministro de Alejandro II.

Apartándose del teléfono, el general preguntó a Nai con voz infantil que recordaba el sonido de un pito de barro:

—¿Qué se le ofrece, coronel?

—Salimos ahora mismo —contestó lacónicamente Nai—. Necesito con toda urgencia botas de fieltro y gorros de piel para doscientos hombres.

—Hum —dijo el general, mordiéndose los labios y arrugando entre las manos la petición que Nai le había presentado—. Verá, coronel, hoy no se los puedo dar. Estamos fijando las fechas en que las unidades podrán ser abastecidas. Tenga la bondad de volver dentro de tres días, y de todos modos, esa cantidad no se le podrá dar. Colocó el documento que Nai-Turs le había entregado en un lugar visible, bajo un pisapapeles que representaba una mujer desnuda.

—Botas de fieltro —replicó monótonamente Nai, y bajando la vista hacia su nariz miró el lugar donde estaban las punteras de sus botas.

—¿Cómo? —preguntó el general, que no había comprendido, y clavó sus ojos extrañados en el coronel.

—Déme las botas de fieltro ahora mismo.

—¿Qué es eso? —gritó el general, con los ojos desorbitados.

Nai se volvió hacia la puerta, la entreabrió y dijo, asomándose al templado pasillo del palacete:

—¡Eh, sección!

El general palideció hasta ponerse gris, su mirada fue de la cara de Nai al teléfono, de allí a la imagen de la Virgen que había en un rincón, y de nuevo a la cara de Nai.

En el pasillo se oyó un ruido de armas y en la puerta aparecieron unas rojas gorras de cadetes y unas negras bayonetas. El general trató de incorporarse de su blando sillón.

—Es la primera vez que oigo algo semejante... Esto es un motín...

—Firme la orden, excelencia —dijo Nai—. No tenemos tiempo, dentro de una hora nos ponemos en marcha. Dicen que el enemigo está a las puertas de la Ciudad.

—¿Cómo?... ¿Qué es eso?...

—Rápido —añadió Nai con una voz de funeral.

El general, con la cabeza metida entre los hombros y los ojos desorbitados, sacó el papel de debajo de la mujer desnuda y con mano temblorosa, echando un borrón, escribió en un ángulo: «Entréguese».

Nai tomó el papel, lo guardó en la bocamanga de su capote y dijo a los cadetes, que habían ensuciado toda la alfombra:

—Cargad las botas. Rápido.

Los cadetes se retiraron haciendo sonar las culatas de los fusiles contra el suelo. Nai se detuvo un momento. El general le dijo congestionado:

—Ahora mismo voy a llamar al Estado Mayor del comandante en jefe para pedir que lo sometan a juicio sumarísimo. Esto...

—Trate de hacerlo —replicó Nai, y tragó saliva—. Trate de hacerlo. Trate de hacerlo y verá lo que pasa.

Echó mano a la culata de la pistola, que asomaba de la funda desabrochada. El general se hizo atrás, incapaz de pronunciar ni una palabra.

—Telefonea, viejo estúpido —dijo de pronto a media voz Nai—. Te meteré una bala en la cabeza y estirarás la pata.

El general se derrumbó en el sillón, con el cuello congestionado, aunque su cara quedó del color de la tierra. Nai dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

El general siguió inmóvil varios segundos en el sillón de cuero, luego se santiguó, vuelto hacia el icono, tomó el teléfono, lo llevó al oído, oyó un sordo e íntimo «central»... Inesperadamente sintió ante él los funerarios ojos del gangoso húsar, dejó el teléfono y se asomó a la ventana. Los cadetes se movían con gran prisa en el patio, sacando por la negra puerta del almacén los grises fardos de las botas de fieltro. Sobre el negro fondo se destacaba la cara del soldado encargado del almacén, estupefacto y con el papel en la mano. Nai se encontraba junto a los carros, con las piernas muy abiertas, y no apartaba de él la vista. El general tomó con mano débil de la mesa el periódico del día, lo desplegó y leyó en la primera página:

En el río Irpen, escaramuzas con patrullas del enemigo que trataban de entrar en Sviatóshino...

Tiró el periódico en voz alta:

—Malditos sean el día y la hora en que me metí en estos líos...

Se abrió la puerta y entró un capitán, ayudante del jefe de intendencia. Se parecía mucho a un hurón sin rabo. Miró expresivamente los rojos pliegues del cuello del general y dijo:

—Permítame, señor general.

—Verá, Vladímir Fiódorovich —le interrumpió éste jadeando y mirando a un lado y a otro con ojos angustiados—, me siento mal... no sé lo que me pasa... me voy a casa. Tenga la bondad, quédese al tanto de todo esto.

—A sus órdenes —contestó el hurón, mirándole con ojos curiosos—. ¿Pero qué hacer? Nos piden botas de fieltro del cuarto grupo y de artillería de montaña. ¿Ha dispuesto usted la entrega de doscientos pares?

—Sí. ¡Sí! —contestó el general con voz estridente—. ¡Sí, lo he dispuesto! ¡Yo! ¡Yo mismo! ¡Lo he dispuesto! ¡Es un caso excepcional! Van a salir de un momento a otro al frente. Sí. A la línea de fuego. ¡Sí!

Unas curiosas lucecitas brillaron en los ojos del hurón.

—Sólo hay cuatrocientos pares...

—¿Y qué le voy a hacer? ¿Qué? —gritó el general con voz ronca—. ¿Es que puedo parirlos? ¿Puedo parir botas de fieltro? Si alguien pide algo, dáselo, dáselo, ¡dáselo!

Cinco minutos después el general Makushkin era conducido a casa en un coche de punto.

En la noche del trece al catorce, el muerto cuartel del callejón de Brest-Litovsk volvió a la vida. En la enorme y embarrada sala ardían las lágrimas eléctricas en las paredes, entre las ventanas (durante el día los cadetes habían estado subidos a los postes, tendiendo unos cables). Había ciento cincuenta fusiles en pabellón y los cadetes dormían amontonados en los sucios camastros. Nai-Turs, sentado ante una mesa de pino llena de trozos de pan, de platos con restos de gachas, cartucheras y cargadores, examinaba el plano de la Ciudad. Una pequeña lámpara de cocina lanzaba un haz de luz sobre el pintado papel, en el que el Dniéper parecía un retorcido y seco árbol azul.

Hacia las dos de la noche se sintió dominado por el sueño. Dio varias cabezadas sobre el piano, como si quisiera mirarlo más de cerca. Finalmente llamó a media voz:

—¡Cadete!

—A sus órdenes, señor coronel —contestaron junto a la puerta, y el cadete se acercó a la lámpara haciendo crujir sus botas de fieltro.

—Me voy a acostar —dijo Nai—. Me despertará dentro de tres horas. Si se recibe un telefonema, llame al alférez Zhárov. Si hace falta, él me despertará.

No se recibió ningún telefonema... Aquella noche el Estado Mayor no inquietó para nada al destacamento de Nai. Los hombres salieron al amanecer con tres ametralladoras y otros tantos carros, que se extendieron a lo largo del camino. Las casitas de las afueras parecían muertas. Pero cuando el destacamento llegó a la ancha calle del Politécnico, encontró cierto movimiento. En las primeras luces del amanecer pasaban con estrépito los furgones y se veía algún gorro de piel gris. Todos seguían la dirección opuesta, retrocedían a la Ciudad, y esto produjo cierto temor en la unidad de Nai. Se hacía de día de manera lenta, pero segura, y sobre los jardines de las casas de campo y la carretera, de nieve aplastada y revuelta, se iba levantando y dispersando la niebla.

Desde entonces hasta las tres de la tarde, Nai estuvo ante el Politécnico, porque, a pesar de todo, un cadete de su servicio de enlace le había traído, montado en un cochecillo de dos ruedas, una orden escrita a lápiz:

Deberá proteger la carretera del Politécnico y si el enemigo aparece, presentar combate.

A este enemigo lo vio Nai-Turs por primera vez a las tres de la tarde, cuando en su flanco izquierdo, a lo lejos, sobre la explanada del departamento militar, cubierta de nieve, apareció un gran número de jinetes. Era el coronel Kozir-Leshko, quien de conformidad con la orden de operaciones del coronel Toropets, trataba de abrirse camino por la carretera hacia el corazón de la Ciudad. En realidad Kozir-Leshko, que hasta entonces no había encontrado la menor resistencia, no atacaba a la Ciudad, sino que entraba en ella victoriosamente y a las claras, al tanto como estaba de que tras su regimiento venían los hombres del coronel Sosnenko, dos regimientos de la división azul, un regimiento de tiradores y seis baterías. Cuando en la explanada aparecieron los puntos montados, los proyectiles de metralla empezaron a explotar con grandes zumbidos en el denso cielo, que prometía una abundante nevada. Los puntos montados se reunieron en una cinta y, a todo lo ancho de la carretera, empezaron a hincharse, a hacerse mayores, hasta que se lanzaron al galope sobre Nai-Turs. En las líneas de los cadetes se oyó el ruido de los cerrojos. Nai sacó un silbato, lo hizo sonar con todas sus fuerzas y gritó:

—Contra la caballería... Por descargas... ¡Fuego!

Una chispa recorrió la gris línea y los cadetes enviaron a Kozir la primera andanada. Después de esto, por tres veces, pareció que algo caía desde el mismo cielo hasta las paredes del Instituto Politécnico, rechazando el alud que se les venía encima, y otras tantas veces dispararon los hombres de Nai-Turs. A lo lejos, las negras cintas de la caballería se rompían y dispersaban, hasta que acabaron por desaparecer de la carretera.

Algo le ocurrió en aquel momento al coronel. En realidad, ninguno de sus hombres había visto en él nunca muestras de miedo, pero entonces los cadetes se imaginaron que Nai había advertido algo peligroso en su sector o había oído algo a lo lejos. En una palabra, que ordenó el repliegue hacia la Ciudad. Cubrió con una sección la retirada de sus hombres, sin cesar de disparar, y luego se hizo atrás él mismo. Así, durante dos verstas, siguieron su repliegue hasta verse en el cruce de la carretera con el callejón de Brest-Litovsk donde habían pasado la noche. Aquello estaba completamente muerto y no se veía ni un alma.

Al llegar allí Nai ordenó a tres cadetes:

—Vayan a la carrera a la Polevaia y a la Bogschágovskaia y vean dónde están nuestras unidades y qué es de ellas. Si encuentran furgones, coches o cualquier otro vehículo que retrocede desorganizadamente, háganse cargo de ellos. En el caso de que les ofrezcan resistencia, amenacen con las armas y, en último extremo, recurran a ellas...

Los cadetes corrieron hacia atrás y la izquierda hasta perderse de vista, mientras que por delante las balas empezaron a silbar sobre el destacamento: Repiqueteaban en los techos, cada vez con más frecuencia y en la línea un cadete cayó de bruces sobre la nieve y la tiñó con su sangre. A continuación otro, con un ay, se vino abajo junto a una ametralladora. Los hombres de Nai extendieron sus líneas y abrieron un fuego

rápido contra las oscuras filas del enemigo, que brotaban de la tierra como por arte de magia. Los cadetes heridos eran retirados de la línea de fuego, entraron en funciones las blancas vendas. Nai mantenía los dientes apretados. No cesaba de volver su cuerpo, cada vez más, tratando de adivinar lo que ocurría en sus flancos, y hasta por su cara se podía advertir la impaciencia con que esperaba a los cadetes enviados de reconocimiento. Llegaron por fin, jadeando como galgos después de una larga carrera. Nai se puso en guardia y su cara se oscureció. El primero de los cadetes quedó en posición de firmes ante él y dijo a duras penas:

—Señor coronel, no hemos encontrado ninguna unidad nuestra ni en Shuliavka ni en ningún sitio —Se detuvo a tomar aliento—. En nuestra retaguardia se oye fuego de ametralladora y la caballería enemiga acaba de cruzar Shuliavka. Parece que están entrando en la ciudad...

Las palabras del cadete fueron ahogadas por el ensordecedor silbido de Nai.

Los tres carros pasaron con estrépito al callejón de Brest-Lotovsk y, por la Fonárnaia, siguieron adelante saltando entre los baches. En los carros iban los dos cadetes heridos, quince hombres armados y las dos ametralladoras. Era todo lo que podían llevar. Nai-Turs se volvió hacia sus hombres y con voz potente y gangosa les dio una extraña orden, que nunca habían oído...

En el antiguo cuartel de la calle de Lvov, con sus paredes descascarilladas y todas las estufas encendidas, aguardaba impaciente la tercera sección del primer grupo de voluntarios de infantería. La integraban veintiocho cadetes. Lo más curioso era que el jefe de quienes con tanta impaciencia aguardaban era Nikolka Turbín. El subcapitán Bezárov, comandante de la sección, y los dos alféreces no habían vuelto del Estado Mayor, adonde habían ido aquella mañana. Nikolka, el de mayor graduación, iba y venía por el cuartel, sin cesar de acercarse al teléfono, que no perdía de vista.

Así fue pasando el tiempo hasta las tres de la tarde. Las caras de los cadetes acabaron por ponerse serias.

A las tres sonó el teléfono de campaña.

—¿Es la tercera sección del grupo de voluntarios?

—Sí.

—Que se ponga el comandante.

—¿Quién habla?

—Del Estado Mayor...

—El comandante no ha vuelto.

—¿Quién es usted?

—El suboficial Turbín.

—¿Es usted el de mayor graduación?

—Sí.

—Lleve inmediatamente sus hombres al punto que le voy a indicar.

Y Nikolka reunió a los veintiocho hombres y los sacó a la calle.

Alexei Vasílievich durmió hasta las dos como un tronco. Se despertó como si le hubieran echado un jarro de agua, miró el reloj que había dejado en la silla, vio que eran las dos menos diez y se apresuró a levantarse, se calzó las botas de fieltro, se metió en los bolsillos con prisa, olvidando ya una cosa, ya otra, las cerillas, la pitillera, el pañuelo, la pistola y dos cargadores. Se apretó el cinturón. Luego recordó algo, pero vaciló antes de hacerlo: le parecía vergonzoso y cobarde, aunque sin embargo lo hizo: sacó de la mesa su documentación de médico civil. Le dio vueltas en la mano y decidió llevarla consigo, mas en aquel momento lo llamó Elena y la dejó olvidada sobre la mesa.

—Escucha, Elena —dijo Turbín nervioso mientras se apretaba aún más el cinturón; un desagradable presentimiento le oprimía el corazón y sufría al pensar que su hermana se iba a quedar sola con Aniuta en el espacioso piso—. No hay otro remedio. Debo ir. Espero que no me pasará nada. El grupo saldrá todo lo más a las afueras de la ciudad y yo me encontraré en sitio seguro. Dios cuidará de Nikolka. Esta mañana oí que la situación era algo seria, pero rechazaremos a Petliura. Bueno, adiós, adiós...

Cuando se quedó sola, Elena se puso a pasear por la sala, desde el piano, de donde no había sido recogido Valentín, con su traje de vivos colores, hasta la puerta del despacho de Alexei. El *parquet* crujía bajo sus pies. La desolación estaba pintada en su cara.

En la esquina de su sinuosa calle y la Vladímirskaia, Turbín quiso tomar un trineo de alquiler. El conductor se mostró conforme en llevarlo, pero, resoplando sombríamente, pidió una cantidad monstruosa. Se veía que no le llevaría por menos. Rechinando los dientes, Turbín montó en el vehículo y éste se dirigió hacia el museo. Estaba helando.

Alexei Vasílievich se sentía muy inquieto. No cesaba de prestar oído al lejano fuego de ametralladora, cuyas ráfagas parecían llegar de la parte del Instituto Politécnico. Era como si disparasen contra la estación. Turbín pensaba qué podía significar aquello (al mediodía, durante la visita de Bolbotún estaba durmiendo) y, volviendo la cabeza a un lado y a otro, miraba hacia las aceras. Aunque se advertía cierta inquietud y todo parecía absurdo, circulaba mucha gente.

—Alto... —dijo una voz de borracho.

—¿Qué es eso? —preguntó irritado Turbín.

El conductor tiró de las riendas con tanta violencia que Turbín estuvo a punto de caer de rodillas. Una cara completamente roja se balanceó junto a la lanza del trineo, sujetando las riendas y tratando de acercarse al asiento. En el chaquetón de cuero lucieron unas arrugadas hombreras de alférez. A una vara de distancia percibió Turbín el aliento de alcohol y cebolla. El alférez traía un fusil en la mano.

—Da la vuelta... —dijo el congestionado borracho—. Haz que se... apeee el

viajero...

Esto de «viajero» le pareció divertido y soltó una risotada.

—¿Qué es eso? —repitió Turbín—. ¿No ve quién soy? Voy a incorporarme a mi unidad. Tenga la bondad de apartarse. ¡Tu sigue!

—No, no sigas... —insistió amenazador el borracho, y sólo al ver las insignias de Turbín quedó indeciso, parpadeando—. Ah, doctor, iremos juntos... Montaré yo también...

—No llevamos el mismo camino... ¡Sigue!

—Permítame...

—¡Sigue!

El conductor, con la cabeza hundida entre los hombros, quiso seguir adelante, pero lo pensó mejor. Se volvió y miró con una mezcla de temor y rabia al borracho. Este se apartó por su propia voluntad, porque acababa de advertir otro trineo vacío, que no tuvo tiempo de alejarse. Se echó el fusil a la cara amenazando al conductor, que se quedó quieto en el sitio, mientras que el borracho, entre tropezones e hipos, se acomodó en el vehículo.

—De haberlo sabido no le habría tomado ni por quinientos rublos —gruñó rabioso el conductor, descargando un fustazo en la grupa de su penco—. ¿Quién le iba a pedir cuentas si nos disparaba por la espalda?

Turbín, sombrío, guardó silencio.

«Qué canalla... Son los que nos cubren de vergüenza», pensó colérico.

En el cruce del teatro de la Opera reinaba gran agitación. En el centro de la calzada, sobre los carriles del tranvía, había emplazada una ametralladora que custodiaban dos cadetes: uno pequeño y aterido, con capote negro y gorro de orejas, y otro de capote gris. Los transeúntes se agrupaban como moscas en la acera, mirando curiosos el arma. Junto a la farmacia de la esquina, ya a la vista del museo, Turbín dejó el trineo.

—Tiene que darme algo más, señorita —dijo el conductor en un tono insistente y furioso—. De haberlo sabido no le habría tomado. Ya ve lo que ocurre.

—Ya está bien.

—¿Para qué han traído a esto a los niños?... —se oyó una voz de mujer.

Sólo entonces vio Turbín un grupo de hombres armados que se agolpaban ante el museo. El grupo se removía inquieto y se hacía cada vez más denso. Aparecieron confusamente entre los faldones de los capotes las ametralladoras montadas en la acera. Y en aquel instante empezó a tabletear otra ametralladora en Pechersk.

Tra... tra... tra... tra... tra... tra...

«Esto ya no tiene sentido», pensó Turbín perplejo, y aceleró el paso hacia el museo.

«¿Habré llegado tarde?... Qué escándalo... Pueden pensar que había huido...».

Alféreces, cadetes y algún soldado, con grandes muestras de nerviosismo, iban y venían junto a la gigantesca entrada del museo y las rotas puertas laterales que

conducían a la explanada del gimnasio de Alejandro. Los enormes vidrios temblaban sin cesar, las puertas gemían y al redondo edificio blanco del museo, sobre cuyo frontis se leía en letras de oro:

Para la instrucción del pueblo ruso,

acudían en desorden los cadetes armados, presa de gran inquietud.

—¡Dios mío! —exclamó Turbín—. Ya se han ido.

Los morteros hicieron a Turbín un guiño silencioso. Permanecían solitarios y abandonados en el mismo lugar que la víspera.

«No comprendo nada... ¿qué significa esto?».

Sin él mismo saber para qué, corrió por la explanada hacia las piezas, que iban creciendo en tamaño conforme se acercaba y le miraban amenazadoras. Llegó a la primera de ellas. Se detuvo estupefacto: le habían quitado el cierre. A la carrera, volvió a cruzar la explanada en sentido opuesto hasta llegar a la calle. La agitación era todavía mayor, gritaban muchas voces a la vez y las bayonetas bailaban desordenadamente.

—¡Hay que esperar a Kartúzov! —gritó una voz sonora e inquieta. Un alférez cortó el paso a Turbín, quien vio sobre sus hombros una silla de montar amarilla con los estribos colgando.

—Debo entregarla a la legión polaca.

—¿Dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¡Todos al museo! ¡Todos al museo!

—¡Al Don!

El alférez se detuvo de pronto y tiró la silla a la acera.

—¡Que se vaya al infierno! ¡Que se hunda todo! —vociferó furioso—. ¡Esa gente del Estado Mayor!...

Y se hizo a un lado, amenazando con los puños.

«La catástrofe... Ahora lo comprendo... Eso es lo horrible, seguramente los mandaron al combate a pie. Sí, sí, sí... Indudablemente. Petliura debió de acercarse por sorpresa. No había caballos y ellos fueron al combate con fusiles, sin cañones... Dios mío... Tengo que ir inmediatamente a la tienda de la Anjou... Acaso me entere de algo... Es seguro que alguien habrá quedado allí».

Turbín se apartó de aquella confusión y sin fijarse ya en nada retrocedió corriendo hacia el teatro de la Opera. Una seca ráfaga de viento pasó por el sendero de asfalto que cercaba el edificio y removió un extremo del roto anuncio que colgaba en su pared, junto a la entrada lateral. Carmen. Carmen.

La tienda de *madame* Anjou. En los escaparates no había cañones, tampoco había hombreras doradas. Únicamente temblaba y se estremecía un débil resplandor de fuego. ¿Era un incendio? La puerta resonó al empuje de Turbín, pero sin abrirse. Él



llamó inquieto. Volvió a llamar. Una figura gris apareció tras el cristal, abrió y Turbín pasó a la tienda. Se quedó parado al contemplar la desconocida figura. Vestía un negro capote de estudiante y se cubría la cabeza con un gorro de paisano comido por la polilla, con las orejas sujetas por las cintas. La cara era muy conocida. Pero parecía desencajada. La estufa chisporroteaba furiosamente, devorando unos papeles. Los papeles cubrían todo el suelo. La figura dejó pasar a Turbín sin dar explicación alguna e inmediatamente volvió junto a la estufa y se sentó en cuclillas. Los rojizos resplandores iluminaron aquellas facciones.

«¿Málishév? Sí, es el coronel Málishév», se dijo Turbín.

El bigote del coronel había desaparecido. En su lugar había un espacio azulenco y recién afeitado.

Málishév abrió ampliamente los brazos, recogió del suelo un montón de hojas de papel y las metió en la estufa.

«Hola...».

—¿Qué pasa? ¿Se acabó todo? —preguntó Turbín con voz sorda.

—Sí —contestó lacónico el coronel.

Se puso rápidamente en pie y se acercó a la mesa, pasando atentamente revista. Abrió y cerró varias veces los cajones, se inclinó rápidamente, recogió el último montón de papeles del suelo y los metió en la estufa. Sólo después de esto se volvió hacia Turbín y agregó en un tono tranquilo e irónico:

—¡Se acabó la guerra!

Metió la mano en el bolsillo interior, sacó apresuradamente la cartera, examinó los documentos que en ella guardaba, rompió en cuatro dos hojas de papel y echó los trozos a la estufa. Turbín no apartaba de él la vista. Nadie hubiera dicho que Málishév era coronel. Ante él tenía a un estudiante bastante grueso, a un actor aficionado de labios hinchados color frambuesa.

—¿El doctor? ¿Qué hace usted? —Málishév señaló inquieto los hombros de Turbín—. Quítese eso ahora mismo. ¿Qué hace? ¿De dónde viene? ¿Es que no sabe nada?

—Me he retrasado, coronel —empezó Turbín.

Málishév esbozó una alegre sonrisa. La sonrisa desapareció de pronto, meneó inquieto con aire de culpa la cabeza y dijo:

—¡Dios mío, el culpable soy yo! Le había dicho que viniera a esta hora... Por la mañana no ha salido de casa, ¿verdad? Está bien. No es el mejor momento para hablar de estas cosas. En una palabra, quítese ahora mismo las hombreras y váyase, procure esconderse.

—¿De qué se trata? Por Dios se lo pido, dígame, ¿de qué se trata?

—¿De qué se trata? —repitió Málishév con irónica alegría—. De que Petliura está en la ciudad. En Pechersk, acaso se encuentre ya en la Kreschátik. La ciudad ha sido tomada —Málishév mostró de pronto los dientes, miró a los lados y empezó a hablar de nuevo inesperadamente, no como un actor aficionado, sino como el coronel de

antes—. Los Estados Mayores nos han hecho traición. Esta madrugada empezaron ya a levantar el vuelo. Afortunadamente, gracias a buenos amigos, yo estaba al tanto de todo y he tenido tiempo de hacer que el personal del grupo se fuese a sus casas. No hay tiempo para pensar, ¡quítese las hombreras!

—... Pero allí, en el museo, en el museo...

—Eso no me importa —contestó furioso—. ¡No me importa! Ahora ya no me importa nada. Acabo de venir de allí, he gritado, les he advertido, les he pedido que se dispersaran. No puedo hacer nada más. A los míos los he salvado a todos. ¡No los he mandado al matadero! ¡He evitado que se cubran de vergüenza! —Málishév empezó de pronto a lanzar unos gritos histéricos. Algo que hervía dentro de él había reventado y era incapaz de contenerse—. ¡Esos generales!... —Apretó los puños con aire amenazador. Estaba congestionado.

En aquel momento en la calle, a lo alto, aulló una ametralladora. Pareció que sacudía la gran casa vecina.

Málishév se serenó al momento.

—¡Ea, doctor, déjeme pasar! Adiós. ¡Váyase también! Pero no salga a la calle, sino por aquí, por la puerta trasera y por los patios. Por ahí todavía está el paso libre. De prisa.

Málishév apretó la mano al estupefacto Turbín, dio media vuelta y se perdió en el estrecho pasadizo que había tras el ligero tabique. Todo quedó en silencio en la tienda. En la calle enmudeció la ametralladora.

Se quedó solo. Los papeles ardían en la estufa. Turbín, a pesar de los gritos de Málishév, se acercó sin ganas, lentamente, a la puerta. Buscó el pestillo, lo echó y volvió a la estufa. A pesar de las advertencias, no parecía tener prisa. Lo mismo sus pies que sus revueltos pensamientos se movían torpemente. El immaculado fuego devoró los papeles y la boca de la estufa, que antes dejaba ver una alegre llama, se hizo algo rojizo y tranquilo. La tienda se oscureció al instante. En las grises sombras las estanterías se alineaban a lo largo de las paredes. Las recorrió con la mirada y pensó con desgana que en la tienda de *madame* Anjou todavía olía a perfume. Muy débilmente, pero olía.

En la cabeza de Turbín las ideas se confundieron en un montón informe. Y durante cierto tiempo, sin darse cuenta de nada, siguió mirando hacia el lugar por donde el afeitado coronel había desaparecido. Luego, en el silencio, el ovillo empezó a deshacerse. Salió el trozo principal y de color más vivo: Petliura estaba allí. «Peturra, Peturra», replicó con voz débil, y sonrió irónicamente sin saber la causa. Se acercó al espejo que había entre los dos escaparates, cubierto con una capa de polvo que parecía tafetán.

Los papeles se consumían y la última lengua de fuego, después de estremecerse, se apagó en el suelo. Todo quedó casi en las tinieblas.

«Petliura, resulta tan absurdo... En esencia, el país está definitivamente perdido —balbució Turbín en las sombras de la tienda, mas a continuación se dio cuenta de la

situación en que se encontraba—. ¿Pero qué hago aquí? Pueden llegar en cualquier momento».

Dio muestras de actividad, lo mismo que Málishev antes de su marcha, y se arrancó las hombreras. Los hilos crujieron y en sus manos quedaron las dos franjas plateadas y oscurecidas de la guerrera y las otras dos, verdes, del capote. Turbín las contempló, les dio unas vueltas y quiso guardarlas en el bolsillo como recuerdo, pero lo pensó mejor y comprendió que era peligroso. Decidió quemarlas. El combustible no faltaba, aunque Málishev había destruido todos los documentos. Turbín recogió del suelo un puñado de recortes de tela de seda, los metió en la estufa y acercó una cerilla. De nuevo los monstruos se extendieron por las paredes y el suelo; de nuevo revivió, aunque por poco tiempo, el local de *madame* Anjou. Comidas por la llama, las franjas doradas se curvaron, en ellas aparecieron unas burbujas, quedaron negras, luego se arrugaron...

Un importante problema surgió en la cabeza de Turbín: ¿qué hacer con la puerta? ¿Dejarla con el pasador echado o abierta? Si otro voluntario que se hubiera retrasado como él acudía, no tendría dónde ocultarse. Turbín descorrió el pestillo. Luego le abrazó otra idea: ¿y el documento de identidad? Buscó en un bolsillo, en otro, no lo tenía. ¡Efectivamente! Lo había olvidado, esto era ya algo escandaloso. ¿Y si se tropezaba con ellos? Su capote era gris. Le preguntarían quién era. Médico... ¡A ver la documentación! ¡Esta maldita distracción suya!

«De prisa», le murmuró una voz interna.

Turbín no lo pensó más. Se dirigió al fondo de la tienda y siguiendo el camino de Málishev cruzó la pequeña puerta y salió a un oscuro pasillo, y de allí, por la entrada de servicio, salió a la calle.

## Cuatro

Obedeciendo a la voz del teléfono, el suboficial Nikolai Turbín sacó a los veintiocho hombres y, a través de toda la Ciudad, los condujo por el itinerario que le habían marcado. Ese itinerario llevó a Turbín y los cadetes a un cruce completamente muerto. En él no había la menor señal de vida, aunque el estruendo era mucho. Alrededor —en el cielo, por los tejados y las paredes— atronaban las ametralladoras.

El enemigo debía de estar allí, porque éste era el último punto indicado por la voz del teléfono. Pero el enemigo no se dejaba ver y Nikolka quedó algo indeciso: ¿qué hacer ahora? Sus cadetes, algo pálidos, pero valientes como el propio jefe, se tumbaron en línea de combate sobre la nevada calle, mientras que el ametrallador Ivashin se ponía en cuclillas junto a la máquina, al borde de la acera. Los cadetes miraban alerta a lo lejos, levantando la cabeza del suelo, esperando lo que pudiera ocurrir.

Su caudillo estaba preocupado por tan grandes ideas que hasta tenía las mejillas hundidas y pálidas. Le asombraba, lo primero de todo, que en el cruce no hubiera nada de lo que la voz había prometido. Nikolka debía encontrar allí un destacamento del tercer grupo de voluntarios y «reforzarlo». No había nadie. Ni siquiera había rastros del destacamento.

En segundo lugar, asombraba a Nikolka la circunstancia de que el tableteo de las ametralladoras se oyera a veces no sólo por delante, sino también por la izquierda, e incluso algo atrás. En tercer lugar, temía amilanarse y no cesaba de preguntarse: «¿No tienes miedo?». «No, no lo tienes», contestaba ya una animosa voz en su cabeza, y Nikolka, con el orgullo de sentirse valiente, se ponía aún más pálido. Experimentaba orgullo al pensar que si lo mataban, lo enterrarían con banda de música. Resultaría muy sencillo: llevarían por la calle el féretro, forrado de raso blanco, y en el féretro el suboficial Turbín, muerto en combate, con su noble cara pálida como la cera; lástima que ahora no concedían condecoraciones, porque de lo contrario de seguro luciría en el pecho una cruz con la cinta de San Jorge. Las mujeres saldrían a las puertas de las casas. «¿De quién es el entierro?». —«Del suboficial Turbín...»— «Qué guapo era...». Y la música. Resultaba agradable morir en combate. Lo único que hacía falta era no atormentarse. El pensar en la música y las cintas alivió un tanto su inseguridad a la espera del enemigo, que al parecer, no obedecía a la voz del teléfono y no pensaba en dejarse ver.

—Esperaremos aquí —dijo Nikolka a los cadetes, tratando de dar a su voz un acento seguro aunque sin conseguirlo del todo, porque alrededor todo resultaba algo absurdo, no como debería ser. ¿Dónde estaba el destacamento? ¿Dónde estaba el enemigo? Resultaba extraño, pero era como si disparasen en la retaguardia.

El caudillo y su tropa siguieron esperando. Repentinamente, en el callejón

transversal que iba del cruce a la carretera de Brest-Litovsk resonaron los disparos y aparecieron unas figuras grises que corrían como locos. Se dirigían derechos a los cadetes de Nikolka y sus fusiles apuntaban en distintas direcciones.

«¿Nos han rebasado por el flanco?», cruzó por la mente de Nikolka, qué se debatía sin saber qué voz de mando dar. Pero un instante después distinguió las manchas doradas en los hombros de algunos de los que corrían y comprendió que eran de los suyos.

Los cadetes de Constantino, pesados, buenos mozos, cubiertos de sudor después de la larga carrera, con sus gorros de piel, se detuvieron de pronto, se volvieron y, rodilla en tierra, hicieron dos descargas sobre el callejón del que habían salido. Luego se pusieron en pie y, arrojando los fusiles, emprendieron la huida a través del cruce, por delante de los hombres de Nikolka. Sin detenerse, se despojaban de las hombreras, las cartucheras y los cinturones, que tiraban a la aplastada nieve. Un cadete de elevada estatura y capote gris gritó con voz jadeante al llegar a la altura del destacamento de Nikolka:

—¡Corred, corred con nosotros! ¡Sálvese el que pueda!

Los cadetes de Nikolka, desconcertados, empezaron a ponerse en pie. El jefe perdió por completo el dominio de sí mismo, pero en aquel mismo instante se serenó y pensó con la rapidez del relámpago: «Es la ocasión de comportarse como un héroe». Entonces gritó con voz potente:

—¡Que nadie se levante! ¡Atención a mis órdenes!

«¿Qué hacen?», se preguntó desesperado Nikolka.

Los cadetes de Constantino —eran unos veinte— cruzaron sin armas y se dispersaron en el callejón transversal de Fonarni; algunos se metieron en el enorme portón que encontraron abierto. Resonaron estrepitosamente las puertas de hierro y las pesadas botas levantaron sonoros ecos en el ancho pasillo. Un segundo grupo se metió en el siguiente portón. Sólo quedaron cinco que, apretando el paso, siguieron Fonarni adelante y se perdieron a lo lejos.

El último en aparecer en el cruce lucía unas pálidas hombreras doradas, Nikolka lo reconoció a la primera mirada: era el coronel Nai-Turs, jefe de la segunda sección del primer grupo.

—¡Señor coronel! —gritó Nikolka yendo a su encuentro, confuso y al mismo tiempo animado—. Sus cadetes huyen a la desbandada.

Se produjo algo monstruoso. Nai-Turs corría por la pisoteada nieve del callejón con el capote recogido a ambos lados, como los soldados de la infantería francesa. El barboquejo mantenía su aplastada gorra en la misma nuca. Llevaba la pistola en la mano derecha y la vacía funda le golpeaba la cadera. Su cara, con barba de varios días, ofrecía un aspecto terrible; sus ojos miraban torcidos y cerca de sus hombros se distinguían claramente los emblemas de húsar. Nai-Turs se acercó de un salto a Nikolka, levantó la mano izquierda y le arrancó primero la hombrera izquierda y a continuación la derecha. Los hilos encerados, de la mejor calidad, se rompieron con

estrépito; con la hombrera, derecha salió un trozo de paño del capote. Nikolka se tambaleó ante aquella prueba de lo fuertes que eran las manos de Nai-Turs. Cayó sentado sobre algo blando y aquella masa blanda se evadió de su peso con un alarido: era el ametrallador Ivashin. Luego empezaron a bailar alrededor los rostros desenchajados de los cadetes y todo se fue al mismísimo infierno. Nikolka no se volvió loco en aquel momento porque no tenía tiempo; tan rapidísimas eran las acciones del coronel Nai-Turs. Vuelto hacia la descompuesta sección aulló con su gangosa voz una orden inusitada, que nadie hubiera esperado de él. Nikolka pensó supersticiosamente que esa voz se oía a diez verstas a la redonda, era seguro que llegaba a toda la Ciudad.

—¡Cadetes! Atención a mis órdenes: ¡quitaos las hombreras y escarapelas, tirad las cartucheras y las armas! ¡Por los patios del callejón Fonarni dirigios a la Raziézzhaia, a Podol! ¡¡A Podol!! ¡Romped por el camino los documentos de identidad, escondéos, dispersaos, corred todo lo que podáis!

Luego agitó la pistola y su voz resonó como un cornetín de órdenes de caballería:

—¡Por Fonarni! ¡Sólo por Fonarni! ¡Buscad la salvación en las casas! ¡Ha terminado el combate! ¡A la carrera!

Durante unos segundos la sección no pudo darse cuenta de las cosas. Luego, los cadetes quedaron completamente pálidos. Ivashin se arrancó delante de Nikolka las hombreras, que volaron sobre la nieve; el fusil se arrastró con estrépito por la helada joroba de la acera. Medio minuto después, en el cruce, quedaban tirados los cinturones, las cartucheras y una arrugada gorra. Los cadetes corrían por el callejón Fonarni, metiéndose en los patios que conducían a la calle Raziézzhaia.

Nai-Turs metió la pistola en la funda, se acercó a la ametralladora montada en la acera, se puso en cuclillas y la volvió hacia el lugar de donde había aparecido manteniendo con la mano izquierda la cinta. Se encaró con Nikolka y gritó furioso:

—¿Estás sordo? ¡Vete!

En el vientre de Nikolka se levantó un extraño y embriagador éxtasis y se le secó la boca.

—No quiero, señor coronel —replicó con lengua de trapo. Se puso también en cuclillas agarró con ambas manos la cinta y la introdujo en la ametralladora.

A lo lejos por el lugar donde habían llegado los restos del destacamento de Nai-Turs aparecieron algunas siluetas a caballo. Se veía confusamente el caracolear de los animales y las grises hojas de los sables en manos de los jinetes. Nai-Turs tiró del cerrojo, la ametralladora lanzó una corta ráfaga se detuvo, repitió la ráfaga y luego tableteó largamente. Todos los tejados de la casa, a derecha e izquierda, parecían entrar en ebullición. A las siluetas montadas se unió alguna otra, pero luego una de ellas cayó pesadamente al suelo junto a una ventana. Un caballo se alzó sobre las patas traseras terriblemente largo, hasta casi la altura de un segundo piso, y varios jinetes desaparecieron por completo. Al instante, como sí se los hubiera tragado la tierra, se esfumaron los otros.

Nai-Turs apartó las manos de la ametralladora, amenazó con el puño al cielo, con los ojos inundados de luz, y gritó:

—¡Muchachos! ¡Muchachos!... ¡Esa carroña de los Estados Mayores!...

Se volvió hacia Nikolka y gritó con una voz que a éste le pareció el suave sonido de un cornetín de caballería:

—¡Vete, estúpido muchacho! ¡Te digo que te vayas! Miró hacia atrás y se convenció de que todos los cadetes habían desaparecido. Luego volvió la vista a lo lejos, a una calle paralela a la carretera de Brest-Litovsk, y exclamó con dolor y rabia:

—¡Diablos!

Nikolka se volvió también y vio que a bastante distancia, en la calle Kadétskaia, junto al raquítico bulevar cubierto por la nieve, aparecieron unas oscuras filas que se tumbaban en el suelo. El rótulo que había sobre las cabezas de Nai-Turs y Nikolka, en la esquina del callejón Fonarni,

Berta Yákovlevna  
Prints-Metall  
Dentista

golpeó estrepitosamente y en el patio se oyó un ruido de vidrios rotos. Nikolka vio unos trozos de yeso en la acera, que saltaban y rodaban. Su mirada se clavó en el coronel Nai-Turs, deseando saber qué sentido tenían aquellas lejanas filas y los trozos de yeso caídos. El proceder del coronel fue de lo más extraño. Saltó sobre una pierna, agitó la otra como si iniciase un vals y, como si estuviese bailando, sonrió de manera intempestiva. Luego, el coronel Nai-Turs quedó tendido a los pies de Nikolka. El cerebro de éste quedó envuelto en una niebla negra, se puso en cuclillas y, con gran sorpresa suya, con ademanes secos, sin derramar ni una lágrima, empezó a tirar del coronel, tratando de ponerlo en pie. Vio que de su manga izquierda corría un chorro de sangre y sus ojos se quedaron mirando al cielo.

—Señor coronel, señor...

—Suboficial —articuló Nai-Turs, y la sangre fluyó de su boca por la barbilla; su voz empezó a fluir gota a gota, debilitándose a cada palabra—, mande al diablo su heroísmo. Me muero... Málaia Proválnaia...

No quiso dar más explicaciones. Su mandíbula empezó a abrirse y cerrarse. Se movió tres veces convulsivamente como si algo oprimiese a Nai. Luego cesó todo y el coronel se convirtió en algo pesado como un saco de harina.

«¿Es esto manera de morir? —pensó Nikolka—. No puede ser. Ahora mismo estaba vivo. Parece que el morir en combate no tiene nada de particular. A mí no me aciertan...».

Dentista

leyó por segunda vez, y de nuevo saltaron los vidrios rotos. «¿Se habrá desmayado

simplemente?», se le ocurrió a Nikolka en la confusión que le dominaba, y tiró del coronel. Pero era absolutamente imposible levantarlo. «¿Tengo miedo?», pensó, y sintió que tenía un miedo espantoso. «¿Por qué? ¿Por qué?», siguió pensando, y al instante comprendió que su miedo se debía a la angustia de la soledad, y que si el coronel Nai-Turs estuviera de pie junto a él no sentiría temor alguno... Pero el coronel Nai-Turs yacía completamente inmóvil, no daba ninguna orden, no prestaba atención a que junto a la manga de su capote se extendía un gran charco rojo, ni a que el yeso de las paredes se rompía y desmenuzaba como en un acceso de locura. Nikolka sentía miedo porque estaba completamente solo. Los jinetes no atacaban ya de flanco, pero evidentemente todos se habían reunido contra él, y él era el último, estaba completamente solo... La soledad le hizo abandonar el cruce. Se arrastró por el suelo ayudándose con la mano izquierda y el codo derecho, porque en la mano derecha apretaba la pistola de Nai-Turs. El miedo le asaltó a dos pasos de la esquina. Le iban a dar un tiro en una pierna y entonces no podría arrastrarse, llegarían los de Petliura y le harían pedazos a sablazos. Debía de ser algo espantoso cuando uno permanecía tumbado y veía los sables sobre él... «Dispararé si en la pistola hay cartuchos... No hay más que un paso y medio... Un esfuerzo, un esfuerzo... así...» y Nikolka se vio al otro lado de la esquina del callejón Fonárni.

«Es asombroso, verdaderamente asombroso que no me hayan herido. Un milagro. Un milagro de Dios —pensó Nikolka poniéndose en pie—. Un verdadero milagro. Yo mismo lo he visto. Nuestra Señora de París. Víctor Hugo. ¿Qué será ahora de Elena? ¿Y de Alexei? Está claro, cuando mandó que nos arrancásemos las hombreras es que se ha producido una catástrofe».

Nikolka se puso en pie de un salto, todo él manchado de nieve hasta el cuello, guardó la pistola en el bolsillo del capote y echó a correr callejón adelante. El primer portón de la derecha estaba abierto, se metió por él y fue a parar a un sombrío patio de mala muerte, con varios cobertizos de ladrillo en la parte derecha y una pila de leña en la izquierda. Comprendió que el paso estaba en el centro y, resbalándose, corrió hacia allí y se dio de manos a boca con un hombre envuelto en un espolón. Vio con toda claridad su rojiza barba y unos ojos pequeños que destilaban odio. De nariz achatada, con gorro de piel de cordero, un auténtico Nerón. Aquel hombre, como si se tratase de un alegre juego, agarró a Nikolka con la mano izquierda mientras que con la derecha se aferraba a su brazo izquierdo y trataba de retorcérselo. Durante unos instantes Nikolka quedó desconcertado. «Dios mío. Me ha agarrado, ¡me odia! ... Es un partidario de Petliura...».

—¡Canalla! —gritó jadeante el de la barba roja, con voz ronca—. ¿Adonde vas? ¡Quieto! —y luego empezó a vociferar—: ¡Aquí, aquí! ¡Tengo a un cadete! Se ha quitado las hombreras, ¿pensabas que no te iban a reconocer? ¡Aquí!

Nikolka se sintió poseído por un ataque de rabia. Dio un brusco tirón hacia abajo, de tal modo que se le rompió la trabilla del capote, se revolvió y con un esfuerzo sobrehumano se desprendió de las manos del pelirrojo. Pasó un segundo antes de que



podiera verlo, porque había quedado de espaldas a él, pero se volvió y de nuevo lo tuvo ante sus ojos. El de la barba pelirroja no llevaba arma alguna, ni siquiera era militar. Era un portero. Un acceso de cólera le invadió, haciéndole ver todo del color de la sangre, y a continuación se vio poseído por una sensación de gran seguridad. El viento y el frío penetraron en su caliente boca, porque enseñaba los dientes como un lobezno. Sacó del bolsillo la pistola, pensando: «Si hay cartuchos, mataré a este canalla». No reconoció su voz, hasta tal punto era extraña y espantosa.

—¡Te voy a matar, miserable! —aulló mientras sus dedos buscaban en el mecanismo del arma, y en aquel instante se dio cuenta de que había olvidado cómo disparar.

El pelirrojo portero, que se había quedado amarillo, al ver el arma cayó de rodillas con grandes muestras de espanto y empezó a chillar desesperado, transformándose milagrosamente de Nerón en culebra:

—¡Señoría! Seño...

No obstante, Nikolka habría disparado, pero la pistola se negaba a hacerlo. «Está descargada. ¡Qué contratiempo!», cruzó como un torbellino por su mente. El portero, tapándose con la mano y reculando se incorporó un tanto hasta quedar en cuclillas, sin cesar en sus chillidos. Sin saber qué partido tomar para cerrar aquella enorme boca con su barba de cobre, desesperado al ver que la pistola no disparaba, Nikolka se lanzó como un belicoso rayo sobre el portero y con riesgo de herirse él mismo, le descargó un enorme culatazo en los dientes. Su furia se disipó al instante. El portero se puso en pie y escapó hacia el paso por donde Nikolka había aparecido. Enloquecido por el miedo, ya no chillaba, sino que corría tropezando y resbalando por el hielo. Volvió la cara y Nikolka vio que tenía la mitad de la barba manchada de sangre. Luego desapareció. Nikolka se lanzó hacia abajo, por delante del cobertizo, hacia la puerta que daba a la Raziézzhnaia y al llegar ante ella se sintió dominado por la desesperación. «Claro. Ha llegado tarde. Estoy perdido. Y no dispara. Dios mío». En vano apretó el gatillo. Era imposible hacer nada. Nada más pasar los cadetes de Nai-Turs el portero pelirrojo había cerrado la puerta de la Raziézzhaia y ante Nikolka se levantaba un obstáculo invencible: una pared de hierro completamente lisa en la que no había el menor resquicio. Nikolka se volvió, miró al cielo, muy bajo y denso, y vio la negra y ligera escalera de incendios que se perdía en el tejado mismo de la casa de cuatro pisos. «¿Y si subiera?», pensó, y sin venir a cuento recordó una abigarrada ilustración de tiempos de su infancia: Nat Pinkerton, con una chaqueta amarilla y una máscara roja, subía por una escalera exactamente igual que aquella. «Nat Pinkerton, América... ¿qué pasará después de subir? Me quedaré como un idiota en el tejado y el portero llamará a los de Petliura. Este Nerón me traicionará... Le he roto los dientes... ¡No me perdonará!».

En efecto. Nikolka oyó las desesperadas llamadas del portero en el callejón Fonarni: «¡Aquí! ¡Aquí!», y el ruido de cascos de caballo. Lo comprendió, todo: los jinetes de Petliura entraban por un flanco en la ciudad. Ya estaban en el callejón

Fonarni. Por algo Nai-Turs gritaba que no se podía volver allí.

Todo esto lo comprendió ya sobre una pila de leña, junto a un cobertizo, al pie de la casa vecina, a donde había llegado sin él mismo saber cómo. Los troncos cubiertos del hielo se removían bajo sus pies. Nikolka avanzó a duras penas, se cayó, rompiéndose el pantalón, llegó hasta la pared, miró por encima de ella y vio un patio exactamente igual al anterior. Tan semejante era que esperó que de un momento a otro iba a reaparecer el Nerón pelirrojo. Pero no apareció nadie. Hizo un tremendo esfuerzo, sintió que algo se le desgarraba en el vientre y los riñones y se sentó en el suelo. En aquel instante la pistola dio un salto en su mano y se escapó un ensordecedor disparo. Tras el primer asombro, comprendió. «Estaba el seguro puesto y ahora lo he bajado. ¡Qué oportunidad!».

Diablos. También aquí estaba cerrada la puerta de la Raziézzahaia. De nuevo tendría que saltar la pared. Pero allí no había leña. Nikolka echó el seguro de la pistola y se la metió en el bolsillo. Se subió a un montón de escombros y luego como una mosca trepó por la pared, apoyando las puntas de los pies en unos agujeros que en tiempo normal no habrían dado cabida ni a una moneda de un *kopek*. Tumbado en lo alto de la tapia, oyó que atrás, en el primer patio, resonaban un ensordecedor silbido y la voz de Nerón. En una negra ventana del segundo piso de este patio, el tercero, vio una cara de mujer desencajada por el espanto y que desapareció al momento. De la segunda tapia cayó con bastante suerte, sobre un montón de nieve, pero sin embargo, se le torció el cuello y se dio un golpe en la cabeza. Completamente aturdido, Nikolka corrió hacia la puerta...

¡Qué suerte! ¡No importaba que estuviese cerrada! Era una simple verja. Nikolka, como un bombero, subió por ella, la cruzó, bajó y se vio en la calle Raziézzahaia. Estaba completamente vacía, allí no había ni un alma. «Descansaré unos segundos, porque el corazón me va a reventar», pensó Nikolka, tragando una bocanada de aire abrasador. «Sí... la documentación...». Sacó del bolsillo de la blusa unas manchadas credenciales y las rompió en pequeños trozos que salieron volando como copos de nieve. Oyó que detrás de él, por la parte del cruce en que había dejado a Nai-Turs, disparaba una ametralladora a la que contestaron varias ráfagas y unas descargas de fusilería que venían de más adelante, de la Ciudad. Estaba claro. Habían tomado la ciudad. En la ciudad se estaba luchando. Una catástrofe. Nikolka, jadeante, se limpió con ambas manos la nieve. Qué hacer, ¿tirar la pistola? ¿La pistola de Nai-Turs? No, de ningún modo. Conseguiría abrirse paso. Porque el enemigo no podía estar en todos los sitios a la vez.

Nikolka hizo una profunda inspiración. Sintiendo que sus piernas se habían debilitado mucho, echó a correr por la desierta Raziézzahaia y llegó felizmente a un cruce de donde partían otras dos calles: la Lubochítskaia, hacia Podol, y la Lóvskaia, que se desviaba hacia el centro de la Ciudad. Allí vio un charco de sangre junto a un guardacantón, estiércol, dos fusiles abandonados y una gorra azul de estudiante. Nikolka tiró su gorro de piel y se puso esta gorra. Le venía pequeña y le daba un

repugnante aspecto. Debía de ser de un desharrapado al que expulsaron del gimnasio. Nikolka miró con precaución desde la esquina de la calle Lóvskaia y vio a lo lejos unos caballos que caracoleaba; en los gorros de los jinetes había unas manchas rojas, Allí había un gran revuelo y resonaban los disparos. Siguió adelante por la Lubochítskaia. En ella vio por primera vez a un ser vivo. Una señora corría por la otra acera. Traía todo ladeado el sombrero de ala negra, en la bolsa que sujetaba con la mano derecha llevaba un gallo que no cesaba de alborotar —«Peturra, Peturra»—, mientras que de otra bolsa que sujetaba con la izquierda, por un agujero, no cesaban de caer zanahorias en la acera. La señora gritaba y lloraba, tratando de mantenerse pegada a la pared. Cruzó como un torbellino un menestral que se santiguó en las cuatro direcciones sin cesar de chillar:

—¡Señor mío Jesucristo! ¡Volodka, Volodka! ¡Que viene Petliura!

Al final de la Lubochítskaia se veía ya bastante gente que corría a refugiarse en las puertas. Un señor de abrigo negro, enloquecido por el miedo, se acercó a un portón, metió el bastón en la verja y lo rompió con estrépito.

Mientras tanto, el tiempo volaba. Empezaba ya a anochecer y por eso cuando Nikolka pasó de la Lubochítskaia a la bajada Volski, en la esquina se encendió una farola eléctrica. En una tiendecilla bajaron el ruidoso cierre, que al instante ocultó las pintarrajeadas cajas de jabón en polvo. El conductor de un trineo que había metido su vehículo en un montón de nieve, trataba de dar la vuelta sin cesar de descargar salvajes latigazos en las ancas de su penco. Nikolka dejó atrás una casa de cuatro pisos con tres entradas, cuyas puertas no cesaban de abrirse y cerrarse con estrépito. Un señor con abrigo de cuello de piel de nutria cruzó por delante de Nikolka y chilló en el portón:

—¡Piotr! ¡Piotr! ¿Te has vuelto loco? ¡Cierra! ¡Cierra ahora mismo!

En el interior se oyó un portazo y en la oscura escalera una sonora voz de mujer gritó:

—¡Que viene Petliura! ¡Petliura!

Cuanto más se acercaba Nikolka a Podol, donde según Nai-Turs estaba la salvación, más gente había en la calle; pero el miedo era menor, y todos corrían en la misma dirección que él, eran muy pocos los que pasaban en sentido contrario.

En la misma bajada de Podol, de una casa de piedra gris salió solemnemente un cadete que lucía en el capote hombreras blancas con la letra «V» bordada en oro. Su nariz era menuda y redonda. Sus ojos miraban animosos a los lados y llevaba el fusil colgando del hombro. Los transeúntes miraban con espanto al armado cadete y se apartaban de él. El mozo se detuvo en la acera, prestando atención al tiroteo de la parte alta de la ciudad, husmeó con el significativo aspecto del explorador y quiso ponerse en marcha. Nikolka cambió bruscamente de dirección, cruzó la acera, se aproximó al cadete y le dijo:

—Tire el fusil y escóndase inmediatamente.

El cadete se estremeció asustado, dio un paso atrás, pero luego, con aire

amenazador, echó mano al arma. Nikolka, con un viejo procedimiento que tenía muy probado, le fue empujando hasta la entrada y ya allí, entre las dos puertas, insistió:

—Le digo que se esconda. También yo soy cadete. Se ha producido una catástrofe. Petliura ha tomado la ciudad.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó el cadete abriendo la boca. En la parte izquierda le faltaba un diente.

—Muy sencillo —contestó Nikolka, y señaló hacia la parte alta de la ciudad—. ¿Oye? La caballería de Petliura está allí en las calles. Yo me he salvado de puro milagro. Corra a casa, esconda el fusil y advierta a todos.

El cadete quedó petrificado, y así lo dejó Nikolka, porque no tenía tiempo de entrar en explicaciones cuando tan duro de mollera era.

La inquietud en Podol no era tan manifiesta, pero había bastante revuelo. Los transeúntes aceleraban el paso, a menudo levantaban la cabeza atentos al tiroteo; con gran frecuencia las cocineras salían a la puerta, abrigándose de cualquier manera con sus grises pañuelos. En la parte alta de la Ciudad no cesaba el hervor de las ametralladoras. Pero en aquel anochecer del catorce de diciembre, ni cerca ni lejos, se oían ya los cañones.

El camino de Nikolka era largo. Mientras atravesó Podol la oscuridad se adueñó por completo de las heladas calles, y unos copos grandes y blandos, que caían a la luz de las farolas, contribuían a suavizar la agitación y la alarma. Las luces brillaban y las tiendas permanecían alegremente iluminadas, aunque no todas: algunas estaban ya ciegas. La nevada iba en aumento. Cuando Nikolka llegó al comienzo de su calle; la empinada cuesta de Alexéievski, y empezó a subirla vio un cuadro ante la casa número 7: dos chiquillos de jersey gris y gorro de piel acababan de deslizarse en su trineo. Uno, pequeño y redondo como una bola, cubierto de nieve, permanecía sentado y no cesaba de reír. El otro, algo mayor, delgado y serio, trataba de deshacer un nudo de la cuerda. Ante la puerta permanecía un joven envuelto en un capotón que no cesaba de hurgarse la nariz. El tiroteo se oía más cerca. Los disparos resonaban en la parte alta, en todos los sitios.

—Vaska, Vaska, ¡qué culada me he dado! —gritó el pequeño.

«Juegan como si no ocurriese nada», pensó asombrado Nikolka, y preguntó al joven con voz cariñosa:

—Dígame, por favor, ¿a qué obedecen los disparos?

El joven apartó el dedo de la nariz, se quedó pensando y dijo:

—Los nuestros les están sacudiendo a los oficiales.

Nikolka lo miró de reojo y, maquinalmente, apretó la culata de la pistola en el bolsillo. El mayor de los chicos explicó enfadado:

—Les dan su merecido. Eran ochocientos en toda la Ciudad y no cesaban de hacer el tonto. Petliura ha venido con un millón de hombres.

Dio la vuelta y se alejó tirando del trineo.

Las cortinas color crema que separaban la terraza y el pequeño comedor se

abrieron al instante. El reloj... tic-tac...

—¿Ha vuelto Alexei? —preguntó Nikolka a Elena.

—No —contestó ella, y rompió a llorar.

Oscuridad. Toda la casa está oscura. Sólo en la cocina luce una lámpara... Aniuta llora acodada en la mesa. Se entiende, por Alexei Vasílievich... En la estufa del dormitorio de Elena chisporrotean los leños. Las manchas brotan a través del cierre y bailan en el suelo la danza del fuego. Elena, después de tanto llorar, permanece sentada en un taburete, con la mejilla apoyada en el puño. Nikolka se sienta en el suelo, en el lugar donde se extiende la roja mancha de la llama, con las piernas muy abiertas.

Bolbotún... coronel... En casa de los Scheglov habían dicho aquella tarde que se trataba del gran duque Mijaíl Alexándrovich. Por lo demás, la desesperación reinaba también aquí, entre las sombras y el resplandor del fuego. ¿Llorar a Alexei? Esto, claro, no servía de nada. Lo habían matado, era indudable. Todo estaba claro. No tomaban prisioneros. Si no había vuelto era que había caído con todo el grupo y le habían dado muerte. Lo horrible era que, según decían, Petliura contaba con un excelente ejército de ochocientos mil hombres. Nos habían engañado, mandándonos a una muerte segura...

¿De dónde había salido ese espantoso ejército? Había sido forjado con la helada niebla en el aire punzante, azulenco y crepuscular... Confusión... confusión...

Elena se puso en pie y extendió el brazo.

—Malditos sean los alemanes. Malditos sean. Si Dios no los castiga, es que no hace justicia. ¿Es posible que no respondan de eso? Responderán. Sufrirán lo mismo que nosotros, sufrirán.

Repitió «sufrirán» como si pronunciase un conjuro. Su cuello y sus mejillas estaban teñidos de púrpura y sus vacíos ojos rebosaban un negro odio. Estas exclamaciones aumentaron la desesperación y tristeza de Nikolka.

—¿Y si no ha muerto? —preguntó tímidamente—. Después de todo, es médico... Aunque lo hayan cogido, acaso no lo hayan matado y lo retengan como prisionero.

—Comerán gatos, se matarán entre sí como nosotros —dijo Elena con voz sonora y, en un gesto de odio, amenazó al fuego con los dedos.

«Bah, bah... Bolbotún no puede ser gran duque. Petliura no puede tener un ejército de ochocientos mil hombres, ni de un millón... Por lo demás, todo está confuso. Se nos ha venido encima un tiempo terrible. Talberg fue más listo, se marchó a tiempo. El fuego baila en el suelo. Hubo un tiempo pacífico y hermosos países. Por ejemplo, París y Luis con sus figurillas en el sombrero, Clopin Trouliefou se arrastró y calentó con un fuego como éste. Hasta él, un mendigo, lo pasaba bien. Nunca, en ningún sitio hubo una víbora tan odiosa como ese portero pelirrojo, Nerón. ¡Todos nos odian, claro, pero él es un auténtico chacal! Quería retorcerme el brazo».

En aquel instante se oyeron los estampidos del cañón. Nikolka se puso en pie de un salto y empezó a ir de un sitio a otro.

—¿Oyes? ¿oyes? ¿oyes? ¿Serán los alemanes? ¿Serán los aliados que acuden en socorro nuestro? ¿De quién se trata? Porque ellos no pueden disparar sobre la Ciudad cuando ya la han tomado.

Elena cruzó las manos sobre el pecho y dijo:

—Es lo mismo, Nikolka, no te dejaré salir. No te dejaré. Te lo suplico, no salgas. No hagas esa locura.

—Me acercaría a la placita de la iglesia de San Andrés y desde allí podría mirar y escuchar. Se ve todo Podol.

—Está bien, vete. Vete si eres capaz de dejarme sola en estos momentos.

Nikolka se turbó.

—Entonces saldré al patio a escuchar.

—Iré contigo.

—Lénochka, ¿y si vuelve Alexei? No oiríamos el timbre.

—Sí, no lo oiríamos. Y el culpable serías tú.

—Entonces, Lénochka, te doy mi palabra de honor de que no daré ni un solo paso más allá del patio.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—¿No irás más allá del portillo? ¿No subirás a la parte alta de la cuesta? ¿Te quedarás en el patio?

—Palabra de honor.

—Anda, ve.

El catorce de diciembre de 1918 cayó sobre la Ciudad una gran nevada. Y esos extraños e inesperados cañones abrieron fuego a las nueve de la tarde. Los disparos no duraron más que un cuarto de hora.

Los copos se derretían dentro del cuello de Nikolka, que luchaba con la tentación de subir a las nevadas alturas. Desde allí podría ver no sólo Podol, sino parte de la Ciudad alta, el seminario, los cientos de luces de las grandes casas y las colinas con sus casitas en las que las lamparillas titilaban ante las ventanas. Pero la palabra de honor no debía ser incumplida por nadie, porque entonces sería imposible la vida en este mundo. Así pensaba Nikolka. A cada estampido, amenazador y lejano, imploraba: «Señor, haz que...».

Pero los cañones enmudecieron.

«Eran nuestros», pensó con amargura Nikolka. Al apartarse del portillo miró a la ventana de los Scheglov. En el pequeño pabellón el blanco visillo estaba descorrido y vio que María Petrovna estaba bañando a Petka. Este, desnudo, permanecía sentado

en el barreño y lloraba silenciosamente porque el jabón se le había metido en los ojos, María Petrovna le pasaba la esponja. En la cuerda tendida en la cocina había varias prendas puestas a secar, en las que se movía e inclinaba la gran sombra de la madre. Nikolka pensó que la casa de los Scheglov era muy confortable y estaría templada, y con el capote desabrochado como iba sintió frío.

A unas ocho verstas al norte de los arrabales de la Ciudad, en una caseta abandonada por el guarda y casi cubierta de nieve, había un subcapitán. Sobre la mesita había una hogaza de pan, un teléfono de campaña y un diminuto quinqué con el panzudo vidrio completamente ahumado. En la estufa se consumían las últimas brasas. El subcapitán era un hombre menudo de nariz larga y aguzada, vestía un capote de ancho cuello. Con la mano izquierda arrancaba pequeños trozos de la hogaza mientras que su derecha no cesaba, de oprimir los botones del teléfono. Pero el teléfono parecía haber muerto y nadie contestaba.

En cinco verstas a la redonda no había nada más que tinieblas, y en ellas reinaba la ventisca. Había grandes montones de nieve.

Pasó otra hora y el subcapitán dejó el teléfono tranquilo. Hacia las nueve dio una cabezada y dijo en voz alta:

—Me voy a volver loco. Debería pegarme un tiro.

Y como contestándole, cantó el teléfono.

—¿Es la sexta batería? —preguntó una voz lejana.

—Sí, sí —contestó el subcapitán con desenfadada, alegría.

La inquieta y lejana voz parecía muy jovial y sorda.

—Abra inmediatamente sobre el bosquecillo fuego... —el confuso interlocutor croaba por el hilo— huracanado... —La voz se cortó—. Tengo la impresión... —Y de nuevo se cortó la voz.

—Al habla, al habla —gritaba el subcapitán, apretando con desesperación los dientes.

Transcurrió una larga pausa.

—No puedo abrir fuego —explicó el subcapitán al micrófono, comprendiendo muy bien que nadie le oía, pero no podía por menos de hablar—. Todos los servidores y los tres alféreces se han ido. En la batería estoy yo solo. Hágalo saber a Post.

El subcapitán permaneció así una hora, luego salió al exterior. La nevada era muy intensa. Los cuatro siniestros cañones estaban ya blancos y en sus bocas y junto a los cierres empezaba a acumularse la nieve. El subcapitán empezó a dar vueltas como un ciego entre el frío silbar de la ventisca. Tardó largo rato hasta que pudo desmontar a tientas el primer cierre. Quiso tirarlo al pozo que había detrás de la caseta, pero lo pensó mejor y volvió a ésta. Salió otras tres veces y los cuatro cierres de las piezas los escondió bajo la trampa del suelo, donde el guarda tenía las patatas. Luego apagó el quinqué y se perdió en las sombras. Anduvo dos horas, hundiéndose en la nieve,

completamente invisible y oscuro hasta llegar a la carretera que conducía a la ciudad. Allí brillaban las débiles luces de unas cuantas linternas. Al acercarse a la primera de ellas unos jinetes lo mataron a sablazos y le despojaron de las botas y del reloj.

La misma voz de antes surgió en el teléfono de un refugio abierto a seis verstas al oeste de la caseta del guarda.

—Abran inmediatamente... fuego sobre el bosquecillo. Tengo la impresión de que el enemigo se ha filtrado en la ciudad entre ustedes y nosotros.

—¿Me oye? ¿Me oye? —le contestaron desde el refugio.

—Pregunte a Post...

La voz, sin escuchar nada, croaba en respuesta:

—Fuego rápido... sobre la caballería...

Y se cortó definitivamente.

Del refugio salieron con unos faroles tres oficiales y otros tantos cadetes. El cuarto oficial y dos cadetes más estaban junto a las piezas, con un farol que la ventisca se esforzaba en apagar. Cinco minutos después los cañones empezaron a dar saltos y a rugir terriblemente en la oscuridad. El estruendo lo invadió todo en quince verstas a la redonda, llegó hasta el número 13 de la bajada de Alexéivski... Señor, haz que...

El escuadrón de Petliura, dando vueltas entre la ventisca, salió de la oscuridad por la retaguardia, atraído por las linternas, y mató a todos los cadetes y a los cuatro oficiales. El jefe, que había quedado al teléfono, se pegó un tiro en la boca.

Sus últimas palabras fueron:

—Estos canallas del Estado Mayor... Comprendo muy bien a los bolcheviques.

Aquella noche Nikolka encendió la lámpara de su habitación y con un cortaplumas dibujó en la puerta una gran cruz acompañada del siguiente recordatorio, escrito con caracteres muy irregulares:

C. Turs. 4 de la tarde. 14-XII-1918.

«Nai» lo evitó con fines conspirativos ante la eventualidad de que la gente de Petliura llegase a hacer un registro.

No quería dormir para estar atento al timbre de la calle. Elena dio unos golpes en la pared y dijo:

—Acuéstate, yo estaré despierta.

E inmediatamente, vestido como estaba, se tumbó en la cama y se quedó dormido como un tronco. Elena no pegó los ojos hasta el amanecer, esperando la llamada. Pero el timbre no llegó a sonar y el hermano mayor, Alexei, siguió sin dar señales de vida.



El hombre rendido por el cansancio necesita dormir, y más a las once de la noche, pero hay maneras muy distintas de hacerlo... Hay un modo muy original de dormir. Las botas oprimen los pies, el cinturón se clava en las costillas, el cuello del capote le aprieta a uno y la pesadilla se ha aferrado con sus garras al pecho.

Nikolka estaba tumbado boca arriba, con la cara congestionada; de su garganta brotaba un silbido... ¡un silbido!... Nieve y telarañas... ¡La maldita telaraña lo había invadido todo! Lo principal era abrirse camino a través de ella, pero la infame no cesaba de crecer y se le acercaba a la cara. ¡Le iba a envolver de tal modo que le sería imposible librarse! Se iba a asfixiar. Tras la red de la telaraña se extendían grandes llanuras de nieve blanquísima. Tenía que abrirse paso hasta esa nieve, y cuanto antes, porque una voz parecía llamar: «¡Nikol!». Y lo que son las cosas, un inquieto pajarillo quedó enredado en la telaraña y empezó a piar... Pío, pío, pío, pío. ¡Demonios! No lo veía, pero cantaba muy cerca, alguien más lloraba su triste suerte y de nuevo se oyó la voz: «¡Nik! ¡Nik! ¡¡Nikolka!!».

—¡Eh! —gritó Nikolka, que rompió la telaraña y se quedó sentado, con los pelos revueltos y la chapa del cinturón en un costado. Parecía como si alguien le hubiera estado zarandeando largo rato.

—¿Quién es? ¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó espantado, sin comprender nada en absoluto.

—Quién. Quién, quién, quién, quién... ¡Fi-ti! ¡Fi-u! —contestó la telaraña, y una voz dolida, rebosante de lágrimas, dijo:

—¡Sí, con su amante!

Nikolka se apretó espantado contra la pared y clavó los ojos en la visión. La visión vestía una guerrera color café, pantalones de montar del mismo color y botas altas con vueltas amarillas, como las de los *jockeys*. Sus ojos, turbios y tristes, miraban desde las profundas órbitas de una cabeza increíblemente grande con el pelo cortado al rape. Se trataba sin duda de un hombre joven, pero la piel de la cara era gris, de viejo, y mostraba unos dientes torcidos y amarillos. La visión llevaba en la mano una jaula con un paño, negro echado por encima y una carta azul y abierta...

«No me he despertado todavía», comprendió Nikolka, e hizo un movimiento con la mano tratando de rasgar la visión como antes la telaraña. Sus dedos tropezaron con los alambres. En la negra jaula se revolvió un pájaro, que empezó a piar furiosamente.

—¡Nikolka! —resonó la inquieta y lejana voz de Elena.

«Señor mío Jesucristo —pensó—, me he despertado, pero me he vuelto loco, y sé la causa, se debe al agotamiento de la guerra. ¡Dios mío! Ya veo cosas absurdas... ¿Y los dedos? ¡Dios mío! Alexei no ha vuelto... ah, sí... no ha vuelto... lo han matado... ¡ay, ay, ay!».

—Con su amante en ese mismo sofá en el que solía recitarle versos —dijo la visión con trágica voz.

Se volvió hacia la puerta, al parecer dirigiéndose a otra persona, pero luego se

quedó mirando definitivamente a Nikolka:

—Sí, en ese mismo sofá... Ahora se están besando... después de un pagaré de setenta y cinco mil rublos que firmé sin vacilar, como un caballero. Porque yo fui un caballero y lo seré siempre. ¡Que se besen!

«Ay, ay», pensó Nikolka. Sus ojos se desorbitaron y sintió frío en la espalda.

—Por lo demás, le suplico que me perdone —dijo la visión, saliendo cada vez más de la movediza niebla del sueño y convirtiéndose en un auténtico cuerpo vivo—. Seguramente no acaba de comprenderlo. Aquí tiene esta carta que se lo explicará todo. No oculto mi vergüenza de nadie, soy un caballero.

Y así diciendo, el desconocido entregó a Nikolka el pliego azul. Completamente desconcertado, el joven tomó la carta y empezó a leer, moviendo los labios, la misiva, escrita con grandes caracteres que denotaban una profunda emoción. Sin fecha alguna, en el satinado papel azul celeste decía así:

«Muy querida Lénochka: Conozco su bondadoso corazón y se lo mando como a la casa de un familiar. Le he puesto un telegrama, pero el pobre chico se lo explicará todo. Lariósik ha sufrido un golpe terrible, hubo un tiempo en que temí que no lo soportaría. Mílochka Rubtsova, con la que, como usted sabe, se casó el año pasado, ha salido una víbora. Acójalo, se lo suplico, préstele su calor como usted sabe hacerlo. Todos los meses le giraré el importe de los gastos que le ocasione. Zhitómir se la ha hecho una ciudad odiosa y lo comprendo muy bien. Pero no sigo, estoy demasiado agitada y de un momento a otro va a salir un tren sanitario. Él mismo le contará todo. Un beso muy fuerte para usted y para Seriozha».

Al pie de estos renglones había una firma ilegible.

—He traído conmigo un pájaro —dijo el desconocido suspirando—. Los pájaros son los mejores amigos del hombre. Cierto que muchos consideran que no se les debe tener en casa, pero yo puedo decir una cosa: en último término, los pájaros no hacen daño a nadie.

La última frase agradó mucho a Nikolka. Sin esforzarse por comprender, se rascó tímidamente las cejas con la incomprensible carta y puso los pies en el suelo; a la vez que pensaba: «¿Será una inconveniencia... preguntarle cómo se llama?... esto es asombroso...».

—¿Es un canario? —preguntó.

—¡Claro que sí! —contestó el desconocido con entusiasmo—. Un auténtico canario. Es macho. En Zhitómir tengo otros veinte. Se los he dejado a mamá, ella se encargará de cuidarlos. Ese infame les habría retorcido seguramente el cuello. Aborrece a los pájaros. ¿Me permite que de momento lo ponga sobre su escritorio?

—No faltaba más —contestó Nikolka—. ¿Viene de Zhitómir?

—Sí —asintió el desconocido—. Y figúrese qué coincidencia: he llegado al mismo tiempo que su hermano.

—¿Qué hermano?

—¿Cuál va a ser? Su hermano ha llegado a casa al mismo tiempo que yo —

explicó asombrado el desconocido.

—¿Qué hermano? —insistió con voz lastimera Nikolka—. ¿Qué hermano? ¿De Zhitómir?

—Su hermano mayor...

La voz de Elena resonó claramente en la sala:

—¡Nikolka! ¡Nikolka! ¡Despiértelo, Illarión Lariónich! ¡Despiértelo!

—¡Pi, pi, pi, pi! —atronó de pronto el pájaro.

Nikolka dejó caer la carta azul y como una bala cruzó el cuarto de los libros. En el comedor se quedó de una pieza, con los brazos abiertos.

Alexei Turbín, con un abrigo negro en el que se veía el forro roto y unos pantalones también negros —prendas que no le pertenecían— permanecía inmóvil, en el divancito, al pie del reloj.

Su cara mostraba una palidez azulenca y mantenía los dientes apretados. Elena iba y venía, su bata se había abierto y se veían las medias negras y los encajes de la ropa interior. Agarraba ya los botones del pecho de Turbín, ya sus manos, y no cesaba de gritar: ¡Nikolka! ¡Nikolka!

Tres minutos después Nikolka con la gorra de estudiante en el cogote y el capote gris sin abrochar, corría cuesta arriba por la bajada Alexéievski y balbuceaba:

—¿Y si no lo encuentro en casa? ¡Dios mío, la historia de las vueltas amarillas! A Kuritski no lo puedo llamar de ningún modo, eso es evidente... La ballena y el gato...

El canto del pájaro atronaba dentro de su cabeza.

Una hora más tarde, en el suelo del comedor había una palangana llena de un agua rojiza, trozos de gasa ensangrentada y los blancos pedazos de unos platos que el desconocido de las botas de vueltas amarillas había tirado del aparador al sacar un vaso. Los trozos de porcelana crujían al ser desmenuzados por unos pies que no cesaban de ir de un lado a otro. Turbín, pálido, pero ya sin el matiz azulenco, yacía como antes, boca arriba, con la cabeza descansando en una almohada. Había recobrado el conocimiento y quería decir algo, pero el médico, un hombre de barba puntiaguda, con las mangas remangadas y lentes de oro se inclinó sobre él y le ordenó, mientras se limpiaba con gasa la sangre de las manos:

—Cállese, colega...

Aniuta, blanca como el yeso, con unos ojos enormes, y Elena, despeinada y pelirroja, incorporaron a Turbín y le quitaron la camisa, empapada de sangre y agua y con una manga abierta a tijeretazos.

—Sigán cortando, no se preocupen por eso —dijo el de la barba puntiaguda.

Valiéndose de las tijeras fueron cortando la camisa en pequeños trozos dejando al descubierto el flaco y amarillento cuerpo de Turbín y su brazo izquierdo, que acababan de vendarle hasta el hombro. Las puntas de unos trapos asomaban por arriba y por abajo. Nikolka, de rodillas, le desabrochó con grandes precauciones los botones y le quitó el pantalón.

—Desnúdenlo por completo y llévenlo ahora mismo a la cama —dijo con voz de bajo el de la barba puntiaguda.

Aniuta le echó agua de la jarra en las manos y la espuma de jabón cayó en la palangana. El desconocido se mantenía al margen, sin tomar parte en el ajeteo general, y miraba amargamente ya a los platos rotos, ya, ruborizándose, a la despeinada Elena, cuya bata se había abierto por completo. Los ojos del desconocido estaban húmedos por las lágrimas.

Llevaron entre todos a Turbín del comedor a su habitación. En este trabajo sí que tomó parte el desconocido: pasó las manos por debajo de las rodillas del herido y le sostuvo las piernas.

En la sala, Elena ofreció algún dinero al médico. Este apartó la mano...

—¿Qué hace, por Dios? —dijo—. ¿Voy a cobrarle a un médico? Hay una cuestión más importante. En realidad, hace falta llevarlo al hospital...

—No —llegó la débil voz de Turbín—. Por favor, al hospital no...

—Cállese, colega —replicó el doctor—. Arreglaremos las cosas nosotros mismos. Sí, claro, lo comprendo... El diablo sabe lo que ahora ocurre en la ciudad... y volvió la cabeza hacia la ventana—. Hum... acaso tenga razón: eso no es posible... Bueno, que se quede en casa... Volveré por la tarde.

—¿Es peligrosa la herida, doctor? —preguntó inquieta Elena.

El médico se quedó mirando el *parquet*, como si en las brillantes tablas amarillas pudiera leer el diagnóstico, carraspeó, se acarició la barbita y contestó:

—El hueso está sano... Hum... los vasos grandes no han sido afectados... los nervios tampoco... Pero habrá infección... En la herida había unos hilos de paño del capote... La fiebre... —Después de dejar escapar estos poco comprensibles fragmentos de sus ideas, elevó la voz y dijo con un tono seguro—: Reposo completo... Si siente mucho dolor, morfina. Yo mismo le inyectaré esta tarde. Alimento líquido... puede darle caldo... Que no hable mucho...

—Doctor, doctor, se lo suplico encarecidamente..., ha pedido que no se le dijera nada a nadie...

El médico lanzó sobre Elena una mirada de reojo ceñuda y profunda y refunfuñó:

—Sí, lo comprendo... ¿Cómo se ha metido en estos asuntos?

Elena se limitó a exhalar un contenido suspiro y a abrir los brazos...

—Está bien —gruñó el médico, y de costado, como un oso, se arrastró hacia el recibidor.

## Tercer Parte

## Uno

Las dos ventanas del pequeño dormitorio de Turbín que daban a la encristalada terraza estaban cubiertas por unas oscuras cortinas. La habitación quedaba ensombrecida y la cabeza de Elena brillaba en ella. Como un eco, brillaba también una mancha blancuzca en la almohada: la cara y el cuello de Turbín. El cable se arrastraba como una serpiente desde el enchufe a la silla, la diminuta bombilla con su pantalla de color rosa se encendió. El día se había convertido en noche. Turbín hizo a Elena una seña para que cerrase la puerta.

—Hay que advertir a Aniuta ahora mismo que no diga nada...

—Ya lo sé, ya lo sé... No hables mucho, Aliosha.

—Lo comprendo... Lo haré sin esforzarme... ¡Si pierdo el brazo!

—¿Qué cosas tienes, Aliosha?... No te muevas... ¿Guardaremos por ahora en casa el abrigo de esa señora?

—Sí, sí. Que no se le ocurra a Nikolka llevárselo. Porque en la calle... ¿Oyes? Por Dios te lo pido, no le dejes salir para nada.

—Que el Señor la recompense —dijo Elena con voz sincera tierna—. Y dicen que no hay gente buena en el mundo...

Los pómulos del herido se tiñeron débilmente de rojo y sus ojos quedaron clavados en el techo blanco y bajo. Luego los volvió hacia Elena y, arrugando el entrecejo, preguntó:

—¿Quién es ese renacuajo?

Elena se inclinó hacia el rosado rayo de luz y se encogió de hombros.

—¿Sabes? Se presentó poco antes de llegar tú, dos minutos todo lo más. Es un sobrino de Seriozha, de Zhitómir. Has oído hablar de él: es Surzhanski... Larión... El famoso Lariósik.

—¿Y qué?

—Venía con una carta para nosotros. Han tenido no sé qué drama. Ella te trajo cuando empezaba a contarle.

—Ese pájaro...

Elena se inclinó sobre la cama con una mezcla de risa y espanto en los ojos:

—¡El pájaro no es nada! Quiere quedarse a vivir con nosotros. No sé qué partido tomar.

—¿A vivir?...

—Sí, sí... Pero no hables ni te muevas, te lo suplico, Aliosha... Su madre me lo suplica, Lariósik es su ídolo... En toda mi vida no he visto un mastuerzo como él. Lo primero que hizo fue rompernos toda la vajilla. El servicio azul. Sólo dejó dos platos sanos. Y ahora no sé qué hacer...

El murmullo se prolongó durante largo rato junto a la sombra de la pantalla color rosa. A lo lejos, tras las puertas y cortinas, sonaban las sordas voces de Nikolka y del inesperado huésped. Elena se retorció las manos, suplicando a Alexei que guardase

silencio. En el comedor se oyó el ruido que la alterada Aniuta producía al recoger el servicio azul. Por fin, en un susurro, se llegó a una decisión. En vista de que en la ciudad no sabía nadie lo que podía ocurrir y era muy posible que llegasen a requisar habitaciones, considerando que carecían de dinero y que Lariósik iba a pagarles, se le admitía. Pero debía sujetarse a las normas de la vida de los Turbín. En cuanto al pájaro, quedaría a prueba. Si resultaba algo insoportable, pedirían que se lo llevasen, pero el dueño podría quedarse en casa. En cuanto al servicio, lo olvidarían, ya que Elena, naturalmente, no se atrevía a decir nada y resultaba una grosería. Lariósik dormiría en el cuarto de los libros, donde le pondrían una cama con jergón de muelles y mesilla...

Elena salió al comedor. Lariósik permanecía de pie afligido, con la cabeza baja y mirando el sitio del aparador en el que antes estaban los doce platos. Sus ojos azules y turbios reflejaban un profundo desaliento. Nikolka se encontraba frente a él, con la boca abierta y escuchando sus palabras. Los ojos de Nikolka manifestaban una gran curiosidad.

—En Zhitómir no hay cuero —decía desconcertado Lariósik—. ¿Comprende? No lo hay en absoluto. No hay un cuero como el que yo estoy acostumbrado a usar. Corrí la voz entre los zapateros, ofrecí pagar lo que me pidieran, pero no encontré nada. Y tuve que...

Al ver a Elena, Lariósik palideció, se revolvió en el sitio y con la vista clavada en el cordón esmeralda de la bata, habló así:

—Elena Vasílievna. Ahora mismo voy a mirar por las tiendas, buscaré por todos sitios y antes de que se haga de noche tendrá un nuevo servicio. No sé ni qué decir. ¿Cómo pedirle perdón? Merezco la muerte. Tengo una mala suerte espantosa —se volvió hacia Nikolka—. Ahora mismo voy a buscar —prosiguió, dirigiéndose a Elena.

—Le ruego muy encarecidamente que no vaya a ninguna tienda, tanto más que todas están cerradas. Pero diga, ¿es que no sabe lo que ocurre en la Ciudad?

—¿Cómo no lo voy a saber! —exclamó Lariósik—. He venido en un tren sanitario, ya se lo anunciaba el telegrama.

—¿Qué telegrama? —preguntó Elena—. No hemos recibido ninguno.

—¿Cómo es eso? —Lariósik se quedó con la boca abierta—. ¿No lo han recibido? ¡Comprendo! Por eso —se volvió hacia Nikolka— me miraban con tanto asombro... Pero permítame... Mamá les puso un telegrama de sesenta y tres palabras.

—¡Oh!... ¡Sesenta y tres palabras! —exclamó asombrado Nikolka—. Qué lástima. Los servicios de telégrafos funcionan muy mal. Mejor dicho, no funcionan en absoluto.

—¿Qué hacer ahora? —se afligió Lariósik—. ¿Me permitirán vivir con ustedes?

Miró alrededor sin saber qué hacer y por sus ojos se advirtió que la casa de los Turbín le agradaba mucho y no desearía salir de ella.

—Todo está arreglado —contestó Elena con un gesto de benevolencia—. Estamos

conforme. Quédese y arregle sus cosas. Ya ve nuestra desgracia...

Lariósik se afligió todavía más. Sus ojos se empañaron con un velo de lágrimas.

—Elena Vasílievna —dijo apasionadamente—, disponga de mí como desee. Puedo pasarme sin dormir tres y cuatro noches seguidas.

—Gracias, muchas gracias.

—Y ahora —se volvió Lariósik hacia Nikolka—, ¿podría pedirle unas tijeras?

Nikolka, con los ojos desorbitados por el asombro y el interés, salió rápidamente de la pieza y volvió con las tijeras pedidas. Lariósik tomó un botón de la guerrera, parpadeó y volvió a dirigirse a Nikolka:

—Aunque tiene que perdonarme, he de pasar un momento a su cuarto...

En la habitación de Nikolka, Lariósik se quitó la guerrera, dejando al descubierto una camisa sucísima y, armado con las tijeras, abrió la costura del negro y reluciente forro de la guerrera, de donde sacó un grueso fajo de billetes verde-amarillentos. Lo llevó solemnemente al comedor y lo depositó sobre la mesa ante Elena, diciendo:

—Verá, Elena Vasílievna, permítame entregarle ahora mismo el importe de mi pensión.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó ella ruborizada—. Podía hacerlo más tarde.

Lariósik protestó calurosamente:

—No, no, Elena Vasílievna, tómelo. En unos momentos tan difíciles como los que atravesamos el dinero siempre es muy necesario, lo comprendo muy bien. —Abrió el paquete, del que cayó una fotografía de mujer. Lariósik se apresuró a recogerla y se la metió en el bolsillo con un suspiro—. Será preferible que lo guarde usted. ¿Para qué lo necesito? Con tener para cigarrillos y alpiste para el canario me basta...

Elena olvidó por un instante la herida de Alexei y un agradable brillo apareció en sus ojos: tan circunspectas y oportunas eran las palabras de Lariósik.

«Parece que no es tan mastuerzo como en un principio pensaba —se dijo—. Es cortés y escrupuloso. Lo único que tiene es que resulta algo estrafalario. ¡Qué lástima lo del servicio!».

«Vaya tipo», pensó Nikolka. La prodigiosa aparición de Lariósik había desplazado sus tristes pensamientos.

—Aquí hay ocho mil rublos —decía Lariósik, acercando a Elena el fajo de billetes, que parecía una tortilla de cebolla—. Si no hay bastante, echaremos cuentas y traeré más.

—No, no, después, perfectamente —contestó ella—. Verá, le voy a decir a Aniuta que caliente agua para que se bañe. Pero lo que no comprendo es cómo ha podido llegar —añadió mientras doblaba los billetes y los guardaba en el enorme bolsillo de la bata.

—¡Ha sido una pesadilla! —exclamó, juntando las manos como los católicos en sus oraciones—. Nueve días... no, digo mal, ¿diez?... un momento... el domingo, sí, el lunes... ¡once días he tardado en hacer el viaje desde Zhitómir!...

—¡Once días! —exclamó Nikolka—. ¡Ya ves! —se volvió hacia Elena como si le



reprochase algo.

—Sí, once... Cuando salí el tren era del *hetman* y por el camino se hizo de Petliura. En una estación, Dios sabe cómo se llama, lo he olvidado... es igual... quisieron fusilarme. Se presentó la gente de Petliura y empezaron a gritarme; «¡Baja del tren! ¡Te vamos a fusilar ahora mismo!». Pensaron que era un oficial y que me ocultaba en el tren sanitario. Yo venía recomendado... Mamá conoce al doctor Kuritski.

—¿Kuritski? —exclamó muy significativamente Nikolka—. Lo conocemos.

—Sí, me habían recomendado a él... había traído el tren a Zhitómir... ¡Dios mío! Ya empezaba a encomendar mi alma a Dios. Pensé que todo estaba perdido. ¿Y saben una cosa? ¡Me salvó el canario! Dije que no era oficial, sino ornitólogo, les enseñé el pájaro... Uno de ellos me dio un puñetazo en la nuca y dijo con desprecio: «Vuelve al vagón, ornitólogo del demonio». ¡Qué insolente! Lo habría matado como caballero que soy, pero ustedes mismos comprenden...

—Ele... —se oyó la sorda voz de Turbín que llamaba desde el dormitorio.

Elena dio rápidamente la vuelta y sin pararse a escuchar el fin de la frase acudió a la llamada.

Según el calendario el 15 de diciembre el sol se pone a las tres y media. Por eso el crepúsculo empezó a advertirse en la casa ya a las tres. Mas en la cara de Elena a las tres de la tarde las manecillas del reloj mostraban la hora más baja de la vida, las cinco y media. Ambas manecillas pasaron por las tristes comisuras de la boca y se acercaron hasta la barbilla. En sus ojos había empezado ya a reflejarse la angustia y la firme decisión de hacer frente a la desgracia.

En el rostro de Nikolka esa hora parecía una punzante y absurda una menos veinte por la razón de que en su cabeza reinaban el caos y la confusión originados por las graves y enigmáticas palabras «Málaia Proválnaia...» que el moribundo había pronunciado la víspera en el cruce, unas palabras que era necesario aclarar en los próximos días. El caos, y las dificultades procedían también del enigmático e interesante Lariósik, que había caído del cielo en la vida de los Turbín, y por la circunstancia de que había ocurrido algo monstruoso: Petliura había tomado la Ciudad. Petliura y la Ciudad. La mente humana, ni siquiera la más desarrollada, era capaz de comprender lo que ahora ocurriría en ella. Estaba completamente claro que la víspera se había producido una repugnante catástrofe: habían dado muerte a todos los nuestros, los habían cogido por sorpresa. Su sangre, indudablemente, clamaba al cielo, esto por una parte. Por otra, los criminales generales y los canallas de los Estados Mayores merecían la muerte. Pero al margen de estos horrores estaba el vivísimo interés por lo que iba a pasar. ¿Cómo vivirían los setecientos mil habitantes de la Ciudad bajo el poder de una enigmática persona que tenía un nombre tan espantoso y feo como Petliura? ¿Quién era este individuo? ¿Por qué?... Aunque todo

esto de momento retrocedía a un segundo plano en comparación con lo principal, con lo de la herida... Algo horrible. Cierto que no se sabía nada concreto, pero lo más probable era que también Mishlaievski y Karás hubiesen encontrado la muerte.

Nikolka estaba partiendo hielo con una ancha cuchilla sobre la escurridiza y sucia mesa de la cocina. Los trozos se rajaban con estrépito o saltaban bajo la cuchilla, cayendo al suelo. Sus dedos estaban entumecidos. Junto a él tenía una bolsa de goma con su tapón de plata.

—Málaia Prováinaia... —murmuraron los labios de Nikolka, y en su mente cruzaron las figuras de Nai-Turs, el pelirrojo Nerón y Mishlaievski. Y en cuanto la imagen de este último, con su capote muy abierto por detrás, cruzó por la mente de Nikolka, la cara de Aniuta, ocupada en el fogón con un aire triste y confuso, mostró con toda claridad las cinco menos veinticinco, la hora del máximo abatimiento. ¿Seguían con vida aquellos ojos de distinto color? ¿Volvería a oírse su paso firme y el ruido de las espuelas, trin... trin...?

—Trae el hielo —dijo Elena, abriendo la puerta de la cocina.

—Ahora mismo —se apresuró a contestar Nikolka, que tapó la bolsa y salió corriendo con ella.

—Aniuta, querida —prosiguió Elena—, no digas ni una palabra a nadie de que Alexei Vasílievich ha sido herido. Si se enteran, no lo quiera Dios, de que luchó contra ellos, tendríamos una gran desgracia.

—¡Qué cosas dice! Lo comprendo muy bien, Elena Vasílievna —dijo Aniuta mirando a su ama con ojos inquietos y muy abiertos—. ¡Qué cosas ocurren en la Ciudad, Reina de los Cielos! Al pasar por Borícheri Tok he visto dos muertos a los que les habían quitado las botas... ¡Sangre, sangre!... La gente se había reunido a mirar... Uno ha dicho que eran dos oficiales... Allí estaban, les habían quitado hasta el gorro... Las piernas me flaquearon y salí corriendo, casi dejé caer la cesta...

Un escalofrío le sacudió los hombros al recordar la escena. La sartén se le cayó de las manos al suelo...

—Ten cuidado, por Dios, ten cuidado —suplicó Elena limpiándose las manos.

En las grises facciones de Lariósik a las tres de la tarde las manecillas mostraban el máximo aflujo de energías, eran las doce en punto. Ambas manecillas se habían juntado en el mediodía y apuntaban hacia arriba como afiladas espadas. Esto era debido a que después de la catástrofe que había trastornado su tierno espíritu en Zhitómir, después del terrible viaje de once días en el tren sanitario y de las fuertes impresiones, se sentía extraordinariamente bien en la vivienda de los Turbín. No podría explicar qué era lo que tanto le agradaba porque él mismo no había acabado de aclarárselo.

La hermosa Elena le parecía digna de los mayores respetos y atenciones. También Nikolka le agradaba mucho. En su deseo de hacerlo notar, Lariósik aprovechó un momento en que Nikolka había dejado de entrar y salir de la habitación de Alexei y le ayudó a colocar la estrecha cama plegable y el jergón de muelles en la habitación de

los libros.

—Su cara es muy abierta, en seguida resulta simpático —dijo amablemente, y hasta tal punto se quedó contemplando la abierta cara de Nikolka que no se dio cuenta de lo que hacía y dejó caer el jergón sobre la mano del joven. El dolor fue tan fuerte que Nikolka lanzó un grito. Trató de contenerse, pero Elena lo oyó y acudió apresurada. Aunque Nikolka se esforzaba en no gritar, de sus ojos caían gruesas lágrimas. Elena y Lariósik se agarraron a la cama y durante largo rato estuvieron tirando uno en un sentido y otro en otro para dejar en libertad la mano, que se le había puesto morada. Lariósik estuvo a punto de llorar cuando la vio toda hinchada y con unas franjas rojas.

—¡Dios mío! —exclamó, con la desolación pintada en su rostro, que ya de por sí estaba más que triste—. ¿Qué es lo que me ocurre? ¡Qué mala suerte tengo!... ¿Le duele mucho? Perdóneme, se lo ruego.

Nikolka corrió en silencio a la cocina, donde hizo que Aniuta le echase un chorro de agua fría del grifo.

Después que la complicada cama quedó armada y pudo verse que la mano de Nikolka no había sufrido en exceso, Lariósik recobró su buen estado de ánimo y apacible alegría a propósito de los libros. Además de la pasión y el amor por los pájaros, sentía pasión por los libros. Allí, en los grandes y abiertos armarios se alineaban verdaderos tesoros. Los lomos azules y rojos con letras doradas, las cubiertas amarillas y las negras carpetas le miraban desde las cuatro paredes. Mucho después de que la cama hubiese sido armada y preparada, de que junto a ella hubiesen puesto una silla con una toalla en el respaldo y en el asiento, entre toda suerte de cosas propias de los hombres —la jabonera, los cigarrillos, las cerillas, el reloj—, hubiese ocupado su lugar en posición inclinada el misterioso retrato de mujer, Lariósik seguía en el cuarto de los libros. Ya viajaba alrededor de las paredes cubiertas por las estanterías, ya se ponía en cuclillas y contemplaba con ojos ávidos las encuadernaciones amontonadas en la parte inferior sin saber por dónde empezar, por los *Papeles póstumos del club Pickwick* o por la colección de la revista *Ruski Vestnik* de 1871. Las manecillas marcaban las doce en punto.

Pero en la vivienda, a la vez que las sombras del crepúsculo aumentaba más y más la tristeza. Por eso el reloj no dio las doce, las manecillas permanecían silenciosas y eran como una espada resplandeciente envuelta en una fúnebre bandera.

La causa del luto, la causa de la discrepancia en los relojes de la vida de todas las caras tan unidas al polvoriento y viejo confort de los Turbín era la fina columna de mercurio. A las tres de la tarde en el dormitorio de Alexei subió hasta 39,6. Elena palideció y quiso sacudir el termómetro, pero él volvió la cabeza, hizo una indicación con los ojos y articuló con voz débil pero firme: «Dámelo», Elena se lo entregó en silencio y de mala gana. Turbín lo miró y lanzó un suspiro pesado y profundo.

A las cinco estaba con una gris bolsa de hielo sobre la frente. Sus mejillas estaban coloreadas y sus ojos brillaban y parecían más hermosos.

—Treinta y nueve y seis... no está mal... —decía de tarde en tarde, pasándose la lengua por los secos labios—. Ya... Todo puede ocurrir... Pero en todo caso, pasará mucho tiempo antes de que vuelva a ejercer... Lo principal es no perder el brazo... porque sin brazo...

—No hables, Aliosha, por favor —le suplicó Elena, tapándole bien con la manta.

Turbín calló y quedó con los ojos cerrados. De la herida le subía hasta la axila izquierda y se extendía por todo el cuerpo un calor seco y punzante. A veces le llenaba el pecho y le nublabla la cabeza, pero en los pies sentía un frío desagradable. Por la tarde, cuando ya habían encendido las luces y los tres —Elena, Nikolka y Lariósik— habían terminado en un inquieto silencio la comida, la columna de mercurio, hinchándose como por arte de hechicería en la plateada esferita, subió hasta 40,2. La alarma y la angustia empezaron entonces, de pronto, a fluir y extenderse. La angustia había llegado como un grumo gris que se aposentó sobre la manta y ahora se había convertido en unos hilos amarillos que se extendían como algas en el agua. Las cuestiones prácticas y el miedo a lo que podría suceder fueron olvidados, porque estas algas lo tapaban todo. El dolor que subía hasta la parte izquierda del pecho se había embotado y no parecía moverse. Tras el calor vino el frío. La abrasadora vela del pecho se convertía a veces en un cortaplumas de hielo que hurgaba en el pulmón. Entonces Turbín sacudía la cabeza para librarse de la bolsa y se hundía más bajo la manta. El dolor de la herida se escapaba de la funda que lo suavizaba y empezaba a atormentarle de tal modo que de sus labios empezaban a brotar secos y débiles lamentos. Cuando el cortaplumas desaparecía y la vela encendida ocupaba su lugar, el calor invadía todo su cuerpo y las sábanas, toda la estrecha gruta en que se encontraba bajo la manta, y el herido pedía que le, diesen de beber. Las caras de Nikolka, de Elena o de Lariósik aparecían entre la bruma, se inclinaban y prestaban atención a sus palabras. Los ojos de todos, ceñudos y serios, eran terriblemente parecidos.

Las manecillas de Nikolka se movieron al momento y se colocaron, como las de Elena, en las cinco y media en punto. Nikolka no cesaba de salir al comedor —la luz era aquella noche turbia e inquieta— y miraba el reloj. Tic-tac... tic-tac... se movía el péndulo irritado y ronco, como poniéndole en guardia, y las manecillas señalaban ya las nueve, ya las nueve y cuarto, ya las nueve y media...

Nikolka suspiraba y, como una mosca medio dormida, iba desde el comedor, cruzando el recibimiento junto a la puerta del dormitorio de Turbín, a la sala, y de allí al despacho. Levantaba los visillos del balcón y miraba a la calle... «A ver. si el médico no se atreve a venir», pensaba. La empinada y curva calle estaba más desierta que todos aquellos días, pero no parecía tan espantosa. De tarde en tarde pasaban los trineos de alquiler con un leve chirrido. Pero eran pocos... Nikolka se hacía a la idea de que tendría que salir... Y pensaba cómo vencer la resistencia de Elena.

—Si a las diez y media no ha venido, iré yo misma con Larión Lariónovich y tú te quedarás con Aliosha... Cállate, por favor... Date cuenta de que tienes cara de

cadete... A Lariósik le daremos un traje de paisano de Aliosha... Si ven que acompaña a una señora no le harán nada...

Lariósik se removió y manifestó su disposición a sacrificarse y a ir él solo en busca del médico. Se retiró para cambiarse de traje.

El cortaplumas había desaparecido por completo, pero el calor era más intenso, el tifus echaba leña en la estufa y en plena fiebre llegó la figura de un hombre, ya difusa y completamente ajena a la vida de Turbín. Vestía de gris.

—¿Sabes que probablemente ha dado una voltereta? ¿Gris? —articuló de pronto Turbín con voz clara, y se quedó mirando a Elena con ojos severos—. Es desagradable... En el fondo, todos son pájaros. Habría que llevarlos a la despensa para que entrasen en calor y volvieran en sí.

—¿Qué dices, Aliosha? —preguntó asustada Elena, inclinándose y sintiendo en su cara el calor de la de Turbín—. ¿Un pájaro? ¿A qué pájaro te refieres?

Con él negro traje de paisano Lariósik parecía cargado de espaldas y más ancho de hombros; las vueltas amarillas de las botas habían desaparecido bajo los pantalones. Se asustó y sus ojos miraron a un lado y a otro acongojados. De puntillas, tratando de mantener el equilibrio, salió del dormitorio y cruzando el recibidor, el comedor y el cuarto de los libros, entró en la habitación de Nikolka y allí, agitando los brazos, se acercó a la jaula, que seguía sobre el escritorio, y la tapó con un paño negro... Pero esto era innecesario: el pájaro hacía mucho que dormía en un rincón, hecho un ovillo de plumas, y callaba sin la menor muestra de inquietud. Lariósik cerró la puerta del cuarto de los libros y la que unía a éste con el comedor.

—Es desagradable... muy desagradable —decía inquieto Turbín, mirando a un rincón—. Hice mal en matarlo... Escucha... —y trató de sacar la mano sana de debajo de la manta—. Habría sido mejor llamarlo y explicarle que se movía como un estúpido... Claro que acepto mi culpa... Todo se ha perdido estúpidamente...

—Sí, sí —asintió con un esfuerzo Nikolka, y Elena dejó caer la cabeza.

Turbín, inquieto, quiso incorporarse, pero el agudo dolor le hizo lanzar un gemido. Luego dijo con rabia:

—¡Lleváoslo entonces!...

—¿Lo llevo a la cocina? Aunque lo he tapado y está tranquilo —susurró Lariósik, volviéndose con grandes muestras de inquietud hacia Elena.

Ella hizo un gesto como diciendo: «No, no, no se trata de eso...». Nikolka salió con enérgico paso al comedor. Miró la esfera del reloj y se le erizaron los cabellos: las manecillas marcaban cerca de las diez. Aniuta, alarmada, apareció en la puerta de la cocina.

—¿Cómo sigue Alexei Vasílievich?

—Está delirando —contestó Nikolka con un profundo suspiro.

—¡Dios mío! —murmuró ella—. ¿Cómo es que el doctor tarda tanto?

Nikolka la miró y volvió al dormitorio. Se acercó al oído de Elena y trató de convencerla:

—Pensarás lo que quieras, pero voy a salir en su busca. Si no lo encuentro llamaré a otro. Son las diez. En la calle todo está tranquilo.

—Esperaremos hasta las diez y media —contestó Elena en un susurro, meneando la cabeza y metiendo los brazos en la toquilla—. Resulta violento llamar a otro. Sé que vendrá.

El pesado, absurdo y grueso mortero se instaló poco después de las diez en el reducido dormitorio. ¡El diablo sabía qué era aquello! La vida iba a carecer por completo de sentido. El mortero lo ocupaba todo, de una pared a otra, de tal manera que su rueda izquierda se apretaba contra la cama. Sería imposible vivir, haría falta meterse entre los pesados radios, luego encorvarse y pasar a través de la segunda rueda, la derecha, y eso con tantas cosas como llevaba, que ya no podía sujetar su brazo izquierdo. El brazo tiraba hacia el suelo y en la axila sentía un dolor insufrible. Era imposible retirar el mortero, porque toda la casa estaba ocupada por otras piezas semejantes conforme a las órdenes recibidas, y el estúpido coronel Málishev y Elena, que también parecía estúpida y que se asomaba por entre las ruedas, no podían hacer nada para retirarlo o, al menos, colocarle a él, enfermo como estaba, en unas soportables condiciones de existencia, llevarle a un sitio donde no hubiera ningún mortero. La casa, gracias a la maldita, pesada y fría arma, se había convertido en una posada. El timbre de la puerta no cesaba de sonar... rin... y empezaron a presentarse las visitas. Apareció el coronel Málishev, absurdo como un esquimal, con el gorro de orejas y las hombreras doradas, trayendo un montón de papeles. Turbín le dio un grito y Málishev se escondió en la boca del mortero. Le sucedió Nikolka, inquieto, torpe y terco. Le daba de beber, pero no agua fría de la fuente, sino un líquido templado y desagradable que sabía a cazuela.

—Puaf... es una porquería... no quiero más... —balbució Turbín.

Nikolka se asustó y enarcó las cejas, pero era terco y torpe. Elena se convertía a veces en un negro Lariósik, el sobrino de Seriozha, que nada tenía que hacer allí, y de nuevo volvía a ser la Elena de pelirroja cabellera. Sus dedos le pasaban junto a la frente, pero esto le aliviaba muy poco. Sus manos, de ordinario calientes y hábiles, le rascaban ahora como un rastrillo, de un modo estúpido, y hacían todo lo innecesario y que mueve a inquietud, lo que envenena la vida de un hombre pacífico y lleva a uno a la bodega de una casa maldita. Elena debía de ser la causa del palo sobre el que clavaban en el cuerpo de Turbín, herido de un balazo. Y cómo se clavaba... ¿pero qué ocurría?... este palo, bajo el peso de su cuerpo, empezaba a girar lentamente, hasta producirle náuseas... ¡A ver quién puede vivir cuando un palo redondo se le hunde en el cuerpo! No, no, no, son insoportables. Y lo más fuerte que pudo, aunque apenas si se le pudo oír, Turbín llamó:

—¡Yulia!

Pero Yulia no salió del viejo cuarto en el que había un retrato de los años cuarenta con charreteras de oro, no prestó oído a la llamada del enfermo. Y las grises figuras que habían empezado a caminar por la casa y el dormitorio como si pertenecieran a la

familia de los Turbín, habrían acabado con el pobre enfermo si no hubiese, llegado un hombre grueso de gafas de oro, un hombre auténtico y muy hábil. En honor de su aparición en el dormitorio entró una nueva luz: la de una vela de estearina que chisporroteaba en una vieja y pesada palmatoria negra. La vela ya permanecía sobre la mesa, ya caminaba alrededor de Turbín, y sobre ella se movía por la pared el absurdo Lariósik, semejante a un murciélago al que le hubieran cortado las alas. La vela se inclinaba, dejando caer blancas gotas de estearina. El pequeño dormitorio se vio invadido por un pesado olor a yodo, alcohol y éter. Sobre la mesa surgió un caos de brillantes cajitas con los vivos reflejos de sus espejos niquelados y montañas de algodón del que se emplea para simular la nieve navideña. El hombre grueso de gafas de oro puso a Turbín con sus templadas manos una milagrosa inyección en el brazo sano y a los pocos minutos las figuras grises cesaron de molestarle. El mortero fue sacado a la terraza y a través de los cristales y las cortinas echadas su negra bocaza no infundía miedo alguno. La respiración se hizo más fácil, porque la enorme rueda se había ido y no hacía falta meterse entre sus radios. La vela se apagó y desapareció de la pared, desgarbado y negro como el carbón, Lariósik Surzhanski, de Zhitómir. La cara de Nikolka pareció hacerse más comprensiva, no con la irritante terquedad de antes, acaso porque la manecilla, gracias a las esperanzas y al arte del grueso señor de las gafas de oro, se habían separado, y no se mantenían con tanta insistencia y desesperadamente en su aguda barbilla. El tiempo retrocedió de las cinco y media a las cinco y veinticinco y aunque el reloj del comedor no coincidiera con esto, aunque siguiera haciendo avanzar las manecillas siempre adelante y adelante, ya marchaban sin el senil ronquido y los gruñidos de antes, sino como en otros tiempos, con un tic-tac puro y firme de barítono. Y las campanadas resonaban como en la fortaleza de juguete de los hermosos galos de Luis XIV: ¡bom!... Medía noche... óyelo... media noche... óyelo... Sonaban como poniendo alerta y las alabardas de ciertos guerreros chocaban con un argentino y agradable tintineo. Los centinelas cruzaban montando la guardia, pues el hombre inventó las torres, las alarmas y los armamentos, sin él mismo saberlo, con el único fin de proteger la paz humana del hogar. Esto es lo que le lleva a combatir y, en esencia, en ningún caso hay que hacer la guerra por algo distinto.

Yulia; egoísta y viciosa, pero seductora, sólo quiere mostrarse en la quietud del hogar. Ya ha aparecido, su pierna enfundada en negra media y el borde de la bota con su ribete de piel se han visto por un momento en la ligera escalera de ladrillo. A su presurosa llamada y al fru-fru de la falda han contestado las campanillas de la gavota en el lugar donde Luis XIV reposa bajo el cielo azul del jardín, a la orilla del lago, embriagado por su gloria y por la presencia de encantadoras mujeres en la flor de su juventud.

Era la medianoche cuando Nikolka emprendió un trabajo importantísimo y que no

podía ser más oportuno. Lo primero de todo acudió con un trapo que había mojado en la cocina y del pecho del *Carpintero de Saardam* desaparecieron las palabras:

¡Viva Rusia!

¡Viva la autocracia!

¡Duro contra Petliura!

Luego, con el más activo concurso de Lariósik se realizaron trabajos aún más importantes. Del escritorio de Turbín fue extraída sin el menor ruido la pistola de Aliosha, sacaron también dos cargadores y una caja de cartuchos. Nikolka examinó la pistola y se convenció que su hermano había disparado seis de las siete balas.

—No está mal... —murmuró.

Claro, no se podía pensar que Lariósik fuese un traidor. De ningún modo podía estar con Petliura un hombre culto, y tanto menos un caballero que firmaba cheques por valor de setenta y cinco mil rublos y enviaba telegramas de sesenta y tres palabras... La pistola de Nai-Turs y la de Aliosha fueron limpiadas concienzudamente con petróleo y engrasadas. Lariósik, que lo mismo que Nikolka se había remangado las mangas, le ayudó a engrasar las armas y a colocar todo en una larga y alta caja de hojalata, que antes había tenido caramelos. Se daban prisa en terminar, pues toda persona decente que participa en una revolución sabe muy bien que los registros, cualquiera que sea la autoridad que lo practique, se verifican entre las dos y media de la noche y las seis y cuarto de la madrugada en invierno, y entre las doce y las cuatro durante el verano. Sin embargo, tardaron en dar fin al trabajo, gracias a Lariósik, quien en su empeño de familiarizarse con el manejo de la pistola introdujo el cargador por el lado contrario y para sacarlo se requirieron muchos esfuerzos y abundante cantidad de aceite. Se presentó además otro inesperado obstáculo: la caja con las armas, las hombreras de Nikolka y Alexei, las insignias y la fotografía del heredero, con una capa de papel parafinado en el interior y todas las juntas tapadas con cinta aislante, no cabía por el ventanillo.

Tenían que ocultarla, sí, pero no todos eran tan estúpidos como Vasilisa. Nikolka había pensado ya aquella tarde cómo hacerlo. La pared de la casa número 13 tocaba casi con la de la vecina, la del 11, entre ambas había un espacio libre de una vara aproximadamente. La casa número 13 sólo tenía abiertas en esta pared tres ventanas: una en la habitación de Nikolka, la de la esquina, y otras dos en el vecino cuarto de los libros, completamente innecesarios, porque de todos modos estaba muy oscura. Abajo había un pequeño ventanillo cerrado por una reja y por el que casi no entraba luz, abierto en la despensa de Vasilisa. En la pared de la casa vecina no había el menor resquicio. Imposible encontrar nada mejor que aquel pasadizo de una vara de ancho, oscuro e invisible hasta desde la calle y en el que por la parte del patio no entraba nadie, como no fueran los chiquillos. Cuando Nikolka lo era, jugando a los bandidos, había andado por él, tropezando en los montones de cascotes, y recordaba



muy bien que por la pared del 13 subían unas grandes escarpías clavadas hasta el mismo tejado. Probablemente, cuando el 11 no existía estas escarpías sirvieron para sujetar la escalera de incendios, que luego habían retirado. Las escarpías quedaron. Aquella tarde, metiendo la mano por el ventanillo, Nikolka encontró al momento una escarpía, sin necesidad de buscar con la mano. La cosa resultaba clara y sencilla. Pero la caja, atada al extremo de una excelente cuerda y con el lazo preparado, no entraba por el ventanillo.

—La cosa está clara, hay que retirar el marco —dijo Nikolka, bajando del antepecho.

Lariósik rindió tributo a la inteligencia e ingenio de Nikolka, y seguidamente pusieron manos a la obra de abrir la ventana. Este trabajo de forzados les ocupó nada menos que media hora, pues las maderas se habían hinchado y era imposible retirar buenamente el marco. Por fin lograron sacarlo y abrir la ventana, aunque en la parte que Lariósik ocupaba se hizo en el cristal una larga raja.

—¡Apague la luz! —ordenó Nikolka.

La luz fue apagada y un frío intensísimo irrumpió en la habitación. Nikolka sacó el cuerpo, asomándose al negro espacio cubierto de hielo, y enganchó el lazo en la escarpía. La caja quedó colgando de la cuerda, dos varas más abajo. Desde la calle era imposible verla, porque el muro cortafuegos del 13 la tapaba con su ángulo agudo y porque además lo impedía el alto rótulo del taller de costura. Únicamente podrían darse cuenta si alguien se metía en el pasadizo. Pero nadie lo haría antes de la primavera, porque el patio estaba lleno de enormes montones de nieve y por la parte de la calle había una alta valla. Lo mejor de todo era que se podía revisar sin abrir la ventana, bastaba con sacar la mano por el ventanillo para tocar la tensa cuerda. Perfecto.

La luz se volvió a encender. Nikolka ablandó sobre el antepecho la masilla que a Aniuta le había sobrado aquel otoño y volvió a tapar las rendijas. Aunque por un milagro lo encontrasen, siempre tenía preparada la respuesta:

«¿De quién es esta caja? ¿De quién son las armas y la fotografía del heredero?... No sé nada de nada. Lo ha podido hacer cualquiera. Bajaría alguien desde el tejado. Por aquí ronda toda clase de gente. Nosotros somos personas pacíficas, no tenemos nada que ver con ningún heredero...».

—Ha quedado perfecto lo juro —decía Lariósik.

¡Claro que era perfecto! Porque la caja quedaba a mano y al mismo tiempo estaba fuera de la casa.

Eran las tres. No parecía que aquella noche fuese a acudir nadie. Elena, con los párpados pesados, que se le cerraban, salió de puntillas al comedor. Nikolka debía reemplazarla. Estaría, hasta las seis y de seis a nueve le sustituiría Lariósik.

Hablaban a media voz.

—Es tifus —dijo Elena en un susurro—. Tengan presente que Vanda ha acudido ya a preguntar por Alexei Vasílievich. Le he dicho que parecía tifus... Probablemente no lo creyó, porque no cesaba de mirar a todas partes muy inquieta... Insistía en preguntar cómo nos encontrábamos, dónde estabais vosotros y si no habían herido a alguien. De la herida no hay que decir ni una palabra.

—Ni lo más mínimo —asintió Nikolka con un enérgico ademán—. Vasilisa es un cobarde como no hay otro en el mundo. Si ocurriese cualquier cosa, iría con el cuento de que habían herido a Alexei. Haría cualquier cosa para no verse comprometido.

—Es un miserable —dijo Lariósik—. ¡Eso es una infamia!

Turbín yacía envuelto en una densa niebla. Después de la inyección su cara había quedado tranquila, aunque afilada y con los pómulos muy salientes. Por la sangre circulaba y montaba guardia el tranquilizador tóxico. Las figuras grises habían dejado de moverse como si estuvieran en su casa, se habían ido a resolver sus asuntos; el mortero había sido retirado definitivamente. Si una persona extraña aparecía, se comportaba normalmente, tratando de mantener una actitud correcta con los habitantes de la casa y con las cosas, que ocupaban el lugar de siempre. En una ocasión se presentó el coronel Málishev, estuvo sentado en el sillón, pero sonrió como indicando que todo saldría bien y no gruñó en siniestro tono de amenaza ni llenó la habitación de papeles. Ciertamente quemó unos documentos, pero no se atrevió a tocar el título de Turbín ni la fotografía, de la madre, y los quemó acercándolos a la agradable llama azul del alcohol, y esta llama tranquilizaba de por sí, porque de ordinario era la señal de que le iban a inyectar. A menudo resonaba el timbre de *madame Anjou*.

—Rin... —decía Turbín con el deseo de hacérselo saber a quienes se iban turnando en el sillón: Nikolka, el desconocido de ojos de mongol (no se atrevía a alborotar a consecuencia de la inyección) y el afligido Maxim, tembloroso y de pelo gris—. Rin... —decía el herido con voz cariñosa, y con las movedizas sombras construía un cuadro doloroso y difícil, pero que le llevaba a un fin inusitado y jubiloso.

Las manecillas del reloj del comedor seguían avanzando y cuando en la blanca esfera se acercaron a las cinco, se quedó amodorrado. Turbín murmuraba de tarde en tarde, abriendo los ojos entornados, palabras que carecían de sentido.

—Por la escalera, por la escalera, por la escalera no llegaré. Me debilito, voy a caer... Sus pies son rápidos... las botas... por la nieve... Dejarás las huellas... los lobos... Rin... rin...

## Dos

«Rin», oyó una última vez Turbín cuando corría por el oscuro pasillo hacia la salida de la tienda de *madame* Anjou, siempre tan perfumada y de quien nadie sabría decir dónde se habría metido. Rin. Alguien se había presentado en la tienda. Acaso era otro como él, que se había perdido y rezagado, acaso fuesen los perseguidores. De todos modos, volver atrás era imposible. Era una muestra de heroísmo que a nada conduciría.

Los resbaladizos escalones llevaron a Turbín al patio. Allí se dio clara cuenta de que el tiroteo se había acercado mucho; disparaban en la calle que bajaba ampliamente hacia la Kreschátik, acaso fuese en el museo. Comprendió con toda claridad que había perdido demasiado tiempo en la penumbra de la tienda, entregado a sus tristes meditaciones, y que Málishév tenía toda la razón al aconsejarle que se diera prisa. El corazón le latió inquieto.

Una rápida revista le convenció de que el largo y altísimo cajón amarillo de la casa en que se encontraba la tienda de *madame* Anjou salía a un enorme patio y que este patio lindaba con una baja tapia que separaba los vecinos dominios de la dirección de ferrocarriles. Turbín miró a un lado y a otro y se dirigió directamente hacia esa tapia. En ella había un portillo que con gran asombro suyo, encontró abierto. Así pudo pasar al nauseabundo patio de la dirección. Los estúpidos agujeros de ésta miraban desagradablemente y todo daba a entender que el edificio estaba desierto. Bajo la sonora bóveda que atravesaba la casa, siguiendo el camino de asfalto, salió a la calle. El viejo reloj de la torre del edificio de enfrente señalaba las cuatro en punto. Empezaba a oscurecer. La calle estaba completamente vacía. Turbín miró con ojos sombríos alrededor, perseguido por un presentimiento, y se dirigió no hacia arriba, sino hacia abajo, donde se levantaba la Puerta de Oro cubierta de nieve, en un modesto jardinillo. Un único transeúnte, de abrigo negro, se cruzó con él y, con cara de susto, se apresuró a ocultarse.

Una calle vacía produce siempre una impresión horrible, y tanto más lo producía ésta, cuando le agobiaban las punzadas de un mal presentimiento. Arrugando el ceño con rabia para vencer la indecisión —porque debía caminar, por el aire no podría llegar a casa—, se levantó el cuello del capote y se puso en marcha.

Entonces comprendió qué su angustia se debía en parte al repentino cese del cañoneo. Durante las dos últimas semanas la artillería no había parado de tronar y ahora el cielo se había quedado tranquilo. Por el, contrario, dentro de la ciudad, abajo, en la Kreschátik, resonaban claras las descargas de la fusilería. Turbín hubiera debido torcer hacia la izquierda, meterse en un callejón y allí, al abrigo de la catedral de Santa Sofía, buscar un camino que le llevase a la bajada Alexéievski. Si lo hubiese hecho, su vida habría seguido derroteros muy distintos, pero no lo hizo. Hay una fuerza que obliga a veces a mirar hacia abajo desde el borde de un precipicio... Tira de uno... empuja. Y esa fuerza le llevó hacia el museo. Sentía el deseo irresistible de

ver, aunque fuese de lejos, lo que allí ocurría. En vez de torcer, dio diez pasos adelante y salió a la calle Vladímirskaia. La alarma lanzó un grito dentro de él y oyó muy clara la voz de Málishev que le susurraba: «¡Corre!». Turbín volvió la cabeza hacia la derecha y miró a lo lejos, hacia el museo. Tuvo tiempo de ver una parte de su blanco costado, la achatada cúpula, unas figurillas negras que corrían... Nada más.

Unos hombres grises, con capotes de soldado, venían hacia su encuentro, dispersos, por todo lo ancho de la calle Froréznaia. Venían de la Kreschátik, envuelta en una lejana y fría neblina. Estaban cerca, a treinta pasos de él. Se advertía claramente que llevaban mucho tiempo corriendo y que estaban fatigados. No los ojos, sino un inconsciente impulso del corazón, le dijo que eran gente de Petliura.

«Estás perdido», oyó la voz clara de Málishev.

Transcurrieron varios segundos de la vida de Turbín sin que él se diese cuenta de lo que sucedía. Cuando estuvo en condiciones de pensar se encontraba a la vuelta de la esquina, en la calle Vladímirskaia, con la cabeza hundida entre los hombros y alejándose a toda prisa del fatal lugar de la Proréznaia en que se encontraba la confitería «Marquesa».

«Más, más, más, más...», resonaba la sangre en sus sienes.

Si por detrás continuase el silencio... Si pudiera convertirse en la hoja de un cuchillo o quedar pegado a la pared... Más... El silencio cesó, lo turbó algo completamente inevitable.

—¡Alto! —gritó una voz ronca en la fría espalda de Turbín.

«Ya está», se rompió algo dentro de él.

—¡Alto! —repitió amenazadora la voz.

Volvió la cabeza y por un instante llegó a detenerse, porque se le había ocurrido la absurda idea de hacerse pasar por un simple paisano. Voy a resolver mis asuntos... Déjenme tranquilo... Su perseguidor estaba a quince pasos y se echaba con prisa el fusil a la cara. Nada más volverse, Turbín vio cómo crecía el asombro en los ojos de su perseguidor, que se le figuraron mongólicos y bizcos. Un segundo hombre apareció tras la esquina e hizo funcionar el cerrojo. En la cara del primero desapareció la estupefacción, siendo sustituida por una alegría siniestra e incomprensible.

—¡Eh! —gritó—. Mira, Petro, un oficial.

Su aspecto era el del cazador que acaba de encontrarse en el camino con una liebre.

«¿Qué es eso? ¿Cómo lo sabe?», retumbó en la cabeza de Turbín como un martillazo.

El fusil del segundo se había convertido en un pequeño agujero negro, todo lo más del tamaño de una moneda de diez *kopeks*. A continuación Turbín sintió que se volvía hacia la calle Vladímirskaia y que las botas de fieltro iban a ser la causa de su perdición. Por arriba y por detrás, silbando, algo zumbó en el aire: chas...

—¡Alto! ¡Cógelo! —Un disparo—. ¡Es un oficial! —se llenó de gritos toda la

Vladímirskaia. Otros dos disparos rompieron alegremente el aire.

Basta con perseguir a un hombre a tiros para que se convierta en un sabio lobo; su inteligencia, muy débil e innecesaria en los casos realmente difíciles, se transforma en el sabio instinto de la fiera. Al dar la vuelta como un lobo hacía la calle Málaia Proválnaia, Turbín vio que el negro agujero se revestía de un fuego completamente redondo y pálido, y apretando la marcha se metió en esta calle, sometiendo por segunda vez en esos cinco minutos su vida a un brusco viraje.

Es el instinto: le persiguen a uno tenazmente, no se quedan atrás, lo alcanzan y, como algo completamente inevitable, lo matan. Lo matan porque escapaba, en el bolsillo no tiene documentación alguna y guarda una pistola, viste un capote gris; lo matan porque una vez hay suerte, hay suerte la segunda, pero a la tercera dan en el blanco. Precisamente a la tercera. Es cosa sabida desde tiempos muy antiguos. Se acabó; dentro de medio minuto le habrán quitado las botas de fieltro. Es inevitable, mas puestas así las cosas el miedo se escurre por todo el cuerpo y por las piernas y salta al suelo. Pero la rabia le fue subiendo por las piernas como un agua helada que, sin cesar de correr, le salió por la boca como agua hirviendo. Ya como un lobo, en plena carrera, volvió la vista. Las dos figuras grises, y tras ellas una tercera, habían salido de la esquina de la Vladímirskaia. Turbín, aflojando la marcha y enseñando los dientes, sin apuntar, disparó tres veces contra ellas. Apretó de nuevo el paso, por delante de él vio confusamente una frágil sombra negra que cruzaba pegada a las paredes, junto a un canalón, y sintió que alguien tiraba de su axila izquierda con unas tenazas de madera, por lo que su carrera se hizo muy extraña, desigual, corría torcido, recostado. Se volvió una vez más y, sin apresurarse, hizo otros tres disparos. En el sexto se detuvo:

«La séptima bala será para mí. La pelirroja Elena y Nikolka. Se acabó. Me martirizarían. Me dibujarían en la piel hombreras con un cuchillo. La séptima para mí».

Sin cesar de avanzar de costado, tuvo una sensación extraña: apretaba la pistola con la mano izquierda, pero la derecha parecía más pesada. Tenía que detenerse. El aire no llegaba a sus pulmones y no conseguiría nada. A pesar de todo, llegó hasta la esquina de la calle más fantástica del mundo, desapareció a la vuelta y durante unos instantes sintió una sensación de alivio. Luego vino la desesperación: una verja cerrada, un enorme portal cerrado, otro... Recordó el estúpido y alegre dicho: «No malgastes tus fuerzas, compadre, déjate caer al fondo».

La vio en el momento mismo en que se producía el milagro, en una negra valla cubierta de musgo que cerraba el paso a los árboles de un jardín. Por detrás de esta valla y como en un melodrama, retorciéndose las manos y mirándole con unos ojos que el espanto hacía enormes, gritaba:

—¡Oficial! ¡Aquí! Aquí...

Turbín, sin cesar de resbalarse y respirando a plena boca un aire caliente, se acercó despacio hacia las manos salvadoras y siguiendo sus indicaciones se metió por

la estrecha abertura del portillo abierto en la negra valla. Todo cambió al instante. El portillo se juntó con la valla, cerrado por la mujer de luto, y se oyó el ruido del picaporte. Los ojos de la mujer se volvieron hacia los de Turbín. Este leyó confusamente en ellos un espíritu enérgico, pleno de acción y negrura.

—Venga por aquí. Sígame —murmuró la mujer, que dio la vuelta y echó a correr por un estrecho sendero de ladrillo. Turbín la siguió, pero muy lentamente. A la izquierda aparecieron las paredes de unos cobertizos y la mujer torció a un lado. A la derecha había un jardín blanco de varios pisos, como los de los cuentos. La mujer llegó ante otra valla, muy baja, y atravesó un segundo portillo. Turbín la alcanzó jadeante. Ella cerró el portillo dejando ver por un momento un pie muy fino y el comienzo de una media negra. Los pies de la mujer la llevaron fácilmente hasta lo alto de una escalerita de ladrillo. Atento a todos los ruidos, Turbín se dio cuenta de que allí, al otro lado, habían quedado la calle y los perseguidores. Acababan de dar la vuelta a la esquina y le estaban buscando. «Si me salvase... si me salvase... —pensó—, pero creo que será incapaz de llegar... El corazón...». Se cayó sobre la rodilla izquierda y la mano derecha cuando acababa de subir la escalerita. Todo pareció dar vueltas a su alrededor. La mujer se inclinó y lo tomó del brazo derecho...

—¡Un poco más! —exclamó.

Con la mano izquierda, temblorosa, abrió un tercer portillo, muy bajo, tiró de Turbín, que no cesaba de tropezar, y se dirigió hacia una pequeña avenida. «Esto es un laberinto... como a propósito», pensó muy confusamente Turbín, y se vio en el jardín blanco de antes, pero ya en una parte más alta y lejos de la fatal calle Proválnaia. Sentía que la mujer tiraba de él, que el costado izquierdo y el brazo estaban muy calientes, mientras que el resto del cuerpo permanecía frío. Su corazón, helado, apenas si se movía. «Me salvaría, pero se acabó todo, se acabó... se me debilitan las piernas...». Aparecieron unos macizos de lilas medio ocultos por la nieve, una puerta, el farol, cubierto de blanco, de un viejo zaguán. Se oyó también el ruido de una llave. La mujer seguía allí, junto a su costado derecho, y ya con las últimas fuerzas, Turbín se enderezó hasta casi tocar el farol. Luego, después que la llave hubo rechinado por segunda vez, se vio en unas tinieblas de las que salía un viejo olor a vivienda. En la oscuridad, sobre su cabeza, se encendió muy turbia una lucecita, el suelo cedió bajo sus pies a la izquierda... Unos mechones de un color verde, como de veneno, con ribetes de fuego cruzaron ante sus ojos y el corazón, sumido en las sombras, sintió un instantáneo alivio...

A la luz turbia e inquieta se veía una fila de descoloridas caperuzas doradas. Un frío vivo fluía por el cuerpo, gracias a lo cual el aire penetraba mejor en los pulmones, aunque en la manga izquierda notaba un funesto calor húmedo y muerto. «Ahora lo comprendo. Estoy herido». Se dio cuenta de que yacía en el suelo, con la cabeza apoyada en algo duro e incómodo. Las caperuzas de oro que tenía ante los

ojos eran los clavos de un baúl. El frío que le cortaba la respiración era debido al agua que ella le echaba en la cara.

—Por favor —dijo una voz débil y grave sobre su cabeza—. Trague, trague. ¿Respira? ¿Qué hacer ahora?

El vaso chocó con los dientes de Turbín, que tomó un sorbo de un agua muy fría. Ahora vio cerca de él unos rizos y unos ojos muy negros. La mujer, que permanecía en cuclillas, dejó el vaso en el suelo y pasándole suavemente los brazos por debajo de la nuca trató de incorporarlo.

«¿Funciona el corazón?», pensó él. «Parece que vuelvo a la vida... y no he perdido mucha sangre... Hay que resistir». El corazón latía, pero muy rápido, tembloroso; las pulsaciones se unían en un hilo sin fin, y Turbín dijo con voz débil:

—No. Quíteme todo y con lo que quiera, pero ahora mismo, hágame una ligadura...

Ella abrió los ojos, esforzándose por comprender. Se dio cuenta de lo que le decía, se puso en pie y se acercó a un armario, de donde sacó unas telas.

Turbín pensaba, mordiéndose el labio: «En el suelo no hay manchas, parece que por suerte he perdido poca sangre». Con grandes esfuerzos y con ayuda de la mujer se despojó del capote y se sentó, tratando de no prestar atención a los vahídos.

Ella quiso quitarle la guerrera.

—Unas tijeras —dijo Turbín.

Le resultaba difícil hablar, le faltaba aire. La mujer desapareció, recogiendo la negra falda de seda, y en la misma puerta se quitó el gorro y el abrigo. Luego se puso ante él en cuclillas; con gran esfuerzo, cortó con las tijeras la manga ya empapada de una espesa sangre hasta dejar libre el brazo. El cortar la camisa resultó más sencillo. Toda la manga izquierda estaba empapada de sangre, lo mismo que el costado. Unas gotas cayeron al suelo.

—Corte sin miedo...

La camisa desapareció hecha pedazos, y Turbín, pálido, con el amarillo torso desnudo y manchado de sangre, en su deseo de vivir, se esforzó por no desmayarse otra vez. Apretando los dientes, movió con la mano derecha el hombro izquierdo y dijo:

—El hueso está sano... gracias a Dios... Corte una tira de tela o prepare una venda.

—Tengo vendas —exclamó ella con una voz débil y alegre. Desapareció y a los pocos instantes estaba de vuelta y abría un paquete—. Y no hay nadie, no hay nadie... Estoy yo sola...

Se puso de nuevo en cuclillas. Turbín pudo ver la herida. Era un agujerito en la parte superior del brazo, cerca de la axila. De él fluía un hilo de sangre.

—¿Hay orificio de salida? —preguntó con voz ronca, con el instinto que le movía a conservar el espíritu de la vida.

—Sí —contestó ella, asustada.

—Apriete lo más arriba que pueda... aquí... eso puede salvarme.

Sintió un dolor como nunca había conocido. Varios anillos verdes se fueron superponiendo unos a otros o se entrelazaron, iniciando una danza en el recibimiento. Turbín se mordió el labio inferior.

La mujer hacía esfuerzos para apretar la venda. Él la ayudaba con los dientes y con la mano derecha. Por fin consiguieron ligar el brazo por encima de la herida. E inmediatamente dejó de salir sangre...

Se puso de rodillas y con la mano derecha se apoyó en el hombro de ella. Entonces la mujer le ayudó a levantarse, a mantenerse sobre las temblorosas piernas y a andar, sujetándolo con todas sus fuerzas. Turbín vio alrededor las oscuras sombras del crepúsculo que habían invadido la habitación, una pieza vieja y muy baja de techo. Cuando ella le hizo sentar en algo blando y polvoriento y a un lado se encendió la lámpara cubierta con un paño color cereza, se quedó contemplando los dibujos del terciopelo y el borde de la levita cruzada con sus charreteras doradas de un cuadro que había en la pared. Ella alargó las manos hacia Turbín y dijo, respirando fatigosamente después del esfuerzo realizado:

—Tengo coñac... ¿Quiere?...

Él contestó:

—Ahora mismo...

Y se cayó sobre el codo derecho.

El coñac pareció surtir efecto. Al menos Turbín se figuró que no moriría y que podría aguantar el dolor que le roía y cortaba el hombro. La mujer, de rodillas, vendó el brazo herido, se inclinó más sobre sus pies y le sacó las botas. Luego trajo una almohada y un quimono con muchos bordados de exóticas flores y que conservaba el dulce aroma de viejos perfumes.

—Échese —le dijo.

Turbín obedeció y ella le cubrió con la bata y con una manta. Luego se sentó en una estrecha otomana y se le quedó mirando la cara.

Él dijo:

—Usted... es una mujer extraordinaria —y añadió después de una pausa—: Esperaré un poco hasta recobrar las fuerzas y me iré a casa... Deberá perdonarme las molestias.

Su corazón se vio de nuevo invadido por la desesperación y el miedo: «¿Qué habrá sido de Elena? Dios mío, Dios mío... Nikolka. ¿Por qué ha muerto? Ha muerto, con toda seguridad...».

Ella señaló en silencio hacia la baja ventanita con las cortinas corridas. Entonces oyó claramente a lo lejos los petardos de los disparos.

—Puede estar seguro, lo matarían al momento —dijo la mujer.

—Entonces... tengo miedo por usted... la puedo poner en un compromiso... Si



vienen... la pistola... la sangre... el capote —se pasó la lengua por los secos labios. La cabeza le daba vueltas a consecuencia de la pérdida de sangre y del coñac. La cara de la mujer denotó el susto de que se hallaba poseída. Se quedó pensativa.

—No —dijo con enérgico acento—. No, si le encontrasen diríamos que ya estaba aquí. En este laberinto nadie podrá seguir las huellas. Hemos atravesado tres jardines. Lo que hace falta es recogerlo todo ahora mismo...

Turbín oyó un chapoteo de agua, un roce de telas, un abrir y cerrar de armarios...

Ella volvió con la pistola en la mano, sujetándola con dos dedos como si quemase, y preguntó:

—¿Está cargada?

Turbín sacó el brazo sano de debajo de la manta, pasó el dedo por el seguro y contestó:

—Cójala sin miedo, pero de la culata.

Ella se volvió una vez más y dijo confusa:

—Debe quitarse también los pantalones... por si acaso viene alguien... Se quedará en la cama y yo diré que usted es mi marido y que está enfermo.

Arrugando el ceño y torciendo el gesto, empezó a desabrocharse. Ella se acercó decidida, se puso de rodillas y metiendo las manos por debajo de la manta tiró de las perneras y se llevó los pantalones. Permaneció ausente durante largo rato. En este tiempo, él vio un arco. En esencia se trataba de dos habitaciones. El techo era tan bajo que un hombre de buena talla puesto de puntillas podía tocarlo con la mano. Al otro lado del arco, en el fondo, todo estaba oscuro, pero se distinguía el brillo de un viejo piano; había también otros objetos brillantes y, al parecer, un ficus. Y en la parte de acá, el marco con las charreteras.

¡Qué viejo era todo aquello, Dios mío!... No podía apartar los ojos de las charreteras. La vela de sebo de la palmatoria despedía una pacífica luz. Hubo paz y la habían matado. No volverán los años. Había dos ventanas pequeñas y bajas y otra más a un lado. ¿Qué extraña cosa era aquélla? La mujer vivía sola. ¿Quién era? Le había salvado... No hay paz... En la calle siguen los disparos.

Entró con una brazada de leña que dejó caer con estrépito en un rincón, junto a la estufa.

—¿Qué hace? ¿Para qué? —preguntó él, enfadado.

—De todos modos necesitaba encenderla —contestó la mujer, y una sonrisa apenas perceptible apuntó en sus ojos—. Enciendo yo misma la estufa...

—Acérquese —le pidió Turbín a media voz—. Verá, no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho... Y la manera como... —alargó la mano y tomó la de la mujer. Ella se acercó dócilmente y entonces Turbín la besó dos veces. El rostro de la mujer se dulcificó, la sombra de inquietud que lo cubría pareció desvanecerse y sus ojos adquirieron en aquel momento una singular belleza.

—Si no hubiera sido por usted —prosiguió Turbín— es seguro que me habrían matado.

—Claro —asintió ella—, claro... Además que ha matado a uno de ellos...

Turbín levantó la cabeza.

—¿Que lo he matado? —preguntó, sintiendo de nuevo una sensación de debilidad y mareo.

—Sí —confirmó con un movimiento de cabeza, y se le quedó mirando con curiosidad y miedo—. Ha sido terrible... casi me han dado un tiro a mí misma —y se estremeció...

—¿Cómo ha sido eso?

—Como le digo... Aparecieron por la esquina, usted empezó a disparar y el primero cayó al suelo... Es posible que lo hiriese solamente... Es usted muy valiente... Pensé que me iba a desmayar... Corría unos pasos, disparaba contra ellos... y volvía a correr... ¿Usted es capitán, verdad?

—¿Por qué piensa que soy oficial? ¿Por qué dijo «oficial» cuando me llamaba?

Los ojos de ella resplandecieron.

—Así lo creí al ver la escarapela del gorro. ¿Por qué presume así de valiente?

—¿La escarapela? ¡Ah, Dios mío!... Yo... yo... —recordó el timbre... el espejo cubierto de polvo...—. ¡Olvidé la escarapela!... No soy oficial —añadió—, soy médico militar. Me llamo Alexei Vasílievich Turbín... ¿Y usted?

—Yulia Alexándrovna Reiss.

—¿Por qué está sola?

Ella contestó como a la fuerza y apartando la vista:

—Mi marido se ha ido. Y la madre de él también. Estoy sola... —Hizo una pausa y añadió—: Hace frío... Brr... Voy a encender la estufa.

La leña empezó a arder en la estufa y al mismo tiempo empezó un tremendo dolor de cabeza. La herida callaba, todo se había concentrado en la cabeza. Apareció en la sien izquierda y luego se fue extendiendo hasta la nuca. Cierta fibra se comprimía sobre la ceja izquierda y enviaba en todos los sentidos anillos de un horrible dolor. La mujer estaba de rodillas ante la estufa y removía el fuego con el atizador. Atormentado por el dolor, ya cerrando, ya abriendo los ojos, Turbín veía la cabeza echada hacia atrás, tratando de defenderse del calor con la blanca mano, y unos cabellos de color completamente indefinido: lo mismo podían ser de color ceniza, iluminados por el fuego, que dorados; las cejas eran como el carbón y los ojos negros. No podía decir si aquel perfil incorrecto de nariz aguileña era bello. No acababa de comprender qué había en aquellos ojos. Miedo, inquietud, y acaso vicio... Sí, vicio.

En aquella actitud, cuando la ola de calor la invadía, era maravillosa, atractiva. Era su salvadora.

Durante muchas horas de la noche, cuando el fuego de la estufa se había apagado y empezó el fuego en el brazo y la cabeza, alguien se entretuvo en clavarle un clavo rojo en la sien y destruirle el cerebro. «Tengo fiebre», se repetía Turbín, y no cesaba de hacerse a la idea. «En cuanto se haga de día tengo que ir a casa...». El clavo destruía el cerebro y acabó por destruir también los pensamientos relacionados con Elena, con Nikolka, con la casa y con Petliura. Todo se le hizo indiferente. Peturra... Peturra... Lo único que hacía falta era que cesase aquel dolor.

Muy avanzada la noche, Yulia Alexándrovna se acercó con unas zapatillas ribeteadas de piel y se sentó junto a él. Y de nuevo, abrazado, a su cuello y perdiendo fuerzas, Turbín cruzó las pequeñas habitaciones. Antes de esto, ella había hecho acopio de valor y le había dicho:

—Levántese si puede. No se preocupe para nada de mí. Le ayudaré. Luego volverá a acostarse... Pero si no puede...

Él había contestado:

—No, iré... Lo único que hace falta es que usted me ayude...

Lo condujo hasta una pequeña puerta de aquella misteriosa casita y luego lo llevó a la cama. Al acostarse, dando diente con diente, con grandes escalofríos y sintiendo que se le calmaba la cabeza, dijo:

—Le juro que no lo olvidaré... Váyase a dormir...

—Cállese, me quedaré con usted y le acariciaré la cabeza.

Luego todo el sordo dolor desapareció, de las sienes pasó a las suaves manos, y de ellas, por todo su cuerpo, se deslizó hasta el suelo cubierto con una gruesa y polvorienta alfombra, donde acabó por extinguirse. En vez del dolor, el cuerpo fue invadido por un calor uniforme y empalagoso. El brazo se entumeció y se hizo pesado, como si fuera de hierro; por eso no lo movía y se limitaba a tener los ojos cerrados, abandonándose a merced de la fiebre. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió: podían ser cinco minutos y podían ser muchas horas. En todo caso le pareció que envuelto en aquel fuego podría permanecer toda una eternidad. Abrió los ojos para no asustar a la mujer, que seguía sentada a su lado, y vio el mismo cuadro de antes: la lámpara lucía débilmente con pacífico resplandor, bajo la pantalla color cereza y el perfil de la mujer mostraba el sello de las horas pasadas en vela. Con los labios entreabiertos tristemente, a la manera de los niños, miraba hacia la ventana. Abrasado por la fiebre, Turbín se removió, acercándose a ella...

—Inclínese hacia mí —dijo.

Su voz era seca, débil y fina. La mujer se volvió hacia él, sus ojos le contemplaron asustados y alerta y se hundieron en las sombras. Turbín le pasó la mano por el cuello, la atrajo hacia sí y le besó en los labios. Le pareció que eran algo dulce y frío. La mujer no dio muestras de extrañeza. Se limitó a mirarle con curiosidad. Luego dijo:

—¡Cómo abrasa! ¿Qué vamos a hacer? Hay que llamar a un médico, pero ¿cómo?

—No hace falta —replicó Turbín, en voz baja—. No lo necesito. Mañana me

levantaré y me iré a casa.

—Tengo mucho miedo de que se ponga peor —murmuró ella—. No sé qué podría hacer entonces. ¿Se ha cortado la hemorragia? —y tocó levemente el brazo vendado.

—Sí, pero no tema, no me pasará nada. Váyase a dormir.

—No —replicó ella, y le acarició la mano—. Tiene fiebre —insistió.

Turbín no se pudo contener y de nuevo la abrazó y la atrajo hacia sí. No encontró resistencia. La atrajo hasta que ella se inclinó por completo y se recostó a su lado. A través de la fiebre sintió el calor vivo y diáfano del cuerpo de la mujer.

—No se mueva —murmuró ella—. Le acariciaré la cabeza.

Se extendió a su lado, Turbín sintió el contacto de sus rodillas. La mano de la mujer empezó a ir y venir entre la sien y el pelo. Se sintió tan bien que en lo único que pensó fue en no quedarse dormido.

Pero se durmió. Durmió durante largo rato, con un sueño regular y dulce. Al despertarse se dio cuenta de que navegaba en una barca por un río de fuego, de que todos los dolores habían desaparecido y de que la noche, muy despacio, no cesaba de palidecer. No sólo en aquella casita, sino en todo el mundo y en la ciudad entera reinaba el más completo silencio. Una débil luz azulada se filtraba por entre las cortinas. La mujer había entrado en calor y con cara triste dormía junto a Turbín. Y él volvió a dormirse.

Cerca ya de las nueve de la mañana el conductor de un trineo de alquiler tomó en la helada calle Málaia Provátnaia dos pasajeros: un hombre vestido de paisano con un traje negro, muy pálido, y una mujer. La mujer sostenía al hombre, que se agarraba a sus mangas y lo llevó a la bajada de Alexéievski. La calle estaba desierta. Sólo ante la entrada de la casa número 13 había un trineo del que acababa de apearse un extraño visitante con maleta, un lío de ropa y una jaula.

## Tres

Volvieron a encontrarse. Nadie había muerto y se encontraron al día siguiente por la tarde.

«Es él», sintió Aniuta una voz en el pecho, y su corazón saltó como el pájaro de Lariósik. En la ventana cubierta de nieve de la cocina de los Turbín, por la parte del patio, se oyeron unos suaves golpes. Aniuta se pegó al cristal y pudo distinguir la cara. Era él, pero sin bigote... Él... Aniuta se alisó con las dos manos los negros cabellos, abrió la puerta del zaguán y de allí salió al patio. Mishlaievski quedó a cortísima distancia de ella. El abrigo de estudiante con el cuello de piel de cordero y la gorra... el bigote había desaparecido... Pero los ojos, hasta en la penumbra del zaguán, se podían reconocer muy bien. El derecho con unas manchitas verdes como una piedra de los Urales, y el izquierdo oscuro... Parecía más pequeño.

Aniuta, con mano temblorosa, corrió el pestillo. El patio desapareció. Desapareció también la franja de la cocina que se veía por la puerta entreabierta, ya que el abrigo de Mishlaievski había abrazado a Aniuta y una voz familiar susurraba:

—Hola, Aniuta... Se va a resfriar... ¿No hay nadie en la cocina?

—No, nadie —contestó también en un susurro, sin darse cuenta de lo que decía—. «Me besa, sus labios son más dulces que antes» —pensó sumida en una agradabilísima angustia, y de nuevo susurró—: Suélteme. Víktor Víktorovich... Elena...

—Elena no tiene nada que ver con esto —replicó en tono de reproche una voz que olía a agua de colonia y a tabaco.

—Suélteme, Víktor Víktorovich, o grito. Así como lo oye —dijo apasionadamente Aniuta, y se abrazó al cuello de Mishlaievski—. Ha ocurrido una desgracia, Alexei Vasílievich está herido...

La presión de la serpiente boa se aflojó al momento.

—¿Herido? ¿Y Nikolka?

—Está bien, pero Alexei Vasílievich fue herido.

La franja de luz de la cocina, la puerta.

En el comedor, al ver a Mishlaievski, Elena rompió a llorar y dijo:

—Estás vivo, Vitka... Gracias a Dios... En cambio nosotros... —Un sollozo le impidió seguir y señaló hacia la puerta de Turbín—. Está con cuarenta... la herida presenta muy mal aspecto...

—¡Madre mía! —exclamó Mishlaievski, echándose la gorra hacia atrás hasta la misma nuca—. ¿Cómo ha sido eso?

Se volvió hacia una figura inclinada sobre el frasco y las brillantes cajas de la mesa.

—¿Es usted médico?

—No, sintiéndolo mucho no lo soy —contestó una voz apesadumbrada y opaca—. Me llamo Larión Surzhanski.

La sala. La puerta del recibidor está cerrada y las cortinas han sido corridas para que el ruido y las voces no lleguen al cuarto de Turbín. Del dormitorio de éste han salido y acaban de marcharse el de la barba puntiaguda y lentes de oro, otro, afeitado y joven, y, en fin, un viejo de cara inteligente y cabellos blancos, con un pesado abrigo y gorro de boyardo: había sido profesor de Turbín. Elena ha salido a acompañarlos y su cara parece de piedra. Tanto hablaban del tifus que lo han atraído.

—Además de la herida está el tifus exantemático.

La columna de mercurio marca cuarenta, y... «Yulia»... En el dormitorio hay un calor rojizo. Silencio, y en el silencio el balbuceo acerca de una escalera, y el «rin» del timbre...

—Buenas tardes, señor —dijo Mishlaievski en un venenoso susurro, con las piernas muy abiertas.

Shervinski se puso muy encarnado y apartó la mirada. El traje negro le sentaba admirablemente; una camisa maravillosa y corbata de pajarita; calzaba botas de charol. Un «artista del estudio de ópera de Kramskoi». La documentación la guardaba en el bolsillo.

—¿Por qué va sin hombreras? —siguió Mishlaievski—. «En la calle Vladímirskaia ondean las banderas rusas... Hay dos divisiones de senegaleses en el puerto de Odesa y los aposentadores servios han llegado a la ciudad... Vayan a Ucrania, señores oficiales, y formen sus unidades»... ¡Ojalá revienten todos!...

—¿Por qué te pones así? —replicó Shervinski—. ¿Soy yo el culpable? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto? Faltó poco para que me mataran. Salí del Estado Mayor el último, a las doce en punto, cuando el enemigo estaba ya en Pechersk.

—Eres un héroe —insistió Mishlaievski—, pero confío en que su excelencia el comandante en jefe pudiera marcharse algo antes... Lo mismo que su excelencia el señor *hetman*, me c... en su madre. Me hago la ilusión de que se encontrará en sitio seguro. La patria tiene necesidad de sus vidas. Y a propósito, ¿podrías decirme dónde se encuentran?

—¿Para qué necesitas saberlo?

—Verás... —Mishlaievski cerró la mano derecha y descargó un puñetazo sobre la palma de la izquierda—. Si me tropezase con sus excelencias, agarraría a uno por la pierna izquierda y al otro por la derecha, los levantaría y empezaría a golpear sus cabezas contra el suelo hasta hartarme. Y los de los Estados Mayores deberíais ser arrojados a un pozo negro...

Shervinski se puso colorado.

—Debes tener cuidado con lo que dices —empezó—. Ten en cuenta que el príncipe abandonó también a su Estado Mayor. Se llevó consigo a dos ayudantes y a

los demás los abandonó a su suerte.

—En el museo hay ahora mil hombres nuestros, hambrientos, con las ametralladoras emplazadas contra ellos... La gente de Petliura los va a matar como si fueran chinches... ¿Sabes cómo murió el coronel Nai? Fue el único...

—¡Haz el favor de dejarme en paz! —gritó Shervinski, enfadándose de veras—. ¿Qué tono es ése? ¡Soy tan oficial como tú!

—Ya está bien, señores —dijo Karás, metiéndose entre Mishlaievski y Shervinski—. Esto es absurdo. No te pongas así con él... Dejémoslo, estas conversaciones no conducen a nada...

—Callaos, callaos —murmuró amargamente Nikolka—. Lo va a oír.

Mishlaievski se calló turbado.

—No te irrites, barítono. Lo he dicho sin mala intención. Porque tú mismo comprenderás...

—Resulta bastante extraño.

—Un momento, señores, más bajo... —Nikolka se puso en guardia y señaló con la punta del pie hacia el suelo.

Todos prestaron atención. Desde abajo, desde el piso de Vasilisa llegaban algunas voces. Oyeron confusamente que Vasilisa reía alegre y, al parecer, con una risa algo histérica. Parecía replicar a lo que Vanda gritaba con voz jubilosa y sonora. Luego se calmó todo. Aún resonaron algunas voces sordas.

—Es algo asombroso —comentó Nikolka—. Vasilisa tiene visita... Visita y en un tiempo como éste. El auténtico fin del mundo.

—Sí, vuestro Vasilisa es un tipo —cerró los comentarios Mishlaievski.

Cerca de medianoche, cuando Turbín se había quedado dormido después de una inyección de morfina y Elena se acomodó en un sillón a su cabecera, en la sala se celebró consejo de guerra.

Se decidió que se quedasen todos a dormir en la casa. Lo primero, que no convenía andar por la calle de noche ni aun con buenos documentos de identidad. En segundo lugar, para Elena sería mejor, podrían prestarle alguna ayuda. Y lo más importante de todo era que en un tiempo como aquél era mejor no estar en casa, sino de visita. Aún había otra circunstancia que no podía desdeñarse: no tenían nada que hacer. Podían organizar una partida de *vint*.

—¿Usted juega? —preguntó Mishlaievski a Lariósik.

Este se puso rojo, se turbó y dijo de una tirada que jugaba al *vint*, pero que jugaba muy mal... Lo único que pedía era que no le riñesen como en Zhitomir acostumbraban a hacerlo los inspectores de impuestos... Había sufrido un drama, pero aquí, en casa de Elena Vasílievna, su alma volvía a la vida, porque Elena Vasílievna era una persona excepcional y en su piso se sentía muy bien, la calefacción era buena; eran particularmente notables las cortinas color crema de todas las

ventanas, que le hacían sentirse a uno apartado del resto del mundo... Y ese mundo, coincidirán conmigo, es sucio, sanguinario y absurdo.

—Dígame, ¿usted escribe versos? —preguntó Mishlaievski, contemplando con gran atención a Lariósik.

—Sí —articuló modestamente el interpelado, poniéndose rojo.

—Ya... Perdóneme la interrupción, pero es tan absurdo lo que usted dice... Siga, por favor...

—Sí, es absurdo, pero nuestras almas heridas buscan reposo precisamente tras estas cortinas color crema...

—Verá, en lo que al reposo se refiere, no sé lo que ocurrirá en Zhitónúr, pero aquí, en la ciudad, no creo que pueda encontrarlo... Debes mojar el cepillo en vodka, porque de lo contrario levantas mucho polvo. ¿Hay velas? Magnífico. En tal caso, lo incluiremos en la partida. Con cinco el juego es más tranquilo.

—También Nikolka es muy tranquilo jugando —intercaló Karás.

—No digas eso, Fedia. ¿Quién perdió la última vez junto a la estufa? Tú mismo hiciste un renuncio. ¿Por qué me calumnias?

—La mala influencia de Petliura...

—Hay que vivir precisamente tras unas cortinas color crema. No sé por qué todos se ríen de los poetas.

—Dios me libre. Ha interpretado mal mi pregunta. No tengo nada contra, los poetas. Cierto que no leo versos...

—Ni ningún otro libro, a excepción del reglamento de artillería y las primeras quince páginas del Derecho romano. Al llegar a la dieciséis empezó la guerra y lo dejó todo.

—No es verdad, no le haga caso... ¿Su nombre y patronímico, Larión Ivánovich?

Lariósik explicó que era Larión Lariónovich, pero que le eran tan simpáticos todos los reunidos, una auténtica familia bien avenida, que le agradecería que le llamasen simplemente Larión, sin patronímico... Claro que si nadie tenía nada en contra...

—Parece un chico simpático —dijo en voz baja Karás a Shervinski.

—Conforme... intimaremos... Por qué no... Aunque trata de engañarle: si quiere saberlo he leído *Guerra y paz*... Es un auténtico libro. Lo leí con mucho gusto y hasta el fin. ¿Por qué? Porque no lo escribió un cualquiera, sino un oficial de artillería. ¿Tiene un diez? Es mi compañero... Karás con Shervinski... Tú, Nikolka, quedas fuera.

—Lo único que le pido es que no me riña —suplicó Lariósik, un tanto nervioso.

—Bueno, ya está bien. ¿Es que somos papúes? Seguramente, los inspectores de impuestos de Zhitómir son tan violentos que lo tienen asustado... nosotros somos más tranquilos.

—No se preocupe —insistió Shervinski, a la vez que se sentaba.

—Dos piques... Sí... el conde León Nikoláievich Tolstoi, teniente de artillería,



fue un gran escritor... Lástima que pidiese la baja en el servicio... paso... habría llegado a general... Aunque, por lo demás, tenía su finca... El aburrimiento pudo llevarle a escribir una novela... en invierno no hay nada que hacer... En una finca esto es muy sencillo. Sin triunfos...

—Tres corazones —dijo tímidamente Lariósik.

—Paso —anunció Karás.

—¿Por qué decía antes todo eso? Juega muy bien. No hay que reñirle, sino elogiarle. En tal caso, cuatro *piques*. Con mucho gusto me iría ahora mimó al campo, a una finca...

—Cuatro corazones —indicó Nikolka a Lariósik, mirando sus cartas.

—¿Cuatro? Paso.

—Paso.

Lariósik, muy nervioso, no cesaba de fumar a la vacilante luz de la vela de estearina y entre el humo de los cigarrillos. De las manos de Mishlaievski saltó una carta para cada jugador. Eran como cartuchos que saltan del fusil.

—Pequeño de *pique* —ordenó, y se volvió a Lariósik con el deseo de estimularle—. Lo está haciendo muy bien.

Los naipes volaban de la mano de Mishlaievski sin el menor ruido como hojas de arce. Shervinski colocaba los suyos ordenadamente. Karás, acompañados de sendos puñetazos: no tenía suerte. Lariósik depositaba los suyos sobre la mesa con cuidado, entre suspiros, como si se tratase de un documento de identidad.

—«Papá y mamá<sup>[10]</sup>», ya lo hemos visto —dijo Karás.

De pronto, Mishlaievski tiró congestionado las cartas sobre la mesa, y clavando unos ojos de fiera en Lariósik, gritó:

—¿Por qué diablos has matado mi dama, Larión?

—Es estupendo. Ja, ja, ja —se refociló Karás con cara de alimaña.

Alrededor del tapete verde de la mesa se armó una espantosa algarabía. Pareció que las velas iban a apagarse. Nikolka trató de imponer silencio y se lanzó a la puerta para cerrarla y correr la cortina.

—Pensé que Fiódor Nikoláievich tenía rey —dijo Lariósik con voz mortecina.

—¿Cómo pudo pensarlo?... —Mishlaievski trataba de no gritar y por eso de su garganta salía un silbido que lo hacía aún más espantoso—. ¿No te has dado cuenta de que tú mismo le obligabas a pasar? Es incomprendible. —Mishlaievski se volvió hacia el resto—. Y busca la tranquilidad. ¿Qué os parece? ¿Es esto forma de buscar la tranquilidad? ¡El juego estaba clarísimo! ¡Hay que usar la cabeza; esto no es escribir versos!

—Espera, puede ser que Karás...

—¿Qué puede ser? No puede ser nada más que una tontería. Perdóneme, amigo, acaso en Zhitómir se juegue así, pero esto es algo que nadie puede comprender. No se enfade..., pero Pushkin o Lomonósov, aunque escribían versos, no hicieron nunca nada semejante... o Nadson, por ejemplo.

—Cálmate. ¿Por qué te pones así? A cualquiera puede ocurrirle.

—Ya lo sabía —balbució Lariósik—. Nunca tengo suerte...

—Quietos. Quie...

Y al momento se hizo un completo silencio. A lo lejos, pasadas muchas puertas, repiqueteaba el timbre de la cocina. Quedaron mudos. Se oyó un ruido de tacones y un abrir de puertas. Apareció Aniuta. La cabeza de Elena se asomó al recibidor. Mishlaievski tamborileó sobre el paño verde y dijo:

—¿Parece temprano, verdad?

—Sí, es temprano —confirmó Nikolka, que se consideraba el mejor especialista en punto de registros.

—¿Abro? —preguntó inquieta Aniuta.

—No, Anna Timoféievna —contestó Mishlaievski—, espere un poco —Se levantó de la butaca, carraspeando—. Abriré yo, no se preocupe...

—Vamos juntos —dijo Karás.

—Veamos —empezó Mishlaievski, y se quedó mirando a todos como si ante él tuviera una sección—. Por orden... El doctor está enfermo con tifus exantemático y todo lo demás. Tú, Lena, eres su hermana... Tú, Karás, puedes pasar por estudiante de medicina... Retírate al dormitorio... Coge una jeringuilla o cualquier otra cosa... Somos muchos, pero no importa.

El timbrazo se repitió impaciente. Aniuta se estremeció y las caras de todos se hicieron aún más serias.

—Hay tiempo —dijo Mishlaievski, y sacó del bolsillo trasero de los pantalones una pequeña pistola negra, que parecía de juguete.

—En eso has hecho mal —dijo Shervinski, y su rostro se oscureció—. Me hago cruces. Podías tener más precaución. ¿Cómo te has atrevido a salir con un arma a la calle?

—No te preocupes —replicó Mishlaievski, serio y cortés—, lo arreglaremos. Toma, Nikolka, quédate junto a la puerta trasera o la ventanilla. Si son los arcángeles de Petliura, toseré. Tú la tiras, pero de modo que podamos encontrarla luego. Es algo que tengo en mucho aprecio, estuvo conmigo en Varsovia... ¿Tú lo tienes todo en orden?

—Puedes estar tranquilo —contestó serio y orgulloso el especialista Nikolka, tomando el arma.

—Veamos. Tú eres un cantante que has venido de visita —dijo Mishlaievski apuntando con el dedo al pecho de Shervinski—. Tú —a Karás— eres estudiante de medicina. Tú —a Nikolka—, su hermano; tú —a Lariósik—, un estudiante que vives con la familia. ¿Qué documentación tienes?

—Un pasaporte de los tiempos del zar —contestó Lariósik palideciendo— y un certificado como estudiante de Járkov.

—Lo del zar lo guardas, enseña el certificado de estudiante.

Lariósik se enredó al salir en la cortina de la puerta.

—Lo demás es una tontería, las mujeres... —prosiguió Mishlaievski—. ¿Todos tenéis la documentación en regla? ¿No guardáis nada sospechoso? ¡Eh, Larión!... Pregúntale si guarda algún arma.

—¡Eh, Larión! —llamó Nikolka hacia el comedor—. ¿Tienes armas?

—No, no, Dios me libre —contestó de lejos la voz de Larión.

La llamada se repitió, larga e impaciente.

—Bueno, que el Señor nos bendiga —dijo Mishlaievski, y se puso en marcha.

Karás desapareció en el dormitorio de Turbín.

—Estábamos haciendo solitarios —dijo Shervinski, y apagó la vela.

Al piso de los Turbín conducían tres puertas. La primera era la del recibidor; la segunda, encristalada, cerraba los dominios de los Turbín propiamente dichos. Abajo, tras la puerta encristalada, había un oscuro y frío pasillo a un lado del cual daba la puerta de los Lisóvich y que terminaba en la puerta de la calle.

Se abrió la puerta del piso con estrépito y Mishlaievski preguntó desde lo alto:

—¿Quién va?

Arriba, a su espalda, sintió la presencia de unas siluetas. Una voz sorda se dejó oír tras la puerta de la calle:

—Se cansa uno de llamar... ¿Es aquí Talberg-Turbiná? Un telegrama para ella... Abra.

«Así es», cruzó por la mente de Mishlaievski, y se vio acometido por una violenta tos. Una silueta desapareció detrás de él en la escalera. Mishlaievski descorrió con precaución el cerrojo, dio una vuelta a la llave y entreabrió la puerta, sin quitar la cadena.

—Déme el telegrama —dijo, colocándose de tal modo que le tapase la puerta. Una mano grisácea se deslizó por la abertura y le entregó un pequeño sobre. Mishlaievski, estupefacto, vio que realmente se trataba de un telegrama.

—Firme el recibo —gruñó una voz tras la puerta.

Mishlaievski echó un vistazo y se dio cuenta de que en la calle sólo había una persona.

—Aniuta, Aniuta —gritó con voz animosa, sin rastro alguno de bronquitis— Dame un lápiz.

En vez de Aniuta se lo llevó Karás. En el trozo de papel que había arrancado del sobrecito garrapateó «Tur» y pidió a media voz a Karás:

—Dame veinticinco rublos.

La puerta resonó al cerrarse...

Mishlaievski, que no salía de su asombro, y Karás subieron al piso alto. Se reunieron todos. Elena rasgó el sobrecito y empezó a leer en voz alta maquinalmente:

«Horrible desgracia Lariósik *stop* actor teatro opereta Lapski...».

—¡Dios mío! —exclamó Lariósik, rojo como la grana—. ¡Es mi telegrama!

—¡Sesenta y tres palabras! —comentó entusiasmado Nikolka—. Mira, está todo escrito.

—¡Dios santo! —exclamó Elena—. ¿Pero qué es esto? Ah, perdóneme, Larión, si he empezado a leer. Lo había olvidado por completo.

—¿De qué se trata? —preguntó Mishlaievski.

—Lo ha dejado su mujer —le dijo Nikolka al oído—. Un verdadero escándalo.

En la puerta encristalada se produjo un tremendo estrépito. Era como si un alud de nieve hubiera caído sobre la casa.

Aniuta se estremeció. Elena, muy pálida, se acercó a la pared. Era algo tan monstruoso, horrible y absurdo, que hasta Mishlaievski se demudó. Shervinski, también pálido, ayudó a Elena a sostenerse... Del dormitorio de Turbín salió un gemido.

—La puerta... —exclamó Elena.

Confundiendo el plan estratégico, Mishlaievski echó escaleras abajo, seguido de Karás, Shervinski y Lariósik, medio muerto del susto.

—Esto ya es peor —balbució Mishlaievski.

Tras la puerta encristalada se agitaba una silueta negra y solitaria. Cesó el estruendo.

—¿Quién es? —vociferó Mishlaievski como si estuviera en el cuerpo de guardia.

—Por Dios, se lo suplico... Por Dios, se lo suplico... Abran, soy Lisóvich, ¡Lisóvich! —exclamó la silueta—. Soy Lisóvich, Lisóvich...

El aspecto de Vasilisa era espantoso... El pelo le caía a un lado, dejando ver una calva rosácea. Llevaba la corbata torcida y la chaqueta le bailaba como las puertas forzadas de un armario. Sus ojos, desorbitados y turbios, parecían los de un intoxicado. Apareció en el último peldaño, se tambaleó de pronto y cayó en brazos de Mishlaievski. Este lo sostuvo, se sentó en la escalera y gritó con voz ronca y desconcertada:

—¡Karás! ¡Agua!

## Cuatro

Eran cerca de las once. Debido a los acontecimientos la calle, de por sí poco frecuentada, había quedado desierta mucho antes que de costumbre.

Caía una nieve menuda y sus copos volaban tras la ventana. Las ramas de las acacias de la acera, que en verano daban sombra al piso de los Turbín, se cubrían más y más de blancas crestas.

Todo empezó a la hora de la comida, siguió una tarde turbia con todo género de contratiempos. Sentía el corazón oprimido. Las bombillas se encendieron sólo a medias y Vanda le dio para comer sesos. Los sesos son de por sí algo horrible, y tal como Vanda los guisó resultaban insoportables. Antes había habido sopa, que Vanda preparó con un aceite repugnante, y el ceñudo Vasilisa se levantó de la mesa como si no hubiera comido nada en absoluto. La tarde abundó en toda clase de gestiones a cual más desagradable. La mesa del comedor estaba patas arriba y un fajo de billetes de Lébid-Yúrchik yacía en el suelo.

—Eres estúpida —dijo Vasilisa a su mujer.

Vanda replicó de mal talante:

—Hace mucho que sé que eres un grosero. Tu conducta ha alcanzado últimamente las columnas de Hércules.

Vasilisa sintió vivos deseos de sacudirle un guantazo y verla cómo se daba contra la esquina del aparador. Y luego seguir sacudiéndole el polvo hasta que aquel ser maldito y huesudo no callase y se declarase vencido. Él, Vasilisa, no podía más; después de todo trabajaba como un buey y exigía que se le respetase en casa. Apretó los dientes y se contuvo; el atacar a Vanda no era ni mucho menos una empresa tan fácil como uno podía imaginar.

—Haz como te digo —ordenó entre dientes—. Comprende que pueden apartar el aparador. ¿Qué pasaría entonces? Y esto no se le ocurrirá a nadie. En la ciudad todos lo hacen así.

Vanda transigió y pusieron manos a la obra: los billetes de banco fueron sujetos a la parte inferior del tablero con ayuda de chinches.

De ahí a poco, el tablero parecía un complicado tapiz de seda.

Vasilisa, carraspeando y con la cara inyectada de sangre, se puso en pie y echó una mirada al precioso campo.

—Resulta incómodo —dijo Vanda—. Cuando necesitemos un billete habrá que dar la vuelta a la mesa.

—Y la darás, no se te caerán los anillos —contestó Vasilisa—. Es mejor darle la vuelta que perderlo todo. ¿Has oído lo que ocurre en la ciudad? Son peores que los bolcheviques. Al parecer están registrándolo todo, no cesan de buscar oficiales.

A las once, Vanda trajo de la cocina el samovar y apagó las luces del piso. Del aparador sacó una bolsa de pan duro y un queso verduoso. La única bombilla que alumbraba en los tres brazos de la lámpara, al no alcanzar sus hilos una completa

incandescencia, emitía una luz rojiza y turbia.

Vasilisa masticaba un trozo de pan. El queso verde le producía tal irritación que se le figuraba tener dolor de muelas. A cada mordisco un fino polvillo le caía sobre la chaqueta y la corbata. Sin comprender la causa de su tormento, Vasilisa miró de reojo a Vanda, que seguía masticando de buena gana.

—Me asombra lo bien librados que han salido —dijo Vanda, mirando hacia el techo—. Estaba convencida de que matarían a alguno de ellos. Pero no, han vuelto todos y de nuevo está el piso lleno de oficiales...

En otra ocasión, las palabras de Vanda no habrían producido a Vasilisa impresión alguna, pero ahora, cuando su alma se consumía de angustia, le parecieron infames e intolerables.

—No sé cómo eres capaz de decir eso —replicó apartando la mirada para no enfadarse—. Sabes muy bien que en realidad su comportamiento ha sido bueno. Alguien tenía que defender la Ciudad de esos —Vasilisa bajó la voz— miserables... Y no pienses que han salido tan bien librados... Creo que él...

Vanda clavó los ojos en Vasilisa y asintió con la cabeza.

—Yo misma me lo imaginé al instante... Claro que lo han herido...

—Pues no hay motivo para alegrarse ni para decir que han salido bien librados.

Vanda se pasó la lengua por los labios.

—No me alegro, lo único que digo es que les han salido bien las cosas. Pero me gustaría saber qué dirás tú, si Dios nos libre, se presentan en casa y te preguntan, como, presidente del comité, quién vive arriba y si estuvieron con el *hetman*.

Vasilisa arrugó el ceño y miró a los lados:

—Podré decir que es médico... Después de todo, ¿a santo de qué voy a saberlo?

—De eso se trata...

En este momento sonó el timbre del recibidor. Vasilisa palideció y Vanda hizo girar su sarmentoso cuello.

Vasilisa se sorbió los mocos, se puso en pie y dijo:

—¿Sabes? ¿Y si me acerco a llamar a los Turbín?

Vanda no tuvo tiempo de contestar porque en aquel instante se repitió el timbrazo.

—¡Ay, Dios mío! —articuló inquieto Vasilisa—. No, no hace falta.

Vanda miró asustada y siguió tras él. Abrieron la puerta del piso. Vasilisa salió al pasillo, que olía a frío. El afilado rostro de Vanda se asomó inquieto, con los ojos desorbitados. Sobre su cabeza repiqueteó insistentemente por tercera vez la brillante caja del timbre.

Por un instante, Vasilisa estuvo tentado de llamar en la puerta encristalada de los Turbín: saldría alguien y su compañía contribuiría a reanimarle. Pero tuvo miedo a hacerlo. Podían preguntarle: «¿Por qué llama? ¿Es que tienes motivos para temer algo?». Además, una chispa de esperanza le dijo que podían no ser ellos, sino alguno otro.

—¿Quién... es? —preguntó Vasilisa con voz débil junto a la puerta.

Una voz ronca contestó por el ojo de la cerradura, a la altura del vientre de Vasilisa, y sobre Vanda repiqueteó otra, y otra vez el timbre.

—Abre —gruñó el ojo de la cerradura—, es del Estado Mayor. Y no te apartes o disparamos...

—Ay, Dios —suspiró Vanda.

Vasilisa, con manos de muerto, descorrió el cerrojo, abrió la cerradura y, sin darse cuenta de lo que hacía, apartó la cadena.

—De prisa... —dijo en tono grosero el ojo de la cerradura.

Entre la oscuridad de la calle vio Vasilisa un trozo de cielo gris y unas ramas de acacia cubiertas de pelusa. Sólo entraron tres, pero a él le pareció que eran muchos más.

—¿A qué se debe... su visita?

—Venimos a practicar un registro —contestó el primero de los recién llegados con voz de lobo, y al instante se echó sobre Vasilisa. El pasillo dio una vuelta y la cara de Vanda, bajo la bombilla de la puerta, pareció muy empolvada.

—Entonces, perdóneme —la voz de Vasilisa sonaba pálida, sin el menor matiz—, ¿traen orden de registro? Soy un pacífico vecino, no sé por qué vienen... En mi casa no hay nada.

—Eso lo veremos —replicó el primero.

Como dormido, moviéndose al empuje de los que entraban, Vasilisa se les quedó mirando. En el primero de ellos le pareció que todo era de lobo. La cara estrecha, los ojos pequeños y profundos, la piel grisácea, los mechones del bigote y las cerdas de las mejillas olían a surcos secos. Miraba de una manera extraña, de reajo, y hasta en aquellas estrecheces supo mostrar que se trataba de un ser que nada tenía de humano, de un ser acostumbrado a husmear la nieve y la hierba. Hablaba en una extraña jerga, mezcla de palabras rusas y ucranianas, muy familiar entre los habitantes de la ciudad que suelen acudir a Podol, a la orilla del Dniéper, allí donde a lo largo del verano no cesan de chirriar las grúas y gentes harapientas descargan las barcasas de sandías... El lobo se cubría con un gorro de piel del que colgaba una bordada cinta azul.

El segundo era un gigante que llegaba casi hasta el techo del recibidor de Vasilisa. Era joven, lampiño y de cara colorada como la de una mujer. Su gorro de orejeras estaba comido por la polilla, se abrigaba con un capote gris, sus pies eran pequeñísimos y calzaba, unas botas completamente derrotadas.

El tercero era un hombre de nariz caída, comida a un lado por una costra purulenta, y con una cicatriz que le deformaba el labio. Llevaba una vieja gorra de oficial con la huella de la escarapela, una raída guerrera cruzada de soldado con verdes botones de cobre y pantalones negros; sobre unas grises medias de lana como las que se usan en el ejército calzaba unas abarcas hechas con tiras de corteza de tilo. Su cara ofrecía a la luz de la bombilla dos colores: amarillo de cera y violeta. Su mirada era de rencor y sufrimiento.

—Lo veremos, lo veremos —repitió el lobo—. Traemos la orden de registro.

Buscó en el bolsillo de los pantalones, sacó de allí un papel arrugado y lo metió en las narices de Vasilisa. Uno de sus ojos se clavó en el corazón de éste, mientras que el otro, el izquierdo, pasó rápida revista a las arcas del recibidor.

En él arrugado papel, una cuartilla con el membrete

Estado Mayor del Primer regimiento de Síchev

había escrito con lápiz tinta, con grandes garabatos:

Orden de registro en la casa número 13 de la bajada Alexéievski, perteneciente a Vasili Lisóvich. La resistencia será castigada con el fusilamiento.

El jefe del Estado Mayor, *Protsenko*.

El ayudante, *Miklún*.

Abajo, a la izquierda, había un sello ilegible.

Las flores y verdes ramajes del empapelado empezaron a saltar en los ojos de Vasilisa, quien dijo mientras el lobo recuperaba el papel:

—Pasen, por favor, pero no tengo nada...

El lobo sacó del bolsillo una pistola negra y recién engrasada y apuntó con ella a Vasilisa. Vanda dejó escapar un ay. Otra pistola, reluciente y larga, apareció en la mano del de la nariz aplastada. A Vasilisa se le doblaron las rodillas y se quedó encogido. La bombilla empezó a despedir en aquellos instantes una luz blanca y alegre.

—¿Quién hay en el piso? —preguntó el lobo.

—Nadie —contestó Vasilisa, con los labios blancos—. Mi mujer y yo.

—Buscad bien, muchachos —dijo el lobo a sus compañeros.

Él gigante sacudió un arca como si fuese una caja y el de la nariz aplastada buscó en la estufa. Las pistolas habían desaparecido. El de la nariz aplastada empezó a sacudir puñetazos en la pared de la estufa. Su portezuela se abrió y por el negro hueco salió una leve bocanada de calor.

—¿Tiene armas? —preguntó el lobo.

—No, palabra de honor... qué armas voy a tener...

—No las hay —contestó con un hilo de voz la sombra de Vanda.

—Es mejor que lo digas, de lo contrario te fusilaremos —insistió el lobo.

—De veras que no... ¿De dónde las iba a tener?

En el despacho se encendió la lámpara de pantalla verde y Alejandro II, indignado hasta lo más profundo de su alma de hierro, miró a los tres. Entre el verdor del despacho, Vasilisa, por primera vez en su vida, conoció la sensación de mareo que anuncia un síncope. Los tres se sintieron atraídos ante todo por el empapelado. El gigante empezó a tirar a montones los libros de las estanterías, y seis manos se deslizaron por las paredes, dando golpecitos. Tup... tup... resonaban sordos los



golpes. No tardaron en dar con la tapa del escondrijo. La alegría refulgió en los ojos del lobo.

—¿No os lo decía? —murmuró, sin que su voz llegara a oírse.

El gigante rompió el cuero del sillón con sus pesadas botazas, se enderezó hasta casi tocar el techo, algo crujió y se rompió bajo la presión de sus dedos y arrancó la tapa de la pared. El paquete fue a parar a manos del lobo. Vasilisa se tambaleó y buscó apoyo en la pared. El lobo empezó a menear la cabeza y la meneó durante largo rato, sin apartar los ojos del medio muerto Vasilisa.

—¿No decías que no había nada? —preguntó con un acento de reproche—. Nada, nada, nada, hijo de perra. Cuando tú mismo habías abierto el escondrijo en la pared. ¡Te voy a pegar un tiro!

—¿Qué dice? —exclamó Vanda.

A Vasilisa le ocurrió algo extraño. De pronto estalló en una risa convulsiva, y esta risa era espantosa porque en los azules ojos de Vasilisa saltaba el espanto, y sólo se reían los labios, la nariz y las mejillas.

—No hay nada prohibido, señores, por favor. Unos papeles del banco y alguna cosa... Hay poco dinero... Lo he ganado con mi trabajo... Porque ahora el dinero del zar no vale...

Vasilisa hablaba y miraba al lobo como si la presencia de éste le produjera gran entusiasmo.

—Deberíamos detenerte —dijo el lobo sentenciosamente. Sacudió el paquete y lo metió en el bolsillo sin fondo de su miserable capote—. Ea, muchachos, buscad en los cajones.

De los cajones, que abrió el propio Vasilisa, sacaron montones de papeles, sellos y más sellos, tarjetas de visita, pitilleras. La verde alfombra y el paño rojo de la mesa quedaron cubiertos de papeles, que seguían cayendo con leve rumor al suelo. El monstruo dio la vuelta a la papelera. En la sala golpearon las paredes muy por encima, como con desgana. El gigante tiró de la alfombra y empezó a dar patadas en el suelo, con lo que en el *parquet* quedaron unas complicadas huellas, que parecían marcadas a fuego. Las bombillas, que al avanzar la noche habían aumentado su potencia, lanzaban una alegre luz que hacía brillar la flor del gramófono. Vasilisa seguía a los tres arrastrando los pies. Una roma tranquilidad se había apoderado de él y sus ideas parecían fluir con más precisión. En el dormitorio todo se transformó en un momento en un caos: revolvieron el armario de luna, hicieron un revoltijo con las mantas y las sábanas, el colchón quedó patas arriba. El gigante se detuvo de pronto, una tímida sonrisa iluminó su cara y miró hacia abajo. Bajo la revuelta cama asomaban las nuevas botas de cabritilla de Vasilisa con sus punteras de charol. El gigante, sin cesar de sonreír, se quedó mirando a Vasilisa.

—Parecen unas buenas botas —dijo con voz fina—. ¿Me vendrían bien a mí?

Vasilisa no había pensado aún qué contestar cuando el gigante ya se había inclinado y se apoderaba con mucho cuidado de las botas. Vasilisa se estremeció.

—Son de cabritilla, señor —explicó, sin comprender él mismo lo que decía.

El lobo se volvió hacia él y en sus ojos bizcos brilló una amarga chispa de cólera.

—Cállate, piojo —dijo sombrío—. ¡Cállate! —repitió en un súbito ataque de cólera—. Danos las gracias si no te fusilamos como ladrón y bandido, por haber ocultado un tesoro. Cállate —siguió, acercándose a Vasilisa, blanco como el papel, con unos ojos que echaban chispas—. Guardas toda clase de cosas, engordas como un cerdo y no sabes cómo tiene que ir la buena gente por la calle. ¿Lo sabes? Se le han helado los pies, se pudrió en las trincheras para defenderte mientras tú te quedabas en casa y tocabas el gramófono. Hijo de mala madre...

En sus ojos apuntó el deseo de descargar un puñetazo en la cabeza de Vasilisa. Levantó el brazo. Vanda exclamó: «¡Qué hace!...». El lobo no se atrevió a aplastar a un señor de tan grave aspecto y se limitó a darle un empujón en el pecho. Vasilisa, pálido, se tambaleó, sintiendo en el pecho un vivo dolor y angustia al contacto del puntiagudo puño.

«Aquí tenemos la revolución —pensó en su rosada y bien cuidada cabeza—. No puede ser mejor. Se debió ahorcar a todos, ahora es tarde...».

—Póntelas, Vasilko —dijo el lobo en tono cariñoso al gigante.

Este se sentó en el jergón y se quitó sus botazas. Las finas botas no le entraban en sus pies, abultados con las grises y gruesas medias.

—Dale unos calcetines —ordenó severamente el lobo a Vanda.

La mujer buscó inmediatamente en el cajón inferior de un armario amarillo y los sacó. El gigante se quitó las grises medias, mostrando unos pies de dedos rojizos y unas manchas negras, y se puso los calcetines. Las botas le entraban trabajosamente, el cordón de la izquierda se rompió con estrépito. El gigante, entusiasmado y sonriendo como un niño, la ató como pudo y se puso en pie. Y entonces pareció como si algo reventase en las tensas relaciones de estas cinco extrañas personas que recorrían paso a paso las habitaciones del piso. Surgió un ambiente de sencillez. El de la nariz aplastada se quedó mirando las botas del gigante y, de pronto, con gran agilidad, se apoderó de los pantalones de Vasilisa que colgaban de un clavo junto al lavabo. El lobo se limitó a mirar una vez más a Vasilisa con recelo —por si decía algo —, pero Vasilisa y Vanda no dijeron nada; los dos tenían las caras igualmente blancas, con unos ojos enormes. El dormitorio se convirtió en algo parecido al rincón de una tienda de confecciones. El de la nariz aplastada, luciendo unos desgarrados calzoncillos a rayas, contemplaba los pantalones a la luz de la lámpara.

—Son de buena calidad —dijo con voz gangosa. Se sentó en el sillón azul y empezó a ponérselos.

El lobo cambió su sucia guerrera por la chaqueta gris de Vasilisa, aunque entregó a éste unos papeles, diciendo:

—Tome esto, señor, le puede ser necesario.

De la mesa agarró un reloj en forma de globo de cristal con sus negras y gruesas cifras romanas.

Se ciñó el capote. El tic-tac se oía perfectamente.

—El reloj es algo necesario. Sin reloj uno se siente como si no tuviera manos —dijo el lobo al de la nariz aplastada, cada vez más blando en su actitud hacia Vasilisa—. Es imprescindible cuando de noche quieres saber la hora.

A continuación, a través de la sala, regresaron al despacho. Vasilisa y Vanda, uno junto a otro, cerraban la marcha en silencio. Ya en el despacho el lobo, mirando a un lado y a otro con sus ojos fijos, se quedó pensativo y dijo a Vasilisa:

—Tendrá que darme un recibo, señor... (Algo intranquilizaba su alma, arrugaba la frente como un acordeón).

—¿Cómo? —murmuró Vasilisa.

—Un recibo de las cosas que nos ha entregado —explicó el lobo, mirando al suelo.

La cara de Vasilisa cambió, sus mejillas se colorearon.

—Pero cómo... Si yo... (Quería gritar: «¿Todavía quiere que le de un recibo?», mas en vez de estas palabras le salieron otras). Ustedes... son ustedes los que tienen que dármele...

—Te debía matar como a un perro. Eres un vampiro... Ya sé lo que piensas. Lo sé. Si estuviera en tu mano, nos aplastarías como si fuéramos chinches. Se ve que por las buenas no es posible entenderse contigo. Arrimadlo a la pared, muchachos. Le voy a dar...

Irritado y nervioso, llevó a Vasilisa hasta la pared, le agarró del cuello y apretó de tal modo que la cara de la víctima se puso roja al instante.

—¡Ay! —exclamó horrorizada Vanda, y se aferró al brazo del lobo—. No haga eso, por favor... Escribe el recibo, Vasía.

El lobo soltó la garganta del ingeniero, de la que saltó el cuello de la camisa como impulsado por un resorte, Vasilisa, sin él mismo darse cuenta, se vio sentado en un sillón. Sus manos temblaban. Arrancó de un libro de notas una hoja y mojó la pluma. En el silencio que se produjo se oía el tic-tac del globo de vidrio en el bolsillo del lobo.

—¿Cómo quiere que lo escriba? —preguntó Vasilisa, con voz débil y ronca.

El lobo se quedó pensativo, parpadeando.

—Escribe... conforme a la orden del Estado Mayor del regimiento de Sítsev... he entregado... en perfecto estado... tales y tales cosas...

—Tales... —se le escapó a Vasilisa, que enmudeció al instante.

—Las he entregado como consecuencia del registro practicado en mi casa. No deseo hacer reclamación alguna. Y firma...

Al llegar a este punto, Vasilisa reunió los últimos restos de su espíritu y preguntó, apartando los ojos:

—¿A quién lo entrego?

El lobo miró con recelo a Vasilisa, pero contuvo el descontento y se limitó a lanzar un suspiro.

—Escribe: se han hecho cargo de todo en perfecto estado Nemoliaka —se quedó pensando, con la mirada vuelta hacia el monstruo—. . . Kirpati y al atamán Huracán.

Vasilisa, con la turbia mirada puesta en el papel, escribía lo que le dictaban. Después de hacer todo cuanto se le exigía, puso en vez de firma un tembloroso «Vasilis» y alargó el papel al lobo. Este lo tomó y se puso a mirarlo.

En aquel momento, lejos, en la parte alta de la escalera resonó la puerta encristalada, se oyeron pasos y atronó la voz de Mishlaievski.

La cara del lobo se oscureció al instante. Se removieron sus acompañantes. El lobo, todo gris, dejó escapar a media voz una exclamación. Sacó la pistola del bolsillo y encañonó a Vasilisa, quien sonrió como un mártir. En el pasillo se oía un ruido de pasos y voces. Luego se oyó el cerrojo, el pestillo y la cadena: habían cerrado la puerta. Nuevamente resonaron pasos, hasta ellos llegó una risa de hombre. Después de esto, la puerta de cristales se cerró, los pasos se perdieron hacia arriba y todo quedó en silencio. El de la nariz aplastada salió al recibidor, se asomó a la puerta y quedó escuchando. Al volver cambió una significativa mirada con el lobo, y todos, a empujones, salieron al recibidor. Allí el gigante movió los dedos en las botas, que le venían algo estrechas, y dijo:

—Tendré frío.

Se puso los chanclos de Vasilisa. El lobo se volvió hacia éste y dijo con voz suave, con ojos inquietos:

—Verá, señor... No diga nada de que hemos estado aquí. Si dice una sola palabra, vendrá nuestra gente y le pegará un tiro. No salgan de casa hasta que se haga de día está severamente prohibido.

—Le pedimos perdón —dijo el de la nariz aplastada con una voz podrida.

El rubicundo gigante no dijo nada, se limitó a mirar tímidamente a Vasilisa y de reojo, con muestras de alegría, a los brillantes chanclos. Desde la puerta del cuarto de Vasilisa hasta la de la calle recorrieron el pasillo de puntillas, con gran rapidez y empujándose unos a otros. Rechinó el cerrojo, se asomó un oscuro cielo y Vasilisa, con unas manos frías, volvió a cerrar. La cabeza le daba vueltas y por un instante se le figuró que estaba soñando. Su corazón se detuvo por un momento y luego empezó a palpar con mayor y mayor frecuencia. Vanda estaba sollozando en el recibidor. Caída sobre un arca, se daba cabezadas contra la pared y grandes lágrimas manchaban su cara.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?... ¡Dios mío, Dios mío! Vasia... En pleno día. ¿Qué es lo que ocurre?

Vasilisa temblaba ante ella como una hoja, desencajado.

—Vasia —exclamó Vanda—. ¿Sabes? No se trata de ningún Estado Mayor ni de ningún regimiento. ¡Eran bandidos!

—Ya me he dado cuenta —balbució Vasilisa, abriendo desesperado los brazos.

—¡Señor! —gritó Vanda—. Hay que ir cuanto antes, ahora mismo, hay que denunciarlo ahora mismo para que los detengan. ¡Hay que detenerlos! ¡Reina de los

cielos! Se lo han llevado todo. ¡Todo! ¡Todo! Y si se tratase de alguien...

Sin cesar de estremecerse, se deslizó del arca al suelo y se tapó la cara con las manos. Estaba toda despeinada y la chambrá se le había desabrochado en la espalda.

—¿Pero adonde, adonde?... —preguntaba Vasilisa.

—Al Estado Mayor, a la policía. Hay que denunciarlo. Cuanto antes. ¿Qué es esto?

Vasilisa seguía indeciso cuando de pronto echó a correr hacia la puerta. Tropezó con el obstáculo de los cristales y levantó el estrépito que antes habían oído todos.

Todos, menos Elena y Shervinski, se reunieron en el piso de Vasilisa. Lariósik, muy pálido, se mantenía junto a la puerta. Mishlaievski, con las piernas muy abiertas, miró los andrajos y las botazas que los desconocidos visitantes habían dejado y dijo al dueño:

—Puede darlo por perdido. Eran bandidos, de gracias a Dios que han quedado con vida. A decir verdad, me asombra que hayan salido tan bien librados.

—Dios mío... ¡lo que nos han hecho! —exclamó Vanda.

—Me han amenazado de muerte.

—Menos mal que no han pasado de las amenazas. Es la primera vez que veo un caso semejante.

—Les ha salido perfecto —confirmó a media voz Karás.

—¿Qué hacer ahora? —preguntó angustiado Vasilisa—. ¿Presentar una denuncia? ¿A quién? Aconséjeme, Víktor Víktorovich, se lo pido muy de veras.

Mishlaievski carraspeó y se quedó pensando.

—No le aconsejo que lo denuncie. Lo primero, que no los encontrarán. Eso uno —y dobló su largo índice—. Lo segundo...

—Vasia, recuerda lo que han dicho, que te matarían si los denunciabas.

—Eso es una tontería —dijo Mishlaievski, arrugando el ceño—. Nadie le matará, pero, lo repito, no los atraparán y nadie se preocupará de buscarlos. Lo segundo —y dobló el corazón— es que usted tendrá que declarar la procedencia de esos billetes del zar de que habla... Si se presenta en el Estado Mayor a denunciarlo, muy bien podría ocurrir que viniesen a practicar un segundo registro.

—Es muy posible —confirmó un especialista tan experto como Nikolka.

Vasilisa, a quien para hacerle salir del desvanecimiento le habían echado un jarro de agua, con la ropa toda desordenada bajó abatido la cabeza. Vanda rompió en suaves sollozos apoyada en el dintel. Todos sintieron lástima de ellos. Lariósik lanzó un hondo suspiro junto a la puerta y abrió aún más sus turbios ojos.

—Cada uno tiene su desgracia —murmuró.

—¿Qué armas traían? —preguntó Nikolka.

—Dos iban armados con pistolas, el tercero... Vasia, el tercero no iba armado, ¿verdad?

—Sí, dos llevaban pistolas —confirmó débilmente Vasilisa.

—¿Cómo eran? —insistió Nikolka con vivas muestras de interés.

—No puedo decirle —contestó Vasilisa, después de exhalar un suspiro—. No conozco las marcas. La una era grande y negra, la otra era pequeña, negra también y con una cadenilla.

—Con una cadenilla —repitió Vanda.

Nikolka arrugó el ceño y de reojo, como un pájaro, miró a Vasilisa. Quedó un momento indeciso y luego, inquieto, se dirigió con paso rápido a la puerta. Lariósik le siguió. No había llegado al comedor cuando del cuarto de Nikolka llegó hasta él un ruido de cristales y un alarido. Lariósik se acercó presuroso. La habitación estaba vivamente iluminada, por el abierto ventanillo entraban bocanadas de frío y resplandecía un enorme agujero que Nikolka había hecho con las rodillas al bajar desesperado del antepecho. Sus ojos miraban erráticos.

—¿Es posible? —exclamó Lariósik, elevando las manos al cielo—. ¡Es una auténtica brujería!

Nikolka salió como una exhalación del cuarto, atravesó el de los libros y la cocina. La estupefacta Aniuta gritó al verle pasar: «¡Nikolka, Nikolka! ¿Adonde vas sin gorro? ¿Ha ocurrido algo?...». Él cruzó el zaguán y salió al patio. Aniuta, sin cesar de hacer la señal de la cruz, echó el pestillo del zaguán, corrió a la cocina y acercó la cara al cristal de la ventana. Pero Nikolka había desaparecido de su vista.

Torció a la izquierda, hacia abajo, y se detuvo ante el montón de nieve que cerraba la entrada en el pasadizo, entre los dos muros. Nadie la había pisado. «No comprendo nada», balbució desesperado, y se lanzó valientemente contra el montón de nieve. Creyó que se asfixiaba. Durante largo rato anduvo revolviendo la nieve, entre salivazos y bufidos, hasta abrirse paso. Todo cubierto de blanco, se introdujo en el estrecho pasadizo, miró hacia arriba y vio las negras cabezas y las oscuras sombras de las escarpas en el lugar donde a través de la fatal ventana caía la luz de su habitación. Pero la caja no estaba.

Con la última esperanza, pensando que el nudo podía haberse deshecho, Nikolka, sin cesar de caer de rodillas, buscó entre los cascotes. La caja no estaba.

Una viva luz iluminó de pronto a Nikolka. «¡Ah!», gritó, y se acercó hasta la valla que cerraba el pasadizo por la parte de la calle. Apretó y las maderas cedieron, dejando un ancho agujero. Todo estaba claro... Habían arrancado las tablas de la valla, habían estado allí e incluso, era evidente, habían tratado de entrar en casa de Vasilisa por la despensa, pero la ventana estaba protegida por una reja.

Nikolka, todo blanco, entró silencioso en la cocina.

—Ven que te cepille... —dijo Aniuta.

—Déjame en paz —contestó Nikolka, y siguió adelante, frotándose en las perneras las entumecidas manos—. Larión, dame una bofetada —dijo a Lariósik.

Este parpadeó, abrió mucho los ojos y dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te desesperas así? —y se puso a quitar tímidamente la

nieve de la espalda de Nikolka.

—Aliosha me romperá la cabeza si, Dios lo quiera, se cura —prosiguió Nikolka—. ¡Pero lo principal es la pistola de Nai-Turs! ¡Habría preferido que me matasen a mí mismo, se lo aseguro! Dios me ha castigado por haberme burlado de Vasilisa. Me da lástima de él, pero date cuenta, se valieron de esa pistola para realizar su faena. Aunque, por lo demás, lo podrían haber hecho sin necesidad de pistolas. Porque es una persona... Bonita historia. Busca un periódico, Larión, y taparemos con papel y cola el hueco de la ventana.

Aquella misma noche, Nikolka, Mishlaievski y Lariósik salieron del pasadizo provistos de clavos, hacha y martilló. Todo lo dejaron de nuevo bien cerrado con tablas. El propio Nikolka hundió con furiosos martillazos los largos y gruesos clavos, con la intención de que las puntas quedasen visibles por fuera. Más tarde anduvieron con velas por la terraza, y luego, cruzando la fría despensa, Nikolka, Mishlaievski y Lariósik subieron al desván. Lo recorrieron todo con ruidosas pisadas e inclinándose entre las tibias chimeneas y la ropa blanca, condenaron el tragaluz.

Al enterarse de la proyectada expedición al desván, Vasilisa dio muestras del más vivo interés y se incorporó a los restantes. Anduvo entre las vigas y aprobó todas las acciones de Mishlaievski.

—Es una lástima que no nos lo hiciera saber de algún modo. Debíó mandar a Vanda Mijáilovna a nuestro piso por la puerta trasera —decía Nikolka, dejando caer gotas de estearina de la vela.

—No creas que habría sido muy fácil cuando ellos estaban en el piso —replicó Mishlaievski—. Podría haber terminado mal. ¿Crees que no se habrían defendido? Claro que sí. Antes de entrar te habrías encontrado con una bala en la tripa. Y se acabó todo. Lo que se debió hacer fue no abrirles la puerta.

—Amenazaban con disparar, Víktor Víktorovich —dijo Vasilisa, ya en plan de intimidad.

—De ningún modo lo habrían hecho —insistió Mishlaievski sin cesar de manejar el martillo—. Toda la gente de la calle les habría caído encima.

Algo más tarde, Karás se dejaba mimar en el piso de los Lisóvich lo mismo que Luis XIV en el tapiz. A esto había precedido la siguiente conversación:

—¡Qué cosas tiene! Hoy no volverán —decía Mishlaievski.

—No, no, no —contestaban a una voz Vanda y Vasilisa en la escalera—. Se lo rogamos, se lo suplicamos a usted o a Fiódor Nikoláievich, por favor... ¿Qué le cuesta? Vanda Mijáilovna le preparará una taza de té. Podrá dormir con toda comodidad. Y mañana también, se lo rogamos. ¿Cómo podríamos estar en casa sin un hombre?

—Yo no podría dormirme por nada en el mundo —confirmó Vanda, arrebujándose en la toquilla.

—Tengo coñac, entraremos en calor —dijo Vasilisa con un inesperado entusiasmo.

—Ve tú, Karás —indicó Mishlaievski.

Y a consecuencia de esto, Karás se dejaba mimar. Los sesos y la sopa de la comida, como cabía esperar, no eran más que síntomas de la repugnante enfermedad de tacañería que Vasilisa había contagiado a su costilla. Las entrañas del piso ocultaban tesoros de los que sólo Vanda tenía noticia. Sobre la mesa del comedor aparecieron un tarro de setas en vinagre, unas lonchas de ternera, dulce de cerezas y un excelente coñac. Karás pidió una copa para Vanda Mijáilovna y la llenó.

—Sólo un poco, sólo un poco —gritaba Vanda.

Vasilisa, con un gesto de abandono y obedeciendo a Karás, se tomó una copa.

—No olvides, Vasia, que te sienta mal —dijo con cariñoso acento Vanda.

Después de las autorizadas explicaciones de Karás, quien dijo que el coñac no podía hacer daño a nadie y que se lo daban con leche hasta a los anémicos, Vasilisa tomó una segunda copa; sus mejillas se colorearon y su frente se cubrió de sudor. Después de cinco copas, Karás se sentía en la mejor disposición de espíritu. «Si se le cebase, no sería fea ni mucho menos», pensaba mirando a Vanda.

Luego, Karás examinó el plan de señales con los Turbín: un timbrazo en la cocina y otro en el recibidor. A la menor cosa, harían funcionar el timbre. Y saldría a abrir Mishlaievski, todo resultaría de manera muy distinta.

Karás hizo grandes elogios del piso: era confortable y estaba bien amueblado. Su único defecto, que era frío.

Por la noche, el propio Vasilisa trajo una brazada de leños y encendió personalmente la estufa del comedor. Karás, en paños menores, yacía en una cama turca entre dos espléndidas sábanas y se sentía en la mejor de las disposiciones. Vasilisa, en mangas de camisa y luciendo los tirantes, acudió a él y se sentó en una butaca, diciendo:

—Me he desvelado ¿sabe? ¿Me permite que me quede a charlar un rato con usted?

El fuego de la estufa se había consumido, Vasilisa, redondo y tranquilo, permanecía acomodado en un sillón, suspiraba y decía:

—Verá, Fiódor Nikoláievich. Todo cuanto había adquirido con una vida de trabajo ha pasado en un momento a los bolsillos de unos miserables... por la violencia... No crea que yo negaba la revolución, de ningún modo, comprendo muy bien las causas históricas que originaron todo esto.

Un resplandor rojizo se reflejaba en la cara de Vasilisa y en los pasadores de sus tirantes. Karás, con la laxitud del maravilloso coñac, se quedaba amodorrado, procurando mantener en su cara una expresión cortés y atenta...

—Pero coincidirá conmigo. En Rusia, en un país como el nuestro, indudablemente el más atrasado, la revolución ha degenerado en revuelta... Hay que ver lo que ocurre... Nada más que en dos años hemos perdido todo el apoyo que la



ley presta, carecemos de la más mínima defensa de nuestros derechos como hombres y ciudadanos. Los ingleses dicen...

—Los ingleses... ellos, claro —balbució Karás, sintiendo que una suave pared empezaba a separarle de Vasilisa.

—... Aquí no puede hablarse de que «tu casa es tu fortaleza» cuando uno no está garantizado en su propio piso, cerrado con siete cerrojos, de que una cuadrilla como la que hoy ha estado aquí le quite no sólo los bienes, sino también la vida.

—Nos preocuparemos del sistema de señales y de las maderas de las ventanas —contestó Karás no muy a propósito, con voz de sueño.

—¡Pero no se trata de eso, Fiódor Nikoláievich! Todo no reside en el sistema de señales, querido. No hay señal capaz de detener la desintegración y descomposición que han anidado ahora en las almas de los hombres. El sistema de señales es un simple caso concreto, pero ¿y si se estropea?

—Lo arreglaremos —contestó Karás en el mejor de los mundos.

—Toda la vida no puede descansar en sistema de señales y pistolas. No se trata de eso de lo que yo trato es de generalizar, por así decirlo, un caso concreto. El asunto es que ha desaparecido lo principal, el respeto a la propiedad. Y si esto es así, se acabó. Si es así, estamos perdidos. Mis convicciones son las de un demócrata, yo mismo procedo del pueblo. Mi padre fue un simple capataz de ferrocarriles. Todo lo que usted ve aquí y todo cuanto hoy me robaron esos miserables, ha sido ganado exclusivamente con mi esfuerzo. Créame, nunca traté de defender el viejo régimen; al contrario, se lo confieso en secreto, pertenezco al partido demócrata constitucionalista, pero ahora, cuando con mis propios ojos he visto a qué lleva todo esto, se lo juro, en mí nace la siniestra seguridad de que lo único que puede salvarnos... —por entre el suave velo que envolvía a Karás llegó un suspiro...— es la autocracia. Sí... La dictadura más feroz que imaginarse pueda... La autocracia...

«La ha tomado con la autocracia —pensó el bienaventurado Karás—. Sí, con ella no valen las bromas». Ejem... —articuló a través de los algodones.

—Ay, du-du-du-du, el *habeas corpus*, ay, du-du-du-du... Ay, du-du-du... —zumbaba la voz a través de los algodones—. Ay, du-du-du, hacen mal en pensar que esta situación puede prolongarse durante mucho tiempo, ay, du-du-du, y le desean larga vida. ¡No! Esto no durará muchos años, y sería ridículo pensar que...

—La fortaleza de Ivangórod —interrumpió inesperadamente a Vasilisa la voz del difunto comandante, con su alto gorro de piel.

—¡larga vida!

«Y Ardagan y Kars» —confirmó Karás entre la niebla.

—¡larga vida!

La respetuosa risita de Vasilisa llegó desde lejos.

—¡Larga vida!

cantaban alegremente las voces en la cabeza de Karás.



## Cinco

Larga vida-a. Larga vida.  
Larga-a-a vida-a-a...

cantaban los nueve bajos del famoso coro de Tolmashevski.

Larga-a-a-a... vida-a-aa...

repetían las voces cristalinas de los tiples.

Larga... Larga... Larga...

subía él canto de los sopranos hasta enroscarse en la misma cúpula.

—¡Mira! ¡Mira! Es Petliura...

—Mira, Iván...

—No seas estúpido... Petliura está ya en la plaza...

Cientos de cabezas se amontonaban en el coro, apretándose unas a otras, y se asomaban a la balaustrada, entre las viejas columnas decoradas con negras pinturas al fresco. Entre empujones y codazos, entre una gran agitación, tratando de asomarse para ver lo que ocurría en el fondo de la catedral, los cientos de cabezas, semejantes a amarillas manzanas, colgaban en apretada y triple capa. En el fondo se balanceaba una sofocante ola de mil colores y sobre ella se alzaba una nube de sudor y vapores, de incienso y del humo de cientos de cirios y de las macizas lámparas que colgaban de sus cadenas. La pesada cortina, chisporroteando, se arrastraba en anillos y tapaba las verjas de secular metal negro y sombrío, como toda la catedral de Santa Sofía, de las puertas reales. Las lenguas de fuego de las velas y cirios chisporroteaban en los candelabros y un hilo de humo se desprendía de ellos hacia arriba. Les faltaba aire. En las proximidades del altar mayor reinaba una barahúnda indescriptible. De las puertas laterales del altar, por las desgastadas losas de granito, iban saliendo las casullas de oro, con gran revuelo de manípulos. Surgían los redondos gorros color violeta de los sacerdotes, los estandartes eran retirados de las paredes. La espantosa voz de sochantre del protodiácono Serebriakov rugía en lo más espeso. Una casulla, sin cabeza ni brazos, jorobada, flotó sobre la masa y se perdió entre la gente; luego salió hacia arriba la manga enguantada de una sotana, y a continuación la otra. Sacudían los pañuelos a cuadros y se los anudaban a la cara.

—Padre Arkadi, tápese bien, hace una helada terrible. Permítame que le ayude.

Los estandartes se inclinaban al cruzar la puerta como banderas vencidas. Parecían flotar los rostros marrones de las imágenes y las misteriosas palabras bordadas en oro, las puntas de los cordones barrían el suelo.

—Dejad pasar...

—¿Adonde van?

—¡Manka! Que nos aplastan...

—¿En honor de qué? —una voz de bajo, en un susurro—. ¿De la república popular de Ucrania?

—El diablo lo sabe —en un susurro.

—Todos los popes están con ellos...

—Cuidado...

¡Larga vida!

se extendió sonoro por toda la catedral el cántico del coro...

El grueso Tolmashevski, congestionado, apagó la candela de cera y se guardó el diapasón en el bolsillo. Los cantantes, con sus marrones vestiduras galoneadas de oro que les llegaban hasta los talones —los albinos tiples que parecían calvos y los bajos de cabeza de caballo— fluyeron desde las oscuras y sombrías alturas. Las oleadas humanas se movieron hacia todas las salidas, cada vez más espesas, entre grandes empujones.

De los altares laterales salían los sacerdotes con las cabezas atadas como si tuviesen dolor de muelas y los ojos desconcertados; aparecieron los gorros de cartón color violeta, que parecían de juguete. El padre Arkadi, deán de la catedral, un hombre menudo y canijo, con la resplandeciente mitra sobre el pañuelo a cuadros, avanzaba a cortos pasitos en medio de la riada. Sus ojos denotaban desesperación y le temblaba la barbita.

—Va a haber procesión. Vamos, Mitka.

—¡Cuidado! No empujen. Van a atropellar a los popes...

—Es lo que se merecen.

—¡Ortodoxos! Han aplastado a un niño...

—No comprendo, nada...

—Si no comprende, váyase a casa, no tiene por qué hablar así.

—¡Me han robado el bolso!

—Pero si son socialistas. ¿No es así? ¿Qué tienen que ver los popes con todo esto?

—Cállese.

—Los popes si les dan un billete de cinco rublos son capaces de decir una misa al diablo.

—Es el momento más oportuno para acudir al mercado y entrar en las tiendas de los judíos. La ocasión la pintan calva...

—Yo no digo nada.

—Que aplastan a una mujer, que aplastan a una mujer...

—Ga-a-a-a... Ga-a-aa...

De las puertas laterales abiertas entre las columnas, un peldaño tras otro, sin poder volver la cabeza ni menearse, todo avanzaba girando hacia la salida. Los

histriones de gruesas pantorrillas de un siglo desconocido cruzaban danzando y tocando sus flautas en los viejos frescos de las paredes. Por todos los pasos, entre continuos rumores, se movía la masa semiasfisiada, con la embriaguez, del gas carbónico, el humo y el incienso. Aquí y allá, surgían los leves gritos de dolor de las mujeres. Los rateros hacían su agosto, moviendo por entre los fundidos trozos de aplastada carne humana sus hábiles dedos, que trabajaban con el arte de auténticos virtuosos. Crujían miles de pies, la multitud bullía y rumoreaba.

—Dios santo...

—Señor mió Jesucristo... Reina de los cielos...

—Habría hecho mejor en quedarme en casa. ¿Qué es esto?

—Ojalá te despachurren, canalla...

—El reloj, un reloj de plata, queridos hermanos. Lo compré ayer mismo...

—Puede decir que ha sido una ofrenda a Dios...

—¿En qué lenguaje han dicho la misa? Pues no lo entiendo.

—En el lenguaje de Dios, tía.

—Hay que prohibir severamente que se hable como los de Moscú.

—¿Cómo es eso? ¿Es que no se permite hablar en nuestro idioma ortodoxo?

—Le han arrancado los pendientes. Con un trozo de oreja...

—¡Detened a ese bolchevique, cosacos! ¡Es un espía! ¡Un espía bolchevique!

—Esto no es Rusia.

—Oh, Dios mío, van con penachos... Mira, Marusia, sus galones.

—Me siento... mal.

—¡Fuera! ¡A Rusia! ¡Fuera de Ucrania!

—Todos nos sentimos mal. Todos se sienten muy mal No me mire de esa manera, no empuje. ¿Se ha vuelto loco, condenado?

—¡Fuera! ¡A Rusia! ¡Fuera de Ucrania!

—Deberían mandar unas secciones de policía. ¿Se acuerda, Iván Ivánovich, de las fiestas del año jubilar? Jo, jo.

—¿Quiere la vuelta a los tiempos de Nicolás el Sanguinario? Lo sabemos, sabemos qué ideas le rondan en la cabeza.

—Déjeme en paz, por favor, se lo pido. Yo no me meto para nada con usted.

—Señores, no puedo ni respirar... Me asfixio.

—No llegaré a la calle. Me moriré antes.

La gente se amontonaba y empujaba buscando la salida principal. Perdían los gorros, alborotaban y no dejaban de persignarse. Por una puerta lateral, en la que en un instante rompieron dos cristales, salió expulsado el cortejo, revestido de plata y oro, aplastado y aturdido. Las doradas manchas flotaban en el negro amasijo, en el que sobresalían los altos gorros de los sacerdotes y las mitras de los preladados; los estandartes se inclinaban al salir por entre los cristales, se enderezaban y avanzaban enhiestos.

La helada era muy intensa. La ciudad estaba envuelta en neblina. La nieve de la

plaza de la catedral crujía sonora, aplastada por miles de pies. La fría neblina, flotante en el aire inmóvil, subía hacia las torres. La campana grande de Santa Sofía atronaba en sus intentos de acallar aquella terrible algarabía. Las campanas pequeñas repicaban sin orden ni concierto. Era como si Satanás se hubiese subido al campanario, como si el mismo diablo, ensotinado y con deseos de divertirse, fuese el autor del griterío. En las negras aberturas del alto campanario, que en otros tiempos tocara a rebato anunciando la presencia de los tártaros de mirada oblicua, se veía cómo volteaba y gritaban las campanas pequeñas, lo mismo que perros enfurecidos sujetos a la cadena. La helada crepitaba y se cernía sobre las cabezas. Se extendía y movía a las almas a la contrición entre la masa de la gente del pueblo amontonada en la plaza de la catedral.

Los mendigos, a pesar del intenso frío, habían ocupado ya sus puestos con las cabezas destocadas —unas calvas como calabazas maduras, otras cubiertas con una pelambreira color naranja—, sentados a la manera, turca a lo largo del empedrado sendero que conducía al arco grande del campanario, y cantaban con voz gangosa.

Los ciegos entonaban una canción que desgarraba el alma acerca del Juicio Final. Ante ellos, en el suelo, habían colocado sus rotas gorras, sobre las que caían los sucios billetes y desde las que miraban las desgastadas monedas de diez *kopeks*.

Ay, cuando el fin del mundo llega  
y el Juicio Final se acerca...

Las terribles notas, que pellizcaban el corazón, fluían de la endurecida tierra, brotaban gangosas y chillonas de las bandurrias de amarillos dientes y curvo mástil.

—Hermanos y hermanas, mirad mi miseria. Una limosna por el amor de Dios.

—Vamos de prisa a la plaza, Fiódor Petróvich, vamos a llegar tarde.

—Se va a celebrar un oficio en acción de gracias.

—Va a haber procesión.

—Un oficio impetrando la victoria sobre la revolución del ejército popular ucraniano.

—¿Qué victoria se va a impetrar? Ya han vencido.

—¡Habrán nuevas victorias!

—Se avecina otra campaña.

—¿Contra quién?

—Contra Moscú.

—¿Qué Moscú?

—Ya se sabe contra cuál.

—¡Qué más querrían!

—¿Qué ha dicho? Repítalo. Muchachos, ¿habéis oído lo que acaba de decir?

—¡Yo no he dicho nada!

—¡Sujetadlo! ¡Sujetad a ese canalla!

—Vamos, Marusia, a la otra puerta. Por aquí no pasaremos. Dicen que Petliura está en la plaza. Vamos a ver a Petliura.

—No seas tonta. Petliura está en la catedral.

—La tonta eres tú. Dicen que va montado en un caballo blanco.

—¡Gloria a Petliura! ¡¡¡Gloria a la República Popular de Ucrania!!!

—Tan... tan... tan... Tan-tan-tan... Tin-tan-tan. Tan-tan-tan —repetían furiosas las campanas.

—Mirad estos infelices, ciudadanos ortodoxos, buena gente... A este ciego... A este lisiado...

Un mendigo sin piernas y renegrado, con el trasero recubierto con un trozo de cuero, se metió, trabajando con las manos envueltas en manoplas en la pisoteada nieve, entre los pies. Lisiados y ulcerosos, presentaban sus lacras en las amoratadas pantorrillas, sacudían la cabeza como dominados por un *tic* nervioso y la parálisis, ponían los ojos en blanco, fingiéndose ciegos. Con acentos que desgarraban el alma y conmovían los corazones, recordando la miseria, el engaño, la desesperanza y el horror de las estepas, las malditas liras rechinaban como ruedas, gemían y aullaban en la espesura.

—Vuelve a tu tierra, huerfanito, has ido muy lejos...

Las viejas desgredadas y temblorosas, de nariz de pico, tendían las manos secas y apergaminadas y aullaban:

—¡Hermoso mozo! ¡Que Dios te de salud!

—Ten compasión de esta desgraciada anciana, señorita.

—Que Dios no os deje de su mano, queridos...

Mujeres de raídos abrigos y pies planos, largos caftanes y cofias de ancho vuelo, hombres con gorros de piel de cordero, coloradotas muchachas, funcionarios retirados con las polvorientas huellas de la escarapela, mujeres de edad y abultado vientre, revoltosos chiquillos, cosacos embutidos en sus capotes y gorros de piel con tapa de paño de distintos colores —azul, rojo, verde, violeta— galoneados de oro y plata como ataúdes, se extendían como un negro mar por la plaza de la catedral, mientras que las puertas del templo dejaban escapar nuevas y nuevas oleadas. Después de respirar el aire de la calle y recobrar sus energías, la procesión se ordenaba, se alargaba y avanzaba en gran orden, con las cabezas protegidas por los pañuelos de cuadros, las mitras y los gorros de los sacerdotes. Desfilaban las revueltas cabelleras de los diáconos, los bonetes de los monjes, las puntiagudas cruces sobre las doradas astas, los estandartes con las imágenes del Salvador y de la Virgen y el Niño, los lienzos que ondeaban al aire bordados de oro y carmesí, pintados a la antigua manera eslava.

Cual gris nubarrón que se arrastra como una serpiente, como los turbios torrentes que corren por las viejas calles, la incalculable fuerza de Petliura acudía al desfile de la plaza de la vieja Santa Sofía.

Las apretadas filas de la división azul abrieron marcha, rompiendo el aire con el

estruendo de las trompetas y los brillantes platillos, cortando el negro frío de la muchedumbre.

Los de Galitzia pasaron con sus capotes azules y los gorros de caracul, de tapa del mismo color, ladeados. Dos banderas bicolors, inclinadas entre los sables desenvainados, cruzaron tras la banda de trompetas. A continuación avanzaron con paso marcial, haciendo crujir la nieve, las filas vestidas con paño de buena calidad, aunque de procedencia alemana. Tras el primer batallón vinieron otros que vestían largas batas ceñidas con sus cinturones y con cascos en la cabeza: el pardo bosque de las bayonetas se incorporó, como un nubarrón revestido de pinchos, al desfile.

Pasaron como una fuerza terrible los grises y baqueteados regimientos de tiradores de Siech. Pasaron los batallones de infantería y, caracoleando en sus monturas, cruzaron en los espacios entre uno y otro los bravos jefes de regimiento, batallón y compañía. Las marchas victoriosas atronaban con sus brillantes instrumentos en aquel río multicolor.

Tras los infantes, al trote largo, bailando sobre las sillas, pasaron los jinetes de los regimientos montados. Cegaron los ojos del pueblo entusiasmado los gorros aplastados y ladeados, de tapas azules y verdes, y los rojos gallardetes con sus borlas doradas.

Las picas saltaban como agujas, sujetas con las correas al hombro derecho. Los alegres y sonoros timbales se sucedían en la formación y el resonar de las cornetas impulsaba a los caballos de jefes y trompeteros. Grueso como un globo y alegre, Bolbotún pasó al frente de su regimiento, mostrando al aire la brillante y baja frente y las hinchadas y jubilosas mejillas. La yegua alazana, mirando de reojo con su ensangrentada pupila y mordiendo el bocado, con los belfos cubiertos de espuma, se encabritaba, sacudiendo al pesado Bolbotún, haciendo sonar el corvo sable contra las botas del jinete, mientras que el coronel espoleaba suavemente los hundidos y nerviosos ijares del animal.

Los jefes van con nosotros,  
con nosotros como hermanos,

cantaban desfilando al trote, bailando sobre las sillas, los intrépidos jinetes ucranianos, y ondeaban los gallardetes de vivos colores.

El regimiento del coronel Kozir-Leshko pasó con su bandera amarilla-azul que ostentaba las huellas de muchas balas, entre una música de acordeones. El coronel, muy moreno y con sus bigotes de afiladas guías, se mostraba sombrío y no cesaba de sacudir fustazos en la grupa de su montura. Tenía motivo para el enfado: las descargas de los hombres de Nai-Turs habían barrido en la nebulosa mañana de Brest-Litovski a las mejores secciones de Kozir, y el regimiento que pasaba al trote se presentaba con unas filas muy diezmadas al desfile.

A continuación apareció el regimiento de caballería del Mar Negro que llevaba el



nombre de Mazepa. El nombre del famoso *hetman* que en la batalla de Poltava estuvo a punto de causar la perdición del emperador Pedro<sup>[11]</sup> iba escrito con letras de oro sobre el azul de la seda.

La gente cubría las grises y amarillas paredes de las casas, se subía a los guardacantones. Los chiquillos se encaramaban a las farolas y a lo alto de las tapias, se removían en los tejados, silbaban y gritaban: ¡burra... hurra...!

—¡Gloria! ¡Gloria! —gritaban en las aceras.

Las tortas de las caras se amontonaban en los cristales de balcones y ventanas.

Los conductores de trineo, balanceándose, se subían al pescante de sus vehículos y agitaban los látigos.

—Decían que eran unas bandas... Ahí tenéis las bandas. ¡Hurra!

—¡Gloria! ¡Gloria a Petliura! ¡Gloria a nuestro Padre!

—Hurra...

—Mira, Manía... El del caballo gris es Petliura. Qué guapo...

—¿Qué dice, señora? Es un coronel.

—¿De veras? ¿Y dónde está Petliura?

—Está en el palacio, recibiendo a los embajadores franceses que han venido de Odesa.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué embajadores?

—Según dicen, Piotr Vasílievich, Petliura —a media voz— se encuentra en París. ¿Ha visto?

—Ahí tiene las bandas...

—¿Pero dónde está Petliura? Dígame. ¿Dónde está? Déjenme ver aunque sea un poco.

—Petliura, señora, se encuentra ahora en la plaza, donde preside la revista.

—Nada de eso. Ha ido a Berlín para entrevistarse con el presidente para concluir una alianza.

—¿Qué presidente? Eso es una infame provocación.

—Me refiero al presidente de Berlín... Con motivo de la proclamación de la república...

—¿Lo han visto? ¿Lo han visto? Qué serio... Ha pasado por la calle Rilski en coche. Tirado por seis caballos...

—Perdón, ¿es que creen en los obispos?

—Yo no digo que crean o no crean... Lo único que he dicho es que acaba de pasar. Interprete usted mismo el hecho como mejor quiera...

—El hecho es que los popes están diciendo misa...

—Con ellos se sentirá más fuerte...

—Petliura. Petliura. Petliura. Petliura. Petliura...

Retumban las pesadas ruedas, traqueteaban los armones, después de los diez regimientos a caballo seguían las cintas interminables de la artillería. Pasaban los gruesos y chatos morteros, las piezas de largos y finos tubos; los servidores, alegres y

bien nutridos, con aire victorioso, permanecían sentados en los arzones. Pasaban tirando con todas sus fuerzas de los cañones de seis pulgadas los robustos caballos de redonda grupa y los pencos campesinos acostumbrados al trabajo, parecidos a pulgas preñadas. Cruzó con gran facilidad la artillería montada de montaña, cuyas pequeñas piezas saltaban, rodeadas de apuestos jinetes.

—Y decían que no eran más de quince mil hombres... Nos tenían engañados. Quince... bandido... descomposición... No hay quien los cuente. Otra batería... otra, otra...

La gente aplastaba a Nikolka y él, con la nariz de pico de pájaro metida en el cuello de su capote de estudiante, pudo subirse por fin hasta una hornacina abierta en el muro. Una alegre mujer con botas de fieltro, que ya se encontraba allí, le dijo jubilosa:

—Agárrese a mi brazo, señorito, yo me sujetaré de éste ladrillo. Porque de lo contrario nos caeremos los dos.

—Gracias —rezongó Nikolka desde dentro del cuello del abrigo, cubierto de escarcha—. Me agarraré a esta escarpia.

—¿Pero dónde está Petliura? —preguntó la habladora mujer—. Tengo muchos deseos de verlo. Según dicen, es muy guapo.

—Sí —gruñó Nikolka con un tono indefinido y sin apartar los labios de la piel de cordero—, muchísimo. «Otra batería... Diablos... Vaya, vaya, ahora comprendo...».

—Creo que es ése que ha pasado en el automóvil... ¿Usted no lo ha visto?

—Petliura está en Vínitsa —contestó Nikolka, con voz sepulcral y seca, moviendo los dedos de los pies que se le habían quedado tiesos en las botas de cuero. «No sé por qué no me puse las de fieltro. ¡Cómo huela!».

—Mira, mira, Petliura.

—Ese no es Petliura, es el jefe de la policía.

—Petliura tenía en mayo su residencia en Biélaia Tsérkov. Ahora Biélaia Tsérkov será la capital.

—Dígame, ¿es que no va a venir a la ciudad?

—Vendrá cuando sea la hora.

—Ya, ya, ya...

Chirridos, chirridos, chirridos. Un sordo retumbar de bombos se extendió por la plaza de Santa Sofía. Por la calle se arrastraban ya, con las ametralladoras asomadas a las aspilleras y haciendo girar las pesadas torretas, cuatro pesados coches blindados. Pero el rubicundo y entusiasta Strashkévich no iba dentro, de ninguno de ellos. Su cadáver, perdidos ya los colores, sucio y amarillo como la cera, yacía inmóvil en Pechersk, pasada la puerta del parque Marinski. En la frente presentaba un pequeño orificio y otro, cubierto de sangre coagulada, detrás de la oreja. Los pies descalzos del entusiasta oficial sobresalían de entre la nieve y sus ojos de cristal miraban al cielo a través de las desnudas ramas de los arces. Alrededor todo estaba muy tranquilo, en el parque no había ni un alma, y en la calle eran muy pocos los que se veían. La música

de la vieja plaza de Santa Sofía no llegaba hasta allí, por lo que la cara del entusiasta Strashkévich estaba, sumida en una completa, tranquilidad.

Los blindados, abriéndose paso entre bocinazos a través del gentío, siguieron hacia el lugar donde Bogdán Jmelníski<sup>[12]</sup>, con el bastón de mando en la mano, negro sobre el cielo, indicaba hacia el nordeste. La campana seguía difundiendo sus densas olas de aceite por las nevadas colmas y los tejados de la ciudad; el tambor seguía redoblando entre la multitud y los chiquillos, desenfrenados en su alegre exaltación, se subían hasta los cascos del negro Bogdán. Por las calles atronaban ya los camiones, haciendo rechinar las cadenas de las ruedas, repletos de mozas y mozos con anchos calzones azules que cantaban con afinada voz...

En la calle Rilski resonó una descarga. Momentos antes el gentío se había estremecido en un chillido de mujeres. Alguien acudió, clamando:

—¡A ellos, a ellos!

Era una voz desgarrada, presurosa, ronca:

—Los conozco. ¡Agarradlos! Oficiales. Oficiales. Son oficiales... ¡Los he visto con sus insignias!

Los hombres de una sección del regimiento número 10, que esperaba el momento de salir a la plaza, echaron pie a tierra, se metieron entre la gente tratando de apoderarse de alguien. Gritaron las mujeres. El capitán Pleshko, sujeto de ambos brazos, exclamaba con voz débil y ronca:

—No soy oficial, nada de eso. Nada de eso. ¿Qué hacen ustedes? Soy empleado de banca.

Agarraron con él a otro, muy pálido, que permanecía silencioso y se retorció las manos...

Luego la gente echó a correr a lo largo de la calle entre grandes apretones, como si cayesen de un saco roto. Todos corrían horrorizados. Quedó libre un lugar completamente blanco, con la única mancha del gorro que alguien había perdido. También el capitán Pleshko fue conducido a esa calle, tres veces arrepentido, y allí pagó su curiosidad por los desfiles. Quedó tendido ante el jardinillo de una casa perteneciente a la catedral de Santa Sofía, boca arriba y con los brazos en cruz, mientras que el otro, el silencioso, caía a sus pies de bruces contra la acera. Al instante resonaron los platillos en un rincón de la plaza, volvieron las apreturas y el alboroto y retumbó la banda de música. Se oyó una victoriosa voz de mando. Y una fila tras otra, luciendo sus penachos, se puso en marcha el regimiento de caballería de la Rada.

De la manera más inesperada, el fondo gris se rompió entre las cúpulas y apareció el sol entre la turbia neblina. Era tan grande como nadie lo había visto en Ucrania y completamente rojo, como la sangre. Del globo, que a duras penas resplandecía a través de la cortina de nubes, salían y se extendían a lo lejos unas franjas de sangre

coagulada. El sol teñía de sangre la cúpula central de Santa Sofía, que proyectaba sobre la plaza una extraña sombra. Bogdán adquirió un tinte violeta y la agitada muchedumbre se hizo aún más negra, más densa, más aplastada. Se vio cómo unos hombres grises, ceñidos con cinturones, subían por una escalera a la roca del pedestal y trataban con sus bayonetas de arrancar la inscripción del negro granito. Pero las bayonetas resbalaban inútilmente en la piedra. Bogdán clavaba las espuelas en los flancos de su caballo, tratando de escapar de quienes se colgaban en los cascotes de la montura. Su cara, vuelta hacia el globo rojo, estaba furiosa; él seguía señalando hacia la lejanía con el bastón de mando en la mano.

En aquel momento, en el helado y resbaladizo pilón de la fuente, unos brazos levantaron a un hombre sobre el bullicio de la multitud. Vestía un abrigo oscuro con cuello de piel y, a pesar del frío, se había quitado el gorro y lo tenía en la mano. La plaza seguía siendo un bullicioso hormiguero, pero las campanas de Santa Sofía habían enmudecido y las bandas de música se habían dispersado por las heladas calles. Al pie de la fuente se reunió un enorme gentío.

—Petka, Petka, ¿quién es ése?

—Me parece que es Petliura.

—Va a hablar Petliura...

—No diga estupideces... Es un simple orador...

—Un orador, Marusia. Mira... Mira...

—Van a leer una declaración...

—Nada de eso, van a anunciar un decreto.

—¡Viva Ucrania libre!

El hombre, como buscando inspiración, miró sobre los miles de cabezas hacia el lugar donde cada vez más claro se veía el disco del sol y resplandecía con un denso matiz rojizo el oro de la cruz. Agitó la mano y gritó con voz débil:

—¡Gloria al pueblo!

—Petliura... Petliura.

—¿Qué ha dicho? ¿Que es Petliura?

—¿Por qué iba a subir Petliura a la fuente?

—Petliura está en Járkov.

—Acaba de entrar en el palacio, donde se va a celebrar un banquete.

—No diga embustes, no va a haber ningún banquete.

—¡Gloria al pueblo! —repitió el hombre, y un mechón de cabellos rubios le cayó sobre la frente.

—¡Silencio!

La voz del hombre rubio se hizo más firme. Se oía claramente entre el ruido de los pasos que aplastaban la nieve, entre el zumbido y la resaca, entre el redoblar de los lejanos tambores.

—¿Habéis visto a Petliura?

—Claro que sí, acabo de verlo.

—¡Qué suerte tiene! ¿Cómo es? ¿Cómo?

—Luce unos bigotes negros con las guías hada arriba como los de Guillermo, lleva un casco de acero. Pero ahí va, ahí va, mire, mire, María Fiódrovna...

—¡Eso es una provocación! Es el jefe de bomberos de la ciudad.

—Señora, Petliura está en Bélgica.

—¿Para qué ha ido a Bélgica?

—Para concertar una alianza con los aliados...

—De ningún modo. Acaba de pasar con su escolta hacia la Duma.

—¿Para qué?

—Se va a proceder al juramento...

—¿Va a jurar?

—¿Por qué? Le van a prestar juramento a él.

—Pues yo prefiero la muerte —en un susurro— a prestar juramento...

—Usted no tiene por qué prestarlo... Con las mujeres no se meten.

—Con los que se meten es con los judíos, eso es cierto...

—Y con los oficiales. Les van a sacar a todos las tripas.

—Y con los terratenientes. ¡Abajo!

—¡Silencio!

El hombre rubio, con una extraña angustia y, al mismo tiempo, con muestras de decisión en los ojos, señaló hacia el sol.

—Habéis oído, hermanos y camaradas —dijo—, cómo cantaban los cosacos: «Los jefes van con nosotros, con nosotros como hermanos». Con nosotros. ¡Van con nosotros! —el hombre se golpeó con el gorro en el pecho, cruzado por una enorme banda roja—, con nosotros. Los jefes van con el pueblo, con él nacieron y con él morirán. Nuestros soldados vinieron entre la nieve al asalto de la ciudad, la conquistaron valientemente y la bandera roja ondea ya sobre esas moles...

—¡Hurra!

—¿Qué es eso de roja? ¿Cómo dice eso? Es amarilla y azul.

—La bandera roja es la de los bolcheviques.

—¡Silencio!

—Casi no sabe hablar en ucraniano...

—¡Camaradas! Tenemos ante nosotros una nueva tarea, la de levantar y robustecer la nueva república para la felicidad de los elementos trabajadores, de los obreros y campesinos. ¡Los soldados que derramaron su sangre y su sudor sobre nuestra sagrada tierra tienen derecho a poseerla!

—¡Bien dicho! ¡Viva!

—¿Has oído? Nos llama «camaradas». Vivir para ver...

—Silencio.

—Por eso, queridos ciudadanos, hoy, en la hora feliz de la victoria del pueblo — los ojos del orador empezaban a brillar y sus manos se elevaban cada vez con más exaltación hacia el denso cielo; cada vez intercalaba menos palabras ucranianas en su

discurso—, juremos no deponer las armas hasta que la bandera roja, símbolo de la libertad, ondee sobre todo el mundo de los trabajadores.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!... La Interna...

—Cállate, Vaska. ¿Te has vuelto loco?

—¡Cuidado, Schur!

—No puedo contenerme, créame, Mijaíl Semiónovich. Arriba... parias...

Las negras patillas de Oneguin se escondieron en el amplio cuello de castor. Sólo se podía ver cómo se volvieron inquietos hacia el entusiasmado motorista unos ojos extraordinariamente parecidos a los del difunto alférez Shpolianski, muerto la noche del catorce de diciembre. Una mano calzada con guante amarillo apretó el brazo de Schur...

—Está bien. Está bien, no seguiré —balbució Schur, comiéndose con los ojos al rubio.

Éste, ya dueño de sí y de la gente apiñada en las primeras filas, gritó:

—Vivan los Soviets de obreros, labradores y cosacos. Vivan...

El sol se apagó de pronto y las sombras invadieron las cúpulas de Santa Sofía. La cara de Bogdán se recortó muy precisa, lo mismo que la del orador. Se veía cómo saltaba el mechón de pelo rubio sobre su frente...

—A-a, a-a... —se removi6 la muchedumbre.

—... los Soviets de obreros, campesinos y soldados rojos. Proletarios de todos, los países, unidos...

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¡Gloria!

En las filas traseras varias voces de hombre y una muy fina y sonora empezaron a cantar: «Aunque pierda la vida...».

—¡Hurra! —gritaron victoriosamente en otro sitio. Más allá se produjo un remolino.

—¡Detenedlo! ¡Detenedlo! —se alzó una voz de hombre ronca, colérica y llorosa—. ¡Detenedlo! Se trata de una provocación. ¡Es un bolchevique! ¡Uno de Moscú! ¡Detenedlo! Ya habéis oído lo que decía...

Unas manos se agitaron en el aire. El orador se echó hacia un lado. Desaparecieron sus piernas, el vientre; luego desapareció la cabeza, cubierta por el gorro.

—¡Detenedlo! —se unió a la primera voz otra, de tenor—. Es un falso orador. Sujetadlo, muchachos, agarradlo, ciudadanos.

—Aa, a, a. ¡Alto! ¿Quién es? ¿A quién han cogido? ¿A quién? ¡Aquí no hay nadie!

El propietario de la voz fina se lanzó hacia la fuente. Parecía como si sus manos quisieran atrapar un pez grande y escurridizo. Pero el torpe Schur, con su chaquetón de cuero y su gorro de orejeras, se puso delante de él vociferando: «¡Detenedlo!», y de pronto se puso a gritar:

—¡Esperad, hermanos, me han robado el reloj!

Una mujer, a la que habían dado un fuerte pisotón, lanzó un penetrante chillido.

—¿A quién le han robado el reloj? ¿Dónde? ¡Es mentira, no se escapará!

Alguien agarró por detrás del cinturón al propietario de la voz fina y lo sujetó. En aquel instante, una mano grande y fría, descargó sobre su nariz y sus labios un pesado puñetazo de libra y media.

—¡Ay! —exclamó el de la voz fina, pálido como la muerte, y notó que su cabeza estaba desnuda, que había perdido el gorro.

Acto seguido sintió un segundo manotazo y oyó que alguien chillaba en las alturas:

—Aquí está el ladronzuelo, el hijo de perra. ¡Duro con él!

—¿Qué dice? —chilló el de la voz fina—. ¿Por qué me pega? ¡No he sido yo! ¡No he sido yo! ¡Hay que detener al bolchevique! ¡Ay!

—Dios mío, Dios mío. Vámonos, Marusia, ¿qué es esto?

Entre la multitud, junto a la fuente, se arremolinó el gentío. Golpeaban a alguien, alguien chillaba, todos iban de un lado a otro, y, lo más importante, el orador había desaparecido. Se había evaporado como por arte de magia, como si se le hubiese tragado la tierra. Alguien fue sacado del remolino, aunque no se parecía en absoluto al falso orador: éste llevaba un gorro negro y el del otro era gris y alto. Pocos minutos después, el revuelo se había calmado. Era como si no se hubiese producido nada, porque ya levantaban a un nuevo orador al borde de la fuente y de todas partes acudían a escucharlo, incorporándose al núcleo central, hasta formar una masa que no bajaría de dos mil hombres.

Al llegar al jardinillo del blanco callejón, del que los curiosos habían desaparecido al terminar el desfile, el burlón Schur no pudo contenerse y se dejó caer en la acera.

—Voy a reventar de risa como un perro —atronó, apretándose el vientre. Las carcajadas brotaban sonoras de su boca, que mostraba unos dientes muy blancos—. ¡Qué paliza le han dado, Dios mío!

—No se entretenga mucho, Schur —dijo su acompañante, el desconocido del cuello de castor, que como una gota de agua a otra se parecía al famoso y difunto alférez, presidente de «Magnitni Triolet», Shpolianski.

—Ahora, ahora —se calmó Schur, incorporándose.

—Déme un cigarrillo, Mijaíl Semiónovich —dijo el segundo acompañante de Schur, un hombre alto que vestía abrigo negro. Se echó el gorro hacia atrás y un mechón de pelo rubio le cayó sobre las cejas. Respiraba fatigosamente como si a pesar del frío tuviese mucho calor.

—¿Ha sufrido mucho? —preguntó cariñosamente el desconocido, que levantó el faldón de su abrigo, sacó una pequeña pitillera de oro y ofreció al rubio un cigarrillo alemán sin boquilla. Esté lo encendió resguardando con la mano izquierda la llama de

la cerilla y sólo después de haber lanzado una bocanada de humo, articuló:

—¡No puede figurarse!

A continuación, los tres reemprendieron la marcha a paso rápido y desaparecieron a la vuelta de la esquina.

Dos estudiantes que salían de la plaza se adentraron en el callejón. Uno era pequeño, ancho de hombros y calzaba brillantes chanclos de caucho. El otro era alto, con unas piernas largas como las patas de un compás; caminaba dando grandes zancadas.

Los dos llevaban el cuello del capote levantado hasta el borde de la gorra. El alto se tapaba incluso la boca con una bufanda, cosa que a nadie debía extrañar con el frío que hacía. Como obedeciendo a una voz de mando, ambos movieron la cabeza y se quedaron mirando el cadáver del capitán Pleshkó y el otro, que yacía de bruces con las rodillas muy separadas y clavadas en la nieve. Siguieron de largo sin pronunciar ni una sola palabra.

Luego, cuando torcieron de la calle Rilski a la Zhitómirskaia, el alto se volvió hacia su compañero y dijo con voz de tenor algo ronca:

—¿Has visto? Di, ¿has visto?

El pequeño no contestó nada, pero su boca se contrajo como si lanzase un mugido, como si repentinamente hubiese sentido dolor de muelas.

—No lo olvidaré por mucho que viva —prosiguió el alto, sin frenar sus zancadas—. Lo recordaré.

El pequeño caminaba en silencio tras él.

—Hay que darles las gracias por la lección. Pero si en alguna ocasión llego a tropezarme con ese canalla... con el *hetman*... —dentro de la bufanda resonó un silbido—, entonces... —el alto dejó escapar una interminable blasfemia y no terminó la frase.

Al salir a la Bolshaia Zhitómirskaia les cortó el paso un cortejo que desde la parte de la torre de los bomberos se dirigía hacia la Staro-Gorodskaia. En realidad, el camino que seguía era recto y muy sencillo, pero la caballería que había tomado parte en el desfile ocupaba aún la calle Vladimirskaia y el cortejo, como todos, se veía obligado a dar un rodeo.

Abría la marcha una bandada de chiquillos que corrían y saltaban vueltos de espalda, entre agudos silbidos. A continuación por la pisoteada calzada caminaba un hombre con los ojos desorbitados por la angustia y el miedo. Llevaba el abrigo desabrochado y roto y había perdido el gorro. Su cara estaba manchada de sangre y de sus ojos fluían abundantes lágrimas. Abría la boca y gritaba con una voz fina, pero enronquecida, mezclando las palabras rusas y ucranianas:

—¡No tienen derecho! Soy un conocido poeta ucraniano. Me llamo Gorbolaz. He publicado una antología de poesía ucraniana. Presentaré una reclamación al presidente de la Rada y al ministro. ¡Esto es intolerable!

—Duro con él, el canalla es un ratero —gritaban desde las aceras.



—He tratado de detener a un provocador bolchevique... —replicaba el ensangrentado esforzando desesperadamente la voz y volviéndose a un lado y a otro.

—¿Qué pasa, qué pasa? —atronaban en las aceras.

—¿A quién llevan?

—Ha querido matar a Petliura.

—¿De veras?

—Ha disparado contra él, el hijo de perra.

—Pues parece ucraniano.

—No es ucraniano, es un miserable —zumbó una voz de bajo—. Se dedicaba a robar carteras.

Los chiquillos silbaron con desprecio.

—¿Qué es esto? ¿Con qué derecho?

—Han cogido a un provocador bolchevique. Deberían matar aquí mismo a esa carroña.

Tras el de la cara ensangrentada seguía una agitada multitud. Podía verse un gorro de piel con galón dorado y las puntas de las bayonetas. Alguien, con un cinturón de vivos colores muy ceñido, marchaba con largos pasos junto a la víctima y cuando ésta gritaba muy fuerte, mecánicamente le descargaba un puñetazo en el cuello. Entonces el desgraciado preso, que había querido detener al misterioso orador, callaba y empezaba a sollozar violentamente, pero sin hacer el menor ruido.

Los dos estudiantes dejaron pasar el cortejo. Cuando se hubo alejado el alto tomó del brazo a su compañero y murmuró con rabia:

—Se lo merece, duro con él. Me siento más tranquilo. Una cosa puedo decirte, Karás: los bolcheviques son gente estupenda. Te lo juro. ¡Eso es hacer bien las cosas! ¿Has visto con qué habilidad ocultaban al orador? Y son valientes. Me gustan por lo valientes que son, maldita sea su madre.

El pequeño dijo a media voz:

—Si ahora no tomo un trago sería capaz de ahorcarme.

—Es una buena idea. Muy buena —confirmó animado el alto—. ¿Cuánto dinero tienes?

—Doscientos.

—Yo tengo ciento cincuenta. Vamos a la taberna de Tamara, allí podremos comprar algo...

—Está cerrada.

—Nos abrirán.

Torcieron hacia la calle Vladímirskaia y llegaron a una casita de dos pisos que ostentaba el rótulo:

«Ultramarinos», y a continuación «Castillo de Tamara. Taberna».

Bajaron los escalones y llamaron suavemente a la doble puerta encristalada.

## Seis

Nikolka pudo realizar la idea que no le había abandonado durante aquellos tres días en que los acontecimientos cayeron sobre la familia como piedras, la idea relacionada con las últimas y enigmáticas palabras de aquel hombre tumbado en la nieve. Mas para ello el día anterior al desfile tuvo que recorrer la ciudad y acudir nada menos que a nueve direcciones. Muchas veces perdió el ánimo, lo recuperó de nuevo y siguió hasta lograr su propósito.

En las afueras, en una pequeña casa de la calle Litóvskaia encontró a uno de la segunda sección de voluntarios, quien le comunicó la dirección, el nombre y el patronímico de Nai.

Nikolka luchó durante dos horas con la tempestuosa marejada humana en sus intentos de cruzar la plaza de Santa Sofía. Pero eso era imposible. Entonces, aterido, perdió cerca de media hora para evadirse de las apretadas tenazas y volver al punto de partida, al monasterio de Mijáilovski. Desde allí, por la Kostéinaia, dando un gran rodeo, trató de llegar a la parte baja de la Kreschátik, desde donde con nuevos rodeos podía llegar a la Málaia Proválnaia. ¡Pero también esto le fue imposible! Cuesta arriba, como una gran serpiente, al igual que en todos los sitios, las tropas se dirigían al desfile. Entonces Nikolka dio un rodeo todavía mayor y se vio completamente solo en la Montaña de San Vladímir. Corrió por sus terrazas y avenidas, abriéndose camino entre los muros de nieve. Encontraba también rellanos en los que la nieve no era muy abundante. Desde las terrazas se veía el blanco mar que se extendía enfrente, en las colmas del Jardín del Zar, y más a la izquierda las infinitas llanuras de Chernígov sumidas en la quietud del invierno, al otro lado del Dniéper, blanco y grave en sus orillas invernales.

Reinaba la paz y el más completo silencio, pero Nikolka no estaba para pensar en esto. Luchando con la nieve, vencía las terrazas una tras otra y sólo de tarde en tarde se asombraba de ver nieve pisoteada, de encontrar huellas, señal de que también en invierno había quien andaba por aquellos parajes.

Al bajar la última avenida, Nikolka respiró aliviado al ver que en la Kreschátik no había tropas y se dirigió con paso rápido al lugar que buscaba. «Málaia Proválnaia, 21»: tal era la dirección que le habían dado y que sin necesidad de escribirla tenía grabada en su cerebro.

Nikolka se sentía tímido e inquieto... «¿Por quién he de preguntar? No sé nada...». Llamó a la puerta de una casa rodeada por un pequeño jardín. Tardaron largo tiempo en contestar, pero al fin se oyeron pasos y la puerta se entreabrió, sin que quitasen de ella la cadena. Se asomó una cara de mujer con lentes y desde las sombras del recibimiento preguntaron secamente: —¿Qué desea?

—Permítame... ¿Viven aquí los Nai-Turs?

La cara de la mujer se hizo adusta e impenetrable, brillaron los cristales de los lentes.

—Aquí no hay ningún Turs —contestó en voz baja Nikolka se ruborizó, confuso y acongojado...

—Es la puerta número cinco...

—Sí —replicó la mujer con desgana y un tinte de sospecha en la voz—. Pero dígame lo que quiere.

—Me han dicho que los Turs viven aquí...

La cara se asomó algo más y miró con un ojo al jardín tratando de ver si había alguien más... Nikolka pudo contemplar entonces la doble sotabarba de la señora.

—¿Qué desea?... Dígamelo a mí.

Nikolka suspiró, miró a un lado y a otro y dijo:

—Traigo noticias de Félix Félixovich...

La cara experimentó un brusco cambio, la mujer parpadeó y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy estudiante.

—Espere —la puerta se cerró y los pasos se alejaron.

Medio minuto después resonaron los tacones, la puerta se abrió por completo y dejó pasar a Nikolka. La luz penetraba en el recibimiento a través de la sala y pudo ver medio sillón y, acto seguido, a la señora de los lentes. Se quitó la gorra y quedó ante otra señora, más bien baja, que de joven debió ser muy bella. Por ciertos rasgos minúsculos e indefinidos —podían ser las sienes, el color del pelo—. Nikolka comprendió que era la madre de Nai y se horrorizó al pensar en lo que iba a comunicarle... La señora clavó en él una mirada fija y brillante que le desconcertó todavía más. A su lado apareció otra señora, joven a juzgar por su aspecto y muy parecida a la anterior.

—Diga, diga —insistió la madre.

Nikolka, dando vueltas a la gorra, volvió los ojos hacia la señora y articuló:

—Yo... yo...

La madre clavó en Nikolka una mirada negra que a él le pareció preñada de odio y gritó de pronto de tal manera que el cristal de la puerta resonó a espaldas del joven:

—¡Félix ha muerto!

Apretó los puños, los agitó ante la cara de Nikolka y volvió a gritar:

—Lo han matado... ¿Oyes, Irma? ¡Han matado a Félix!

Los ojos de Nikolka se enturbiaron del susto. Pensó desesperado: «Pero si no he dicho nada... ¡Dios mío!». La señora gorda de los lentes cerró de golpe la puerta. Luego se acercó con gran rapidez a la madre, le pasó la mano por encima de los hombros y susurró apresuradamente:

—Ea, María Fránzevna, ea, querida, cálmese... —Se volvió hacia Nikolka y preguntó: —¿Lo sabe usted a ciencia cierta?... Señor... Diga... ¿Es posible?...

Nikolka no pudo contestar nada... Miró desesperado hacia la sala y de nuevo vio

el borde del sillón.

—Cálmese, María Fránzevna, cálmese... Por Dios se lo pido... La van a oír... Es la voluntad de Dios... —balbució la gorda.

La madre de Nai-Turs, caída de bruces, gritaba:

—¡Cuatro años! ¡Cuatro años! Lo esperaba, lo esperaba siempre...

La joven se lanzó hacia la madre y trató de sujetarla, Nikolka hubiera debido ayudarla, pero, inesperadamente, no pudo contener los sollozos y rompió a llorar ruidosamente.

Las cortinas estaban corridas, la penumbra y el más completo silencio reinaban en la sala, en la que había un repugnante olor a medicinas.

El silencio lo turbó por fin la joven, la hermana. Se apartó de la ventana y se acercó a Nikolka. Este se puso en pie con la gorra entre las manos. En aquellas terribles circunstancias no había podido separarse de ella.

La hermana se recogió maquinalmente un rizo de sus negros cabellos, torció la boca y preguntó:

—¿Cómo murió?

—Murió —contestó Nikolka con la mejor de sus voces— como un héroe... Como un auténtico héroe... Ordenó la retirada de todos los cadetes en el último momento y él —Nikolka no cesaba de llorar al contarlo—, cubrió el repliegue. Estuvieron a punto de matarme a mí también. Caímos bajo el fuego de las ametralladoras —Nikolka lloraba y explicaba al mismo tiempo—. Sólo nos quedamos los dos, él insistía en que me fuese, me reñía y disparaba la ametralladora... La caballería se nos echó encima por todas partes. Nos habían hecho caer en una trampa. Lo que se dice por todas partes.

—¿Y si sólo quedó herido?

—No —contestó con voz segura Nikolka, y con un sucio pañuelo se limpió los ojos, la nariz y la boca—. No, lo mataron. Yo mismo lo comprobé. Tenía un balazo en la cabeza y otro en el pecho.

La penumbra era más intensa. De la habitación vecina no llegaba el menor ruido, porque María Fránzevna se había calmado, y en la sala, muy juntos, los tres hablaban procurando no elevar la voz. Eran Irina, la hermana de Nai, la gorda de los lentes — Lidia Pávlon, la dueña del piso, según se la habían presentado a Nikolka— y este último.

—No llevo dinero encima —decía Nikolka—. Si hace falta, voy en un momento a casa a buscarlo y entonces podremos hacerlo.

—El dinero se lo puedo dar yo —replicó Lidia Pávlovna—. Eso no tiene importancia, lo que hace falta es que lo consigan. Tú, Irina, no le digas nada... No sé

qué hacer...

—Iré con él —afirmó Irina— y lo lograremos. Usted dígame que se encuentra en el cuartel y qué hace falta obtener permiso para verlo.

—Conforme... Está bien... me parece bien...

La gorda se dirigió al momento a la habitación vecina de donde llegó su voz. Era un susurro persuasivo:

—No se mueva, María Fránzevna, por Cristo se lo pido... Ahora van a ir y se enterarán de todo. Este cadete dice que se encuentra en el cuartel.

—¿En un camastro? —preguntó una voz sonora que también ahora le pareció a Nikolka que expresaba un concentrado odio.

—Nada de eso, María Fránzevna, está en la capilla, en la capilla...

—Puede que esté tirado en la calle y le muerdan los perros.

—Qué cosas dice, María Fránzevna... Procure estar tranquila, se lo suplico.

—Mamá no ha tenido ni un momento de tranquilidad en estos tres días... —dijo la hermana de Nai, y de nuevo se echó hacia atrás el rebelde mechón de pelo y se quedó mirando al vacío—. Aunque ahora todo eso son tonterías.

—Iré con ellos —dijo la madre en la habitación vecina.

La hermana se estremeció y acudió a ella.

—Tú no irás, mamá. No irás. El cadete se niega a hacer gestiones si vas tú. Lo pueden detener. Debes quedarte aquí tranquila, te lo ruego...

—Irina, Irina, Irina, Irina —llegó la voz de la habitación vecina—, lo han matado, lo han matado, ¿y tú? ¿Y tú, qué? Tú, Irina... ¿qué voy a hacer ahora, cuando han matado a Félix? Lo han matado... Y está tirado en la nieve... Piensas...

De nuevo empezaron los sollozos, rechinó la cama y se oyó la voz de la dueña de la casa:

—Bueno, María Fránzevna, bueno, hágase fuerte.

—Ay, Dios mío, Dios mío —dijo la joven, que cruzó con paso rápido la sala.

Nikolka, con un sentimiento de horror y desesperación, pensaba turbado: «¿Qué pasará si no lo encontramos?».

Ante aquellas horribles puertas, donde a pesar del frío se notaba ya un pesado hedor, Nikolka se detuvo y dijo:

—Sería mejor que usted esperase aquí... Porque ahí dentro, con este olor, se puede sentir mal.

Irina miró la puerta azul, luego volvió los Ojos hacia Nikolka y replicó:

—No, iré con usted.

Nikolka empujó la pesada puerta y entraron ambos. En un principio todo estaba muy oscuro. Luego distinguieron las interminables filas de unas perchas vacías. De lo alto colgaba una turbia bombilla.

Nikolka se volvió inquieto hacia su compañera, pero ésta, aunque su cara estaba

pálida y había arrugado el entrecejo, caminaba a su lado con paso tranquilo. Aquel modo de arrugar el entrecejo le recordó a Nai-Turs, aunque el parecido resultaba, ciertamente, remoto: Nai poseía un rostro de hierro, sencillo y varonil, mientras que ella era una hermosa mujer de rasgos más bien de extranjera que de rusa. Era una muchacha asombrosa, extraordinaria.

El hedor que tanto temía Nikolka lo invadía todo. Olía el suelo, olían las paredes y las perchas de madera. El hedor era tan horrible que incluso se le podía ver. Parecía como si las paredes, aceitosas y pegajosas, las relucientes perchas y el grasiento suelo, lo mismo que el denso aire, oliesen a carroña. Por lo demás, a este olor se acostumbra uno en seguida, aunque es preferible no prestar atención ni pensar en él. Lo principal es no pensar, porque de lo contrario al momento siente uno la sensación de náuseas. Cruzó un estudiante del que casi sólo pudieron ver el abrigo, y desapareció. A la izquierda, detrás de las perchas, se abrió con estrépito una puerta de la que salió un hombre calzado con botas altas. Nikolka se apresuró a mirar a otro lado para no ver su chaqueta. Esta chaqueta relucía lo mismo que las perchas, y también relucían las manos de aquel hombre.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó en tono seco.

—Queremos hablar con el director —dijo Nikolka—. Estamos buscando un muerto. Probablemente se encuentra aquí.

—¿De qué muerto se trata? —insistió el otro, que se quedó mirando por debajo de las cejas.

—Lo mataron en la calle hace tres días.

—Entonces se trata de un cadete o un oficial... También cayeron gentes de las tropas ucranianas. ¿De quién se trata?

Nikolka no se atrevía a decir que Nai-Turs era oficial y se limitó a decir:

—Sí, también lo mataron...

—Era un oficial movilizado por el *hetman* —dijo Irina—. Nai-Turs —y se volvió hacia el hombre de las botas.

A éste no parecía importarle gran cosa lo que Nai-Turs hubiera sido. Miró de reojo a Irina y replicó, tosiendo y escupiendo en el suelo:

—No sé que hacer. Las clases han terminado y en las salas no hay nadie. Los otros se han ido. Es muy difícil buscar. Muy difícil. Los cadáveres han sido trasladados a los depósitos de los sótanos. Es difícil, muy difícil...

Irina Nai abrió el bolso, sacó un billete y se lo ofreció al mozo. Nikolka se volvió, temeroso de que aquel honrado individuo protestase contra tal acción. Pero el mozo no protestó...

—Gracias, señorita —dijo más animado—. Lo podremos encontrar. Pero deben conseguir el permiso. Si el profesor lo autoriza podrán llevarse el cadáver.

—¿Y dónde podemos ver al profesor? —preguntó Nikolka.

—Aquí, pero está ocupado. No sé si podré anunciarle su visita...

—Por favor, dígaselo ahora mismo —suplicó Nikolka—. Reconoceré al muerto al

momento.

—Conforme —dijo el mozo, y echó a andar por delante de ellos.

Subieron hasta un pasillo donde el olor era aún más espantoso. Siguieron adelante, torcieron a la izquierda y el olor pareció debilitarse a la vez que aumentaba la claridad. Porque el techo era de cristales. A derecha e izquierda se sucedían unas puertas pintadas de blanco. El mozo se detuvo ante una de ellas, llamó, se descubrió y pasó al interior. El pasillo estaba muy tranquilo y la luz se filtraba por la techumbre. En un rincón, a lo lejos, empezaba a oscurecer. El mozo salió y dijo:

—Pasen.

Nikolka entró seguido por Irina Nai. Se quitó la gorra y lo primero que vio fueron las negras manchas de unas relucientes cortinas. Estaban en una habitación enorme y un rayo de luz muy vivo caía sobre la mesa. Dentro del rayo había una barba negra, una arrugada cara con muestras de fatiga y una nariz aguileña. Luego, abatido, pasó revista a las paredes. En la penumbra distinguió un gran número de vitrinas en las que había ciertos monstruos, oscuros y amarillos como espantosas figuras chinas. Más lejos vio a un hombre alto que le pareció un sacerdote con su mandil de cuero y sus negros guantes. Estaba inclinado sobre una larga mesa en la que varios microscopios, semejantes a cañones, despedían vivos reflejos a la luz de la lámpara, muy baja, con su tulipa verde.

—¿Qué desean? —preguntó el profesor.

Nikolka lo identificó por el fatigado rostro y la barba. El otro, el sacerdote, no era más que un ayudante.

Nikolka carraspeó sin apartar la vista del vivo rayo de luz que salía de la lámpara, de brazo muy retorcido y brillante, y de otras cosas: de los dedos amarillos por el tabaco, de aquello horrible y repugnante que el profesor tenía ante él, un cuello y una barbilla de hombre que no eran más que un conjunto de fibras e hilos de los que colgaban decenas de brillantes ganchos y pinzas...

—¿Son ustedes parientes? —preguntó el profesor.

Su voz era sorda, como correspondía al fatigado rostro y a aquella barba. Levantó la cabeza y se quedó mirando a Irina Nai, su abrigo de piel y sus botas.

—Soy su hermana —dijo ella, tratando de no mirar a lo que había delante del profesor.

—Ya ve, Sergueí Nikoláievich, lo difícil que resulta. No es el primer caso... Pudiera ser que no haya llegado aquí todavía. Los cadáveres los llevaron al depósito, ¿no es así?

—Eso creo —contestó el otro, y dejó a un lado el instrumento que tenía en la mano.

—¡Fiódor! —llamó el profesor...

—Usted no... No debe entrar... Yo mismo —dijo tímidamente Nikolka.

—Se desmayaría, señorita —confirmó el mozo—. Puede esperar aquí —añadió.

Nikolka lo llevó aparte, le dio otros dos billetes y le pidió que trajera un taburete limpio para la señorita. El mozo, sin cesar de dar chupetones a la pipa, trajo el taburete de un lugar donde había una lámpara verde y unos esqueletos.

—¿Usted no es estudiante de medicina, señorito? Ellos se acostumbran en seguida —y después de abrir una gran puerta hizo girar el conmutador.

Un globo de luz se encendió bajo el techo de cristal. De la habitación salió un hedor irresistible, Las filas de blancas mesas de cinc se extendían a un lado y a otro. Estaban vacías y en un rincón corría el agua de un grifo. El suelo de piedra resonó bajo sus pies. Nikolka, agobiado por un olor que seguramente se mantenía día y noche en aquellos lugares, caminaba tratando de no pensar en nada. Por una puerta practicada, en la pared opuesta salieron a un pasillo completamente oscuro en el que el mozo encendió una pequeña linterna. Luego siguieron adelante. El mozo describió un pesado cerrojo, abrió una puerta de hierro y de nuevo hizo girar el conmutador. Una oleada de frío dio en la cara de Nikolka. En los rincones de aquel negro local había unos enormes cilindros llenos hasta arriba de trozos de carne humana, de pellejos, dedos y huesos rotos. Nikolka apartó la mirada y tragó saliva.

—Tome, huela, señorito —le dijo el mozo.

Nikolka cerró los ojos y aspiró por la nariz los insufribles vapores del frasco de amoníaco.

Como medio dormido, con los ojos entornados, Nikolka veía el fuego de la pipa de Fiódor y olía, el dulce humo de aquel tabaco de mala calidad. Fiódor tardó largo rato en abrir la puerta del montacargas. Una vez en él, accionó en la manivela y la plataforma descendió entre grandes chirridos. De la parte inferior venía un frío helado. El montacargas se detuvo y pasaron a un enorme depósito. Nikolka vio algo que nunca había visto. Cuerpos humanos apilados como si fuesen troncos, unos sobre otros, desnudos y que, a pesar del amoníaco, despedían un hedor insoportable, sofocante. Unas piernas estaban rígidas y otras colgaban. Las cabezas de las mujeres tenían el pelo revuelto y sus pechos estaban flácidos y llenos de equimosis.

—Ahora les daremos la vuelta, usted mire —dijo el guarda, inclinándose.

Agarró de la pierna un cadáver de mujer, que se deslizó como sobre aceite y cayó con ruido al suelo. A Nikolka le pareció de una pavorosa belleza, como una bruja, y pegajosa. Sus ojos estaban muy abiertos y miraban a Fiódor. El joven apartó con trabajo la vista de la cicatriz que la ceñía como una cinta roja. Sentía náuseas y la cabeza le daba vueltas al pensar que deberían remover todo aquel montón de cuerpos apelmazados.

—No hace falta. Espere —dijo a Fiódor con voz débil, y guardó el frasco en el bolsillo—. Lo he encontrado. Está ahí. Es ese de arriba.

Fiódor se acercó balanceándose para no resbalar, agarró a Nai-Turs de la cabeza y dio un fuerte tirón. Sobre su vientre había una mujer flaca y de anchas caderas; entre sus cabellos había quedado olvidado un peinecillo de bajo precio, que desprendía un



reflejo turbio, como un trozo de vidrio. Fiódor se lo sacó de paso, lo guardó en el bolsillo del mandil y agarró a Nai por las axilas. Al salir de la pila de cadáveres, la cabeza de éste osciló y quedó colgando; la barbilla, afilada y sin afeitar, apuntó hacia arriba; un brazo se deslizó.

Fiódor no tiró a Nai como había hecho con la mujer, sino que con cuidado, sujetándole por debajo de los brazos, doblando el cuerpo ya flácido, lo volvió de tal manera que los pies del muerto se arrastraron por el suelo. Puso la cara frente a Nikolka y dijo:

—Mire bien, ¿es él? No se equivoque...

Nikolka miró a los ojos de Nai, abiertos y vidriosos, que le correspondieron con una mirada absurda. La mejilla izquierda estaba ligeramente verdosa y por el pecho y el vientre se extendían unas manchas grandes y oscuras que probablemente eran de sangre.

—Sí, es él —confirmó.

Fiódor agarró a Nai por las axilas, lo mismo que antes, lo llevó hasta el montacargas y lo dejó en el suelo, a los pies de Nikolka. El muerto quedó con los brazos en cruz y con la barbilla hacia arriba. Entró Fiódor, dio media vuelta a la manivela y el montacargas se puso en marcha.

Aquella misma noche todo se hizo en la capilla tal como Nikolka deseaba; se sentía triste, aunque su conciencia estaba completamente tranquila. La capilla de la sala de disección, de paredes desnudas y sombría, quedó iluminada. Cerraron la tapa del ataúd de un desconocido y el difunto vecino, pesado, desagradable, espantoso y ajeno, no turbaba el descanso de Nai, que en el féretro parecía alegre y animoso.

Los mozos, satisfechos y locuaces, lavaron el cuerpo de Nai. Era un Nai limpio, vestido con una guerrera sin insignias, con una corona sobre la frente y alumbrado por tres velas; y lo más importante, un Nai con la banda de San Jorge, que el propio Nikolka había puesto bajo la camisa en su frío y pegajoso pecho. La anciana madre, sentada junto a las tres velas, volvió hacia Nikolka la temblorosa cabeza y le dijo:

—Gracias, hijo mío.

Al oír estas palabras, Nikolka rompió de nuevo a llorar y salió de la capilla al patio de la sala de disección, cubierto de nieve. La noche lo invadía todo, con las cruces de las estrellas y la blanca Vía Láctea.

## Siete

El veintidós de diciembre, Turbín se agravó hasta el punto que todos esperaban su muerte de un momento a otro. Era un día algo turbio, blanco y atravesado por los reflejos de la Navidad, que tan cerca estaba. Estos reflejos se sentían sobre todo en el brillo del *parquet* de la sala, que parecía un espejo gracias a los esfuerzos conjuntos de Aniuta, Nikolka y Lariósik. Los tres habían trabajado sin ruido la víspera. La Navidad se anunciaba también en los soportes de las lamparillas, que las manos de Aniuta habían dejado relucientes. Olía, en fin, a abeto y las verdes ramas adornaban un rincón junto a Valentín, que parecía olvidado para siempre sobre el teclado del piano...

Por mi hermana...

Elena salió hacia el mediodía de la habitación de Turbín y con pasos no muy firmes, en silencio, cruzó el comedor, en el que Karás, Mishlaievski y Lariósik permanecían sumidos en un total mutismo. Ninguno de ellos se movió cuando pasaba, temían mirarle a la cara. Elena cerró la puerta de su habitación y la pesada cortina quedó al momento inmóvil.

Mishlaievski se removió.

—El jefe lo hizo todo bien —dijo con un ronco susurro—, pero no tuvo suerte con Aliosha...

Karás y Lariósik no añadieron nada. Lariósik parpadeó y unas sombras violáceas se extendieron por sus mejillas.

—Diablos... —siguió Mishlaievski, que se levantó y, balanceándose, se acercó a la puerta. Se detuvo indeciso, dio la vuelta, señaló hacia la habitación de Elena y dijo —: Prestad atención, muchachos, porque...

Se quedó pensando y salió al cuarto de los libros, donde se perdieron sus pasos. Algo después, de la habitación de Nikolka llegó el rumor de su voz y de unos extraños gemidos.

—Está llorando Nikolka —balbució desesperado Lariósik.

Dejó escapar un suspiro, se acercó de puntillas a la puerta de Elena y se inclinó hacia el ojo de la cerradura, pero no pudo ver nada. Miró impotente a Karás y le hizo una seña como preguntando. Karás se aproximó indeciso, pero luego llamó varias veces con un leve repiqueteo de uñas y dijo a media voz:

—Elena Vasílievna, Elena Vasílievna...

—No tengan miedo —llegó del otro lado de la puerta la sorda voz de Elena—. No entren.

Karás se incorporó y Lariósik hizo lo mismo. Volvieron a sus lugares —a las sillas colocadas junto a la estufa de Saardam— y quedaron inmóviles y silenciosos.

Ni los Turbín ni quienes estaban íntimamente unidos a ellos podían hacer nada en

la habitación de Alexei. Apenas si podrían moverse en ella, con los tres hombres que ya la ocupaban. Eran el oso de ojos dorados, un joven afeitado y esbelto, más parecido a un oficial de la Guardia que a un médico, y el profesor de pelo blanco. Su arte le reveló y reveló a la familia de los Turbín tristes noticias inmediatamente, en cuanto apareció el dieciséis de diciembre. Lo comprendió todo y dijo que Turbín estaba enfermo con el tifus. Y al instante la herida de la axila izquierda pasó a un segundo plano. Una hora antes había salido con Elena a la sala y allí, a la insistente pregunta formulada no sólo con la lengua, sino también con los secos ojos, con los agrietados labios y la despeinada cabellera, había dicho que había pocas esperanzas, «Muy pocas», había agregado mirando a Elena con ojos de hombre que ha visto mucho y que por eso compadece a todos. Sabían muy bien, y también Elena, lo que esto significaba: no había ninguna esperanza y Turbín iba a morir. Después de esto, Elena entró en el dormitorio de su hermano y durante largo rato estuvo de pie mirándole a la cara. También entonces comprendió muy bien que no había la menor esperanza. Sin poseer el arte del anciano, de buen corazón y pelo blanco, se podía saber que el doctor Alexei Turbín se estaba muriendo.

Todavía despedía calor, pero era un calor frágil que en cualquier momento podía extinguirse. Su cara empezaba ya a presentar un extraño matiz de cera; su nariz había cambiado, era más afilada y un rasgo de desesperanza se dibujaba precisamente en esa nariz, más aguileña que nunca. Elena sintió que se le enfriaban los pies y que se mareaba con un sentimiento de angustia en aquel aire denso impregnado de alcanfor. Pero esto pasó rápidamente.

Algo oprimía como una piedra el pecho de Turbín, que respiraba fatigosamente, mostrando los dientes y tratando de absorber el pegajoso aire que no entraba en sus pulmones. Hacía mucho que había perdido el conocimiento, no veía ni comprendía nada de cuanto ocurría a su alrededor. Elena, sin decidirse a sentarse, lo contemplaba. El profesor le tocó el brazo y dijo a media voz:

—Váyase, Elena Vasílievna, nosotros haremos lo que haga falta.

Ella obedeció y se retiró acto seguido, Pero el profesor no tenía nada que hacer.

Se quitó la bata, se limpió las manos con unos algodones humedecidos y miró una vez más la cara de Turbín. La sombra violácea se hacía más densa en las comisuras de los labios y la nariz.

—Es un caso desesperado —dijo en voz muy baja al oído del joven afeitado—. Usted, doctor Brodóvich, se quedará con él.

—¿Aceite alcanforado? —preguntó Brodóvich en un susurro.

—Sí, sí, sí.

—¿Una ampolla?

—No —miró a la ventana y se quedó pensando—. Tres centímetros cúbicos cada vez. Y más a menudo. —Siguió pensando y añadió—: Si esto se acaba —estas palabras las pronunció el profesor en voz muy baja para que Turbín, incluso a través del velo del delirio y la niebla no las oyera— telefonéeme a la clínica. En el caso

contrario, vendré en cuanto haya dado la clase.

Todos los años, tanto como los Turbín recordaban, las lamparillas se encendían en la casa al atardecer del veinticuatro de diciembre. Y luego, las vacilantes llamitas lucían en las verdes ramas de abeto del comedor. Pero ahora la traidora herida de la bala y el tifus lo habían trastornado y confundido todo, habían adelantado también la aparición de la luz de las lamparillas. Elena cerró la puerta del comedor y se acercó a la mesilla. Sacó una caja de cerillas, se subió a una silla y encendió la velita de la lámpara que colgaba de la pesada cadena ante el viejo icono con su macizo marco. Cuando empezó a arder, la morena cara de la virgen adquirió un tinte dorado y sus ojos se hicieron acogedores y cariñosos. La cabeza ladeada miraba a Elena. En los dos cuadros de las ventanas había un blanco y delicioso día de diciembre, mientras que en el rincón la vacilante lengua de la llama era un nuncio de la fiesta. Elena bajó de la silla, se quitó el pañuelo que cubría sus hombros y se puso de rodillas. Apartó el borde de la alfombra, dejando al descubierto el reluciente *parquet*, y en silencio, hizo la primera reverencia.

En el comedor entró Mishlaievski, seguido de Nikolka con los párpados inflamados. Habían estado en la habitación de Turbín. Nikolka dijo:

—Se está muriendo...

—Oye —dijo Mishlaievski— ¿llamamos a un sacerdote? ¿Qué crees tú? Porque así, sin confesión...

—Hay que decírselo a Elena —contestó asustado Nikolka—. No podemos hacerlo sin que ella se entere. Podría sucederle algo...

—¿Y el doctor qué dice? —preguntó Karás.

—Qué va a decir. Ya lo ha dicho todo —replicó Mishlaievski, con voz afónica.

Durante largo rato inquietos estuvieron cambiando impresiones a media voz. Se oían los suspiros de Lariósik pálido y aturdido. Entraron una vez más a hablar con el doctor Brodóvich éste se asomó al recibimiento encendió un cigarrillo y dijo que se trataba de la agonía y que como es natural podían llamar a un sacerdote. No tenía nada que objetar porque el enfermo estaba en coma y eso no le produciría ningún daño.

—La extremaunción...

Siguieron cambiando impresiones a media voz pero no se decidieron a avisar de momento al sacerdote. Llamaron en la puerta de Elena y ésta apenas si contestó: «Dejadme ahora... Ya saldré...».

Y ellos se retiraron.

Elena de rodillas miraba por debajo de las cejas la dentada corona sobre la cara ennegrecida de claros ojos y alargando las manos decía en un susurro:

—Nos mandas demasiadas desgracias, madre auxiliadora. En un solo año acabas con la familia. ¿Por qué? Te llevaste a nuestra madre, no tengo marido ni lo tendré, lo

comprendo. Ahora lo comprendo muy bien. También te llevas al mayor. ¿Por qué? ¿Cómo viviremos Nikolka y yo los dos solos?... Mira lo que ocurre alrededor, míralo... ¿No te compadeces, madre auxiliadora? Acaso seamos malos, pero ¿por qué castigamos así?

Hizo una nueva reverencia hasta apretar la frente contra el suelo, se santiguó y, alargando de nuevo las manos, empezó a pedir:

—En ti pongo toda mi esperanza, Virgen purísima, en ti. Suplica a tu Hijo, suplica a Dios nuestro Señor que haga un milagro...

El murmullo de Elena se hizo apasionado, confundía las palabras, pero no cesaba de hablar. Las reverencias se sucedían más y más frecuentes, sacudía la cabeza para echar atrás el mechón de pelo que le caía sobre los ojos. El día desapareció en los cuadrados de las ventanas, desapareció el halcón blanco, nadie oyó la gaviota de las tres de la tarde y completamente desapercibido llegó aquel a quien Elena llamaba por la intercesión de la morena Virgen. Apareció junto al sepulcro abierto, resucitado, benigno y descalzo. El pecho de Elena se ensanchó, el color volvió a sus mejillas, sus ojos se llenaron de luz, de un llanto seco y sin lágrimas. Acercó la frente y la mejilla al suelo, luego, enderezándose con toda el alma, miró a la luz, sin sentir ya el duro *parquet* bajo sus rodillas. La llama se había hecho mayor, el oscuro rostro hundido en la corona adquiría visiblemente vida y los ojos hacían pronunciar a Elena nuevas y nuevas palabras. Un silencio absoluto reinaba tras la puerta y tras las ventanas, el día se hacía oscuro con una velocidad terrible y una vez más surgió la visión: la cristalina luz del firmamento, unas peregrinas rocas arenosas de un color rojo amarillento, unos olivos, la catedral de la que parecía desprenderse una quietud y un frío negros y seculares.

—Madre auxiliadora —balbucía Elena, mirando la llama—, pídeselo. Está ahí. No te cuesta nada. Ten compasión de nosotros. Compadécete. Vienen tus días, tu fiesta. Aún puede hacer algo bueno, yo te suplico que perdones sus pecados. Aunque Serguei no vuelva. Quítamelo, pero no nos castigues con esta muerte... Todos somos culpables de la sangre derramada, pero no nos castigues. No nos castigues. Está ahí, ahí...

La llama empezó a fragmentarse y un largo rayo se extendió hasta los mismos ojos de Elena. Estos ojos, dominados por la locura, vieron que los labios de la faz enmarcada por la diadema de oro se abrían, la mirada adquiría tan inusitada expresión que su corazón estalló reventando por el miedo y una embriagadora alegría. Cayó al suelo y ya no volvió a incorporarse.

Una seca ráfaga de inquietud recorrió toda la casa. Alguien cruzó de puntillas el comedor. Alguien arañó en la puerta y surgió un susurro: «Elena... Elena... Elena...». Esta se puso en pie a la vez que se pasaba el dorso de la mano por la resbaladiza frente y echaba atrás el rebelde mechón. Con la vista fija en el vacío, sin

ver nada, como una salvaje, sin preocuparse del resplandeciente rincón y con el corazón convertido en un trozo de acero, se acercó a la puerta, que sin esperar el permiso se abrió por sí misma, Nikolka apareció en el marco de la cortina. Sus ojos miraban espantados a Elena, le faltaba aire.

—¿Sabes, Elena? No temas... no temas... ve... parece que...

El doctor Alexei Turbín, amarillo como una vela rota y aplastada en unas manos sudorosas, yacía con el afilado mentón vuelto hacia arriba, sus sarmentosas manos descansaban sobre la manta. Su cuerpo despedía un sudor pegajoso y su pecho, seco y resbaladizo, subía y bajaba por entre la abertura de la camisa. Bajó la cabeza, apoyó la barbilla en el pecho, mostró unos dientes amarillentos y entreabrió los ojos. En ellos danzaba aún el roto velo de la niebla y el delirio, pero entre los negros jirones se asomaba ya la luz. Con voz muy débil, ronca y fina, dijo:

—Crisis, Brodóvich. ¿Sanaré?

En las manos temblorosas de Karás la lámpara iluminaba el hundido lecho y las arrugadas sábanas, dejando unas sombras grises en los pliegues.

El médico de cara afeitada, con mano muy firme, apretó en un pellizco los escasos restos de carne y clavó en el brazo de Turbín la aguja de la pequeña jeringuilla. Unas gotitas de sudor cubrieron su frente. Estaba conmovido y asombrado.

## Ocho

Peturra. En la Ciudad estuvo cuarenta y siete días. Pasó sobre los Turbín el mes de enero envuelto en hielo y nieve, pasó febrero y empezó la nevasca.

El dos de febrero pasó por la casa de los Turbín una figura negra con la cabeza afeitada que cubría un negro gorro de seda. Era el propio Alexei resucitado. Había cambiado mucho. En las comisuras de los labios se habían quedado, al parecer para siempre, unos pliegues; su piel parecía de cera y sus ojos se hundían en las sombras, siempre serios y sombríos.

En la sala de los Turbín, como cuarenta y siete días antes, se acercó a los cristales de la ventana y quedó escuchando como entonces, cuando a través de los vidrios se veían las lucecitas, la nieve, la ópera, se oían suavemente los lejanos estampidos del cañón. Arrugando severamente el ceño, Turbín se apoyó en el bastón y miró a la calle. Vio que los días se habían alargado como por arte de magia, había más luz a pesar de que la ventisca hada girar millones de copos de nieve.

Bajo el gorrito de seda, las ideas fluían ásperas, claras y tristes. La cabeza, vacía, no le pesaba; era como si sobre los hombros le hubiesen colocado una caja y las ideas acudiesen a él de fuera y en el orden en que ellas mismas querían. Turbín gozaba de la soledad ante la ventana y miraba...

«Peturra... Esta noche todo lo más tarde, acabará, desaparecerá Peturra... ¿Pero existió?... ¿O fue una simple ilusión mía? No lo sé, es imposible comprobarlo. Lariósik es muy simpático. No da molestias, más bien es necesario. Tengo que darle las gracias por los cuidados que ha tenido conmigo... ¿Y Schervinski? No sabe cómo es ni el mismo diablo... Las mujeres son un tormento. Elena se liará con él, eso es seguro... ¿Y qué tiene de bueno? ¿La voz? Es excelente, sí, pero, después de todo, la voz puede oírse sin contraer matrimonio... Aunque eso no tiene importancia. ¿Qué es importante? Sí, lo que Schervinski decía de que lucen estrellas rojas en los gorros... Probablemente en la ciudad ocurrirá algo horrible. Sí... Esta misma noche... Acaso ahora los trenes regimentales desfilen ya por las calles... Sin embargo, iré, iré de día... Y le llevaré... Rin. ¡Detenedlo! Soy un asesino. No, lo maté en combate. O lo rematé. ¿Con quién vive ella? ¿Dónde está su marido? Rin. Málishev. ¿Dónde se encuentra ahora? Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Y Maxim... Alejandro Primero?».

Las ideas fluían, pero las cortó un timbrazo. En la casa no había nadie más que Aniuta, todos se habían ido a la ciudad con el propósito de terminar sus asuntos antes de que se hiciera de noche.

—Si es un paciente, hazle pasar, Aniuta.

—Está bien. Alexei Vasílievich.

Alguien subió tras Aniuta la escalera. En el recibimiento se quitó el abrigo de piel de cabra y pasó a la sala.

—Tenga la bondad —dijo Turbín.

De la butaca se levantó un hombre joven, flaco y de tez amarillenta, que vestía una guerrera grisácea. La mirada de sus ojos era turbia y concentrada. Turbín, de bata blanca, se hizo a un lado señalándole el despacho.

—Siéntese, por favor. ¿En qué puedo servirle?

—Tengo sífilis —dijo el visitante con voz algo ronca, y clavó en Turbín una sombría mirada.

—¿Empezó a tratarse?

—Sí, pero mal, no hice todo lo que me mandaban. El tratamiento me ha servido para poco.

—¿Quién le ha dado mi nombre?

—El párroco de la iglesia de San Nicolás el Bueno, el padre Alexandr.

—¿Cómo dice?

—El padre Alexandr.

—¿Lo conoce?

—Me confesé con él y la entrevista con el santo anciano trajo un alivio a mi alma —explicó el visitante, mirando al cielo—. No debía curarme... Así lo creía yo. Pensaba que debía soportar con paciencia la prueba que Dios me envió en castigo de un terrible pecado, pero el párroco me hizo ver que no estaba en lo cierto. Y quiero cumplir su voluntad.

Turbín examinó con gran atención las pupilas del paciente y, ante todo, comprobó sus reflejos. Pero las pupilas del propietario del abrigo de piel de cabra eran de lo más común, aunque reflejaban una negra tristeza.

—Parece ser —dijo Turbín, dejando a un lado el martiliito— que es usted religioso.

—Sí, día y noche pienso en Dios y elevo a él mis oraciones. Es el único refugio y consuelo.

—Eso está muy bien, naturalmente —comentó Turbín, sin apartar los ojos de los del enfermo—, y es un sentimiento que respeto. Pero le aconsejo que mientras dure el tratamiento renuncie a pensar siempre en Dios. Esto empieza a convertirse en una idea fija. Y en el estado en que se encuentra es perjudicial. Necesita aire, movimiento y sueño.

—Rezo por las noches.

—No, tendrá que cambiarlo. Deberá reducir el tiempo que dedica a las oraciones. Le fatigarán y usted necesita reposo.

El enfermo bajó dócilmente los ojos.

Se había desnudado y se prestó al reconocimiento.

—¿Es usted aficionado a la cocaína?

—Entre las porquerías y vicios a que me entregué también estuvo la cocaína. Ahora no.

«¿Y si finge y es un vulgar ratero? Tendré que mirar que no se lleve los abrigos del recibimiento».



Con el mango del martiliito, Turbín dibujó en el pecho, del enfermo un signo de interrogación. El blanco signo se hizo rojo.

—Deberá dejar de preocuparse de las cuestiones religiosas. En general, procure no entregarse a penosas meditaciones. Vístase. Mañana empezaré a inyectarle mercurio, y dentro de una semana le haré la primera transfusión.

—Está bien, doctor.

—Prohibida la cocaína. No puede beber. Las mujeres tampoco...

—Me he apartado de las mujeres y los tóxicos. Me he apartado de los hombres malos —dijo el enfermo mientras se abrochaba la camisa—. El genio malo de mi vida, el nuncio del Anticristo, se fue a la ciudad del diablo.

—No debe hablar así —protestó Turbín—. Terminaría en una clínica psiquiátrica. ¿A qué Anticristo se refiere?

—A su nuncio en la tierra, a Mijaíl Semiónovich Shpolianski, un hombre de ojos de serpiente y patillas negras. Se fue al reino del Anticristo, a Moscú, para dar la señal y traer las huestes de Satanás a esta ciudad en castigo de los pecados de sus habitantes. Como en otros tiempos Sodoma y Gomorra...

—¿Se refiere a los bolcheviques? Estoy de acuerdo. Pero no se puede... Tomará bromuro. Tres cucharadas grandes al día...

—Es joven, pero encierra la infamia de mil diablos. Induce a las mujeres y a los jóvenes al vicio. Ya resuenan las trompetas de combate de las huestes pecadoras y sobre los campos se ve la faz de Satanás que las sigue.

—¿Habla de Trotski?

—Sí, ése es el nombre que ha adoptado. Pero su verdadero nombre en hebreo es Abadón, y en griego Apolo, que significa destructor.

—Le hablo en serio, si no deja esas cosas, tenga cuidado... Se le está desarrollando una manía...

—No, doctor, soy un hombre normal. ¿Cuánto cobra por su santo trabajo?

—Por favor, a cada paso tiene que emplear esta palabra. Mi trabajo no tiene nada de santo. Cobro al terminar el tratamiento, como todos. Si desea ser tratado, deje una seña.

—Muy bien.

Desabrochó la guerrera.

—Acaso ande escaso de dinero —gruñó Turbín, mirando las rodilleras del pantalón—. «No, no es un ratero... no... pero va a perder la chaveta».

—No, doctor, lo encontraré. Usted, a su modo, trae un alivio a la humanidad.

—A veces tengo suerte. No olvide el bromuro.

—El alivio completo, estimado doctor, sólo lo tendremos allí: arriba —y el enfermo señaló con inspirado gesto el blanqueado techo—. Ahora a todos nosotros nos aguardan unas pruebas como nunca vimos... Y vendrán muy pronto.

—Gracias por la noticia. Yo ya he sufrido bastante.

—No hay que decir de esta agua no beberé, doctor —balbució el enfermo en el

recibimiento, mientras se ponía el abrigo de piel de cabra—. Porque está escrito: el tercer ángel derramó su copa sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre.

«No sé dónde he oído esto... Ah, claro, ha hablado largo y tendido con el sacerdote. Han congeniado muy bien».

—Insisto en mí consejo de que no se entregue a la lectura del Apocalipsis... Le repito que le será perjudicial. Usted lo pase bien. Vuelva mañana a las seis. Ábrele la puerta, Aniuta.

—No lo rechace... Quiero que la que me salvó la vida tenga un recuerdo mío... Es una pulsera de mi difunta madre...

—No, de ningún modo... —contestó la Reiss, y trató de apartar de sí a Turbín, pero éste insistió y abrochó la pesada y oscura pulsera en la pálida muñeca. Su mano se hizo aún más hermosa, toda ella pareció que cobraba nuevos encantos... Hasta en la penumbra se vio cómo se ruborizaba.

Turbín, sin poderse contener, le pasó la mano por el cuello, la atrajo hacia sí y le dio varios besos en la mejilla... Sus débiles manos dejaron escapar el bastón, que cayó al pie de la mesa con estrépito.

—Váyase —murmuró ella—. Ya es hora. Los convoyes militares no cesan de pasar por la calle. A ver si lo detienen.

—Usted me agrada —susurró Turbín—. Permítame volver.

—Cuando guste...

—Dígame, ¿por qué vive usted sola? ¿De quién es esa fotografía que hay sobre la mesa? De un hombre muy moreno, con patillas.

—Es un primo mío... —contestó la Reiss, y bajó la mirada.

—¿Cómo se llama?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Usted me salvó...

—¿Le salvé y tiene derecho a saber? Se llama Shpolianski.

—¿Está aquí?

—No, se ha ido a Moscú. Es usted muy curioso.

Algo vibró en Turbín y durante largo rato estuvo mirando las patillas negras y los negros ojos... Una idea desagradable y absorbente le dominaba mientras estudió la frente y los labios del presidente del «*Magnitni Triolet*». Era algo confuso... El nuncio del Anticristo. El desgraciado del abrigo de piel de cabra... ¿Qué me inquieta? Pero eso no me importa. Los demonios... Es lo mismo... Lo único que deseo es volver a esta extraña y silenciosa casita del retrato de charreteras de oro.

—Ya es tarde. Váyase.

—¿Eres tú, Nikolka?

Los hermanos se dieron de manos a boca en la parte inferior del misterioso jardín de la otra casa. Nikolka se turbó como si le hubieran atrapado con las manos en la masa.

—Iba a casa de Nai-Turs —explicó, y su aspecto era como si le hubiesen cogido en una tapia robando manzanas.

—Me parece bien. ¿Quién le ha quedado, la madre?

—Sí, y una hermana...

Turbín miró de reojo a Nikolka y no insistió en sus preguntas.

La mitad del camino la hicieron en silencio. Luego lo interrumpió el mayor.

—Se ve, hermano, que Paturra nos echó a los dos a la Málaia Proválnaia. Seguiremos yendo. Aunque no se sabe lo que resultará de todo esto, ¿verdad?

Nikolka escuchó con el mayor interés esta enigmática frase y preguntó a su vez:

—¿También tú has ido a visitar a alguien en la Málaia Proválnaia?

—Sí —contestó Turbín, que levantó el cuello de su abrigo, se ocultó en él y no volvió a pronunciar ni una sola palabra hasta que llegaron a casa.

Aquel día importante e histórico se juntaron a comer en casa de los Turbín todos: también estaban Mishlaievski, Karás y Shervinski. Era el primer ágape que celebraban en común desde el día en que Alexei fue herido. Todo estaba lo mismo que en otros tiempos, a excepción de un detalle: en la mesa faltaban las sombrías y ardientes rosas, pues hacía ya mucho que no existía la confitería de la Marquesa, la dependienta había desaparecido y se encontraba, seguramente, en el mismo lugar donde *madame* Anjou había buscado reposo. Tampoco lucían hombreras militares ninguno de quienes se sentaban a la mesa. Las hombreras se habían perdido entre la nevasca.

Todos escuchaban a Shervinski con la boca abierta. Hasta Aniuta, que había acudido de la cocina, le oía arrimada a la puerta.

—¿De qué estrellas se trata? —preguntó sombrío Mishlaievski.

—Son pequeñas, como escarapelas, de cinco puntas —contestó Shervinski—. Las llevan en el gorro. Según dicen, es un verdadero nubarrón lo que se nos echa encima... En una palabra, a medianoche los tendremos aquí.

—¿Por qué esa exactitud, a medianoche?

Pero Shervinski no pudo explicarlo, porque resonó el timbre y en la habitación apareció Vasilisa.

Este, inclinándose a derecha e izquierda y estrechando afablemente la mano a todos, en particular a Karás, haciendo chirriar sus botas, se dirigió directamente hacia el piano. Elena, con una resplandeciente sonrisa, le alargó la mano que él besó, dando

un saltito al inclinarse.

«El diablo lo sabe, pero Vasilisa resulta simpático después de que le birlaron el dinero —pensó Nikolka, cayendo en la filosofía—. Acaso el dinero sea un obstáculo para que la gente resulte simpática. Aquí, por ejemplo, nadie tiene nada y todos son simpáticos».

Vasilisa no quiere té. No, lo agradece muchísimo. Muy bien, pero que muy bien. Je, je. Está esto muy confortable, a pesar de los horrorosos tiempos que atravesamos. Je... No, muchísimas gracias. Ha venido de la aldea una hermana de Vanda Mijáilovna y debe volver ahora mismo con ellas. Ha venido para traer a Elena Vasílievna una carta. Ha abierto el buzón de la puerta de la calle y la ha encontrado, aquí está. «Lo he considerado un deber. Mucho gusto en saludarles». Vasilisa se retiró dando saltitos.

Elena se alejó al dormitorio con la carta...

«¿Una carta del extranjero? ¿Es posible? En ocasiones las hay. Pero en cuanto uno tiene el sobre en la mano sabe de qué se trata. ¿Cómo llegó? Ahora no circula ninguna carta. Incluso las que mandan desde Zhitómir a la Ciudad las trae alguien a quien le han pedido ese favor. Qué estúpido y absurdo es todo en este país. Porque la gente viaja, los trenes circulan. ¿Por qué, pues, las cartas no circulan y se pierden? Hasta este punto hemos llegado. No se preocupe, esta carta llegará, encontrará al destinatario. Var... Varsovia. Varsovia. Pero la letra no es de Talberg. ¡Qué desagradable! ¡Cómo me palpita el corazón!».

Aunque la lámpara estaba cubierta por la pantalla, el dormitorio de Elena resultaba desagradable; era como si alguien hubiese arrancado la seda de vivos colores y una viva luz le hubiese dado en los ojos, produciendo un verdadero caos. La cara de Elena había cambiado. Se parecía al viejo rostro de la madre que miraba desde el tallado, marco. Sus labios temblaron, pero se juntaron en un pliegue despectivo. La hoja de papel rayado y gris que había sacado del sobre roto yacía en pleno haz de luz.

... Acabo de saber que te has divorciado. Los Ostroúmov han visto a Serguei Ivánovich en la Embajada: se va a París con los Hertz. Dicen que se va a casar con Lídochka Hertz. Qué extraño resulta todo en esta barahúnda. Siento que tú no te fueses. Me da lástima de todos los que quedasteis en las garras de los *mujiks*. Los periódicos de aquí dicen que Petliura ataca a la Ciudad. Esperamos que los alemanes no le dejarán entrar...

En la cabeza de Elena saltaba y golpeaba mecánicamente la marcha de Nikolka a través de la pared y la puerta, que Luis XIV cerraba por completo. El rey se reía, apartando una mano con la que empuñaba su bastón, muy adornado con cintas. La empuñadura del bastón de Turbín llamó a la puerta y éste entró, haciendo resonar el piso. Miró la cara de su hermana, torció el gesto lo mismo que ella y preguntó:

—¿Es de Talberg?

Elena guardó silencio. Sentía vergüenza y estaba abrumada. Pero inmediatamente se dominó y le alargó la hoja de papel: «Es de Olia... escribe desde Varsovia...». Turbín clavó los ojos en los renglones y los recorrió hasta llegar al fin. Luego volvió al principio.

«Querida Lénochka: No sé si recibirás...

En su rostro podían verse distintos colores. El tono general era azafranado, los pómulos rosáceos y los ojos, siempre azules, ahora eran negros.

—Con qué gusto... —dijo apretando los dientes— le daría un guantazo.

—¿A quién? —preguntó Elena, y arrugó la nariz, en la que se habían amontonado las lágrimas.

—A mí mismo —contestó el doctor Turbín, abrumado por la vergüenza—. Por los besos que entonces nos dimos.

Elena rompió a llorar.

—Hazme el favor —prosiguió Turbín— de mandar al diablo esto —y con el puño del bastón tocó el retrato que había sobre la mesa.

Elena, sollozando, se lo entregó. Turbín arrancó del marco la fotografía de Serguei Ivánovich y la hizo pedazos. Los sollozos de Elena aumentaron y toda estremecida se refugió en el pecho almidonado de su hermano. Con un horror supersticioso miró de reojo la oscura imagen, ante la que seguía ardiendo la lamparilla en su rejita de oro.

«Le había suplicado... había puesto una condición... sea... no te enfades... no te enfades... Madre de Dios», pensó la supersticiosa Elena. Turbín se asustó.

—Cálmate, cálmate... te van a oír. ¿Qué vas a sacar?

Pero los del comedor no oían nada. El piano, bajo los dedos de Nikolka, vomitaba una desesperada marcha —*El águila bicéfala*— y no cesaban las risas.

## Nueve

El año 1918 del nacimiento de Cristo fue grande y terrible, pero 1919 fue más terrible todavía.

Era la noche del dos al tres de febrero. A la orilla del Dniéper, junto a la entrada del puente Tsepnoi, dos hombres arrastraban por la nieve a un tercero con el negro abrigo completamente roto, con la cara violácea y roja por las manchas de sangre. Otro corría junto a él y no cesaba de azotarle con una vara. La cabeza del hombre ensangrentado se meneaba a cada golpe, pero él ya no gritaba, se limitaba a exhalar débiles ayes. La vara caía con furia sobre el abrigo, hecho jirones, y a cada golpe contestaba un ronco ay.

—¡Judío! —gritaba furioso el de la vara—. ¡Llévadlo ahí, a esas pilas de troncos, hay que fusilarlo! Te enseñaré a andar por la oscuridad. ¡Te enseñaré! ¿Qué hacías junto al puente? ¡Espía!

Pero el de la cara ensangrentada no contestaba a las rabiosas imprecaciones. Entonces el otro se puso delante y los que arrastraban a la víctima se hicieron a un lado para ponerse a salvo ellos mismos. El que manejaba la vara no calculó bien y descargó un furioso golpe sobre la cabeza. Algo crujió en ella y el del abrigo negro no dejó escapar ya su ay... De rodillas como estaba, con la cabeza caída, se derrumbó de costado extendiendo la mano como si quisiera abarcar para sí un pedazo mayor de aquella tierra pisoteada y manchada por el estiércol. Los dedos se arrugaron como un gancho y recogieron un puñado de sucia nieve. Luego, en el oscuro charco, tuvo unas cuantas convulsiones y se quedó inmóvil.

Sobre él, a la entrada del puente, se encendió una linterna eléctrica, alrededor del cadáver se movieron las sombras inquietas de los empenachados soldados de Petliura. Las estrellas rutilaban en lo alto, en el negro cielo.

Y en el mismo momento en que el caído exhalaba el último suspiro, sobre los arrabales de la Ciudad reventó Marte de pronto con una lluvia de fuego y un ensordecedor estrépito.

Seguidamente, las negras lejanías del otro lado del Dniéper, las lejanías que conducen a Moscú, se cubrieron con el largo y pesado ruido del trueno. Estalló una segunda estrella, pero ya más bajo, sobre los mismos tejados enterrados bajo la nieve.

Y la división azul de la gente de Petliura abandonó el puente y escapó hacia la Ciudad, cruzó la Ciudad y se perdió para siempre.

Tras la división azul, con un trote de lobo, pasaron los helados caballos del regimiento de Kozir-Leshko, pasó danzando una cocina de campaña... Luego desapareció todo, como si nunca hubiera existido. Lo único que quedó fue el cadáver del judío, que se iba enfriando en la entrada del puente, el heno desparramado por innumerables pies, el estiércol de los caballos.

Sólo el cadáver quedaba allí para testimoniar que Peturra no era un mito, que había existido realmente... Trin... Trin... la guitarra, el turco... la farola de hierro la

nieve arremolinada, las heridas de arma de fuego, forjado de la Brónnaia... las trenzas de las muchachas, el rugido de la piedra en la noche, el frío... Quiere decirse que había existido.

Tanto trabajó Grits  
que se le han roto las botas...

¿Por qué hubo todo esto? Nadie podría decirlo. ¿Pagaría alguien la sangre vertida?

No. Nadie.

Sencillamente, se derretirá la nieve, saldrá la verde hierba ucraniana, se alegrará la tierra... brotarán los trigales... temblará la calígene sobre los campos y de la sangre no quedará ni rastro. La sangre vertida en los campos cuesta poco y no la pagará nadie.

Nadie.

Por la tarde habían cargado de leña los azulejos de Saardam y aunque muy entrada la noche, la estufa conservaba el calor. Del Carpintero de Saardam habían sido borrados los escritos y sólo quedaba uno:

Lén..., he sacado billetes para Aída...

La casa de la bajada Alexéievski, cubierta con el gorro de un general blanco, llevaba mucho tiempo durmiendo. Su sueño era profundo. La modorra circulaba tras, las cortinas y se movía en las sombras. En el exterior, la fría noche lo invadía todo victoriosamente y transcurría silenciosa sobre la tierra. Rutilaban las estrellas, se contraían y ensanchaban, y más alta que ninguna otra brillaba Marte, la estrella roja de cinco puntas.

Los sueños habían buscado cobijo en las templadas habitaciones.

Turbín dormía en su pequeño dormitorio y el sueño pendía sobre él como un borroso cuadro. Ardía el vestíbulo, tambaleándose, y el emperador Alejandro I quemaba en la estufa de hierro las listas del grupo de morteros... Yulia pasó, llamándole con el dedo y riendo. Pasaron unas sombras que gritaban: «¡Detenedlo! ¡Detenedlo!».

Disparaban contra él, aunque no se oía ruido alguno, y Turbín trataba de escapar de las balas, pero sus pies se habían pegado a la acera de la Málaia Proválnaia y él moriría. Se despertó con un gemido, oyó los ronquidos de Mishlaievski que llegaban desde la sala, el suave silbido de Karás y Lariósik que llegaba del cuarto de los libros. Se limpió el sudor de la frente, dándose cuenta de la situación, sonrió débilmente y alargó la mano hacia el reloj. Eran las tres.

—Seguramente se han ido... Peturra... Se acabó para siempre.

Y volvió a dormirse.

La noche lo invadía todo. Era de madrugada y dormía la casa enterrada bajo la nieve. Vasilisa, afligido por tanto suplicio, descansaba entre las frías sábanas, que calentaba con su enflaquecido cuerpo. El sueño de Vasilisa era estúpido y redondo. No había habido revolución alguna, todo había sido un absurdo. Un sueño, la felicidad, dudosa y frágil, flotaba sobre Vasilisa. Había comprado un huerto, que al instante se cubrió de verduras y legumbres. Por los caballones se extendieron los alegres tallos entre los que como piñas verdes se asomaban los pepinos. Vasilisa, con unos pantalones de hilo, contemplaba satisfecho el sol poniente y se rascaba la barriga...

Vasilisa soñó con un reloj redondo como el que le habían robado. Trató de sentir lástima por el reloj, pero el brillo del sol era tan agradable que no pudo experimentar pena alguna.

En aquel instante, tan placentero, unos cerditos redondos y sonrosados entraron en el huerto y empezaron a escarbar en los caballones con sus hocicos. La tierra empezó a saltar formando verdaderos surtidores. Vasilisa agarró un palo y se disponía a echar a los cerdos, pero resultó que éstos no eran inofensivos, sino que tenían unos aguzados colmillos. Se echaron sobre él dando tremendos brincos, porque dentro llevaban unos muelles. Vasilisa clamó en sueños. Un velo negro cubrió a los cerdos, que se hundieron en el suelo, mientras que ante él surgía su dormitorio, negro y húmedo...

La noche lo invadía todo. La modorra se había apoderado de la Ciudad y se extendía como un confuso pájaro blanco, dejando a un lado la cruz de San Vladímir, hasta caer al otro lado del arco de la línea férrea. Llegó a la estación de Dáritsa. Allí se detuvo. En la tercera vía férrea había un tren blindado con sus plataformas cubiertas hasta las mismas ruedas por grises planchas. De la panza de la negra locomotora —una angulosa mole— salía y se extendía por los carriles un pañuelo de fuego; por los lados de la máquina parecía como si estuviese repleta de brasas. La máquina lanzaba suaves y coléricos resoplidos, algo goteaba en las planchas laterales, su aplastado morro callaba y trataba de penetrar en lo que ocurría en los bosques próximos al Dniéper. Desde la última plataforma, apuntando hacia arriba, hacia el cielo negro y azulenco, miraba la ancha boca de un cañón amordazado, dispuesto a hacer fuego sobre la cruz iluminada en plena noche.

La estación estaba abarrotada por el espanto. Entre las tinieblas brillaban los pequeños ojos amarillos de los incendios que humeaban después del cañoneo de la víspera. En los andenes el movimiento era constante, a pesar de lo avanzado de la noche, ya cerca del amanecer. En el amarillo y achaparrado local del telégrafo las tres ventanas despedían viva luz y a través de los cristales se oía el constante repiqueteo de los aparatos. Por el andén, a pesar del intenso frío, iban y venían unas siluetas con



chaquetones hasta la rodilla, capotes y negros tabardos de marinero. A un lado del blindado y por detrás de él se extendían los vagones de carga de un tren destinado a la tropa, cuyas puertas no cesaban de abrirse y cerrarse.

Ante el tren blindado, junto a la locomotora y la primera caja de hierro caminaba como un péndulo un hombre de largo capote, destrozadas botas de fieltro y capuchón de paño rematado en punta. Llevaba el fusil cariñosamente en las manos, como la madre cansada lleva a su hijo, y junto a él se movía entre los carriles, por la nieve, a la escasa luz de un farol, la delgada astilla de su negra sombra y la oscura y silenciosa bayoneta. Este hombre estaba muy cansado y sentía un frío terrible, que parecía que ningún ser humano pudiera resistir. Sus manos, amoratadas, con los dedos como palos, trataban en vano de buscar refugio en las rotas mangas. Por entre el capuchón, ribeteado de blanco, se descubría una boca aterciopelada y helada. Sus ojos miraban por entre unas pestañas cubiertas de escarcha. Eran unos ojos azules, de sufrimiento, dominados por el sueño y la fatiga.

El hombre iba y venía metódicamente, con la bayoneta vuelta hacia abajo, y en lo único que pensaba era en cuando acabaría aquella hora de tormento para abandonar aquel helado suelo y penetrar en el lugar donde los tubos de la calefacción del tren despedían un calor divino, donde podría dejarse caer en el estrecho camastro del reducido tabuco, pegarse a las tablas y extenderse sobre ellas. El hombre y la sombra iban y venían entre el resplandor de fuego del acorazado vientre y la oscura pared de la primera caja, hasta el lugar donde con letras negras había escrito:

Tren blindado «El proletario».

La sombra, ya creciendo, ya haciéndose monstruosamente jorobada, pero siempre acabando en punta, hurgaba en la nieve con su negra bayoneta. Los rayos azulencos del farol caían a espaldas del hombre. Dos lunas, también azulencas, que ni calentaban ni incitaban a nada, ardían en el andén. El hombre buscaba un fuego y no podía encontrarlo. Con los dientes apretados, perdida la esperanza de calentarse los dedos de los pies, que no cesaba de mover, tenía la vista clavada en las estrellas. La que mejor se prestaba a sus miradas era Marte, que resplandecía en el cielo, adelante, sobre los arrabales de la Ciudad. Y la miraba. Esta mirada de sus ojos recorría millones de verstas sin apartarse ni un solo momento de aquella estrella rojiza y viva. Se contraía y ensanchaba, dando claras muestras de vida, y era de cinco puntas. A veces, agotado, el hombre apoyaba la culata del fusil en la nieve, se detenía y quedaba por un instante dormido, aunque la negra pared del tren blindado no se evadía de este sueño, como tampoco se evadían algunos ruidos que llegaban del edificio de la estación. Pero a estos ruidos se unían otros nuevos. El firmamento se convertía entonces en algo insólito. Todo rojo y reluciente, todo cubierto de Martes que rutilaban como seres vivos. El alma de aquel hombre se sentía inundada al momento de felicidad. Salía un desconocido e incomprensible jinete envuelto en una

cota de malla que avanzaba hacia él con fraternal gesto. El negro tren blindado desaparecía en el sueño y en su lugar surgía de entre las nieves la aldea de Málíe Chugri. El hombre se encontraba en las afueras de la aldea y a su encuentro venía un vecino y paisano.

—¿Eres Zhilin? —decía el cerebro del hombre, sin mover los labios, sin emitir sonido alguno, y al instante una amenazadora voz le alertaba en el pecho, hundiéndose en él unas pocas palabras:

—Estás de puesto... centinela... te vas a helar...

El hombre, ya con un esfuerzo totalmente sobrehumano, levantaba el fusil, se lo echaba sobre el hombro y tambaleándose, moviendo a duras penas los pies, seguía caminando adelante y atrás.

Adelante y atrás. Adelante y atrás. Desaparecía el firmamento del sueño, de nuevo todo el helado mundo se vestía con la seda azul del cielo, con la negra y mortífera boca de cañón. Rutilaba Venus, rojiza, y la luna azulenca del farol hacía brillar a veces en el pecho del hombre otra estrella. Era pequeña y también de cinco puntas.

Se removía y se removía la turbada modorra. Voló a lo largo del Dniéper. Cruzó sobre los muertos embarcaderos y cayó en Podol. Allí hacía mucho que se habían apagado las luces. Dormían todos. Sólo en la esquina de la calle Volínskaia, en una casa de piedra de tres pisos, en una reducida habitación parecida a las de un hotel de última categoría, vivienda del bibliotecario, Rusakov, el de los ojos azules, seguía junto a la lámpara de jorobada pantalla de vidrio. Ante Rusakov había un pesado libro encuadernado en piel amarilla. Sus ojos pasaban por los renglones lentos y solemnes.

«Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

»Y el mar entregó los muertos que había de él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.

»y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago del fuego.

»vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más».

A medida que leía el tremendo libro, su mente se hacía como una resplandeciente espada que se hundía en las tinieblas.

Enfermedades y dolores le parecían algo de poca monta, insustancial. Su dolencia caía como la corteza de una rama seca olvidada en el bosque. Veía la neblina azul y sin fondo de los siglos, un pasillo de milenios. No sentía miedo, sino una sensación de sabia sumisión y bienaventuranza. La paz se hacía en su alma y en esta paz llegó hasta las palabras:

«... y ya no habrá muerte, no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron».

La confusa neblina se disolvió y dejó pasar hasta Elena al teniente Shervinski. Sus saltones ojos sonreían con desenfado.

—Soy el Demonio —dijo dando un taconazo—. Talberg no volverá. Le voy a cantar...

Sacó del bolsillo una enorme estrella plateada que colocó en la parte izquierda del pecho de Elena. Las nubes del sueño se arrastraban a su alrededor, entre las bocanadas de niebla; su cara parecía la de un muñeco. Cantaba con voz muy aguda, de manera distinta a como lo hacía en realidad:

—¡Viviremos, viviremos!

—Vendrá la muerte y nos moriremos... —cantó Nikolka a la vez que entraba.

Llevaba en las manos una guitarra, pero su cuello estaba cubierto de sangre y en la frente lucía una corona amarilla con varias imágenes. Elena pensó que se estaba muriendo, rompió a llorar amargamente y se despertó con un grito en plena noche:

—¡Nikolka, Nikolka!

Durante largo rato, entre sollozos, oyó el balbuceo de la noche.

Y la noche seguía su curso.

Petka Scheglov, en fin, el del pabellón, tuvo también un sueño.

Petka era pequeño y por eso no le interesaban ni los bolcheviques, ni Petliura, ni el Demonio. Su sueño fue sencillo y alegre como un globo de fuego.

Petka caminaba por una verde pradera en la que había un diamante redondo y refulgente, mayor que él mismo. Cuando los adultos, en sueños, necesitan correr, los pies se les pegan al suelo, gimen y se esfuerzan en sacarlos del fango. Pero los pies de los niños son ágiles y se sienten libres. Petka corrió hasta el redondo diamante y sofocado por la alegre risa lo cogió con ambas manos. El diamante lo cubrió de refulgentes salpicaduras. A esto se redujo el sueño de Petka. El contento le hizo soltar una gran risotada en plena noche. El grillo cantaba alegremente para él en la estufa. Petka tuvo otros sueños ligeros y jubilosos, mientras que el grillo seguía su canción en su agujero, en el blanco rincón, tras el cubo, animando la noche somnolienta y balbuceante de la familia.

La última noche lo invadía todo. En su segunda mitad todo el pesado azul, el velo

de Dios que envolvía el mundo, se cubrió de estrellas. Parecía como si a unas alturas incalculables, tras este velo azul, en el altar mayor estuvieran celebrando las vísperas. Las luces se encendían en el altar y se filtraban por el velo formando un infinito número de cruces, manojos y cuadrados. Sobre el Dniéper, de la tierra pecadora, ensangrentada y cubierta de nieve, se elevaba hacia las negras y siniestras alturas la cruz de San Vladímir. De lejos parecía que el brazo hubiese desaparecido, se hubiese fundido con el tronco vertical, con lo que la cruz se convertía en una afilada y amenazadora espada.

Pero no intimida. Todo pasará. Los sufrimientos, los dolores, el hambre y la peste. Desaparecerá la espada, pero las estrellas quedarán cuando en la tierra no quede ni siquiera la sombra de nuestros cuerpos y de nuestras obras. No hay un solo hombre que no lo sepa. ¿Por qué, pues, no queremos volver nuestras miradas hacia ellas? ¿Por qué?

*Moscú, 1923-1924*



MIJAÍL BULGÁKOV. Novelista y dramaturgo nacido en Kiev. Estudió Medicina, pero renunció a esa profesión en favor de la creación literaria. Sus primeras obras son narraciones satíricas, *Maleficios* (1925), *Corazón de perro* (1925), *Morfina* (1926), y comedias, *El departamento de Zoia* (1926). Alcanzó el reconocimiento con su extensa novela *La guardia blanca* (1925), que se desarrolla en Kiev durante la Revolución y fue dramatizada como *La huida* (1926). Tuvo que enfrentarse a la crítica oficial por su retrato favorable de un grupo de oficiales blancos antibolcheviques durante la guerra civil y la falta de un héroe comunista. Aunque las obras de Bulgákov disfrutaban de gran popularidad, las autoridades le prohibieron publicar a partir de 1930 pues encontraban inaceptable su sátira de las costumbres soviéticas. Su mejor novela, *El maestro y Margarita* fue escrita entre 1929 y su muerte, acaecida en 1940. Trata de los problemas eternos del bien y el mal, utilizando narraciones en paralelo, una de ellas situada en el Moscú contemporáneo y la otra en la Judea de Poncio Pilatos, y oscila de la fantasía y la sátira humorística a la tragedia. La fama de Bulgákov no quedó establecida hasta años después de su muerte, cuando sus novelas, obras de teatro y su biografía *Vida del señor Molière* empezaron a publicarse a partir de 1962.

# Notas

[1] Se refiere a Pedro I, que durante algún tiempo, trabajó como simple carpintero en los astilleros holandeses de Saardam. (N. del T.)<<

[2] Natasha Rostova, personaje de *Guerra y paz*, de León Tolstoi. *La hija del capitán* es una novela de Pushkin. (N. del T.)<<



[3] Fragmento de una poesía muy famosa en la que Lérmonov canta el valor de las tropas rusas en la batalla de Borodinó, cerca de Moscú, durante la guerra de 1812 contra el Gran Ejército napoleónico. (N. del T.)<<

[4] Se llama Ladrón de Túshino a un aventurero que se hizo pasar por el desaparecido hijo de Iván IV —Iván el Terrible—, conocido también como el falso Dmitri II. Con la ayuda polaca invadió el reino de Moscú, a comienzos del siglo xvii. Se instaló en el campamento de Túshino, cerca de la capital rusa. (N. del T.)<<

[5] Karás en ruso. (N, del T.)<<

[6] Es el campamento de cosacos de que Gógol habla en *Taras Bulba*. (N. del T.)<<

[7] Organismos electivos con funciones semejantes a las de nuestras Diputaciones provinciales. (N. del T.)<<

[8] Personajes del poema *Evgveni Onegin*, de Pushkin. (N. del T.)<<

[9] Casa de las aldeas ucranianas. (N. del T.)<<

[10] Rey y sota (N. del T.)<<



[11] En la batalla de Poltava, librada el 8 de julio de 1709 entre los ejércitos de Carlos XII de Suecia y de Pedro I, el *hetman* Mazepa, que mandaba las tropas ucranianas de este último, hizo traición al emperador ruso y se pasó al enemigo. (N. del T.)<<

[12] *Hetman* de Ucrania, que dirigió la lucha de su pueblo contra los polacos. En la Dieta o Rada de Pereiaslav, bajo su presidencia, se acordó la incorporación de Ucrania a Rusia (1654). (N. del T.)<<